



MALOS TIEMPOS

EDICION DESAHUCIO

Carlos Salcedo Odklas

Malos Tiempos
(Edición Desahucio)

Créditos:

Texto: Carlos Salcedo Odklas

Ilustraciones: Silvia Flechoso

Prólogo: Pepe Pereza

Epílogo: Alfonso Xen Rabanal

Correcciones: Sandra Alonso & David Gonzalez

Diseño y Maquetación: Carlos Salcedo Odklas

Fotografía de Portada: Raúl Luar

*Esta es una versión libre y gratuita del libro Malos
Tiempos, está permitida su reproducción total o
parcial así como su distribución de cualquier tipo
siempre que no sea con fines comerciales.*

NO PAGUES POR ESTE LIBRO.



MALOS TIEMPOS **(Edición Desahucio)**

Carlos Salcedo Odklas



*A Mirella,
mi madre.*

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Siempre he escuchado que no conviene volver atrás, que siempre hay que ir hacia adelante, hacia nuevos horizontes. Y aunque en la vida es difícil no caer varias veces en errores del pasado, es un lema que sigo bastante a rajatabla en lo que respecta a mi literatura. Cuando escribo algo me obsesiono bastante con ello. Lo leo y lo releo, lo corrijo y lo vuelvo a corregir, y no hay nada más que eso en ese momento. Pero una vez creo haberlo acabado, o cuando ya ha sido publicado, lo olvido totalmente, me centro en lo siguiente y no vuelvo nunca más allí. Así ha sido siempre.

Hasta ahora.

Han sido varios los motivos que me han llevado a romper mis propias normas y volver sobre mis pasos, hacia este primer libro de relatos que se editó en el año 2014. Recuerdo cuando lo tuve en mis manos por primera vez. Yo estaba en una nube. Ahí estaba mi opera prima, mi pequeño retoño amorfo. Un libro que, pensaba, iba a causar un enorme revuelo en el panorama editorial underground. Un libro que iba a cambiar vidas y destinos y, de paso, sacarme de la indigencia poniendo mi nombre en grandes letras doradas brillando cual soles en el horizonte literario. Mi confianza en el libro era bastante fuerte e inocente pero, aún así, había cosas que me chirriaron desde el principio. La edición de *Malos Tiempos* nunca estuvo planeada, y llegado el momento todo el proceso fue un poco veloz e improvisado.

Siempre me ha atraído el rollo de escribir historias, de pequeño dibujaba comics y escribía relatos para la escuela, incluso llegué a ganar algún concurso, pero creo que fue en torno al año 2008 o 2009 que me lo empecé a tomar más en serio. Lo intenté con una novela, pero vi que la tarea me quedaba grande, así que me lancé a los relatos cortos. Escribía historias pulp, crudas y violentas, y se las pasaba a los colegas para alegrarles el día con una buena dosis de pesimismo. Poco después cree un blog para tener mis relatos en el ciberespacio, al alcance de cualquier incauto que pasase por allí y se dejase ensuciar. Escribía algo, lo subía al blog y me entretenía con los comentarios. Mis aspiraciones no iban mucho más allá, nunca pensé en recopilar esos relatos para publicarlos ni nada parecido, era consciente de estar en una etapa de formación y no resultaban más que divertimentos para ir cogiendo callo. El plan era ir puliendo mi estilo para, más adelante, embarcarme en la creación de una gran novela que cambiase el rumbo de la historia o alguna chorrada similar. Así que seguí escribiendo.

Mi vida personal pasó por diversos cambios y me vi en una situación peculiar. Podríamos decir que estaba en la mierda: no tenía trabajo, no tenía dinero, comía de la beneficencia, vivía en un chopano, bebía mucho y me pasaban cosas raras. Mi vida cada vez se parecía más a la de mi escritor favorito, Charles Bukowski, al que devoraba con ansia a la menor ocasión. Lo vi todo tan claro que decidí copiarle el estilo y escribir un rollo más autobiográfico, intentando sacar algo útil de toda la miseria que me estaba rodeando. Gracias a la crudeza de las historias y la morbosidad de los lectores fui ganando adeptos para la causa. El blog recibía más visitas, la gente hacía más comentarios e incluso un par de relatos fueron publicados en fanzines y webs de literatura underground y de baja estofa. Entonces fue cuando apareció ese tipo.

Se llamaba Ricardo Moreno Mira y también era escritor. Me pasó algunas de sus cosas y me resultaron muy interesantes. Se ve que al hombre le faltaba un tornillo, y eso para mí siempre ha sido un punto a favor. Me comentó que había montado una editorial para publicar sus cosas, y que ahora quería engordar el catálogo con obras de otros autores, gente que él consideraba estaban haciendo las cosas más interesantes dentro del panorama underground. Me preguntó si tenía alguna novela por ahí, le dije que una a medias, pero que era impublicable. Él estaba empeñado en sacar un libro mío, así que me comentó la idea de hacer un recopilatorio de relatos con el material que tenía en el blog y lo que pudiese tener por ahí inédito. Al principio me negué, no me atraía demasiado la idea, pero me endulzó los oídos y acabó por convencerme. Así que cogí un puñado de los que consideraba mis mejores relatos, los dividí en secciones y se los entregué para su publicación junto con una foto del pasillo del piso en el que vivía a modo de portada. A Ricardo le encantó y lo sacó tal cual. Así que ahí estaba, mi primer libro. Y aunque estaba encantado con él ya he mencionado que algunos detalles me chirriaban. Quizás me emocioné demasiado y entregué material de más, había altibajos en la calidad de los relatos y el libro era demasiado extenso. Supongo que pensé: «¡igual no vuelvo a editar un libro en la vida, así qué, ¿por qué no meter un poco de todo?».

Como es lógico el libro no supuso el terremoto literario que pensaba, ni puso mi nombre en letras doradas en el firmamento. Pero bueno, tampoco le fue mal, se vendió toda la tirada, que debió de ser de unos 600 ejemplares o así. Ni que decir tiene que tampoco me sacó de la indigencia, para nada, ahí sigo. Aprendí que en el mundo editorial el escritor es el que se lleva el porcentaje más bajo, eso si llega a ver algo de pasta. Yo vi algo, pero más por mi pericia negociadora que

por otra cosa. Intuyendo un poco cómo iba a ir el tema me aseguré de poder tener la opción de comprar mis propios libros a precio de coste y revenderlos por mi cuenta. Gracias a eso saqué algo de pasta intentando vender mis libros a cualquiera con quien me cruzase en un bar, pero no dejaban de ser propinas ocasionales que procedía a gastarme en más cerveza. De derechos de autor no vi ni un céntimo.

Pero bueno, dejando de lado el patente fracaso en el intento de alcanzar la fama y la fortuna, lo cierto es que el libro me dio otras satisfacciones. Una vez estaba en un bar tomándome un café y noté que una señora mayor, que podría ser mi madre o incluso mi abuela, no paraba de mirarme. En un determinado momento se acercó a mí y me preguntó: «disculpe, ¿es usted Carlos Salcedo Odklas?». Yo dudé, no sabía bien qué contestar mientras en mi mente hacía acopio de recuerdos por si había cometido algún delito recientemente. Al final confesé que sí. Me dijo que se había leído mi libro y que le había gustado, aunque le pareció «un poco duro y deprimente» y me pidió permiso para darme un abrazo. Yo contesté que desde luego. No sé, fue muy bonito, y era la última persona que me imaginé habría podido leerme. Joder, casi me echo a llorar ahí mismo. Ha habido gente que se me ha acercado o me ha escrito para decirme que han disfrutado de la lectura, y es una de las mejores sensaciones que hay, transmitir algo que le llegue a alguien. En otra ocasión me escribió un mejicano. Me habló de mi libro y lo elogió, yo le di las gracias. Continuó escribiéndome sin parar, todo el puto día, mensajes cada vez más extraños, preguntando cosas más y más personales, contándome su vida. Se cabreaba si me veía en línea y no le contestaba al momento a cada uno de sus desvaríos, como si fuese una novia zumbada y ultra posesiva, al final tuve que bloquearle, pero lo hice con una sonrisa: ya tenía mi primer fan psicópata. Me escribió

más gente de Sudamérica, y eso me llevó preguntarme cómo coño se habían podido leer el libro si este no tenía distribución allí. Me enteré entonces que circulaban versiones pirata por la red. Me parece bien, me resultó un bonito detalle, al fin y al cabo se trata de que la gente lo lea y, a poder ser, que lo disfrute. He conocido gente estupenda a raíz del libro, y hay un bar en el que han puesto de nombre Malos Tiempos a uno de sus chupitos en mi honor. ¿Qué más puedo pedir?

Un par de años después de la publicación del libro la editorial echó el cierre y a Ricardo se lo tragó la tierra (¿qué habrá sido de él?). Eso significa que no va a haber más ejemplares de Malos Tiempos. Si tienes alguno guárdalo como oro en paño, quizás algún día valga dinero, dependerá de cómo me trate el destino en cuanto a relevancia literaria. Todavía hoy hay gente que me pregunta dónde conseguir el libro, y aunque seguramente quede alguno en alguna parte, la cosa está tirando a jodida para hacerse con un ejemplar en papel, y no parece que eso vaya a cambiar de momento.

Como dije cuando escribo algo lo olvido, y así fue. Tras Malos Tiempos me puse con otra cosa, una novela titulada Los Cuadernos Negros que me ha llevado seis años escribir. En todo este tiempo no he vuelto a leer estos relatos. Pero cuando acabé la novela me dio por echarles un vistazo movido por la nostalgia. Fue desastroso. Veía mogollón de fallos aquí y allá. Entonces se juntó un poco todo. Se me ocurrió la idea de darle un lavado de cara al libro y hacer una nueva versión mejorada que estuviese al alcance de todos de manera gratuita. Como digo la gente aún me pregunta por el libro, a lo que les recomiendo buscarlo por Internet y bajárselo. Pero ya que su primer contacto va a ser con una versión digital pirata, ¿por qué no darles algo un poco mejor? También pensé que sería un buen método de promocionar la novela, lo típico: lee el primer libro gratis, y si te gusta compra el siguiente, mamón.

Me gustó la idea y me puse con ello, pero tampoco quería obsesionarme demasiado. Como he dicho en mi primera toma de contacto tras todos estos años lo que vi no me gustó, ahora soy un escritor distinto (¿mejor?), muchos relatos los abordaría de otra forma, algunos no creo ni que los escribiese ya. Quería cambiar muchas cosas, pero ese tampoco era el rollo, no se trataba de re escribir el maldito libro de nuevo. Además, aún con sus fallos, son el reflejo de un momento, de un periodo en mi vida. La crudeza, la rabia, e incluso la torpeza de algunas de estas historias son también lo que da un cierto encanto al conjunto. Así que me he limitado a pulir superficialmente algunas aristas, rollos de escritor, que si los signos de puntuación, cambiar palabras demasiado recurrentes, cosas así. Pensaba que eliminaría varios relatos, pero al final sorprendentemente solo me he cargado uno, y he incluido a cambio dos relatos posteriores que no estaban en la versión original. Sigue habiendo altibajos en la calidad, pero aún así no he encontrado ninguno que me resultase tan malo como para cargármelo, todos tienen su gracia a su modo particular.

La verdad es que he disfrutado más de lo que pensaba con esta revisión. Algunos relatos los tenía totalmente olvidados y he podido disfrutarlos casi como un lector más. Me parece que es un libro entretenido y divertido, con sus fallos y altibajos, pero una buena lectura al fin y al cabo si te va el rollo sucio, urbano, pulp y underground.

Si es tu primera vez con Malos Tiempos te indico: se trata de tres habitaciones y un retrete. En la primera habitación encontrarás principalmente mis rollos autobiográficos, miseria cotidiana al estilo del espeso aliento bukowskiano. En la segunda habitación hay un rollo más pulp y gore, historias inventadas que siempre acaban mal. La tercera son una especie de ensayos, es la habitación que

menos me gusta, pero tiene sus cosillas. Y en el retrete un poco de todo, los residuos y el aroma a orín. No olvides tirar de la cadena, y antes de que me lo preguntes: no. No he matado a ninguna chica con una mancuerna de 15 kilos.

Espero que disfrutes de este viaje, y si te gusta ya sabes: compra la jodida novela. Se titula Los Cuaderno Negros y es un libro con el que, ¿lo adivinas?, pretendo causar un enorme revuelo en el panorama editorial underground. Un libro con el que pretendo cambiar vidas y destinos y, de paso, salir de la indigencia poniendo mi nombre en grandes letras doradas brillando cual soles en el horizonte literario. En fin.... Ya veremos a ver qué pasa. Todo esto es solo otra historia por escribir.

Gracias por tu atención amigo. Disfruta del libro.

Carlos Salcedo Odklas.

León. 30 de Agosto de 2021.

PRÓLOGO

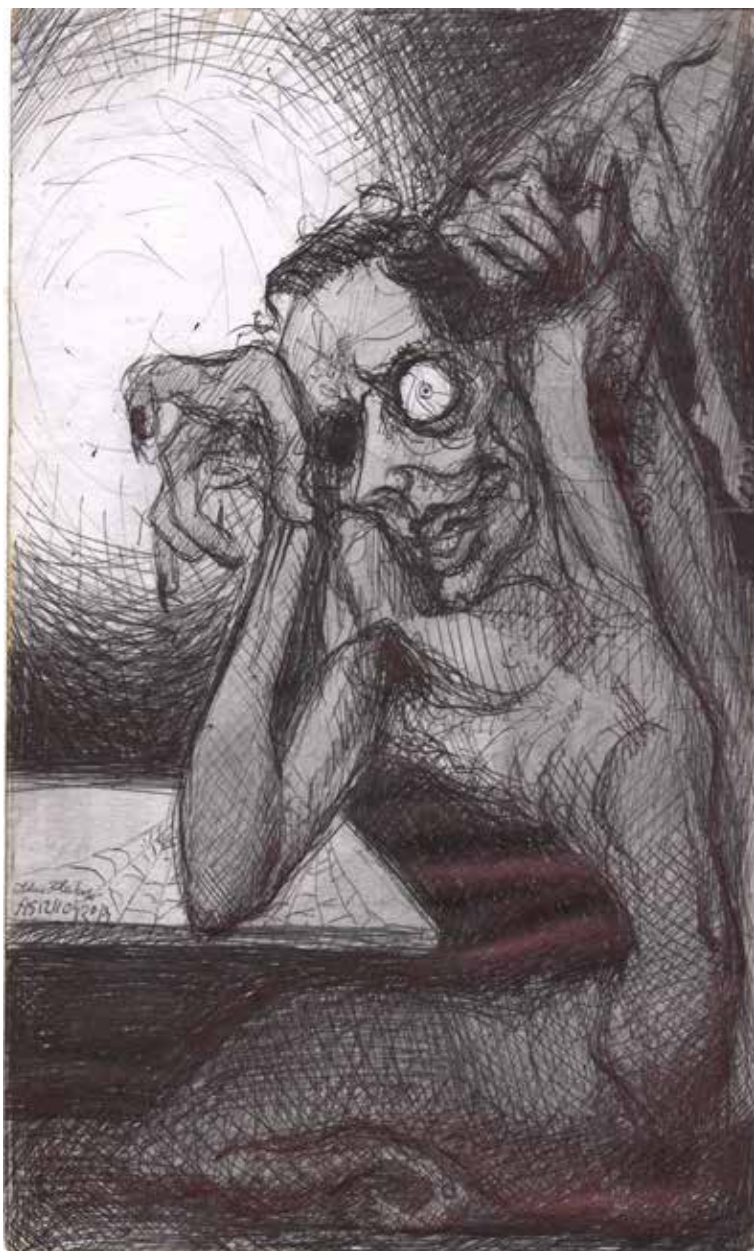
Al pasar por delante de esas modestas pensiones que hay en todas las ciudades, ¿no te has parado a pensar en los inquilinos que las habitan? ¿No te has preguntado por sus vidas, por cuáles son los motivos y las circunstancias que han llevado a esa gente a hospedarse ahí? ¿Lo hacen por necesidad? ¿Son perdedores huyendo del cruel juego de vivir? ¿Ciudadanos de segunda o tercera categoría? ¿Desechos de una sociedad consumista? Y puestos a preguntar: ¿qué hacen? ¿Cómo viven?... Pues bien, aquí está Carlos Salcedo Odklas para aclarar todas las dudas. Nadie como él para hablar de estos lugares. Carlos sabe de primera mano cómo son, entre otras cosas, porque él vive en una de esas pensiones. Su hogar es una humilde habitación sin baño. Si quiere mear, tiene que salir al pasillo e ir hasta un retrete compartido. Las comodidades son mínimas y las necesidades se multiplican cada día. Carlos nos habla justamente de eso en sus relatos. En ellos deja constancia de lo duro que es levantarse cada día para enfrentarse a las vicisitudes de un país en plena crisis. Nos presenta a esa fauna peculiar que reside en su pensión. Nos permite ver sus personalidades, sus flaquezas, saber de sus vicios, cómo huelen y qué sienten. Pero eso no tendría ninguna transcendencia si la forma de narrar de Carlos fuera mediocre y sin ritmo. Todo lo contrario. Su prosa es cruda,

directa y afilada. La verdad desnuda en cada palabra. Carlos no necesita de ficciones para crear sus relatos. Él se enloda de realidad y nos salpica con ella en cada página. Es más, hace que esa realidad nos sacuda. Con ella nos obliga a salir de nuestros cómodos refugios. Su forma de escribir tiene la capacidad de arrastrarnos al interior de sus narraciones, de desarmarnos de prejuicios, de conmovernos, de hacernos mejores personas incluso. Leyéndolo te das cuenta de hasta qué punto una sociedad podrida y obtusa le niega todos los recursos a un joven inteligente y lo obliga a sobrevivir en condiciones deplorables. No obstante, Carlos no se rinde. No es lo suyo. Puede que viva en una pensión y tenga que alimentarse en comedores sociales, puede que le nieguen un trabajo, puede -incluso- que de vez en cuando pierda la fe en la humanidad. Pero no se da por vencido y sigue luchando a pesar de todo. Es su carácter, el de luchador. Él se defiende igual que un boxeador que ha sido acorralado contra las cuerdas, pero lo hace con la palabra, golpeando con cada una de ellas. Y si cae, no pasa nada, se levanta apoyándose en su prosa y sigue adelante. Todo desaliento es utilizado como material literario, cada injusticia es la base para otro escrito. Creo que es su manera de salir de tanta mierda y podredumbre. De ser así me parece cojonudo porque la precariedad y la falta de recursos han sido fuente de inspiración de grandes escritores. Así de pronto me vienen a la cabeza los nombres de Charles Bukowski, John Fante o Knut Hamsun. Por supuesto hay muchos más, pero yo me quedo con estos tres. Ellos lidiaron con la pobreza mientras se formaban como escritores y pasaron por pensiones baratas y cutres, igual que Carlos. Todos ellos soportaron infinidad de adversidades. Quién sabe, tal vez la miseria sea un estímulo para el talento. Quizás sea el secreto de la buena literatura. De lo que no tengo dudas es que Carlos escribe

relatos de una calidad indiscutible. Para mí, un relato llega a su máximo esplendor cuando una vez leído pasa a formar parte de tu vida. Pues bien, cada vez que veo una pensión, inevitablemente, pienso en las narraciones de Carlos Salcedo Odklas. Sus historias han pasado a formar parte de mi vida. Para que suceda eso se necesita mucho talento. Carlos lo tiene, os lo aseguro.

Pepe Pereza 2-7-2013

HABITACIÓN Nº1



*Me duele el estómago por falta de fondos
Mis mejillas están delgadas, mis tripas se retuercen
Me duele la cabeza, el hambre me ha provocado temblores
Demasiada miseria, demasiada presión,
Y ahora estoy enfadado
Estoy viviendo con los nervios de punta, la realidad se tambalea
Mi mente está al límite.*

*¿Cómo voy a enfrentar el día de mañana
si ni siquiera puedo enfrentar el de hoy?
No tengo nada que perder, excepto mi cordura
y el derecho a volverme loco.
No me quedan opciones,
así que creo que me volveré loco.*

Megadeth. *The Right to go insane.*

LOS MALDITOS

Caminando hacia la pensión en la que vivo.
Un pie detrás de otro
y detrás
otro.
Y la soledad
es la única mujer
que me espera
al llegar.

Allí estarán:

El tío de la habitación 4:

No le hablan sus hijos,
ni su mujer.
De su habitación
sale una peste atroz
a beoda jubilación.
Ya está
todo recorrido.
Ya está
todo el pescado
vendido.

El tío de la habitación 3:

Te pide un euro
pal café,
su ojo izquierdo
hace tiempo que no ve,
secuelas del accidente
en la mina.
Se mete Prozac, olanzapina y ziprasidona,
el desayuno de los campeones,
antes de regalar su pensión
a las tragaperras.

El tío de la habitación 6:

Tiene síndrome
de Diógenes.
Solo viene a dormir.
Su habitación parece
un bazar chino,
y ahí se mete
cuando llega apestando a vino.
Uno más
entre sus trastos.

Me meto en mi habitación,
la número 2.
Hace frío
porque el precio del gasoil
está por las nubes.

Y aquí estamos:
Los perdedores
los malditos

los marcados
los vencidos.

Dicen que todo es posible.
Díselo al niño sin piernas
que quería ser Ronaldo,
al chaval sirio escondido
entre cadáveres,
o a mi pequeña gatita
tuerta y sidosa.

El destino nos marca
como a reses,
un dedo desde lo alto
nos señala.
“Ya está
todo el pescado
vendido,
y estos son
los elegidos”

MALOS TIEMPOS

1.

Todo se desmorona. Todo va mal.

Estoy tumbado en la cama de mi habitación de alquiler. No he pagado la mensualidad y no sé cómo voy a hacerlo. No tengo tabaco. Ni drogas. Pero me queda medio litro de cerveza marca *Emdbrau*. A mi alrededor los cascos vacíos de diversas botellas. Su tristeza y la mía se hermanan. La tristeza de un casco vacío, testigo mudo de un momento mejor. También me acompaña el ruido de la calle y el ruido de la vida y padecimientos de los habitantes del resto de habitaciones, que principalmente se reduce a sonidos provenientes de televisores o radios coronados con algún suspiro ocasional. Yo, afortunadamente, no tengo tele. Tampoco tengo nada de comer.

Eso sí, tengo varios libros tirados por el suelo: una biografía de Wittgenstein y Popper, las *Meditaciones* de Marco Aurelio, el último *Vinalia Trippers*, *A tumba abierta* de Oriól Romaní en edición fotocopiada, uno de relatos y poemas de Bukowski, *La cámara de niebla* de Xen Rabanal... También está Tom Wolfe por ahí tirado. Alimento para el espíritu no me falta, más o menos digerible pero, ¿quién le explica a mi impaciente estómago que ruge furioso este desequilibrio

entre mente y cuerpo? Quizá pueda intentar comerme el de Tom Wolfe, creo que ciertos insectos se alimentan del papel, la comida enlatada de perros y gatos también contiene un cierto porcentaje de celulosa, me parece recordar que un 0.7%; no hay que pasar por alto la fuente energética de ese grueso tomo, 460 deliciosas páginas, quizá con mayonesa... Aunque de la celulosa no se puede extraer energía ahora que lo pienso, solo es útil como digestivo, volvemos a necesitar algo que digerir, es una calle sin salida.

Escribo esto con la esperanza de sortear la locura y el suicidio durante un rato, un día más, no sé muy bien por qué. Intento no darme por vencido, pero es bastante difícil.

El tema está así ahí fuera: las calles se llenan de mendigos. El paro aumenta cada día en una sociedad hundida en una profunda crisis económica. La gente sueña con conseguir un curro de esclavo mientras los bancos se llevan todas las ayudas económicas en un vano intento de perpetuar un sistema inviable que agoniza. Estamos sembrando las semillas de un futuro de dolor, pobreza y desigualdad en una tierra presente cada vez más árida. Revueltas, protestas, frustración, dolor, todo ello forma parte de los indignados. El pasotismo, la auto complacencia, la indiferencia y el egoísmo forman parte de los beneficiados. Mientras, la policía carga contra los ciudadanos. La gente se sumerge en su estupidez. Sus culos engordan frente a la televisión mientras sucios reptiles les recortan los derechos y libertades en oscuros despachos al amparo de la noche. Ya todo el mundo sabe lo que es un E.R.E. Nos aguarda el desastre nuclear, o el climatológico, la ley de la selva, cabezas cortadas, miembros amputados, latas de conserva, hogueras a lo lejos que presagian amenazas. No es una situación irreversible, el futuro depende de nosotros, de nuestra capacidad de lucha, hay una mínima esperanza, siempre la hay, pero... lo siento, no tengo

ninguna fe en el ser humano, soy schopenhaueriano. El putito Mad Max se aproxima irrefrenable mientras moscas se posan en los ojos de niños con vientres hinchados y niñas sorben esperma de viejos en yates de Marbella. Yo estoy en medio de toda esta mierda sin saber cómo ni por qué.

Era un técnico de laboratorio respetado y aposentado. También era cocainómano. Ahora ya no hay nada de eso. Hace casi tres años que no trabajo, para bien o para mal, y es un misterio y un milagro cómo sigo aquí escribiendo esto. El principal motivo es que no me llega la pasta para comprar una pistola y no veo claro lo de arrojarme al vacío ya que vivo en un primero. Opto por tirarme un pedo solitario y triste que huele a vacío en lugar de a alimentos digeridos. Nada que digerir. Un callejón sin salida.

Hace unos días me dieron tres gatitos recién nacidos, su madre había muerto al darlos a luz. Tuvo seis, sacrificaron a tres y el veterinario me dio a los otros tres para que intentase sacarlos adelante, advirtiéndome de que era una tarea casi imposible. Las probabilidades de éxito eran prácticamente nulas. La mortalidad en gatitos huérfanos ronda el 70%, quizá más. No obstante decidí intentarlo. Al fin y al cabo, en mis delirios, me creo capaz de todo. Les compré una leche especial a base de proteínas lácteas y aceite de pescado, similar a los batidos de los culturistas. El pack incluía un biberón y dos tetillas, cogí todo y lo llevé a casa de mi chica. Su casa era más acogedora que mi cuartucho de alquiler y sus padres estaban de vacaciones, así que era la opción más lógica. Había que darles de mamar cada dos o tres horas y hacerles mear y cagar, lo que conseguía pasándoles un algodón húmedo por el culo y dándoles masajes, imitando los lametones que debería darles su madre. Resumiendo: había que imitar una vida que sigue su curso de forma normal, crear un sucedáneo de normalidad, engañar.

Jodidas bolitas de pelo inocentes. Seguimos los pasos al pie de la letra. Tuvimos éxito y nos emocionamos cuando empezaron a mamar solos del biberón, pero a los pocos días se nos murió el primero, uno blanco con un mechón rubio. Fue un día triste, muy triste. Fuimos a enterrarlo a la orilla del río, en un sitio bastante bonito, rodeado de vegetación, un pequeño oasis en medio de la urbe, mucho más hermoso que el sitio donde acabaremos todos nosotros. Mi chica y yo lloramos como unos cabrones ese día. No podía dejar de pensar en su triste y breve vida, venir al mundo huérfano para acabar muriendo a los pocos días sin siquiera haber llegado a abrir los ojos, con un biberón en lugar del pecho de una madre y una botella de agua caliente en lugar del calor del cuerpo de una madre. ¿Qué sentido tenía algo así? ¿Qué clase de mierda de vida es esa? ¿Y esta?

Los otros dos evolucionaron mejor. Resultaron ser un macho y una hembra preciosos. Cuando al fin abrieron los ojos fue un momento muy emocionante. También empezaron a desarrollar cada uno su propia personalidad. Nos llenaba ver todo el proceso. La hembra era temeraria, un poco tonta, ansiosa y muy pesada, sobre todo a la hora de comer y cagar. El macho era tranquilo, callado, inteligente y con el porte de un aristócrata. A mi chica y a mí nos vino bien tener a esos gatitos ya que no atravesábamos nuestro mejor momento. Llevábamos ya un tiempo juntos y la ensoñación del comienzo había acabado dejando paso a las rayadas y amarguras. Discutíamos mucho, por multitud de chorradas, estábamos siempre tensos y paranoicos. Pero el cuidado de los cachorros había marcado una tregua, nos había tranquilizado y enternecido, supongo que había activado alguno de nuestros ancestrales instintos paternofiliales.

Nos metimos en una rutina sencilla y feliz: cuidar a los gatitos, saquear la nevera de sus padres, fumar maría, dormir juntos... Una rutina plena, sencilla y agradecida. Casi olvidé mi situación metido en aquella burbuja, ya no me acordaba de mi nevera con eco y el ruido de los pedos y eructos de las habitaciones colindantes. Pero... ¡ay!, nada dura eternamente. Los padres de mi chica volvieron de sus vacaciones y los gatos y yo tuvimos que salir de allí escopetados antes de que nos vieran. Huimos como fugitivos en mitad de la noche.

Me los traje al cuartucho. Ellos no hacían mucha vida más allá de su pequeña cuna así que no se quejaron del desorden y la suciedad. Sus necesidades me mantenían ocupado y su presencia me hacía compañía en las frías noches de lectura y meditaciones pesimistas. Tenían ya veinte días, estaban gordos y hermosos. Lo habíamos logrado, habíamos sorteado a la estadística.

Yo estaba tumbado en la cama jugueteando con ellos. Mi chica había salido a ver a unas amigas, para tomar algo y hablar de sus cosas. Me fijé que la gatita hembra no estaba con el ánimo habitual, se encontraba mucho más apagada. Como ya he dicho era un animal muy inquieto, ahora en cambio estaba acurrucada y apática. Parecía que algo no marchaba bien, quizás fuese una ligera indigestión, no tenía ganas de comer y tampoco había logrado hacerla cagar, además se quejaba sonoramente cada vez que lo intentaba, un quejido extraño, triste, de derrota, de mal rollo. Cogí su pequeño cuerpo peludo de pocos gramos y lo coloqué sobre mi pecho para darle calor, agarré su cabecita e hice que me mirara fijamente.

—¿Qué te pasa cosita? ¿Te encuentras mal? Yo estoy aquí contigo. No te pongas mal ahora que ya ha pasado lo peor. Tienes una gran vida por delante. Ya verás, te buscaré un bonito hogar, serás muy feliz. Te lo prometo enana. Cazarás mariposas, vendrán gatos a verte al jardín.

Su mirada era una mezcla de ternura y cansancio, emitió un suspiro y se acurrucó sobre mi pecho. No estaba bien, se notaba, e iba empeorando por momentos. Empezó a llorar, emitía quejidos que te helaban la sangre. Yo no sabía qué hacer, llamé a mi chica.

—¡Hey! Hola.

—Oye tía, la gatita está mal, está empeorando, no sé qué hacer, me estoy poniendo muy nervioso.

—Bah, seguro que no es nada.

—No sé, no me gusta, está jodida, en serio.

—Tranquilo. Mira, vente si quieres. Estoy aquí con estas, nos tomamos unas cervezas y te da un poco el aire, creo que lo necesitas.

—No sé, no quiero dejarla sola, empeora por momentos.

En ese momento la gatita emitió un quejido estremecedor.

—Joder sí, ya la oigo.

—Ven aquí tía, date prisa. No me gusta nada esto, creo que se nos muere.

—Vale, vale, tranquilízate, ahora voy para allá.

Colgué y continué acariciando al gato y poniéndome cada vez más nervioso. Llevaba unos días encerrado en mi cuartucho de alquiler, fumando, bebiendo, sin poder dormir, dándole vueltas y más vueltas a mis problemas, todo eso no ayudaba a mi estabilidad mental y lo que menos necesitaba era que les pasase algo a los gatitos. Eran un asidero, un reto que había que superar para no sentir que mi vida era un gran vacío. Puede parecer que exagero, pero así era, no se trataba solo del evidente cariño que les había cogido, era mucho más que eso, una metáfora de algo mucho más grande. No hacía falta que te diagnosticasen cáncer de colon para hundirte del todo, podían ser las mierdas del día a día, la nula esperanza, el futuro incierto, la sospecha del fracaso inminente e infinito. Cuando estás al borde del abismo pierdes la perspectiva,

pierdes el equilibrio, de ahí lo de desequilibrado. Tienes que agarrarte a pequeñas cosas que te hagan olvidar todo lo atroz que te rodea. La cordura necesita cimientos, asideros.

En el caminar a través de la derrota lo más habitual es beber para olvidar, siempre ha sido la opción más divertida. Aunque lógicamente buscar el equilibrio en la ebriedad es un contrasentido, un error típico que carece de importancia no obstante una vez sumergido en el acto en sí. Si crees tener algún talento también te agarras a eso, es más sano y consecuente. Son pequeños asideros para sortear la quizá inevitable locura. “Sí, no tengo futuro y mi pasado es una mierda, toda una vida de frustraciones y pesares a mis espaldas. Me dieron consejos útiles, pero me creía muy listo. Ahora estoy aquí, tirado, sin un duro, en la miseria corporal y espiritual. Sí, es cierto, pero, ¡hey! He salvado a unos gatitos de la muerte. ¡Jódete!” Son pequeñas cosas como esa las que te salvan, intentar hacer algo bien, intentar burlar un destino cruel y oscuro. Las pequeñas cosas son las que te salvan de la muerte, pero también son las que te pueden arrojar al abismo, las pequeñas cosas... Ya lo dijo Bukowski en un poema llamado *El cordón del zapato*:

*“...No son las cosas importantes las que
llevan a un hombre al
manicomio. Está preparado para la muerte o para
el asesinato, el incesto, el robo, el incendio,
la inundación.*

*No, es la serie continua de pequeñas tragedias
lo que lleva a un hombre al
manicomio...*

*no es la muerte de su amor
sino el cordón del zapato que se rompe
cuando tiene prisa...”*

Finalmente llegó mi chica y me sacó un poco de toda esta espiral descendente.

—Hey, ¿qué tal cariño? He venido lo más rápido que he podido —dijo dándome un beso.

—Mal, muy mal. Estoy mal, estamos mal. Tía, ¿tienes tabaco?

—Claro, toma. ¿Dónde está la gatita?

—Ahí.

—A ver...

La examinó pacientemente, la acarició.

—¿Cómo la ves?

—No sé. Está mal, se nota... Pero bueno, puede que solo sea una indigestión.

—No sé, puede...

—Joder Carlos, tú también tienes muy mala cara.

—Creo que me estoy volviendo loco al fin.

—Siempre has estado loco.

—Sí, pero me refiero a la parte que ya no es divertida.

—Deberías haberte venido, ¿cuánto llevas encerrado en este cuarto?

—Ya, lo sé, pero no tengo ni un pavo.

—Joder, tranquilo, un par de cervezas te las puedo pagar yo, necesitas que te dé el aire.

—Te lo agradezco, pero no soporto que mi chica de 20 años tenga que pagarme las cervezas.

—No digas gilipolleces anda, estás pasando por muchas cosas y aquí encerrado solo no vas a llegar a ninguna parte, solo a amargarte.

—De todas formas paso de moverme con el gato así.

—Lo podemos llevar al veterinario.

—¿A esta hora?

—Alguno habrá de urgencia.

—Joder, ¿tú sabes lo que cuesta eso?

—Y dale Carlos, no te preocupes, yo lo pago.

—De eso nada. Mira, esperamos a mañana y la llevamos a primera hora al veterinario de mi hermana, el que me los dio, y así no me cobra.

—Como quieras.

—Joder, deberías haber venido antes, parece que te la suda.

—¡Oye, no la pagues conmigo eh! Tranquilito.

—Mierda, tienes razón, lo siento, estoy paranoico.

—Venga, cálmate, estoy aquí.

Me acarició el pelo y ambos, la gatita y yo, nos acurrucamos en su regazo. Por un instante las tinieblas se alejaron.

Ella podía hacer estas cosas. Era la mejor. La única.

Acabamos durmiéndonos a su lado.

Me pude haber despertado antes, pero no lo hice.

Cuando finalmente me levanté de la cama fui a ver a la gatita. Estaba muy débil, no había mejorado en absoluto, puede que incluso hubiese empeorado algo. Nos vestimos para ir al veterinario. Muy probablemente su estado de debilidad se debiera a que prácticamente no había comido en todo un día así que antes de irnos preparé un biberón. Cogí a la gatita en mi mano, era como un trapo, no tenía apenas fuerza. Intenté hacer que comiese, pero no quería, se apartaba y se quejaba mientras la leche le caía por la cara.

—Venga tía, tienes que comer para ponerte bien —supliqué.

No había manera. Se resistía a comer. Lo hice a la fuerza y conseguí introducir un poco de leche en su boca. Se la tragó y me miró fijamente. Su mirada era tristísima. Mientras me miraba emitió un profundo quejido y se murió. Ahí, en mi mano. Lo vi claramente, vi cómo se apagaba.

—Mierda, no.

—¿Qué pasa? —Preguntó mi chica mientras se vestía.

—Se nos ha muerto.

Dejé a la gata en la cama. Empecé a ver borroso. Me giré y pegué un puñetazo de rabia sobre lo primero que me encontré, que resultó ser el armario.

—¡Eh Carlos, espera, creo que todavía está viva, la noto respirar!

—¿Seguro?

—¡Sí, venga, vámonos rápido!

Salimos del cuarto, nos montamos en el coche y fuimos a toda velocidad al veterinario. Pasamos sin esperar pero ya llevábamos un cadáver. El veterinario solo lo confirmó.

—Lo siento, ya os dijimos que con gatitos huérfanos es muy difícil sacarlos adelante.

—¡Pero si hasta ayer estaba bien!

—Pero con los gatitos es de un día para otro. Si queréis podemos encargarnos del cuerpo.

—No, gracias, iremos a enterrarlo.

—Como queráis. Lo siento.

Y allí nos fuimos, otra vez rumbo al río. Íbamos callados, sollozando, con la gata envuelta en una camiseta. Hacía un bonito día, la gente paseaba por los alrededores disfrutando de la mañana y el sol, con sus parejas, con sus mascotas, haciendo deporte, ajenos, lejos.

—Mierda, nunca pensé que haríamos este camino otra vez —dijo mi chica.

—Yo tampoco, parecía fuera de peligro ya.

—Era tan bonita... Tenía pensado quedármela.

Se echó a llorar. Nos abrazamos.

Fuimos adentrándonos en el borde del río y buscamos el lugar en el que habíamos enterrado al primero. Llevábamos un cuchillo para hacer el agujero y me puse a cavar deprisa,

rabioso y frustrado, acuchillando a la madre tierra, a toda la naturaleza. Cuando estuvo hecho el agujero la metimos ahí y la cubrimos para siempre. Se me empezaron a caer las lágrimas. Mientras mi chica buscaba una flor que poner encima de la tumba yo elevé mi vista al cielo.

—Tú, maldito hijo de puta, algún día me las pagarás, me las pagarás todas juntas, te lo prometo.

Dudo que me oyese, tampoco creo que lea esto.

Nos sentamos a fumar un cigarro mientras el sonido del agua nos arrojaba. Yo, inevitablemente, pensaba en la muerte. La muerte de un animal, o de una persona, eran todas iguales, absurdas. ¿Por qué unos sobreviven y otros no? En este caso no había razones. Sin llegar a demostrar capacidad de adaptación alguna. Era una lotería. La jodida lotería de la vida. Absurda, sin razones, sin explicación. No había sentido ni causa. El caos, o el orden superior e indescifrable, lo mismo me da. Ese era el motor primordial. Ese era el marco. No conviene olvidarlo. La aparente fría crueldad de la muerte no es más que la sombra silenciosa bajo nuestros pies.

Todos nos creemos eternos, perdemos el tiempo porque estamos convencidos de que nos queda una vida larga y plena, experiencias fascinantes por vivir, gente a la que conocer y amar, cosas que descubrir. Vivimos en una dulce mentira y nos acomodamos. Pero todo puede acabar bruscamente ahora mismo. Sin sentido. Sin causa. Sin explicación. Quizás no llegues a acabar de leer este relato, ¿a que no lo has pensado? Claro que no, te crees que te queda mucho por leer, mucho por vivir. Pero quizás no sea así amigo. Tu tiempo se acaba, nadie girará el reloj de arena cuando caiga el último grano. ¿Qué vas a hacer con tu insignificante puñado de arena? Una explosión de gas causada por el idiota del piso de abajo te lo puede arrebatar todo en unos minutos. O el tipo completamente derrotado porque tiene un pene pero nada

que hacer con él, ningún sitio donde meterlo, y sale a la calle armado con una escopeta y la esperanza de no marcharse solo, no esta vez. O la señora que no ve el paso de cebra. O el fanático que se inmola en el metro para ir a un lugar mejor, lleno de vírgenes complacientes. O, simplemente, tu corazón que no aguanta ya más y decide pararse sin preguntar. Piensa en ello, a cada instante le toca a alguien, ¿por qué no ibas a ser tú? No eres mejor, ni más listo, y, aunque lo fueras, eso no importa una puta mierda. ¿Cómo quieres que te encuentre la muerte? ¿Fichando a las siete o abrazando a tu chica? ¿Fumándote un peta en el parque o viendo la tele? ¿En un centro comercial o viendo el amanecer? ¿Masturbándote o limpiando las cortinas? Yo por suerte lo tengo claro.

Por cierto, el tercer gatito sobrevivió. Está sano y precioso, es la monda.

2.

La tumbé sobre la mesa y me arrodillé. Genuflexioné. Me disponía a orar. Me disponía a beber el cáliz sagrado de la santa copa. Los rayos del sol me iluminaban bendiciendo mi frente. Era observado y bendecido por la divinidad. Su respiración acelerada como banda sonora a la eucaristía.

Saqué la lengua y empecé a comerle el coño. Suavemente, con delicadeza, despacio. Respondía a mi llamada desesperada brindándome su néctar, derramándose por mis

labios. No pudo evitar agarrarme de la cabeza, intentando dirigir mi boca. Aceleré el ritmo para no perder mi posición de poder. Cerraba los ojos y me recreaba en mi labor mientras ella gemía desesperada en su desbocado viaje hacia el placer, perdiendo las riendas y deseando la colisión.

—Métemela, por favor.

—Aún no.

Continué sorbiendo desesperado, abrazando a través de mi lengua toda su existencia, intentando llevarla lejos. Me levanté con la barba chorreando y me bajé los calzoncillos. Mi polla estaba dura como un garrote, enloquecida como un animal acorralado. Miré a ambas. Ella estaba completamente a mi merced, tumbada sobre la mesa. Me puse en posición y la penetré. Su coño me abrazó y besó satisfecho, noté la agonía de su impaciencia mientras me abría paso. Ella gritó y me abrazó con el resto de su cuerpo. Era estupendo estar ahí dentro, formar parte de ella. El mundo giraba alrededor nuestro, en ese momento éramos el eje del universo. Quería correrme e inundarla de esperma, que manara dentro de ella y su calor le llegase hasta el alma. Me concentré para no hacerlo y poder seguir penetrándola un poco más.

—¡Oh Dios, joder, joder!

—¿Te gusta verdad?

—Me encanta.

—Dilo.

—Me encanta que me folles.

—¿Notas cómo la tengo?

—Está durísima.

—Mira cómo entra toda.

—¡Sí joder, no pares!

—No pienso hacerlo.

Estaba estupenda sobre la mesa, me encantaba follar ahí, estando yo de pie, abrazado por sus piernas, con las manos

sobre sus tetas. La besé mientras empujaba hasta todo lo que daba de sí mi polla, introduciendo hasta el último milímetro mientras la miraba a los ojos. Gimió. La tuve que sacar deprisa para no correrme. Agarré su cintura y la di la vuelta sobre la mesa. Me relamí observando su espalda y su culo antes de volver a penetrarla. En esta postura me costaba algo menos aguantar, con cada embestida la mesa golpeaba en la ventana. Era de día y podía ver a la gente paseando mientras yo follaba. Tenía un instituto justo en frente y veía a los chavales corriendo por el pasillo. La gente caminando, los coches, todos perdidos de un lado para otro como insectos, todos jodidos pero yo jodiendo. Al menos esto no me lo podían quitar. Una señora miró hacia mi ventana incrédula por lo que veía. Estuve tentado de saludar. Cuando se dio cuenta de que verdaderamente lo que veía era lo que estaba pensando bajó la mirada y continuó su camino. Yo continué el mío. Volví a girarla sobre la mesa. Estaba sudorosa y exhausta pero no le concedí clemencia y volví a metérsela. Aceleré el ritmo mientras observaba su cara convulsionarse. La gente seguía caminando ajena, más lejos que nunca.

—¡Dios, me voy a correr!

—Venga, córrrete tía y me correré contigo.

—¡Me voy a correr!

Cuando sentí su orgasmo me corrí yo también, expulsando mi esperma plenamente, como si lo hiciera sobre la tierra misma como un poderoso dios. Me corrí sobre las calles y las plazas, sobre el instituto, sobre la parada de taxis, sobre la señora y su marido, me corrí sobre todos vosotros.

Luego nos fundimos en un abrazo y noté todo el cansancio, mi corazón desbocado llamando sobre mi pecho como un vecino cabreado por el ruido de una fiesta. Podría morir allí mismo, y lo intenté.

—¿Te ha gustado?

—Claro.

Estuvimos así unos minutos, disfrutando de nuestra plenitud, luego tuvimos que volver aquí y vestirnos. Ella miraba por la ventana mientras se vestía.

—Qué canteo, ¿crees que nos habrá visto alguien?

—Seguro, yo he cazado a una señora mirando.

—¿En serio?

—Claro, y seguramente nos habrán visto desde el instituto también.

—Jajajaja.

—Que les jodan a todos.

—Te quiero.

—Y yo a ti, tía, y yo a ti.

—Bueno, me largo que he quedado para comer con mi madre.

—Venga, pues ya nos vemos luego.

Después de que se fuera me tumbé en la cama y me quedé mirando al techo, la vida se veía de otra forma tras follar, todo era ligeramente mejor, más tranquilo. El poder de un buen polvo con una buena chica, todos deberían tenerlo, sería una sociedad más feliz, amable y realizada. Rebusqué un cigarro por la habitación, encontré uno encima de la mesita y me lo fumé tranquilamente mientras olisqueaba mi mano que aún olía a ella. Cuando se me acabó el cigarro volví a esnifar el aroma de mi mano para coger fuerzas y me puse en marcha.

En la calle el sol iluminaba las penurias de la humanidad. Puse rumbo a la biblioteca municipal para ojear la sección de empleo del periódico. Era una tarea deprimente, un bucle de desesperación, no obstante seguía haciéndolo porque nunca sabes cuándo sonará la flauta, pero no podía quitarme el barniz de escepticismo que se adhería a mí como una apetosa costra. La cosa estaba jodida, bien jodida. Nuestro

sistema daba sus últimos suspiros. Eran tres años ya de una crisis económica brutal, escuchabas historias de familias que sobrevivían a duras penas, echando mano de los menguantes ahorros, agotando los subsidios y ayudas, acudiendo a los amigos o a la mendicidad. Una de cada tres familias caminaban en los límites de la pobreza, perdían sus casas a manos de los bancos sin escrúpulos. Gente sin posibilidad de ahorro, viviendo al día, donde un gasto inesperado suponía la ruina y la desesperación. Ninguno de mis amigos curraba, la gente se veía de vuelta en casa de los padres con treinta y tantos años. El alcoholismo y los suicidios aumentaban. Un panorama desolador, pre-apocalíptico.

La sección de empleo del periódico se había convertido en la sección de oferta de cursos y estafas varias. Ya me conocía todos los anuncios de memoria: “Gane 2500 euros trabajando cómodamente desde su casa” “Próxima convocatoria de plazas para correos, guarda forestal, hospitales, oportunidad única”. La misma mierda día tras día. De repente vi algo nuevo, “Se necesita personal para fábricas, cadena de montaje, no necesaria experiencia, varios puestos” Parecía real, no era una puta academia. Yo ya había estado en fábricas, desperdiicé toneladas de tiempo en ellas, era un puto infierno, reducía tu vida a la de una insignificante pieza del engranaje, la transmutación en tuerca. Pero era lo que había, la gente se mataba por un curro así. Al menos contaba con experiencia en el sector y era algo de dinero para seguir malviviendo. Me apunté el número. Hojeé el resto del periódico, era deprimente, pero entre toda la información sobre crisis, muertos y corrupción encontré una noticia que me sacó una sonrisa: “Epi y Blas ya no son pareja. Los creadores de ‘Barrio Sésamo’ desmienten en facebook la homosexualidad de sus personajes a los que tildan de “amigos” EFE Los Angeles” En fin, todos sabemos que no es cierto, pero bueno.

Ya en el exterior de la biblioteca aspiré hondo, desenfundé mi móvil y marqué el número del curro con la esperanza de transformarme en tuerca una vez más.

—¿Sí?

—Buenas, llamaba por...

—¿Está interesado en el trabajo ofertado para fábricas?

—Eh...Sí.

—Tiene que llamar al número 902183765, referencia 3355.

—Pero...

La tipa al otro lado me colgó antes de que pudiera balbucear. Ahí estaba el truco, un puto 902. Lo pensé durante un rato, sabía perfectamente de que iba la cosa, no obstante llamé ansiando el dulce sonido de la flauta travesera, me contestó una voz pregrabada.

—El coste de esta llamada es de 1.57 euros por minuto desde teléfono ordinario y de 2.18 desde teléfono móvil, permanezca a la escucha e introduzca el número de referencia cuando sea indicado.

Acto seguido comenzó a sonar una melodía de ascensor. Confirmado el hecho de que se estaban riendo en mi puta cara colgué furioso. Nada más colgar me llegó un mensaje. “El saldo de su tarjeta es inferior a dos euros, si necesita un anticipo de saldo llame al 2233”

Necesitaba un cigarro, ¿me lo darían en el 2233?

Volví a mi cuartucho furioso, sorteando mendigos y gente sin cara. Había gente aprovechándose de la desesperación de los pobres diablos, de los parados desesperados, podía oír sus risas, podía oler sus puros humeantes. ¿A qué esperábamos para afilar los cuchillos y prender las antorchas? ¿A QUÉ COJONES ESTÁBAMOS ESPERANDO?

Al acercarme al portal vi que la casera estaba en la puerta, nuestras miradas se cruzaron antes de que pudiese

reaccionar y darme la vuelta, me había cazado, no había vuelta atrás, me acerqué disimulando.

—Buenos días.

—Hombre Carlos, he estado llamándole.

—¿En serio?

—Sí, va atrasado en el pago de la habitación.

—Sí, verá... Ahora mismo no tengo el dinero, pero estoy pendiente de una cosilla.

—¿Cuándo podrá pagarme?

—El lunes, el lunes sin falta.

—No es la primera vez.

—Sí, pero ya sabe, son malos tiempos.

—Sí, la verdad es que está el país que da pena, pero comprenderá que yo también tengo facturas que pagar.

—No se preocupe, el lunes le pago.

—Eso espero.

—Bueno, si me disculpa... -Intenté sortearla sin éxito.

—Una cosita más.

—Dígame.

—Verá, esto es un poco embarazoso.

—¿Sí?

—He recibido quejas.

—¿Quejas?

—Sí, del director del instituto.

—No entiendo.

—Por lo visto le han visto en actitud, como decirlo...

Bueno, le han visto con una mujer, en la ventana.

—No me diga.

—Sí, y por lo visto es algo habitual. Yo comprendo que cada uno hace su vida, y que tiene necesidades, pero entienda que ahí estudian niños y, claro, no es agradable de ver, si usted tiene compañía sería conveniente que eche las cortinas.

—Ya, entiendo...

—Dicen que si continúa así podrían denunciarle por exhibicionismo.

—No creo que sea posible, estoy en mi habitación.

—Sí, pero no me conviene crearme mala fama con la comunidad, usted lo comprende ¿verdad?

—Por supuesto, intentaré ser más cuidadoso.

—Se lo agradezco.

—Bueno, si me disculpa... —Intenté sortearla sin éxito.

—Una cosita más.

—Dígame.

—Respecto a los ruidos.

—¿Ruidos?

—Sí, se han quejado de las otras habitaciones de que viene gente a verle, traen botellas y causan molestias a los otros inquilinos.

—Bueno, tengo que hacer vida social.

—Sí, lo entiendo, pero es que eso ocurre entre diario y hay gente que madruga y necesita dormir.

—Está bien, tendré más cuidado. ¿Algo más?

—No, eso es todo, entonces tiene pensado pagar la mensualidad el lunes ¿no?

—Sí, el lunes.

—El lunes pues.

—El lunes.

—Bien, intente no posponerlo.

—Se lo prometo, el lunes.

—El lunes.

“¿Qué día será hoy?” Pensaba mientras subía las escaleras.

Ya en mi cubil empecé a pensar, a pensar en las pequeñas cosas. Las paredes se me echaban encima. Nada de beber, nada de comer, nada de fumar. Me olisqueé la mano, la fragancia vaginal aún estaba ahí, me alimenté de ello. Me acerqué a la ventana y miré a la calle. Los putos insectos

deambulando perdidos, a pie y en coche. Miré hacia el instituto, había un par de chicas en una de las ventanas, me lanzaron un beso y empezaron a reírse, yo las saludé con la mano. Desengañémonos, seguro que ningún chaval se había quejado, las sesiones de porno en mi ventana eran lo mejor del día para ellos, mirar hacia mi ventana los sacaba de su aburrimiento escolar. Eran los putos profes carcas y envidiosos los que no podían aguantarlo. Jodidos insectos y roedores. Maldita sociedad de mierda. ¿Por qué el ser humano nunca se lo curra? En toda la historia de la evolución no habíamos aprendido absolutamente nada, ni una maldita cosa. Así es el ser humano, así ha sido siempre. A la avaricia se le suma la torpeza, inherentes al ser humano, ambas incompatibles. Buscar el amor verdadero pero también follárselas a todas. Éramos muy torpes.

Me giré, los cascos vacíos me miraban fijamente. Las paredes se estrechaban. Decidí salir de nuevo.

Gente por la calle, en todas partes, y no obstante me sentía solo. Las pequeñas cosas. Sentía frustración, rabia, odio. Si este es el juego, juguemos. La camaradería de los derrotados había desaparecido. Estaba rabioso. Quería esparcir el mal y el dolor a mi paso, no quería que fuese solo mío, ¿no se supone que hay que compartir? Quería arrojarlo desde cada uno de los desbordados poros de mi piel a la cara de cada ser a mi paso. Frustración, rabia, odio. Hacía más las palabras del gran Mike Tyson: “Da igual lo que yo diga, a vosotros no os importa, porque solo os importa el dinero. Por eso, de vez en cuando, os doy una patada en el puto culo y os pisoteo, os hago algún tipo de daño, porque os merecéis sentir el dolor, parte del dolor que yo siento. Me gustaría que tuvierais hijos para partirlas la puta cabeza y romperles los testículos, para que sintieseis mi dolor, porque eso es lo que siento cada día al levantarme.”

3.

Volvemos al río. Por suerte esta vez no iba para enterrar a ningún gato, simplemente vagaba por ahí sin rumbo concreto, bebiendo la melancolía del inicio del otoño. Ahora oscurecía antes, empezaba a hacer frío, ya no había tanta gente paseando con los perros ni haciendo footing. Me siento más acompañado cuando hay menos gente, no me gusta la gente en general, y raras veces en particular, siempre ha sido así. Algunas personas se alimentan de otras, son los que necesitan pasar la tarde en el centro comercial. Ruidos, luces, voces, todo ello los relaja ya que con tantos reclamos sensoriales evitan replegarse sobre sí mismos, evitan reflexionar. La reflexión en soledad suele ser compañera de la depresión y claro, nadie quiere sentirse mal. Creo que es un error, la soledad es un bien escaso en nuestro tiempo porque obliga a pensar, y pensar te hace rebelde y combativo, te hace difícil de controlar, es más cómodo que estemos todos juntitos paseando entre electrodomésticos, consumiendo sin cuestionarnos las cosas. La soledad y la reflexión a priori no te hacen feliz, pero el consumismo y las aglomeraciones desde luego tampoco, es un callejón sin salida, no lleva a ninguna parte como bien sabrán quienes estén metidos en ese círculo. Los medios te manipulan para que creas desear cosas que se acaban transformando en objetos inútiles una vez conseguidos y son reemplazados por otros hasta el inevitable y

vacío final. Se supone que existe un estado de plenitud y está relacionado con el vacío, o eso dicen ciertos místicos, no conozco ningún profeta que se iluminase en un burger o en medio de una tienda de ropa. Esos sitios solo son granjas de contención dirigidas por las corporaciones alienadoras, los que manejan el cotarro, les ha llevado tiempo, pero parece que ha resultado eficaz. De vez en cuando la gente parece despertar, en situaciones al límite como la actual. Uno se entusiasma pero resultan ser espejismos, es simplemente cambiar un sistema por otro que tras el entusiasmo inicial se volvería a revelar erróneo. Cuando vuelves de una manifestación sintiendo la embriaguez de la lucha y la camaradería enciendes la tele y te das cuenta de la inutilidad de todo ello, percibes que nada cambiará, que todo se derrumba. El afán de dominación y poder están demasiado arraigados en el ser humano, en lo más profundo de su ser. La lucha por la existencia es el motor del universo, da igual como lo adjectives, es la “cosa en sí”. La diferencia para el ser humano la marca la inteligencia, la suerte, a veces el entorno, de ello depende estar en un extremo o en otro, ideales como la justicia están muy por debajo de este magma primigenio e inalterable. En el fondo cualquier tipo de lucha a cualquier nivel se reduce a un ansia de dominación. Quizá como dicen los místicos la salida esté en la negación, salir de la rueda, quedarte sentado en la orilla de un río viendo el movimiento de las aguas hasta que mueras de hambre, hasta que te desintegres en la nada, la negación de la voluntad que diría el tío Arthur. Es la única lucha posible y aun así es absurda por su muy probable condición de mera rabieta existencial. No hay salida. ¿A qué se reduciría pues la vida? ¿Por qué cosas o estados merece la pena luchar? Si es que merece la pena hacerlo por algo. Yo no tengo ni idea y no me importa, son conceptos que están en mí y a la vez por encima de mí, son pasatiempos mientras

sigo muriendo. Lo único cierto, mi fecha de caducidad, como la de un yogur.

Soy un yogur.

Los místicos proponen la negación, la disolución, o si lo quieres expuesto de forma más optimista, la conexión con la plenitud. El rollo taoísta de la gota de agua que se disuelve en el mar. Pero, si esa disolución llegará de un modo u otro con la muerte, ¿qué diferencia hay en buscarla premeditadamente o simplemente dejar que venga? Bueno, ahí ya entraría el rollo de la reencarnación, y no hablo de ello, por supuesto, de un modo meramente corporal o de consciencia sino en toda la amplitud de la existencia. Si llegas a la nulidad por la vía de la iluminación sales de la rueda de la reencarnación, eso es lo que dicen. La cosa entonces se complica y hay que recurrir a la figura del alma como unidad valiosa con posibilidad de escape, como una cápsula que escapa de una nave a punto de colisionar, la cuestión es: ¿para ir a dónde? Volvemos al absurdo. Volvemos al río.

La cuestión es que me hice un porro y me lo fumé escuchando el correr del agua. Es relajante, un sonido inalterable en la infinitud del tiempo, el rumor del habla de los dioses, creo que Tolkien decía algo así en el *Silmarillion*, pero a lo mejor me lo estoy inventando, no he vuelto a leerlo desde que era pequeño. Luego volví a ver en el agua el ansia de dominación inherente a la existencia. El agua atraviesa el terreno, perfora hasta las piedras en su lucha por llegar al mar y disolverse, volvemos a lo mismo. Me estoy rayando.

Tiré la colilla al agua deseando que encontrase el mar, la plenitud cósmica de la colilla, o lo que fuese, la tiré y me largué a casa de mi piva antes de que me acabase arrojando yo también al río.

Sus padres se habían vuelto a largar unos días. Otra vez intimidad y nevera llena, pero no podía disfrutarlo, se

notaba la tensión en el ambiente. Habíamos discutido por la mañana, además yo estaba dándole vueltas a lo que acabo de escribir y mi estado era de un pesimismo máximo.

Intentamos follar pero no cuajó, mi voluntad de vivir era escasa, quizás estaba alcanzando el zen mediante la negación de las pasiones, pero no lo creo porque el caso es que estaba cabreado, mucho, conmigo y con el mundo.

—¿Qué te pasa cariño?

—Todo es inútil.

—Joder, ya estamos.

—No sé tía, estoy de bajón, me resulta difícil abstraerme del vacío y el absurdo de toda la existencia.

—¿Por qué no te relajas?

—Porque es inútil, todo es inútil.

—Ya veo. ¿También lo nuestro lo es?

—Todo lo es.

—Joder, entonces no se qué estamos haciendo.

—Pasar el tiempo supongo.

—¿Eso es lo que haces conmigo, pasar el tiempo?

—Como tú.

—Yo puedo pasar el tiempo de muchas formas, si estoy contigo es porque te quiero.

—No me vengas con esas.

Me di cuenta que la estaba cagando, pero en mi nihilismo me la sudaba todo.

—Carlos.

—Dime.

—Eres un gilipollas.

—¿Por?

—¿Cómo que por? Vas y me sueltas esta perla. Mira tío, si estás conmigo solo para pasar el rato búscate otra, yo no voy a estar aquí dándolo todo por alguien que no cree en esto.

—¿En esto?

—Sí.

—¿Y qué es esto?

—¡Una relación joder! El estar aquí por algo, un cariño, una necesidad, querer estar con la otra persona porque la consideras especial, ¡yo qué coño sé! Pero desde luego no por “pasar el rato”.

—Sí tía, todo eso es muy bonito, pero inútil, es ley de vida, la puta mierda de siempre. Discutiremos cada vez más, follaremos cada vez menos y nos mandaremos a la mierda tarde o temprano, siempre ha sido así, me encantaría ser optimista, me encantaría vivir en una peli de Walt Disney, pero te hablo de lo que conozco, no me puedes echar la bronca por ser sincero, tarde o temprano todo acabará, mientras tanto pasamos el rato.

—Desde luego va a acabar pronto con esa actitud.

Se levantó furiosa y comenzó a vestirse. Muy bien Carlos, ya has tenido que arrojar tu mierda sobre ella. La verdad es que soy un capullo integral, al fin y al cabo qué sé yo de nada.

—Hey tía, lo siento, solo es lo que pienso, pero qué sé yo.

—¡Que te jodan!

—¿Dónde vas?

—No sé, a la cocina, a comer algo.

—¿Quieres que me marche?

—Haz lo que quieras Carlos.

Salió de la habitación. Yo me quedé ahí, tumbado desnudo en la cama, vacío y patético, con mis huevecillos arrugados e inútiles, con todas mis estupendas teorías pesimistas. Lejos de la iluminación.

Suspiré y entoné el Ohm. No resultó. Me miré el pene, pobrecillo. Me levanté y comencé a cubrir mis vergüenzas. Lejos de la iluminación.

Salí de la habitación y fui a la cocina, allí estaba ella, pelando patatas. No me miró cuando entré, me acerqué por detrás y le puse las manos sobre los hombros, ella no dejó de pelar patatas.

—Oye tía lo siento, soy un capullo, perdóname.

—Qué más da, todo es inútil.

—Venga, trato de arreglarlo.

—¿En serio piensas así?

—No me hagas caso, yo que sé, yo no se nada joder, solo desvarío.

—No lo creo.

—Mira, lo que he dicho es cierto, pero también es cierto que no he conocido a nadie como tú, yo que sé lo que va a pasar.

—Pero no confías en ello.

—No sé, a veces, estoy rayado, tengo un mal día, no me hagas caso.

—Ya.

—Lo siento.

—Ya.

—¿Vas a hacer patatas fritas?

—Sí.

—Qué bien.

—Ya.

—Venga joder, ánimo.

—No pasa nada.

Suspiré. Recurrí al Ohm. Lejos, muy lejos de la iluminación.

—¿Quieres que te ayude?

—No hace falta.

—Bueno, voy al salón.

Me escabullí de la espesa tensión rumbo al sofá de sus padres y me arrojé derrotado sobre él. Estuve un rato pensando en qué hacía allí, dónde podía ir, qué objetivo,

qué hacer, dónde podría estar la maldita salida. Estuve un buen rato meditándolo. No llegué a nada, por supuesto, pero seguía intentándolo cuando ella entró por la puerta y se tumbó a mi lado. Apoyó la cabeza en mi hombro y me cogió la mano. ¡Qué loca estaba! ¿Cómo podía nadie buscar apoyo en alguien como yo? No tenía nada que ofrecer, estaba condenado.

—Carlos.

—Dime Paula.

—Mira, sé lo que dices, sé lo que te preocupa, pero si tengo algo claro es que te quiero, te quiero mucho, y dudo que quiera estar con nadie nunca más.

—Joder tía, eso es precioso.

Nos abrazamos.

Nos abrazamos.

Las pequeñas cosas son las que pueden hundirte,
el cordón del zapato.

Pero también hay otras,

estas,

a veces.

Una frase.

Un abrazo.

Nos abrazamos.

No todo tiene por qué salir mal,

aférrate a ellas,

aférrate a ellas,

a esto,

a este abrazo,

fuera del tiempo y el espacio,

cerca de la plenitud,

cerca de la iluminación.

Entonces, de repente, se separó de mí, me apartó, su cara se convulsionó en una horrible mueca.

—¿Qué te pasa?

—¡Las patatas!

—¿Qué?

—¡El aceite!

Se levantó de un salto y salió corriendo, yo no entendía nada pero la seguí, vi cómo se adentraba en el pasillo.

—¡FUEGO! ¡FUEGO!

Corrí tras ella, el pasillo estaba lleno de humo, la cocina iluminada de rojos y naranjas danzando alocados, era la antesala del infierno, una enorme llama se elevaba hacia el cielo, riendo, calor intenso, confusión.

—¡Dios!

—¡Dame un extintor tía, rápido!

—¡No tenemos!

Abrí el grifo y eché agua en un plato.

—¡Qué haces, no eches agua, agua no!

—¡¿Y qué hago?!

—¡No sé!

—¡Joder, trae una toalla, rápido!

Se fue corriendo, yo miraba la enorme llama que salía de la sartén y empezaba a devorar el mueble de encima que crepitaba confuso, el humo me envolvía, era absurdo, de coña, no estaba pasando. Ella volvió con toallas, cogí una y la eché sobre la sartén, empezó a arder. Cogí otra, me acerqué más, la tiré encima, una enorme llama intentó lamer mi cara, falló por poco, retrocedí acojonado, la llama menguaba pero el humo era más intenso. Mi chica se acercó con otra toalla, iba a tirarla.

—No, no te acerques, trae.

La arrojé encima. La llama desapareció al fin, o eso pare-

cía. Me acerqué y retiré la sartén de la vitro, arrojamos agua sobre los muebles de madera que estaban sobre la cocina, el humo aumentaba pero no parecía haber fuego. Abrí la ventana y me retiré tapándome la cara, mi chica estaba paralizada mirándolo todo sin creerlo. Me puse tras ella.

—Mis padres me matan... Mis padres me matan —decía.

Me senté en una silla y miré, ¿qué otra cosa podía hacer? Los muebles quemados, las paredes negras, mi chica alucinada.

—Mis padres me matan...

Las pequeñas cosas. Gatos que mueren. La ausencia de trabajo, o el exceso de trabajo. Cocinas que arden. Timos telefónicos. Neveras vacías. La casera a fin de mes. El cordón del zapato que se rompe cuando tienes prisa.

¿De dónde vendría el siguiente golpe? Me la suda, ya nos conocemos. Puedo encajar ese golpe y todos los que vengan. Soy un encajador. A cada puñetazo responderé con una sonrisa desdentada y demente. La sangre cayendo al suelo en espesas gotas. Mis venas abandonando mi cuerpo e incrustándose en la tierra como las raíces de un viejo y cansado árbol. Las lágrimas escapando en busca del mar. La luz al final del túnel es la llama en lo recóndito de mi alma. Son malos tiempos. Pero no lo olvides, Destino, este combate es mío. Nos vemos en el fin del mundo, doblando la esquina.

INSOMNIO

Cuando escribo yo soy el héroe de mi mierda.

Charles Bukowski. Born into this.

3:48 A.M.

El silencio era casi absoluto. Únicamente roto por algún ruido proveniente de la calle. Un coche que pasa. Una voz. Los muelles de la cama al girarme, y mi propia agonía.

No podía dormir. Llevaba un par de horas intentándolo sin éxito, concentrado en esos pequeños detalles y repasando la serie de sucesos que me habían llevado hasta ese punto.

Había estado con el Alex en uno de nuestros garitos habituales. Éramos los únicos clientes de un triste domingo que llegaba a su fin y habíamos estado de charla con el camarero, hablando de las mujeres, poniéndolas a parir. Todos sabíamos que era el camino erróneo pero seguíamos tropezando una y otra vez con la misma piedra. ¿Qué tenían para hacernos seguir? Me refiero, aparte de lo que tienen entre sus piernas.

Cada uno contaba sus batallitas mientras los demás asentíamos con complicidad. Sabíamos que era un gran error estar con ellas. El camarero insistía en sugerirnos una y otra vez que jamás nos echáramos novia.

—El problema de las mujeres es que saben planear a largo plazo, tienen visión de futuro. Al principio todo les parece bien, se ríen con tus bromas, les gustan tus pintas, tu pasotismo, ¡joder! Hasta tus defectos. Te dejan tener tu espacio y te follan a diario, no te agobian para no asustarte y dejan que te vayas enganchando a ellas con calma. Luego, poco a poco, te van cercando, que si deberías afeitarte, que si no bebas tanto... Se empiezan a rayar con determinados amigos tuyos y, sobre todo, con todas tus amigas, dejan de follarte... Y lo hacen todo tan poco a poco que llega un momento que no sabes cómo has llegado a esa situación, a esa trampa de mierda, y encima ya no puedes escapar.

—Ya te digo, y encima apelan a tu amor hacia ellas, te piden algo absurdo y si no lo haces te salen con el “¿es que no me quieres? ¿No eres capaz ni de eso por mí?”

—Jajaja, qué típico.

—Y los putos celos. Yo antes tenía un montón de amigas pero ahora como quede con alguna menuda movida.

—Pero ellas sí que pueden hacer lo que quieran y si te rayas es que eres un paranoico celoso “¿no confías en mí? ¿Cómo puedes ser así? Con lo que yo te he demostrado siempre”.

—Jajaja, menudas arpías.

—Nunca os echéis novia tíos. ¡Jamás! Será lo peor que hagáis, os lo digo yo.

Seguimos con la cantinela hasta que apareció su novia y tuvimos que cambiar de conversación rápidamente, su actitud también dio un giro completo.

—Hola cari, ¿qué tal en el curro? —dijo mientras la abrazaba y besaba cariñosamente.

¿Qué tenían para hacernos seguir? Me refiero aparte de lo que tienen entre sus piernas.

Solo tenía pensado tomarme una cervecita, la típica de antes de dormir, pero soy un borracho y ya iba por mi tercera pinta, amén de un par de chupitos de whisky.

Al final acabamos cerrando el bar. El plan era ir a seguirla a otro que abría hasta tarde pero por una vez fui responsable. Tenía que madrugar porque me había salido un curro de unos días, peón de obra, una puta mierda, pero en una sociedad con casi el 35% de parados no estaba la cosa como para rechazar nada, así que decidí irme a casa a sobar a pesar de las insistencias de los cabrones que no madrugaban.

Fui responsable, elegí el camino correcto por una vez, me fui a casa a dormir para llegar fresco al curro. ¿Y cómo me lo pagaban los dioses? Con este puto insomnio.

Volví a girar sobre mí mismo. La cama chirrió para acompañar el movimiento.

Entonces volví a sentir aquella furia en mi interior pugnando por salir. Me levanté de un salto de la cama y salí de la habitación hecho una exhalación, atravesé el largo y oscuro pasillo apresuradamente mientras golpeaba en mi interior y aterricé en la taza del váter justo a tiempo para que todo aquel torrente de nauseabunda mierda líquida abandonara mi cuerpo en busca de un lugar más acogedor, junto al mar.

Tenía diarrea. Era la tercera descarga en apenas dos horas. Había estado bien todo el día pero por alguna razón vino a mí al intentar dormirme. Todo mi ser se rebelaba contra mí esta noche, era alucinante. Volví a expulsar un buen chorro a una presión espectacular, las gotas de agua del retrete rebotaban y me golpeaban el culo, yo gemía y lloraba como un recién nacido y como tal me acurruqué en la taza, con las manos sobre la frente y el culo abierto de par en par. La peste era increíble, reflejo de mi vida en general. Mientras una gota de sudor me recorría la frente podía escuchar el ruido proveniente de la radio del tipo de la habitación número 6.

Aquel piso/pensión estaba habitado por gente peculiar. En el mundo había pisos compartidos de estudiantes o trabajadores donde se celebraban fiestas y había apoyo y camaradería entre sus habitantes. No era mi caso. Yo había acabado en un antro de seis habitaciones con lo más fracasado del panorama. Allí vivían tres jubilados -uno de ellos sufría incontinencia-, un chaval que curraba en una fábrica de conservas de pescado, un gordo parado que sobrevivía a base de chapuzas esporádicas y yo, que en ese momento expulsaba lo mejor de mí vía anal.

Esta breve información era todo lo que sabía de ellos, y vivía allí desde hacía meses, eso lo dice todo del ambiente de la casa. Cada uno hacía la vida en su habitación, cada uno tenía su infierno propio y privado, nunca nos cruzábamos ni hablábamos entre nosotros, podría haber cadáveres en alguna habitación perfectamente y los demás no lo sabrían.

“Ya me cuentan entre los muertos; he venido a ser como un hombre desamparado de todos, manumitido entre los muertos, como los acuchillados que yacen en los sepulcros y de quienes no te acuerdas ya, como desechados de tu mano.

Pusiéronme en un profundo calabozo, en lugares tenebrosos, entre las sombras de la muerte.

Tu furor carga de firme sobre mí, y has hecho que se estrellaran en mí todas las olas.

Alejaste de mí mis conocidos: miráronme como objeto de su abominación. Tomado estoy, y no hallo salida.”

Escuchaba esto mientras escurrían las últimas gotas de mi agonía. Al parecer el tipo de la habitación 6 tenía puesta una emisora religiosa.

¿Qué significaba esta situación? ¿De qué mal, sin duda horrible, me estaba redimiendo con tanta paranoia y sufrimiento?

¿Qué mácula en mi alma estaba purgando tanto horror?
¿Dónde estaba el paraíso prometido?

¡¿Padre, por qué me has abandonado?!

No hallé respuesta en la desconchada pintura de la pared. Las manchas de humedad no asemejaban la imagen de Cristo. Nada. Al menos se cerró el grifo de mi esfínter y pude, al fin, limpiarme el ojal. Me escocía el culo enrojecido. Debería haber comprado el papel del suave cachorrito y no el más barato del supermercado.

Admiré mi obra y la vi alejarse hacia el mar. «Que tengas suerte». Volví a atravesar el terrorífico pasillo rumbo a mi infierno. Los salmos se alejaban. Al pasar por el resto de habitaciones oía los ronquidos de sus moradores. Sus almas estaban limpias y bendecidas con el descanso. Volví a tumbarme en la cama, hurgué en mi ano y lo intenté de nuevo.

No hubo éxito.

Siempre he tenido problemas de insomnio, sobre todo por las noches. Dormir de día me cuesta mucho menos, pero la sociedad se ha empeñado en diseñar unos horarios de actividades que no soy capaz de respetar. Una vez, cuando curraba en la fábrica de tuberías y tenía el turno de mañana me pasé seis días sin poder dormir. Fue como un mal viaje en ácido: luces brillantes, caras deformes, me quedaba ensimismado con los objetos y acciones más banales, veía la creación del cosmos y la vida en pequeñas virutas de polietileno y, de repente, en medio de mi estupor, escuchaba las voces de colegas y familiares muertos llamándome.

—¡Hey Carlos, tío!

Me giraba y no había nadie ahí, una puta locura. Estuve a punto de ir al médico, pero como si fuese Dios al séptimo día descansé, justo a tiempo para evitar una matanza indiscriminada de inocentes.

El putito insomnio. Empiezas a darle al coco y ya no hay vuelta atrás. De repente te ves en una agónica cuenta atrás que solo consigue ponerte aún más nervioso, “si me duermo ahora descansaré cuatro horas. Si me duermo ahora descansaré tres horas y media. Si me duermo ahora descansaré tres horas...” Repasas tu vida, recuerdas y haces balance, pruebas posturas, de lado, boca abajo, con almohada, sin almohada, “si me duermo ahora descansaré dos horas y media” Tic. Tac. Tic. Tac.

Aún tuve tiempo de acudir otra vez al baño a preparar otra caldereta y oír otro par de salmos, sin duda era la misa más extraña a la que había acudido.

Volví a la cama y a la tensa cuenta atrás, una horrible sensación, el tiempo se acaba y te resignas sabiendo que ya no vas a dormir y tendrás que enfrentarte a una dura jornada sin siquiera haber tenido la oportunidad de soñar con un mundo mejor.

Esperé a que sonara el despertador y cuando lo hizo lo apagué y comencé a vestirme con resignación. Por un momento me arrepentí de no haberme quedado de fiesta pero supongo que al menos el cuerpo habría descansado ya que no lo hizo la mente. No tenía nada en casa para desayunar así que me largué de allí.

Eran las siete y cuarto de la mañana y las calles ya bullían de actividad. ¿Cómo es posible que la gente esté tan mal de la cabeza? Ponerse en marcha antes que el sol es, a todas luces, irracional, contra natura.

Predominaban las caras grises e hinchadas de trabajadores y estudiantes que, sin duda, no querían estar donde estaban. Pero lo más increíble es que había gente contenta que incluso tenían pinta de llevar un rato ya en marcha, sacando pecho hacía un nuevo día repleto de promesas y esperanzas, ¿cuál sería su secreto? Incluso había gente corriendo y haciendo deporte. Alucinante.

Procuré no pensar mucho en ello y seguir mi camino hacia el curro cabizbajo cuando, inesperadamente, comenzó a vibrar mi móvil.

Era Alex, mi colega. Sabía lo que iba a pasar y que no debía, pero descolgué.

—¿Si?

—¡Eeeeeeee... Currante de mierda!

—Me cago en la puta, maldito cabrón, no tienes vergüenza.

—Yo ya no tengo nada, llevo un pedo que te cagas.

—¿Dónde coño estás?

—Sigo de fiesta en el Slash.

—Iros a dormir cabrones que ya es de día.

—Bah, me la suda, ya no sé ni las pintas que me he bebido.

—Hijos de puta.

—Hala ahí a currar, levanta el país idiota, confiamos en ti.

—Joder, encima no he dormido nada.

—No jodas, ¿y eso?

—Puto insomnio.

—Jajaja, eso por no quedarte de fiesta con nosotros. Mira que te lo dije, te ha castigado Dios jajajaja.

—Que te jodan cabrón.

—Espera que te paso al Bladi.

—No,no.

—¡Calamardo!

—Puto Bladi.

—Vente a tomar unas pintas tú.

—Estoy camino al curro.

—Jajajaja, pringao.

—Hijos de puta, esta os la guardo, lo juro.

—Venga, a currar, ya me las tomo yo por ti, jajaja, espera que Alex quiere decirte algo.

Colgué, la mofa ya había sido suficiente. Tener amigos para esto. Malditos hijos de puta. Pero no me cabreó,

consiguieron arrancarme una sonrisa. No estaba todo perdido. Con gente así en el mundo, perdidos, locos, pedo al amanecer, el ser humano aún tenía una mínima posibilidad de redención.

Llegué a la casa del que me había conseguido el curro. Se llamaba Javi y era un viejo amigo que se dedicaba a la albañilería. Llamé al timbre. Bajó enseguida, nos montamos en la furgoneta y nos pusimos en marcha mientras el sol del nuevo día nos saludaba.

—Bueno qué, ¿con ganas?

—Puff, ni de coña, no he dormido nada.

—¿Saliste anoche?

—Qué va, pero no he podido pegar ojo.

—Pues hoy hay que currar.

—No te preocupes, ¿tu qué tal?

—Bah, mal, como siempre, ya he tenido movida antes de salir.

—¿Con la piva?

—Sí.

—Joder, empezáis temprano.

—En realidad siempre es la misma movida, pero no acaba nunca.

—Vaya plan.

—Si quieres un consejo nunca te eches novia.

—Tranquilo, no lo haré.

¿Qué tenían para hacernos seguir? Me refiero aparte de lo que tienen entre sus piernas.

El lugar del curro no quedaba lejos, era un pueblo de las afueras, el típico pueblo pequeño, tranquilo y plagado de chalets. Allí un tipo se estaba construyendo su morada. Era un arquitecto ricachón que había amasado una pequeña fortuna porque le habían encargado la construcción de un par de centros comerciales. Ahora estaba erigiendo un

monumento a su triunfo, su fortaleza, un gigantesco chalet de cuatro plantas, algo absurdo y completamente exagerado, mucho más de lo que cualquier persona necesita para vivir. Se le había antojado que la primera planta debía tener las paredes de piedra y ese era nuestro cometido. Mi colega llevaba toda su vida en la construcción y sabía hacer de todo, él era el encargado de colocar la piedra, yo era el jodido peón, me tocaba el trabajo sucio: acarrear piedras de aquí para allá, extenderlas en el suelo para que él las seleccionara, dar forma a las piedras malas a golpe de cortafríos y preparar el cemento. No hacía falta tener una ingeniería aeronáutica para hacerlo, solo fuerza física y nula esperanza. Yo poseía ambas.

Llegamos al chalet en cuestión y nos pusimos manos a la obra. Yo ya había currado en la construcción con anterioridad pero hacía años de eso. No obstante tras el primer día ya volví a cogerle el tranquillo de nuevo y ahí estaba cargando carretillas y calderetas de aquí para allá y echando paladas de arena y cemento para preparar la pasta, dando martillazos a las piedras y ocasionalmente a mis dedos y fumando un cigarrillo tras otro mientras el tiempo pasaba despacio y el sol golpeaba cada vez más cruelmente.

Mi colega colocaba las piedras y se quedaba bloqueado tarareando una melodía sin cesar, la misma una y otra vez, supongo que era una especie de técnica de relajación para él, no muy distinta del “ohm” de los monjes. De vez en cuando me contaba anécdotas de su agitada vida y eso era lo mejor del curro. Mucha gente tiene historias fascinantes que contar, mejores que cualquier relato que puedas leer. La literatura es un mero sucedáneo de una buena conversación. Las mejores historias las guardan los vagabundos y borrachos de las calles, los perdedores, los golpeados, y son historias que nunca verán la luz en un mundo que se desvive

por novelas históricas chorras y predecibles, libros de cocina y auto-ayuda o sobre vampiros enamorados torturados por su inmortalidad.

—Joder tío, odio colocar piedra.

—Ya, es una puta mierda, pero peor es prepararte el cemento.

—Jajajaja, qué cabrón.

—Bah, es lo que hay, mierda de vida.

—Joder, lo mejor es traficar, está claro.

—Ya, pero tampoco puedes estar siempre así, te acaban pillando o matando.

—Mierda, hace unos meses estaba en el sur con los bolsillos repletos de fajos. Menuda vidorra, no me faltaba de nada, pero casi nos encaloma la pasma un par de veces y ya nos tenían vigilados, así que tuvimos que huir. A mi socio lo metieron pa' dentro, el Vito, vaya crack. Una vez nos paró la policía y llevábamos encima 15 gramos y no nos pillaron.

—Joder ¿cómo es posible?

—El Vito que es un crack, se los consiguió meter en el culo antes de que llegaran al coche.

—Joder.

—Ya te digo, su culo era legendario, pero al final le pillaron y ahora está a la sombra.

—Qué putada.

—Le echo de menos, uno de los pocos amigos que tengo y del que me podía fiar en medio de esos jodidos tinglados. Y menudas juergas nos pegamos... Pero bueno, así es la vida, al menos consiguió meter un móvil en la cárcel y allí con un móvil eres el rey.

—¿Se metió un móvil en el culo?

—Ya te digo, y el cargador.

Apareció por allí el dueño del chalet para ver cómo avanzaba su obra. Era un tipo de unos cuarenta y pico

años. No era delgado pero tampoco excesivamente gordo, tenía una nariz grande y redondeada, mofletudo y con papada, daba una sensación mantecosa, como si se estuviese derritiendo. No era mal tipo, pero me caía mejor cuando no estaba por allí. Le gustaba lo que veía, se notaba, aunque no decía nada el mamón. Se puso a hablar un rato con Javi de detalles técnicos y luego se largó de allí.

El sol estaba cada vez más alto y golpeaba con crudeza sobre nosotros.

Llamaron a Javi por teléfono y vi que descolgaba resoplando, pude observar que tenía una conversación acalorada con alguien, colgó y se encendió un cigarro.

—¿Problemas?

—Siempre.

Me miró con tristeza, luego miró el móvil, marcó un número y se alejó a hablar a una esquina de la parcela, yo lo observaba de lejos mientras hacía lo mío. Le vi gesticulando de manera cada vez más alocada, agarrándose la cabeza, finalmente se puso a gritar y en un momento de furia estrelló el móvil contra el suelo haciendo que las diversas piezas salieran disparadas, en ese momento me acerqué a preocuparme por su estado.

—¿Qué pasa tío?

—Lo de siempre, las putas mujeres.

—Joder, ¿otra vez de movidas?

—Sí joder, es que te lo juro, no sé para qué he vuelto con ella, con lo bien que estaba yo antes, con lo bien que se está solo, a tu puta bola, sin que estén todo el puto día machacándote.

—La verdad es que lo vuestro es un sinvivir, estáis todo el día igual.

—Tú lo has dicho, un sinvivir, y mira que lo sabía joder, cuando la dejé hice mazo de cosas y estaba bien,

aprovechaba el tiempo mogollón, ahora estoy como bloqueado y todo el puto día rayado.

—Déjala.

—Sí, debería, que la aguante su madre si es que puede.

—Se supone que se está con alguien para estar bien, lo nuestro no es sano.

—Ya tío, pero es que son muchos años ya.

—Por eso precisamente, el amor desaparece con los años dejando paso a las movidas, ahí es mejor dejarlo.

—Ya. Pero Carlos, lo que tú no sabes es que cuando la dejé la otra vez casi se mata, se cortó las venas y me llamó para decírmelo, tuve que ir corriendo a casa y llevarla al hospital.

—Joder qué chungo.

—Si... Pero cuando estamos bien es la hostia, nadie me entiende como ella, nadie me conoce más y mejor... Pero es que, joder! Estamos bien un par de días y luego venga movidas otra vez, y locura y más locura, y gritos y más gritos, y llantos, y mentiras, y mierda por todas partes.

Recogió las partes de su móvil del suelo y procedió a recomponerlo, tenía todo el aspecto de un hombre derrotado.

¿Qué tenían para hacernos seguir? Me refiero, aparte de lo que tienen entre sus piernas.

Lo intentó varias veces sin éxito, se había cargado el móvil.

—Hey Carlos, ¿me dejas tu móvil para hacer una perdida?

—Claro tío, ten.

—Gracias. Mierda, me sale apagado. Qué puta, ¿ves? Ahora tengo que quedarme aquí rayado.

—Venga tío, tranquilo, vamos a currar.

—Sí anda, a ver si acabamos de una vez esta puta pared, ni te imaginas las ganas que tengo ya de acabar.

Nos encendimos sendos cigarros y continuamos con nuestro suplicio en silencio, rodeados de cientos de piedras,

lapidados en vida. Javi ya no tarareaba su canción, yo ya había perdido la visión de las cosas y no sabía qué piedras eran buenas y cuáles no, intentaba darles cara con el cortafríos y acababa rompiéndolas en pedazos haciéndolas inservibles. Javi había bajado un poco el ritmo, se notaba su mente dando forma a miles de paranoias. Yo continuaba en silencio, no sabía qué decir para ayudarlo, seguí con mi actividad maquinal acarreando la carretilla y las calderetas con el cemento, sorteando piedras.

—Oye Carlos, déjame otra vez el móvil.

—Toma.

—Nada, apagado, mierda.

Se encendió otro cigarro, miró al infinito en busca de respuestas y no las encontró, entonces cogió la paleta y continuó colocando piedras. Y piedras. Y más piedras. Y más piedras. Hasta que explotó.

—¡Maldita sea, puta pared y putas piedras de mierda!

—¿Qué pasa tío?

—Joder que yo así no puedo currar, ¡no puedo currar!

—Venga tío, tranquilo.

—Estoy rayado, ya estoy imaginando cosas y comiéndome la cabeza y las putas piedras no se acaban y así no se puede hacer nada, rayado no se puede hacer nada, así luego quedan mal las cosas y se hacen las chapuzas.

—Cálmate, fúmate un cigarro o si quieres vamos a hacer una pausa y nos tomamos una caña en el bar.

—Es que así no puedo Carlos, yo lo siento, pero así no puedo.

—No lo pienses.

—Me está engañando -Sus ojos se iluminaron.

—Venga ya, no digas tonterías.

—Si es que lo sé, lo siento, puedo sentirlo: está con otro justo ahora.

—No seas paranoico.

—Puede que sea un paranoico, pero ella me ha hecho así y si estoy así por algo será.

—Habéis discutido y ya está, tampoco te hagas pajas mentales.

—Ay Carlos... Es que tú no sabes, pero han sido tantas cosas ya, tanto engaño, tantas mentiras.

—Venga tranquilo tío, no puedes hacer nada y de nada sirve que lo pienses, vamos a currar y ya está.

—No quiero currar, no puedo currar, así no.

—¿Y qué sugieres?

—No lo se, ¿qué hora es?

—Las cuatro.

—Joder, es pronto aún para largarse.

—Come algo anda, no has comido nada en todo el día.

—Si es que tampoco puedo comer.

—....

—Me piro.

—¿Qué dices?

—Que me piro, tengo que saber si me está engañando.

—Joder.

—Yo lo siento Carlos pero yo no puedo currar así.

—No te está engañando.

—Tengo que saberlo.

—¿Y yo qué coño hago?

—Vete al trozo que hicimos el otro día, la parte que ya está acabada, y limpia toda esa zona. Mete las piedras en las sacas para sacarlas luego con la grúa y después extiende piedra por aquí y lo que veas.

—Joder tío.

—Yo en media hora vengo. Te lo prometo.

—¿Y si viene el tonto este?

—No sé, dile que he tenido que irme un rato a hacer unos papeles.

- No me dejes aquí tirao mamón.
- En media hora estoy aquí.
- Bueno, tú verás, pero no hagas ninguna locura.
- Venga tío, chao.
- Chao.

Allí me quedé, con las piedras, igual de inmóvil, viendo cómo Javi se largaba con la furgó a toda velocidad, sin saber si volvería. Me lo tomé con calma, me senté en la escalera del chalet a fumar un cigarro.

Putá derrota, puta locura. Ahí estaba yo, tirado, encerrado. Quizás fuesen estas mis últimas horas de vida, podía desprenderse una piedra de lo alto y golpearme la cabeza, o una caída fatal entre los escombros y la mierda, o la guerra nuclear. Vaya un final. Sin ser nadie, sin haber llegado a nada, sin haber tenido nada, sin ninguna esperanza en el horizonte más que el paro y el alcohol de garrafa. Sin entender el porqué ni el para qué. Inútil y frío como las piedras a mi alrededor pero sin su dureza. Medité un rato más y luego me puse en marcha para no seguir pensando en que estaba gastando mi vida por cinco euros la hora. Es lo que hay y lo que siempre habrá, la cloaca, el subsuelo. Y ni siquiera iba a durar mucho, ni iba a ser mucha pasta. No soy un amante de los lujos, hay miles de mierdas que no necesito y se cómo estirar un sueldo. El infierno laboral es más llevadero si sabes que una temporada de curro te proporciona otra de libertad. Al currar compraba mi tiempo libre en el gran mercado de carne humana que es la sociedad moderna. Al menos no tenía las preocupaciones amorosas de Javi, cada vez que rememoraba su cara desencajada solo podía pensar en que no quería verme así jamás. Ya era todo demasiado triste sin nadie que me jodiera aún más. Ya estaba lo suficientemente loco como para encima pensar que mi chica se metía en ese instante un pollón extraño en la boca.

No, a mí no me cogerían, nunca me dejaría atrapar. Siempre he estado solo y soy el único al que aguanto. No me dejaría atrapar. No bajaría la guardia. De flor en flor, follando y corriendo hasta que me lo permitiese mi estado. Y luego la vejez y soledad y el abrazo de la muerte y el descanso eterno y merecido.

¿Qué tenían para hacernos seguir? Me refiero aparte de lo que tienen entre sus piernas.

Al cabo de hora y media Javi regresó. Intenté adivinar lo que había pasado por su forma de caminar hacia mí, no se veían a simple vista manchas de sangre en su ropa.

—¿Ha venido este?

—Aquí no ha aparecido nadie.

—Mejor.

—Bueno, ¿y tú qué?

—Nada, bien.

—¿No te estaban engañando verdad?

—No, hemos hablado y lo hemos arreglado.

—Ves, al final no era nada.

—Ya, pero es que han sido tantas ya... Ya sé que puedo parecer un loco pero yo no era así. Te juro que yo no era así.

—Bah, no pasa nada.

—Oye tío, lo siento, este numerito y dejarte aquí tirao.

—Bah, no te preocupes, mientras estés tranquilo.

—Bueno, venga, vamos a hacer un poco más y lo dejamos por hoy.

Seguimos a un buen ritmo un rato más hasta que por fin dio la hora de irse a tomar por culo de allí. Recogí y limpié el material y me quité la ropa de trabajo llena de mierda. Nos montamos en la furgó y dijimos adiós a la puta mansión. Libertad. Efímera, breve, pero libertad al fin.

Javi me dejó en casa y me despedí de él. Vi como se alejaba, seguramente a casa a discutir, o quizás a hacer el

amor, quién sabe. Me introduje en el portal huyendo de la calle y sus gentes y volví al zulo. Caí en la cama como un saco repleto de piedras y me quedé inmóvil mirando al techo, sin pensar, sin ser, sin estar. Noté todo el cansancio de golpe, cada fibra dolorida gimiendo. Quería quedarme así eternamente pero sería una existencia demasiado gris así que me incorporé, respiré profundamente y agarré el móvil. Dudaba, no sabía si hacerlo o no. Podría ser un tremendo error, podría llegar a arrepentirme. Pero, por otra parte, nunca se me ha dado bien seguir un camino llano y sin locura. Me pasé el móvil de una mano a otra pero finalmente decidí llamarla.

—¿Paula?

—Hey, ¿qué tal? —Se escuchaba un tremendo barullo a su alrededor.

—¿Dónde coño estás?

—Espera que no te oigo. Espera. Dime

—¿Dónde coño estás?

—En la manifestación.

—¿Arreglando el mundo eh?

—Jajaja, ya sabes como soy. Vente.

—Pufff, ni de coña, llevo todo el día siendo explotado para el bien de un ricachón, no tengo cuerpo para manifestaciones antisistema.

—¿Qué tal el curro, cansado?

—Sí, mucho, un infierno de día, pero es a lo único que puedo aspirar.

—Pobrecito.

—¿Te apetecen unas birras?

—A mí siempre.

—Me pego una ducha que apesto a currante y voy a buscarte, ¿vale?

—Aquí te espero.

—Hasta ahora.

Me duché y volví a salir al mundo cruel.

Paula estaba metida de lleno en la manifestación de los indignados y me costó arrancarla de allí para llevármela a beber. Finalmente lo logré tras esperar a que se despidiese de todo el mundo.

—¿Qué tal tía?

—Bien, todo el día recogiendo firmas. Pero mola, hay muy buen ambiente, la gente nos apoya y cada vez somos más, por fin la gente está despertando.

—Estás como un cangrejo.

—Sí tío, el sol me ha dado lo suyo.

—Bien, está muy bien lo que estáis haciendo, aunque quizás no valga de nada.

—Ya, pero hay que movilizarse, este sistema ya no funciona.

—¿Dónde vamos?

—¿Dónde quieres ir?

—Me la suda mientras haya alcohol.

Me llevó a un tranquilo bar del centro, no había nadie, bien. Pedí un par de pintas y me senté frente a ella.

—Joder Paula, estoy destrozado.

—Bueno, relájate, ya se terminó por hoy. ¿Sabes? Este es un bar típico de bohemios.

—Por eso solo estamos nosotros.

—¿Estás escribiendo algo?

—Ahora no.

—¿Por?

—No sé, tengo varias ideas, pero me da pereza, no tiene sentido.

—Joder, ya estás con tu fatalismo.

—Sí, nada tiene sentido, y menos la escritura.

—Eres la alegría de la huerta.

—Toda esa mierda de la inmortalidad y del grito desesperado

son patrañas, solo tiene sentido cuando sientes la necesidad en tu interior de expresarte, de sacarlo, pero como un juego, solo es un juego, un entretenimiento, un acto onanista y vacío, inútil y sin sentido, como la existencia que tratas de relatar. Lo bueno es que se puede escribir sobre cualquier cosa, no hay por qué rebuscar tramas, coño, quizás hasta escriba sobre el día de hoy. Menudo día, sin dormir siquiera.

—Joder, ¿y eso?

—El insomnio.

Le relaté los pormenores que ya has leído aquí, luego dejé que me contara sus historias. Jodida romántica. Estaba empeñada en salvar un mundo que no tenía ni por donde cogerse, pero su inocencia al respecto le daba un aura hermosa, no estaba marchita del todo como yo. Creía en lo que hacía y en el futuro mientras se mataba poco a poco fumando un cigarrillo tras otro. La había conocido hacía poco y me tenía fascinado. Era más joven que yo y estaba repleta de energía. Era una chica especial, muy lista, PARA NADA MEDIOCRE, una perla en el fango.

Nos tomamos unas cuantas cervezas mientras el día llegaba a su fin. Era tan breve el tiempo a su lado. ¿Por qué no pasaba tan rápido con las piedras? Ahí estaban, acercándose, acechando, esperándome. Jodidas piedras. Pero ahora estaba junto a una piedra preciosa, la mejor de la cantera y no quería que acabase nunca, así que a pesar de estar a punto de morir de cansancio le invité a mi zulo. Y ella aceptó.

Una vez allí la arrojé en la cama y me fundí con su cuerpo, dejando que se llevara todo lo gris y me inundara con su color. Recorrí cada centímetro de su piel bebiendo de la pureza que exhalaban sus poros. La amé en todas las posturas que se me ocurrieron. Vi con satisfacción desencajarse su rostro cada vez que hacía que se corriese y, finalmente, me corrí en su interior abrazándola como si quisiera introducirla

en mi alma y no dejar que se marchara nunca. Ha habido muchas, pero el sexo con ella era algo fuera de lo normal. Exhausto y sudoroso me tumbé a su lado.

—Joder Paula, eres increíble.

—Y tú también.

—Mi pequeña.

—Viejo verde.

—Dios, qué lástima que esto no vaya a durar mucho.

—Joder, ya estás otra vez con tus paranoias.

—Ya sabes cuales son mis ideas sobre la vida.

—Ya, sufrimiento.

—Exacto, esto es un accidente, algo que no debe pasar, por lo tanto no va a durar.

—Bueno, que dure lo que tenga que durar, tú solo déjate llevar y disfruta de mí.

—Lo hago pequeña, pero no puedo dejar de pensar que la vida es una tragedia, un caos, que no puedes tener nada ni esperar nada. Todo es efímero. Llegará el día que sea una cáscara vacía, un viejo que se mea y caga encima y no recordaré que una vez estuve a tu lado.

—Pero ahora lo estás. Además, tú no llegarás a viejo.

—Jajaja, también es verdad. Pero llegará el día, no muy lejos en el tiempo, en que entres en un bar y me veas en el fondo de la barra y te largues de allí para no verme ni hablar conmigo.

—Es posible, pero hasta que llegue vamos a intentar pasarlo bien.

—Joder tía. Haces que la tragedia sea soportable. Eres una jodida flor de loto. Eres como una nube con forma de oveja, como un álbum de cromos de la infancia que encuentras en el desván.

—Te estás poniendo romaticón.

—Mierda, es cierto, qué mal.

—Jajaja.

Me giré y me puse sobre ella, acercando mi rostro al suyo como si me mirara en un espejo. Acaricié su hermosa melena que se desparramaba rebelde por la almohada. Atravesé la bella catarata que eran sus pestañas y miré sus ojos, y más allá, intentando penetrar en su alma como poco antes había hecho con su cuerpo. Entonces, por un precioso instante, pude ver ese destello. Hacía tanto tiempo que no lo veía que había olvidado su existencia. Era eso lo que tenían para hacernos seguir, aparte de lo que tenían entre sus piernas, era eso, ella lo tenía, y ahora me lo regalaba.

—Gracias Paula.

La besé en la frente y luego fui bajando por su cuello. Besé sus hombros, recorrí sus clavículas y bajé por su pecho hasta su vientre, mecido por su respiración acelerada. Y navegando por su piel llegué hasta su coño y empecé a lamerlo. Ella gemía cada vez más mientras lamía sus bordes y me metía su clítoris en la boca, notando como se hinchaba en mis labios. Variaba el ritmo pasando de la furia al romanticismo, jugando con él y haciendo que ella se retorciese y agarrase la almohada para ahogar sus gritos. Yo solo pensaba en matarla. Matarla de placer y luego morir yo y que todo acabase al fin y para siempre. Ser dos cadáveres que los bomberos encuentran descompuestos y abrazados en una cama. El culmen de la poesía.

Seguí chupando y sorbiendo, moviendo la lengua sin parar, deleitándome con cada pliegue de carne hasta que se corrió en una violenta explosión de espasmos y arqueó su espalda tensándola hasta el límite de lo soportable. Me incorporé, con sus fluidos vaginales cayendo por mi boca y mi perilla hacia el pecho. Cogí mi polla que palpitaba

impaciente y la coloqué en su cálido coño, introduciendo solo la punta. Entonces la miré fijamente.

—¿La quieres?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, por favor, métemela entera.

Obedecí.

Después de chuparlo su coño estaba cálido y húmedo y cada embestida me transportaba al éxtasis supremo, más allá de toda la miseria de la realidad cotidiana. Estábamos lejos de todo. Lejos de las notificaciones de embargo. Lejos de las neveras vacías. Lejos de los exámenes de filosofía medieval. Lejos de la escritura. Lejos de las piedras y el cemento. En el universo solo estábamos nosotros dos, nuestros cuerpos y almas bailando una danza desesperada contra la adversidad. Eché uno de los mejores polvos de mi vida. Finalmente me corrí y todas mis fuerzas me abandonaron. Me derrumbé sobre su cuerpo. Ella acercó su boca a mi oído.

—Carlos.

—Dime.

—Me encanta cómo me follas.

Sonreí, me acurruqué abrazado a su cuerpo y me dormí como un bebe.

Ya no tengo a la chica, ni el curro, ni pasta, ni sueño. Todo es como siempre. Por cierto, ¿qué coño de hora es?

HISTORIA DE UNA IDA Y UNA VUELTA

Había cientos de ratas asesinas por todas partes. Salían furiosas de detrás de las paredes. Surgían a millares de las alcantarillas, chillando, con los ojos inyectados en sangre. Eran como una riada peluda, una marea negra y apestosa que se extendía por las calles. La gente gritaba histérica presa del pánico, pero nada podían hacer contra su furia. No había sitio alguno al que huir, eran demasiadas. Inevitablemente acorralaban a los incautos y pasaban por encima de ellos como una gran ola, el cuerpo desaparecía bajo ellas y cuando volvías a verlo solo quedaba algún jirón de ropa que temblaba agarrado a los huesos ensangrentados. Era el Apocalipsis, la naturaleza no había aguantado más. Podrían haber sido las cucarachas, o las abejas, incluso los canarios, seguramente todos los seres de la naturaleza nos despreciaban, pero habían sido las ratas las que decidieron poner orden. Durante siglos habíamos despreciado a esos bichos acorralándolos y ellos habían crecido a millares ocultos a nuestros ojos, preparando su venganza. Y su momento había llegado.

Yo había conseguido librarme por los pelos pero sabía que solo era cuestión de tiempo. Me había encerrado en la azotea del edificio y desde allí observaba el caos en el que se había sumido la ciudad. Las escuchaba arañando la puerta y correteando tras las paredes. Podían olerme y se

excitaban con el festín que les proporcionaría mi carne. Estaba sentenciado, solo era cuestión de minutos que me alcanzaran. ¿Qué podía hacer? El caso es que no quería morir, aún no. Siempre estaba hablando sobre el suicidio y el deseado fin del mundo, pero ahora que había llegado mi hora no quería morir, y menos aún siendo devorado por miles de ratas rabiosas.

Finalmente lo lograron. Abrieron un hueco en la puerta y venían hacia mí con sus ojos brillantes. Retrocedí, me encaramé al balcón y me arrojé al vacío. Abajo había más, pero el golpe me mataría y solo podrían alimentarse de carne muerta. Cerré los ojos sintiendo el aire en mi rostro hasta que noté como mi cráneo chocaba contra el suelo abriéndose en pedazos como una sandía podrida.

MAÑANA

Me desperté sobresaltado, empapado en sudor. Me palpé la cabeza para ver si seguía siendo una unidad. Busqué ratas entre las sábanas. Me llevé un susto tremendo al ver un calcetín negro, sucio y apestoso, en una esquina de la habitación. Por un momento pensé que era una de ellas persiguiéndome. Cuando me hube aclimatado a la realidad pensé que quizás debería de dejar de fumar porros antes de acostarme, existía la posibilidad de que ellos fueran la causa de estas jodidas pesadillas.

Salí de la cama muy a mi pesar, aún con las pesadillas era el sitio más seguro y confortable del mundo. Fuera de allí me esperaba otro día de pesadilla, quizás no con ratas mutantes, pero sí con otros animales, peludos y hediondos e igualmente hostiles: los humanos.

Atravesé el pasillo rumbo a la cocina y me preparé un café. No se oía nada, ya no había nadie en la pensión, todo el mundo madrugaba menos yo. Era un poco tarde y tenía que hacer un par de trámites mañaneros que había estado evitando durante demasiados días. Debía darme prisa en ponerme en marcha o habría perdido otra mañana. Volví a mi habitación con el café humeante, lo posé en la mesa y me fijé en la chusta que había dejado a medias en el cenicero la noche anterior. Dudé, tenía cosas que hacer y ya se sabe: “porro mañanero, fumado el día entero”, pero acto seguido pensé: “¿y a quién le importa?” Así que lo encendí.

Descorrí las cortinas. El día era soleado y acogedor. Frente a mi ventana había un instituto, me bebí el café y apuré la chusta mirando a los jovencuelos apostados a las puertas del instituto, miraba sobre todo a las chicas. Cómo había pasado el tiempo... Hace no tanto yo estaba en la misma situación que ellos. Si hubiese sabido entonces lo que sé ahora...

Me vestí y salí de allí. En el exterior la gente seguía a lo suyo. Todos parecían tener cosas que hacer, parecía que seguían algún tipo de coreografía que se me escapaba, los esquivé hasta llegar al edificio de asuntos sociales. Nunca había estado allí. Era un edificio moderno y brillante que contrastaba con la miseria de la gente que se agolpaba a sus puertas. Allí estábamos lo peor de lo peor: negros, moros, yonkis, gitanos, artistas... Por fin había descendido hasta lo más bajo de la sociedad, ahí estaba mi sitio. Esta gente se desparramaba en las escaleras de la entrada, revisando papeles o simplemente mirando a su alrededor, bebiendo vino, fumando, meditando. Me dejé engullir por el edificio, avancé hasta información, me puse a la cola y esperé. Los yonkis eran los más graciosos, eran como niños pequeños. Había una pareja de ellos al lado mío. No esperaban en

la cola, estaban apoyados contra una pared, intentando explicarse el mundo. Ella era pequeña y pelirroja, con el pelo como un matorral de hierbas secas. Él era alto y moreno, de envidiable melena. Ambos estaban delgadísimos, podía apreciarse incluso bajo el enorme número de capas de ropa que cubrían sus cuerpos. Tenían los ojos acuosos y perdidos, sus caras se caían a pedazos. Miraban incrédulos un puñado de folios color amarillo llenos de indescifrables jeroglíficos. Los miraban una y otra vez, por delante y por detrás, buscando respuestas. Entonces la chica del pelo de paja habló a su compañero.

—Pero cari, te lo han dicho, teníamos que haber venido antes.

—No lo entiendo, ¿qué más dará?

—Sí cari, lo pone en la tarjeta.

—¿Dónde?

—Mira, aquí. Lo pone en la tarjeta, hay que hacer lo que pone en la tarjeta.

—¿Qué pone?

—El día 2, se te acababa el plazo el día 2, teníamos que haber venido antes del día 2.

—¡Pero si todavía estamos a 29! Estamos a 29 ¿no?

—Sí cari, pero de hace dos meses, estamos en Septiembre.

—Ah ¿Septiembre ya?

La chica entonces se puso a llorar, algunos se giraron para ver el espectáculo.

—Pero cari, te lo dije, teníamos que haber venido antes ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡¿Qué vamos a hacer ahora?!
—No lo sé.

—¡¿Qué vamos a hacer ahora?!
—Schhh, tranquila cariño, pequeña, tranquila.

—Teníamos que haber venido antes.

Se abrazaron cariñosamente y se fueron, derrotados. Al menos se tenían el uno al otro.

Tuve que esperar un buen rato por culpa de una gitana escandalosa que estaba delante de mí caldeando los ánimos de la chica de información, estuvieron gritándose la una a la otra hasta que los de seguridad la echaron de allí a empujones, siguieron gritándose en la distancia hasta que la gitana desapareció. Era mi turno.

—Hola, buenos días, he venido para solicitar la renta garantizada de ciudadanía.

—Bien, tiene que rellenar estos impresos y traerlos para que estudiemos su caso. ¿Conoce los requisitos?

—Creo que sí, pero recuérdemelos.

Me los fue recitando. Cumplía todos, pero al llegar al punto de mi residencia habitual la cosa se complicó.

—¿Pero dónde vive usted?

—En una pensión.

—¿Tiene recibos que lo demuestren?

—Bueno, verá... En realidad es una especie de piso compartido. No me dan recibos, no es totalmente legal, ya sabe.

—Pero tiene que demostrar que vive ahí, ¿está empadronado en ese lugar?

—No, estoy empadronado en casa de mi madre.

—Ah, entonces no tiene derecho a la ayuda.

—Pero no vivo con ella, solo estoy empadronado allí porque no me llega el correo a la pensión y ya tuve problemas al respecto con hacienda por eso.

—No es nuestro problema, a efectos legales si usted está empadronado con su madre significa que ella lo mantiene.

—¿Que me mantiene? Mi madre está jubilada, cobra 600 euros y paga 500 de hipoteca, ¿cómo se supone que me mantiene con eso?

—Le repito que ese no es nuestro problema, si usted está empadronado con su madre a efectos legales ella lo mantiene.

—Entonces si me empadrono de nuevo en la pensión todo solucionado ¿no?

—Debe usted estar empadronado allí durante al menos dos años.

—¡Dos años!

—Sí, hasta entonces no tiene derecho a la ayuda.

—Pero es absurdo.

—Así son las cosas. Rellene los impresos y cuando los traiga exponga su caso que será estudiado, pero no creo que tenga usted derecho a nada. ¡Siguiente!

—Gracias.

Me largué de allí yo también, derrotado. Mi primera misión del día, que consistía en intentar sacarle algo de dinero al estado para asegurar mi subsistencia, parecía abocada al fracaso. Al salir me encontré con los yonkis sentados en la escalera de fuera, seguían abrazados.

Continué mi peregrinaje burocrático de la mañana, ahora tenía que ir a otro edificio. Revisé mientras andaba los impresos que me habían dado: hojas de diversos colores, llenas de espacios amenazadores que había que rellenar, redactadas por psicópatas. Se suponía que estos impresos debían ser rellenados por perdedores, por desechos sociales al borde de la locura que buscaban una frágil balsa a la que aferrarse, temblorosos, en medio de la tempestad, gente como la pareja de yonkis, los vagabundos dementes que se apostaban en las escaleras abrazados a un brick de tinto o extranjeros perdidos. Sabiendo eso ¿no podrían redactarlos de tal forma que se simplificara su explicación en lugar de oscurecerla? ¿Sería un retorcido método de criba para probar la determinación del solicitante? He leído a Kant y a Heidegger pero me costaba descifrar algunos párrafos de las instrucciones. Suspiré y continué mi camino aquella soleada mañana.

Pasé por la calle comercial. Estábamos en crisis, pero de las tiendas de ropa no dejaban de salir chicas y mujeres cargadas con bolsas. Al salir se encontraban con los mendigos, que cada vez eran más, y no les daban ni una mirada compasiva, ni una de desprecio, no hablemos ya de dinero, la mierda que cargaban en sus bolsas las bastaba para vestir su indiferencia, su ceguera, su inevitable condena. Era triste y fascinante verlo tan claramente, ver su estado de indiferencia ante su propia descomposición. Yo intentaba echarles alguna moneda cuando podía, a los vagabundos, pero cada vez podía menos, ahora los miraba como quien mira hacia un futurista espejo, no me costaba verme sentado al sol con la mano extendida, no me costaba imaginarlo en absoluto.

Llegué a otro edificio oficial cuya mera visión ya daba pereza, además este era menos brillante que el anterior, sin el colorido de los locos despojos sociales su frialdad era absoluta, un monumento al absurdo tallado en un bloque de metal oxidado. Para entrar en esa fortaleza tuve que despojarme de todos mis objetos metálicos ante la perezosa mirada de una vigilante de seguridad, luego me metí en un ascensor y apreté un botón que decía “3”. Ascendí, salí de ahí y me dirigí a una ventanilla desde la cual unos fríos ojos me miraron encerrados tras unas feas gafas.

—¿Qué desea?

—He venido a entregar esto —dije enarbolando una hoja.

—Déjeme ver... Pero... ¿Esto para qué es?

—Para denunciar un impago.

—¿Un impago de una empresa?

—Sí.

—Vamos a ver, por lo que veo usted reclama una cantidad no percibida por un trabajo.

—Sí. Verá, estuve trabajando en...

—Pero esto no le va a servir.

—¿Cómo dice?

—Que esto no le va a servir. Este impreso es para mandar una inspección de trabajo a la empresa en cuestión.

—Pero en la primera planta les conté mi caso, me dieron esta hoja y me dijeron que la entregase aquí debidamente cumplimentada.

—Hombre, puede presentarla si quiere, pero no va a servir de nada, usted lo que tiene que hacer es pedir una conciliación.

—¿Y eso cómo se hace?

—Vaya a la segunda planta, ventanilla B, pida un impreso y rellénelo.

—¿Entonces este no me sirve para nada?

—No. Vaya a la segunda planta y pida un impreso para una conciliación.

El tipo se giró y me olvidó para siempre. Me monté en el ascensor y apreté el botón que decía “2”. Una vez allí me dirigí a la ventanilla B desde la que el tipo X me miró con cara de ?

—¿Qué desea?

Mujeres, dinero, paz de espíritu... Pensé, no obstante dije:

—Quería un impreso para una conciliación.

—¿Un impago verdad?

—Sí.

—Vaya panorama.

—Ya...

—Están viniendo muchos últimamente, por lo visto nadie paga.

—Pues qué bien.

—Tenga, rellene esto y preséntelo en la cuarta planta.

Miré la hoja, era prácticamente igual que la que ya había rellenado previamente, la que no me sirvió de nada, las diferencias entre ambas eran casi imperceptibles, el

encabezado, la tipografía y la disposición de un par de huecos a rellenar, por lo demás eran idénticas. Me senté en una mesa, cogí un bolígrafo y vertí a mano los datos de una hoja a la otra. Entré en el ascensor y apreté el botón que decía “4”. Volví a precipitarme sobre otra ventanilla, esta vez al otro lado había una mujer, fea, marchita.

—¿Qué desea?

—Me han dicho en la planta dos que entregue esto aquí.

—Por triplicado.

—¿Cómo dice?

—Tiene que entregarlo por triplicado.

—¿Podría usted hacerme unas fotocopias?

—Aquí no estamos para eso.

—Está bien, ahora vuelvo.

—Dese prisa, cerramos a en punto.

Salí corriendo de allí, tenía diez minutos para hacer las fotocopias y volver. Abandoné el edificio y corrí por las calles, jadeando, hasta llegar a la tienda de fotocopias. Estaba cerrada. Me encendí un cigarro y me encaminé a mi casa vencido por la burocracia.

Estaba rabioso. Todos estos trámites eran inútiles para la consecución de mis fines. Lo que me había llevado hasta ese último edificio infernal era un trabajo que me salió montando el escenario en el que actuaría Julio Iglesias, el cantante hispanohablante con más éxito comercial de todos los tiempos, más de 300 millones de álbumes vendidos, 2.600 discos de oro y platino certificados. Curré como una mula montándole el chiringuito durante cuatro días. El último de ellos, el día de la actuación, trabajé durante veinte horas seguidas, cargando y descargando camiones, colocando equipo y todo ese rollo. Al final de la jornada sufría de múltiples alucinaciones, tanto ópticas como auditivas, que me asaltaban desde todos los flancos, gente que no estaba allí me susurraba al

oído y las luces repentinas me cegaban. El tipo que me contrató, a mí y a otros treinta perdedores, nos llevaba dando largas desde hacía semanas, hasta que en un momento dado simplemente desapareció sin dejar rastro, con nuestra pasta. Ninguno cobramos. Una vez más se habían reído de los perdedores. Menuda cuadrilla estábamos hecha: jovenzuelos que solo podían trabajar de pascuas a ramos en mierdas como ésta, un par de expresidarios, un rumano... Ninguno cobramos, ni cobraremos. Los que tengan la paciencia de meterse en recursos y peregrinajes jurídicos interminables puede que vean la pasta, sus putos cuatro duros raquítics, su mínimo sueldo posible, dentro de tres, cuatro o cinco años. Recuerdo ese día. Recuerdo al bueno de Julio. Llegó una hora antes de la actuación. Su mercedes se introdujo por la parte trasera del estadio y aparcó en los camerinos, bajó del coche escudado por dos top models y nos dedicó su famosa sonrisa y un leve gesto con la mano antes de desaparecer por la puerta de los camerinos. Seguramente él y su cohorte habían cobrado una suma insultante con anterioridad, ahora para los correles no quedaban ni las sobras del catering. Días de angustia y de mirar los movimientos de mi raquítica cuenta bancaria. Rumores, llamadas, y el desenlace más triste a la velada, el silencio, la huida, imaginar la sonrisa del ladrón, sentirte como un puto estúpido. El dinero ya no importaba, únicamente conseguiría poner paz en mi alma inflando a hostias al tipo que me contrató. Es triste, “no es el camino” dicen por ahí “la venganza y la ira no llevan a nada” dicen. Pero ¿qué hacer? ¿Cómo remendar esta sensación de burla sin consecuencias? Todos esos papeles no servían de nada, miles más se acumulaban en los escritorios de otros tantos funcionarios hastiados. Los de abajo siempre tendríamos las de perder. Los reptiles estaban blindados. Conocía varios casos: un colega tenor al que un ayuntamiento de Madrid

le debía su actuación desde hacía meses, una empresa de estructuras metálicas a la que el ayuntamiento de León debía miles de euros desde hacía años, multitud de conocidos que trabajaban sin cobrar desde hacía meses para, al final, encontrarse con un patrón que se declaraba insolvente y huía con el botín a un país más cálido. Todo eso estaba a la orden del día mientras nuestro ridículo presidente blindaba los bancos y amnistiaba a los corruptos entre cortinas de humo. Una justicia leeeeeeeenta e inútil. Un panorama desolador, surrealista, en el que los ladrones llevaban corbata y tenían total impunidad para reírse de una masa asustada e idiotizada despojada por completo de su dignidad. La jugada maestra de los poderosos seguía su curso imparabile entre risas de un bando y llantos del otro. Y la gente que permanecía al margen de la situación continuaba dormida, en su burbuja de excusas, sin admitir la inviabilidad del sistema. Típico del ser humano, el no ser consciente del fuego hasta que te quema los pies. Cuestionarse nuestro sistema de valores solo llegaba cuando te salpicaba la mierda a las rodillas, entonces la gente se echaba a la calle y se hacía preguntas, era triste que no se las hubiese hecho en las épocas de bonanza, pero es lo que pasa, nunca se ve más allá de nuestras narices. Egoísmo. Egoísmo infinito, intrínseco al ser humano, tan fácilmente alimentado por las quimeras capitalistas. La crisis económica europea que tantos ojos ha abierto no dejaba de ser una broma comparada con la que había sufrido Sudamérica con anterioridad, por no hablar de África. Nada cambiaba en la historia de la humanidad: coge lo que puedas y corre, corre rápido, y pisa a quién sea necesario. Esas eran las directrices grabadas a fuego en una especie capaz de destruirlo todo y luego a sí misma, poniendo encima cara de incredulidad ante el espectáculo de su obra. Ya no hay salida, no hay vuelta atrás, el fin de todo nos espera y caminamos hacia él con

paso firme. Somos una especie que se lo ha currado muy mal. Ante la inmensidad del cosmos y la certeza de la muerte uno no puede por más que preguntarse cómo las aspiraciones del ser humano medio no pasan de levantarse por la mañana y dirigirse a algún trabajo estúpido que le proporcione la dudosa posibilidad de comprarse alguna gilipollez inútil. Entidades ajenas a todo mientras su culo repose en lugar mullido.

Recuerdo cuando tenía un trabajo fijo bien remunerado, cómo me gastaba la pasta en objetos absurdos... El único dinero que empleé bien fue el destinado a desfasar con los colegas, por suerte lo hice con asiduidad. ¿Cómo es posible que haya personas que trabajen en turnos de 12 horas habiendo una tasa de paro del 25%? ¿No sería mejor que tres personas currasen 4 horas y se repartieran la pasta? Claro, en tal caso el poder adquisitivo de esas personas sería menor y les imposibilitaría el tener acceso al último gadget tecnológico, y cuando se ha lavado el cerebro de la gente a base de publicidad y luces de colores esa posibilidad es inviable, porque el cáncer está muy extendido y ya solo se ve el último objeto brillante que supuestamente nos dará la felicidad, aquel que manufacturan esclavos en países a miles de kilómetros de nuestros culos, cuya lejanía les confiere un aura irreal, intangible. Hablar de China es como hablar del país de Oz, algo lejano que quizás no exista. Pero existe, y allí hay un chaval currando por 70 céntimos ahora mismo para que tú tengas tu puto iPod.

Necesito más. Quiero más.

¿Cómo podemos reproducirnos sin medida minando los recursos de nuestro planeta sin siquiera haber averiguado la manera de salir por patas cuando no haya vuelta atrás? Bah, no importa, yo no lo veré... Pero llegará un día en que serás testigo amigo, ese día quizás esté cerca. Es fácil decir

que nos han engañado, que tenebrosas manos manejan los hilos, cuando en realidad cosechamos lo que sembramos. La historia de la humanidad siempre se ha escrito con sangre, sangre derramada hacia las cloacas. Estamos corriendo ciegos hacia muros de hormigón. Nada ha servido, nada se ha hecho correctamente, cagada tras cagada en un viaje alucinado y alucinógeno hacia la destrucción total. Dame la mano, iremos juntos y por fin podremos derramar unas lágrimas totalmente sinceras, por primera vez en nuestras tristes vidas.

TARDE

Con la risa de los ladrones martilleando mi cerebro, presionándolo hasta el extremo, volví a la pensión, intentando mirar al suelo durante todo el camino, agotado, hastiado de miradas vacías y elucubraciones tormentosas. Para mí es importante matizar que todo esto no son lloriqueos, no voy de víctima de la crisis, ni de víctima de nada, no quiero que nadie se compadezca de mí. Dada la situación y mi devenir por la vida puedo afirmar que en estos momentos me siento hasta cierto punto privilegiado y realizado, encontré una rendija por la que ver y escapar ¡He visto la luz! Soy yo el que se compadece del mundo, mi dolor siempre está provocado por terceros, por poder ver y sentir lo que mis iguales están haciendo consigo mismos y con los demás, en ambos bandos, de una forma o de otra. Toda esta estupidez, avaricia y egoísmo me pesan como una terrible mochila, pero es una mochila con las cargas de otros, sus putas piedras lapidarias. No siento pena ni dolor por mí mismo, quizás pereza, me da pereza existir, existir aquí y ahora, eso es todo. Es mirar a

mi alrededor lo que me angustia y aflige, ver tan claramente reflejada la tristeza y la derrota en los débiles, sentir la indiferencia y el egoísmo de los fuertes. Hay que acabar con este sistema desde los cimientos. Pocos, muy pocos, merecen ser salvados (quizás ninguno), ninguna reforma parcial es válida, se necesita una revolución total, tanto del sistema como de las mentes, la enfermedad está demasiado extendida, hay que amputar. Tabula rasa.

Entré en mi habitación y me dispuse a alimentarme. Guardaba la comida en el armario, miré el menú y opté por una lata de fabada. Salí de la habitación, atravesé el oscuro pasillo y llegué a la cocina. Vacíé la lata en un plato y le di una pequeña dosis de radiación no ionizante a una frecuencia de 2,45 gigahercios (Ghz) para hacerla más apetecible. Volví por el pasillo rumbo a mi habitación. Escuché una tos moribunda que salía de una de las habitaciones y no pude evitar pegar la oreja a la puerta. Escuché de nuevo la tos y percibí el olor nauseabundo del interior. Me retiré a mi cuarto. Puse el plato humeante sobre la mesa, encendí la radio y me senté. Nunca había nadie en la pensión a esas horas, pero la tos moribunda me había indicado la presencia de otro ser humano tras una de las puertas, una persona que, como yo, como todos, se debatía en soledad en una lucha perdida contra la vida. Pensaba en el pobre Blas.

En mi pensión casi todos los habitantes eran hombres jubilados solitarios, era el ambiente más agradable al que un misántropo podía aspirar ya que nunca estaban en casa. Salían pronto, al alba, rumbo a alguna cafetería, y no les volvías a ver el pelo hasta entrada la noche, cuando regresaban del bar o de las salas de juego. Eran personas afrontando el final de una vida de penurias. Vivir allí, entre ellos, me había enseñado grandes cosas acerca de la vida. Esta gente, los pobres viejos, habían sido completamente

abandonados por todos y finalmente se habían rendido, llegando incluso a abandonarse a sí mismos, alcanzando con ello, quizás, la santidad. Era la última estación. A veces alguno estaba en el baño y se dejaba la puerta abierta de su habitación y si, casualmente, pasabas por allí podías asomarte a su interior, a su mundo, a su psique. Allí el hedor era insoportable. Un aire espeso y viciado, similar al que surge al abrir un cubo de basura, te abofeteaba el rostro. Tras este bofetón inicial echabas una tímida mirada al interior de sus habitaciones y veías miles y miles de cosas tiradas por todas partes, un caos absoluto y sórdido, montañas de revistas y ropa que llegaban a tocar el techo, y estoy hablando de un edificio antiguo, de techos altos. Papeles, cartones, envases, colillas, botellas, figuras, emblemas, libros... Basura y más basura. Una vez llegué a ver en una de las habitaciones una cabeza de ciervo disecada. Si mirabas al suelo veías una especie de alfombra oscura. Era la mugre que se había fundido al suelo, mierda traída pegada a la suela del zapato durante años que se había depositado allí, acumulado y fermentado, para dar lugar a una especie de moqueta. En estas habitaciones nunca entraba la luz del sol, y si entraba era absorbida y anulada como por arte de un agujero negro. De repente oías el ruido de la cadena del váter y debías dejar de husmear y perderte por el pasillo rumbo a tu morada, donde pensabas sobre ello. Supongo que la reacción más previsible en un primer momento era la incredulidad “¿cómo puede una persona vivir así?” Pero no había más que entender el contexto. Eran personas solitarias al borde de la muerte y todo había fallado, todos les habían abandonado. Envejecer es así, es ir perdiendo todo, como un árbol en otoño. Ya no interesas a nadie, a tu familia le importas una mierda y solo ansían el día de tu muerte elucubrando sobre tus posibles posesiones y la parte

proporcional que les corresponderá tras tu muerte, las risas se han ido junto a los dientes, los achaques afectan a todas las zonas, la demencia senil que hace que no recuerdes si vas o vienes o qué desayunaste (si es que desayunaste) o qué cojones está pasando, el sabor de una mujer es ya como el sabor de la juventud, un recuerdo lejano que no volverá jamás. Schopenhauer alababa la vejez como la mejor etapa de la vida, por la tranquilidad que proporciona la falta de pasiones, quizás sea así, nunca he visto a ninguno de estos jubiletas quejarse por nada, nunca he escuchado discusiones ni risas ni llantos saliendo de sus puertas. Son gente de rutinas sencillas, levantarse y disfrutar de su pensión, dilapidándola en cafés, vinos o en las tragaperras, la charla en el bar, la partida... Quizás alguno continúe viendo a alguno de sus familiares, algún nieto al que dará algo de pasta a cambio de una sonrisa. Todo se ha marchado, ya no hay objetivos, simplemente esperas la muerte, inevitable y tan cercana que casi puedes oírla y soñar con el calor de su abrazo.

Las habitaciones de estos hombres podrían resumir la vida de la mayoría de la gente, una constante acumulación de basura inútil que a nadie le interesa, hasta el momento en que te mimetizas con ese entorno y pasas a ser un desecho más. Eso es la vida y ese es el futuro que nos aguarda a todos, variará la escala de grises claro, pero puede resumirse a eso. Y supongo que no es malo, es la ley del cosmos. El problema viene cuando te ves ahí y te das cuenta, echando la vista atrás, que todo ha sido una pérdida de tiempo, que no has disfrutado de aquello que se te ofreció. El tiempo, tan escaso y etéreo que sólo lo percibes cuando lo has perdido. Mierda, esas cosas nunca se piensan, estamos aquí, siempre hay alguien que nos ríe los chistes, somos jóvenes, y aún no siéndolo creemos que nos queda un gran camino por

delante, se dejan las cosas para mañana, se pierde el tiempo en estupideces, pero nuestro futuro ya está marcado, es una habitación oscura llena de mierda hasta el techo.

Blas vivía en la habitación número 3. No era el que tenía mayor síndrome de Diógenes, las veces que pude asomarme a su habitación tenía más bien pocas cosas. El hedor era insoportable, eso sí, para la gente que espera la muerte cosas como lavar las sábanas pertenecen ya a otra dimensión. Tenía un problema de incontinencia, el pobre Blas. La mayoría de las veces no llegaba al retrete y dejaba un intermitente reguero de orín por el pasillo, era una de las razones por las que no convenía caminar descalzo por allí.

Nadie sabe cuantos días llevaba muerto cuando lo encontraron, allí dentro, solo. Ese fue el final de su historia. Hoy su habitación la ocupa otro jubilado, un tipo tuerto y ludópata que se pasa la mayor parte del tiempo sedado por la enorme cantidad de pastillas que ingiere para la esquizofrenia. Hace días que no lo veo, por cierto.

Muchas veces, al pasar por alguna de esas puertas, cuando me llega el olor, pienso si en su interior se encontrará otro cadáver solitario abandonado a la putrefacción. Y me pregunto cuándo será mi turno. Estos viejos, descomponiéndose en sus habitaciones, son el producto de toda esta sociedad de mentiras. Lo han dado todo, han sido exprimidos a conciencia, para al final acabar así, sin nadie que les eche de menos excepto la casera a fin de mes. Esto no es la excepción, es la regla, el sustrato del mundo lo conforman los cadáveres de los malditos, esas pobres víctimas solitarias, y si tengo alguna misión como narrador es contar su historia, esa es la razón de que me decante por escribir sobre la sordidez y los personajes solitarios, y creo que ha de ser la misión de todo narrador honesto. O no, a saber...

Blas, colega, seguro que estás en un lugar mejor así que no voy a apenarme por ti. Y me alegro mucho de no tener que volver a fregar tus putos meados viejo de mierda. Descansa en paz.

La fabada estaba deliciosa, pero me provocó gases, me tiré un par de pedos apestosos mientras me masturbaba. Cuando conseguí correrme me limpié, me lié un peta y me arrojé de nuevo al mundo con energías renovadas. Ya no miraba al suelo ¿Por qué evitar las miradas? Cada uno es responsable de sus actos y el despertar acabaría llegando para todos con alguno de los posibles finales.

Me introduje en un supermercado, esquivé rápidamente los estantes llenos de utensilios inútiles, esquivé a los enfermos terminales que pululaban por allí y llegué a la estantería de los productos razonables. Pillé un pack de seis latas de cerveza tostada, hice la transacción lo más rápido posible y me largué de allí rumbo a casa de mi colega Emilio. Abrimos unas latas y nos liamos unos porros mientras en la tele mirábamos incrédulos los incidentes que el día anterior se habían producido en el centro de Madrid con motivo de la concentración del 25-S, una concentración que respondía al lema “ocupa el congreso” y que reflejaba el creciente malestar de la sociedad con sus gobernantes y sus métodos. Era una chispa de esperanza para el cambio social, pero los perros guardianes de los poderosos sabían bien lo que debían hacer y pronto desenfundaron las porras para dispersar a la masa descontenta. Ahora el debate se abría sobre si había sido correcta la actuación policial, y con ello se tapaba el verdadero tema de debate que es “¿qué hacía toda esa gente allí?” Se tachaba de ilícito el movimiento ya que no se podía intentar derrocar a un gobierno elegido en democracia, algunos incluso lo llamaban golpe de Estado.

Bien, derrocar a un gobierno que ha ascendido hasta ese puesto a base de mentiras es totalmente lícito. Si compras una televisión de última generación, con HD, 3D y todas las estúpidas mierdas que se supone que traen, y al sacarla de su caja resulta que te han vendido una tele en blanco y negro que se sintoniza con una ruedecita, es lícito que la devuelvas y recuperes tu dinero. Por esa regla de tres un gobierno que pide el voto prometiendo una serie de cosas y luego se dedica a hacer todo lo contrario solo se merece una patada en el culo que lo envíe a pudrirse al octavo círculo del infierno de Dante. Y esto es así, no hay tu tía. El problema es la manga ancha de la gente, su permisividad y su estoicismo. Se les ha dejado tener demasiado poder sobre nuestras vidas y sociedades, se les ha dejado cortar y repartir. Concentrarse en silencio y hermandad para mostrar el descontento no es suficiente, la gente está muriendo, se están volviendo locos, se suicidan, hay víctimas. El egoísmo es el que ha dado a luz toda esta situación, nuevamente el egoísmo, el querer tener, el querer tener cosas y más cosas y más cosas, eso ha hecho que las desigualdades se hayan hecho cada vez más evidentes, porque una balanza no asciende si la otra no cae. Antes, inmersos en la mentira de la bonanza, estábamos ciegos y despreocupados porque parte de nuestro egoísmo y afán de posesión estaban cubiertos. Recuerdo cuando cobraba mi amplio sueldo y corría al Media Markt a comprarme gilipolleces, gilipolleces que aliviaban el terrible trauma que me había supuesto conseguir un sueldo “digno”. Otros cientos y yo nos arremolinábamos allí, bajo un enorme cartel que ponía “yo no soy tonto” y comprábamos y comprábamos como si se fuese a acabar el mundo. Ahora todo ha petado y nosotros, tontos del culo, solo tenemos lo que nos merecemos. Los poderosos son como nosotros, humanos, y por tanto solo

quieren tener más y más, y mientras que ahora estamos en lo más bajo de la balanza ellos siguen ascendiendo, y su ceguera hace que nuestra vida o muerte se la sude ya que su situación no ha hecho más que mejorar, por tanto no hay crisis, todo va bien, todo sigue su curso. Ahora la parte baja de la balanza ha visto el sufrimiento de cerca, lo viven ellos o sus familiares, o sus amigos, ahora ven la injusticia y quieren cambiar el modelo, hacer un mundo más sostenible y justo, y está bien, lo malo es que ahora el enemigo es más poderoso que nunca. Por tanto el fallo general del movimiento indignado se puede resumir en un gesto, en un símbolo, las manos blancas. Las manos blancas no sirven para intimidar al enemigo, para hacerlo hay que mostrarle unas manos ensangrentadas que sujeten la cabeza cercenada de sus compinches, de otra forma lo único que se logra es que el enemigo siga brindando. “La violencia no es la solución” dirán algunos, pero no es violencia gratuita, es defensa propia, la violencia ya se ha usado con nosotros, la tortura no está prohibida, se nos aplica a diario, en interminables turnos de trabajo por cuatro duros para que, al llegar agotado a casa, encima te enteres que te han recortado mil derechos y han dado una inyección de capital a la banca mientras abres, aterrado, la factura de la luz.

Es normal huir de la violencia, pero los partos son dolorosos y esto es una guerra, como bien dice el artista Velpister en su poema Declaración:

Es una guerra

Lo es

Por mucho que

nos engañen

*Por mucho que
censuren*

Lo es

*Una guerra
incruenta*

*Y ya tiene de todo
esta guerra*

*Tiene tiranos
Tiene soldados
Tiene perros
Tiene propaganda
Tiene sangre
Tiene daños colaterales
Tiene ruina*

Y muerte

*A esta guerra
ya sólo le falta
una cosa:
Que los enemigos
Los rebeldes*

Nosotros

*Pasemos
de una vez por todas*

A la ofensiva

Llegaron unos cuantos colegas más, se abrieron birras y liaron porros, hablamos de varias cosas, de la situación del mundo y nuestro lugar en él. A veces, al dar un trago y pasar la vista sobre mis colegas, me asaltaba la lástima al ver a toda una generación perdida. Ninguno de ellos curraba, muchos no lo habían hecho jamás. No podían acceder a nada, ni planear nada más allá de reunirse para beber en algún oscuro rincón. Eso no es del todo malo ya que el trabajo, tal como se entiende actualmente, no puede ser por más que calificado como “El mal”. Sé de lo que hablo, no soy un hijo de papá, no soy un burgués que teoriza desde el sillón sobre el fin del capitalismo. He estado en las barricadas, más de una década desperdiciada en curros de mierda. He hecho de todo: peón de la construcción, albañil, peón de fábrica, dependiente, jardinero, enterrador, reponedor, técnico de control de calidad, segurata... Horas, horas y más horas robadas, desperdiciadas. La felicidad está en la libertad, y la libertad en la independencia, y es difícil equilibrar esto ya que la sociedad actual solo te proporciona independencia tras trabajar, que es un acto que por definición roba tu libertad. La solución está en hacer que el golpe sea lo menos doloroso posible. ¿Cómo puede una persona ser feliz, sentirse libre y realizada si tiene que estar 12 horas al día en una cadena de montaje despiezando pollos? Eso solo crea psicópatas y suicidas. Nadie debería trabajar más de 5 o 6 horas al día, ni una larga temporada realizando la misma actividad. De la misma forma no debería recibir exagerados sueldos por ello. El egoísmo, el afán de posesión, no conoce

límites. Si tienes una casa querrás también una casa en la playa, ¿la necesitas? Pero es la sociedad capitalista, con su mejor arma, la publicidad, la que nos lava el cerebro y alimenta nuestras ansias de posesión, transformando a las personas en seres consumistas de ansias inagotables. Yo me he dado cuenta de que no es necesario tener tanto, soy mucho más feliz ahora, con mis cuatro duros, pero con todo mi tiempo disponible para dormir, o leer, o emborracharme con los colegas, que cuando cobraba 1500 euros al mes metido todo el día en una fábrica de tubos y gastándome la pasta en mierda para aliviar mi vacío existencial. Había allí, en la fábrica, gente que echaba horas extra, tras turnos agotadores, sólo para tener más pasta y poderse comprar más mierda. Estábamos atrapados en una espiral descendente demencial que no llevaba a ninguna parte, como bien ha demostrado el tiempo, que nos ha dejado sin ninguna de esas absurdas posesiones y, a los más atrapados, endeudados de por vida. El trabajo es el mal. Bukowski lo ve de manera impecable en toda su obra, y concretamente en uno de sus mejores poemas:

*esta noche no he podido ir a trabajar
porque no podía
dejar de vivir*

Trabajando un número razonable de horas, que no te hagan mirar el reloj deseando la muerte, y recibiendo un número razonable de pasta, que no te haga caer en el pozo de la avaricia, crearíamos una sociedad de seres más realizados y no el apestoso engendro que somos ahora mismo. Crearíamos una sociedad más justa e igualitaria y

no la puta montaña rusa de desequilibrios en la que nos zambullimos cada día. Pero siempre el egoísmo. Siempre hay alguien que desea más por menos y lo contagia allá por donde pasa. ¿Cuándo aprenderá la gente que lo único verdaderamente necesario es follarse con regularidad, pillarte un pedo de vez en cuando con los colegas y, sobre todo, ser dueño de tu maldito tiempo para intentar realizarte? El egoísmo. Ese cabrón hace que todo esto no sean más que utopías, ya que siempre habrá quien desee dominar a los demás y joderlos y exprimirlos y sentirse superior. De esa forma tenemos a las personas desesperadas por encontrar un mísero trabajo, recorriendo las calles arriba y abajo en busca de uno, sin éxito. Y si, por la gracia divina, encuentran uno, esta situación de desesperación y desamparo social hará que sea un trabajo en el que les metan una enorme polla por el culo, y deberán sonreír y aparentar disfrutar de cada embestida, y se correrán en su culo ensangrentado y a cambio les darán un mísero sueldo que no llegará ni para pagarse los puntos.

¿Tendrá redención el ser humano? ¿Podrá salvarse?

Tras unas horas de agradable compañía alrededor de la cerveza y el humo me despedí de los compañeros que quedaban en pie y me encaminé de vuelta a la pensión mientras la noche se espesaba.

NOCHE

Algunas cosas se ven más claramente al amparo de la oscuridad.

El camino de vuelta a la habitación fue triste. Podías ser consciente de la miseria actual al pasear por las calles y ver todos los cajeros con algún indigente en su interior intentando conciliar el sueño. Era una postal extraña. Las sucursales de aquel gran monstruo que les había quitado todo les servían ahora de hogar ante el frío y la desolación nocturnas. Muchas de esas personas no tenían el aspecto típico de un indigente, eran personas como tú y como yo, algunos solos, otros con su pareja o algún compañero, algunos con mascotas. Y los reptiles seguían riendo y brindando. Sus risas acabarían de golpe si todo este ejercito de malditos despertara, pero no terminaban de despertar, resignado su suerte.

Llegué al portal pero fui incapaz de entrar, quería que el frescor de la noche me purgara un poco más así que di un paseo nocturno. Llevaba puesta la música a toda hostia, sonaban Meshuggah. Toda esa violencia sonora empezó a tejer imágenes en mi mente, imágenes de dolor y sufrimiento, imágenes desesperadas y extrañas. Comencé a visualizar a los seres humanos como cucarachas de ojos brillantes, rodeados de mierda, apareándose en los rincones, emitiendo extraños gemidos. Seres horribles y deformes que ingerían todo a su paso. Seres famélicos que reptaban por las paredes y comían otros insectos. Seres gordos como ballenas con extraños cables y conexiones enraizados en sus cerebros, babeando, cagándose encima. Una noche eterna, maldita, de furiosos relámpagos. Huracanes y lluvia ácida. Padres devorando a sus hijos, violando a recién nacidos. Ancianas esqueléticas maquilladas como payasos y llenas de joyas cabalgando sobre musculosos afroamericanos. Engendros de dos cabezas sobre púlpitos aleccionando a huestes de seres sin ojos, boca ni oídos. Señoras ciegas y

aterrorizadas andando a cuatro patas y alimentándose de restos humanos como carroñeros. Vi el futuro y supe que la humanidad no merecía salvarse, no de este modo.

Al entrar en la pensión vi luz en una de las habitaciones, al final del pasillo. Me pareció extraño, pero supe que uno de los jubilados se había dormido con la luz encendida y no le di mayor importancia. Saqué la llave y me metí en mi cuarto. Me tumbé en la cama y escribí un par de poemas, luego tomé apuntes para un futuro relato. Los poemas y el relato trataban sobre mí mismo y empecé a cuestionármelo, ¿de veras a alguien le interesaban mis mierdas? ¿Tenían valor literario? ¿Me estaré exponiendo demasiado, poniendo mis miserias en bandeja de plata para el disfrute de desconocidos? A veces estoy harto de pasarme tan en pelotas por las praderas de la literatura. A veces me gustaría escribir sobre elfos y duendes y no volverme loco mientras tecleo embadurnado en nicotina a las 4,52 de la mañana. Pero era un acto inevitable, un acto de rebeldía, mi manera de gritar desde el silencio de la palabra impresa. “Escribirlo es soportarlo” anoté una vez, borracho y loco, en una servilleta arrugada. Este momento es mío y lo hago con total honestidad, ¿pueden acaso todos decir lo mismo? Es una lucha solitaria contra mi propio vacío y quizás pueda enseñar algo a alguien. Por otra parte cumplo una labor de archivo y reflejo social, leyendo esto los habitantes de otros mundos que se paseen por las ruinas podrán hacerse la idea de porqué sobrevino el desastre. Ese pensamiento alejó mis dudas sobre la creación literaria.

Me relajé y me puse a mirar al techo mientras fumaba. Entonces oí una puerta que se abría y unos pasos por el pasillo. Quién los realizaba llevaba zapatos de tacón. Aquello sí que era una novedad. Una mujer... ¿aquí? Tras los zapatos

de tacón sonaban otro tipo de pisadas, menos vivaces, ambas pisadas se pararon cerca de mi puerta, afiné el oído.

—¡Te he dicho que por follar son 30 euros!

—Schh, calla por favor, es tarde, aquí vive gente.

—Pero te lo he dicho antes de venir, lo sabías.

—Vale, vale, tranquila... Ven a la habitación, por favor, aquí vive gente.

—Encima eres un cerdo, ¿no tenéis ducha aquí?

—Schh, por favor, ven a la habitación.

—Por follar son 30 euros.

—De acuerdo, de acuerdo, hablemos.

—¡Joder qué asco!

Tras un breve silencio los pasos se alejaron nuevamente por el pasillo y escuché una puerta cerrarse. Por lo visto uno de los viejos todavía se negaba a morir, al menos no esta noche. Bien por él.

Me tiré un sonoro pedo para reafirmar mi existencia. En ese momento una buena ración de metano era todo lo que podía aportar al cosmos. Y estaba bien así. La fabada había hecho bien su trabajo, me tiré otro y dejé que me arrojara. Solo esperaba no soñar otra vez con las putas ratas.

SERVICIO DE LAVANDERÍA

—No puedo más, estoy harta.

—Ya...

—Esto es una mierda. Odio estar aquí.

—Ya, bueno.

—Yo tenía un negocio, una familia, tenía dinero, ¿sabes? Tenía dinero... Y un negocio.

—Sí.

—Y todo a la mierda. Siempre se va todo a la mierda, estoy harta.

—Ya...

—Estoy harta de esto, de estar aquí, de esta maldita cola.

—Bueno, venga, tranquila.

—Estoy harta de venir aquí todos los días. Yo tenía dinero... Y mi casa. Tenía una casa. Era pequeña, pero era mía, con mis cosas.

—Sí. Lo sé, lo sé.

—No aguanto estar aquí, todos los días igual... Bueno, ¿qué pasa ahí? ¿Avanzamos o qué?

—...

—Joder, estoy harta, harta de esta mierda, de que todo salga mal.

En ese momento se puso a sollozar. El tipo que estaba a su lado la rodeó con el brazo, intentando calmarla. Esa yonki siempre estaba igual, quejándose de su vida constantemente.

Ya me sabía la cantinela, todos los días era la misma puta historia.

Yo estaba un poco más atrás en la fila, mirándome las manos y los pies fijamente. Llevaba dos días sin dormir por culpa del jodido speed. El speed era una droga de mierda, no se por qué me metía, supongo que porque era barata. El pedo estaba bien, pero la resaca era horrible, tenías que abandonar la esperanza de poder dormir y cada vez te ibas volviendo más y más loco, los pensamientos psicópatas se te aferraban al cerebro mientras miles de pequeños espasmos invadían tu cuerpo constantemente. Por no hablar de que la polla se te transformaba en un pequeño cacahuete. En fin... Mientras temblaba embutido en aquella fila de gente podía oír las conversaciones a mi alrededor. Éramos unos 60 allí, en rigurosa fila india, las caras eran un mapamundi del fracaso, podías ver todas las llanuras, valles y océanos del país de la desesperación. Un tipo detrás mío despotricaba.

—Unos demonios es lo que son. Ojalá, ojalá oh dios mío, que nunca acabe siendo abogado. Y podría, claro que podría, tengo el título, pero dios me libre. Esa gente, esos malditos hijos de puta, están podridos. ¡Podridos todos ellos!

Otro un poco más atrás conversaba.

—Sí hombre, el idiota ese, el que estaba siempre conmigo, medio calvo. Pues no se le ocurre otra cosa que cargarse el cristal para entrar, a plena luz del día. Claro, a la media hora ahí estaban los locales. Ahora han tapiado todas las puertas, nos ha jodido el chamizo el muy cabrón.

Flotaba en el ambiente el recuerdo de Constantino, alias el General, un tipo ya mayor, gordo y poco sociable, que había aparecido muerto por la mañana a las puertas de un cajero.

Yo temblaba y me mordía las uñas mientras miraba fascinado mis zapatos, intentando descifrar el universo y

encontrar a dios. No parecía avanzar mucho en mi objetivo la verdad. En ese momento el universo a mi alrededor se combó, se escuchó un golpe seco y la fila de gente se rompió. Se oían voces y gritos. Me acerqué al vórtice de la acción. Un tipo había abierto la cabeza a otro con un bastón de madera. Conocía a ambos. Me acerqué al agresor y lo saqué fuera de la entrada.

—¿Pero qué coño te pasa tío? —le dije.

—Ese hijo de puta... ¡¿Te crees muy valiente con las mujeres eh?! Pues sal pa fuera maricón que esto no ha hecho más que empezar.

—Relájate joder, ¿qué ha pasado?

—Ese cabrón le pegó a mi mujer ayer, a ver si ahora es tan valiente, a ver si ahora es tan valiente —decía blandiendo el garrote ensangrentado—. ¡Te estoy esperando aquí maricón!

—Oye tronco, si le ha pegado a tu mujer tienes todo el derecho. Pero piensa un poco, seguro que ya están viniendo los maderos hacia aquí, pírate antes de que te metas en un lío.

Me miró, temblando y desencajado.

—Pírate anda.

Eché el último vistazo al remolino de gente, lo entendió y se largó a la carrera por una callejuela.

Yo volví a la entrada del comedor. El suelo estaba lleno de una sangre roja, brillante y espesa que no parecía real. El agredido, un rumano que pedía a las puertas de una iglesia, estaba sentado en el suelo, presionando la herida con un manojo de papel higiénico. Apareció la policía, la cola volvió a formarse y continuamos nuestra peregrinación hacia la entrada esquivando los charcos de sangre. Ya había algo más de lo que hablar.

Éramos escoria, todos, los pobres fracasados que aguardábamos pacientes la cola para comer algo y los que en esos

mismos momentos disfrutaban de una gran mariscada a orillas de alguna playa paradisíaca. Para la mayor parte de la gente la diferencia entre tener dinero o no tenerlo es el tiempo que pasan dando vueltas en centros comerciales comprando basura en potencia. La culpa de convertir el mundo en un gran retrete era de todos, daba igual la clase y posición social. Todo se reducía a la incapacidad de los seres humanos en ponerse de acuerdo en algo, en la incapacidad de todos los individuos de ver más allá de su arrugado y flácido órgano sexual. No había ningún orgullo ni romanticismo en la pobreza, ni en el proletariado, ni, desde luego, en las élites. Éramos todos unos tristes seres rosados y temblorosos que pataleaban y rompían cosas al paso de su frustración. Y el dinero era la gran manzana agusanada que nos tenía a todos pillados por las pelotas al borde del abismo.

En la tele estaban poniendo *La Ruleta de la Fortuna*, y hacia allí mirábamos por inercia mientras la cola avanzaba a paso lento hasta la entrada del comedor. Las azafatas de interminables piernas sonreían al girar las letras del panel, los concursantes giraban la ruleta de los premios, 100 euros, 200 euros, 1000 euros, bancarrota, el público aplaudía al unísono, la sonrisa inmaculada del presentador iluminaba el plató con su brillo cegador. Veíamos eso mientras avanzábamos, pasito a pasito, con nuestras mochilas y bolsas de plástico, con nuestras ropas de color gastado y aroma agrio, cargando con nuestras historias y penurias que no interesaban a nadie.

Finalmente llegué a la segunda puerta, en la que te sellaban una tarjeta de cartón que te daba derecho a la comida, y entré en el comedor. Aún quedaba una fila más para coger las bandejas, pero ahora al menos podías mirar a la gente que estaba ya sentada comiendo y adivinar el menú, que ese día consistía en macarrones y filetes de pollo con puré de patatas. Casi la totalidad de la gente que ocupaba

las mesas del comedor parecían exactamente lo que eran: personas que vivían en la calle o al borde del abismo. Un dentista podría desarrollar la totalidad de su carrera sin salir de esas cuatro paredes. Muchos venían borrachos y todos estaban majaretas. Era divertido, desde luego mejor que ver la tele. Se veía que la mayor parte de la gente estaba resignada e institucionalizada y que nunca saldrían de esa rueda de miseria. Ya me lo dijo un tipo los primeros días: “Aquí es muy sencillo entrar, pero muy difícil salir”. Y era cierto, notaba la resignación también creciendo en mí, alimentada por el desolador panorama social. La resignación afectaba a todos, de lo contrario era inexplicable cómo un mundo tan desigual podía seguir manteniéndose en pie. Cualquiera con quien hablase llegaba a la conclusión de que el mundo estaba podrido, de que las grandes corporaciones y fortunas manejaban todo el cotarro y se quedaban con el pastel y de que los poderes políticos eran ineficaces y corruptos, toda esa cantinela la escuchabas a diario entre la población indignada, pero no dejaban de ser eso, conclusiones a las que llegabas mientras caminabas sin dilación hacia la picadora de carne junto al resto de idiotas.

Al fin me dieron la bandeja con la comida y busqué un sitio medianamente apartado. Al sentarme y coger el tenedor me di cuenta que en realidad comer era una acción imposible y absurda en esos momentos de resaca. La comida no era mala, pero las drogas que había tomado sí, y en ese momento tenía el estómago replegado sobre sí mismo y cerrado totalmente a cualquier elemento exterior. Lo intenté no obstante. No había manera. Jugué un poco con los macarrones, moviéndolos de un lado a otro del plato. Inspeccioné los filetes de pollo por ambos lados y finalmente me rendí y le di mi comida al tipo de en frente, con cuidado de que no me vieran las monjas y me echasen

la bronca. Me largué de allí igual que había llegado, arropado por la estridente voz de la yonki, que esta vez discutía con uno de sus compañeros de mesa.

A la salida del comedor la realidad me golpeó con todas sus fuerzas y me dio el bajón. Simplemente mirar a mi alrededor, a mis iguales y sus mecanismos, hacía que caminase por la calle con el culo encogido, los puños apretados y los pelos de punta, ansioso por llegar a la cueva, esconderme y morir.

Llegué al piso, me encerré en la habitación, bajé las persianas y me tumbé en la cama temblando. No había nada que hacer, nada que esperar, nuestros sueños y miserias no eran nada. Notaba las corrientes eléctricas atravesando la espina dorsal. Éramos excrementos de ratón en un universo infinito. Algún día acabaría todo y no habríamos conseguido ser nada más que una triste anécdota, una pequeña nota a pie de página. No había nada que hacer. Estaba cansado.

Intenté dormir. Mi cuerpo se desmoronaba pero mi mente iba a mil por hora, desperdigada en todas direcciones como un vaso de cristal roto. No conseguía encontrar las llaves para apagar el contacto, la colisión era inminente e inevitable. Empecé a masturbarme como intento desesperado por relajar los sentidos. Bendita masturbación. Por muy mal que fuese el mundo, por muy torcidas que se pusiesen las cosas, siempre podías recurrir a ella. Siempre estaba ahí, la masturbación, al alcance de la mano.

Estuve dándole durante horas, era una lucha titánica debido a los efectos del speed que alimentaban la excitación a la par que dificultaban la erección. La droga de los idiotas. Me acabé lesionando el frenillo. Luego caí en un estado de letargo, a medio camino entre la realidad y la ficción, como ahora. Llamaron a la puerta de mi habitación en varias ocasiones, pero me hice el orejas, no estaba preparado para

tener ningún tipo de contacto personal, por muy intrascendente que este fuera. La soledad y tranquilidad de los muertos. Así debía ser la felicidad. Tenía microsueños que hacían todo más confuso. Tuve una visión de los seres humanos como si fuesen una inmensa barrera de coral, miles de seres sin importancia, modificando su entorno con la acumulación de sus huesos. Miles de cadáveres amontonados, generación tras generación, muriendo y siendo reemplazados constantemente, dando forma con sus restos a una nueva e imparable super estructura que ya ni ellos mismos entendían.

Poco a poco fui regresando. Cuando tuve energía suficiente encendí al móvil para mirar la hora. Llevaba 12 horas tumbado en la cama, girando de lado a lado como un pez fuera del agua, delirando, encerrado en la penumbra de mi habitación. Me había perdido la cena en el comedor.

Me incorporé y me comí una galleta. Me acerqué a la ventana y subí un poco las persianas. Era un aburrido día de entre semana y no se apreciaba mucho movimiento. La oscuridad y el silencio eran ya un manto que arrojaba la ciudad, ahora era cuando surgían las cucarachas, de entre las sombras, y maquinaban sus maldades. Me comí otra galleta y pegué el oído a la puerta de la habitación. No se oía ningún ruido, seguramente la gente del resto de habitaciones estaba ya durmiendo, el momento ideal para echar una meada sin riesgo de establecer contacto.

Abrí con cautela y me aventuré por el largo pasillo intentando hacer el menor ruido posible, caminando despacio. Oía las respiraciones. Estaban allí. Tras las paredes. Solo me atreví a encender la luz una vez ya en el váter, y al enfocar, para mi asombro, una pequeña luz brillante y plateada me llamaba desde el fondo del retrete. Me acerqué atraído cual urraca. Parecía que hoy era mi día de suerte ya que una flamante moneda de dos euros reposaba plácidamente en el

fondo del retrete, ¿cómo llegó hasta allí? Mejor no saberlo. Solo había que sumergir la mano en el agua apestosa, por suerte parecía que el anterior usuario no había olvidado tirar de la cadena. Me sumergí y regresé con la propina.

Atravesé el pasillo y volví a tumbarme en la cama. No tenía dinero, ni nada que hacer, nada que me llevase a alguna parte. Me masturbé de nuevo hasta que eyaculé un triste escupitajo. Limpié la vida de mi mano con un trozo de papel higiénico usado y encendí el ordenador. Tenía varios correos de mi editor. Debía haberle entregado el libro hacía semanas. Se supone que era a lo que aspiraba todo escritor, a ser editado, a mi me importaba más bien poco. Abrí una página de contenido gore y me puse a ver videos reales de decapitaciones. Las sesiones nocturnas de videos de decapitaciones (y sus respectivos comentarios de los internautas) me estaban enseñando más sobre el ser humano que muchos de los libros que había leído, la conclusión siempre era la misma: estamos en un estercolero. La mayoría eran videos de ajustes de cuentas entre cárteles de la droga sudamericanos. Los degollaban como a cerdos, de una manera terriblemente chapucera, serrando la carne poco a poco. Las víctimas tardaban bastante en morir, me imaginaba su agonía.

Mientras estaba inmerso en mi viaje a los bajos fondos del ser humano escuché que la puerta de la casa se abría. Mi habitación era la más cercana a la puerta de la calle y podía enterarme de quién salía o entraba. Era bastante tarde para que hubiese movimiento en el piso y, debido a la curiosidad, silencié momentáneamente los gritos de los decapitados y pegué la oreja a la puerta de mi habitación. Pude escuchar pasos y risas. Parecían dos personas, un hombre y una mujer. Seguramente, por las horas, debían de venir pedo. Empecé a oír golpes, como si se chocasen contra las paredes, estaban armando un escándalo considerable. Finalmente decidí salir

a poner orden. Lo que me encontré a mitad del pasillo fue a Agustín. Agustín era el inquilino de la habitación 6. Un viejo delgado que parecía tener 200 años, le faltaban la mitad de los dientes y una enorme barba canosa cubría las arrugas de su rostro. Tenía síndrome de Diógenes y vivía rodeado de basura. En el piso todos estábamos hartos de él y del hedor que desprendía su puta habitación. En ese momento arrastraba por el pasillo a una chica joven, morena y de buen cuerpo, que yacía inconsciente a sus pies. La imagen, en mitad de la noche y con resaca, resultaba sumamente perturbadora.

—Agustín, cabrón, ¿se puede saber qué cojones estás haciendo?

—Nada.

—Estáis montando un escándalo de puta madre, algunos intentamos dormir —mentí.

—Lo siento, ya casi he llegado a la habitación, ¿me echas una mano?

—Ni de coña. ¿Quién cojones es esa chica?

—No nada, es una amiga.

—¿Una amiga?

—Sí.

—Tú no tienes amigas.

—Sí hombre, es una amiga.

—¿Qué le pasa? ¿Está pedo?

—No hombre, está cansada.

—Parece inconsciente.

—No, solo está cansada, de tanto bailar jejejeje.

Agustín me miró con ojos de corderito, jodido viejo.

—Dejad de hacer ruido ya hostia.

—Sí, lo siento.

Me largué a mi habitación. Era una situación extraña. Me tumbé en la cama y me fumé un porro pensando en ello. Al rato escuché gritos y golpes que surgían del final del pasillo,

de la habitación de Agustín. Volví a incorporarme hecho una furia, salí de mi habitación y fui hasta allí.

Antes de que llegase a su habitación vi cómo se abría su puerta y salía de ella la chica. Estaba descalza y caminaba apoyándose en las paredes. Cuando me vio ahí, en mitad del pasillo, me miró fijamente a los ojos y vino corriendo hacia mí, me agarró fuertemente del brazo y se escondió detrás mío, usándome de escudo. Acto seguido salió Agustín de la habitación. Estaba en pelotas, con su piel flácida y amarillenta pegada al esqueleto por unas mínimas capas de carne. Al verme ahí se detuvo en seco.

—Agustín, hijo de puta, ¿se puede saber qué coño está pasando?

—Bah, no es más que una puta, una puta borracha, que os jodan a los dos.

Se metió en su habitación y cerró de un portazo. Me giré y miré a la chica, estaba temblando, no apartaba su mirada de la puerta de la habitación de Agustín.

—Oye, ¿estás bien?

No contestaba.

—Tranquila. Ven, por aquí.

Me la llevé a mi habitación, la chica casi no podía caminar. La senté en un viejo sofá que tenía en una esquina y me arrodillé frente a ella.

—Oye, ¿cómo te llamas? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

La chica no contestaba, se veía que estaba muy borracha. Tenía el pelo negro, largo y rizado. Debía tener más o menos mi edad y era bastante atractiva, lucía un escote claramente prometedor

—Tranquila, ahora estás bien. ¿Quieres hablar?

Me miró a los ojos fijamente, fascinada, como si yo fuese un ángel caído del cielo o algo así. Esbozó una sonrisa, pero seguía sin hablar.

—Oye, ¿quieres que llame a alguien?

No apartaba sus ojos de los míos, empezaba a ponerme nervioso. Entonces extendió su mano y empezó a acariciarme la mejilla, tenía la mano helada. Por fin habló.

—Dios... Eres guapísimo.

—Sí, me lo suele decir mi madre —dije mientras apartaba su mano de mi cara—. Oye, he visto que traías un bolso. Quédate aquí, voy a buscarlo, y a buscar tus zapatos.

Salí nuevamente de la habitación y atravesé el pasillo. Llegué a la habitación de Agustín y llamé a la puerta.

—¡Qué!

—¡Abre!

Agustín abrió su puerta solo un poco y se asomó por la rendija.

—¿Qué quieres?

Empujé la puerta con todas mis fuerzas haciendo que cayese de culo contra el suelo. Seguía en pelotas. Entré en la habitación, el hedor era insoportable, montañas de basura hasta el techo surgían desde cada esquina. Me acerqué a él, pude ver el terror en su rostro, lo agarré del cuello y lo estampé contra la pared. Emitió un débil quejido y apreté un poco más, sus manos huesudas se aferraron a mi muñeca, clavándome las uñas. Acerqué mi cara a la suya, su apestoso aliento me golpeaba.

—Maldito hijo de puta, debería matarte ahora mismo. No quiero movidas cabrón. No voy a llamar a la policía, estoy cansado y de los nervios, pero te aseguro que como me toques las pelotas un poco más, solo un poquito más, volveré aquí y te cortaré la cabeza lentamente cabrón, ¿me oyes?

No contestó.

Lo solté y cayó al suelo, jadeando.

—Dame el bolso y los zapatos de esa pobre chica.

—Están ahí —dijo a duras penas.

—¿Y los calcetines?

—No lo sé.

Miré a mi alrededor, no pensaba bucear entre toda esa mierda para buscarlos.

—Me largo cabrón, y te estoy haciendo un favor, no lo olvides.

Cogí el bolso y los zapatos y caminé nuevamente por el pasillo. Me preguntaba si el resto de inquilinos no se habrían enterado de nada o si simplemente se la sudaba, me decantaba por la segunda opción.

Al llegar a mi habitación vi que la chica se había movido del sofá y ahora estaba tumbada en mi cama.

—Toma, tengo tu bolso y tus zapatos. Póntelos, te acompaño a la calle.

—¿No puedo dormir aquí?

—Ni de coña, vístete.

Comenzó a desabrocharse la camisa. Tenía unos pechos estupendos, todo su cuerpo era estupendo.

—No, no hagas eso, vístete.

—Ven aquí.

Cogí unos calcetines de mi armario y se los di.

—Venga, vístete, nos vamos.

Me agarró de la mano y me atrajo hacia sí.

—¿Qué pasa? ¿No te gusto?

—Tienes que irte.

Me miró fijamente, con cara de pena. De repente su expresión cambió, dejó de mirarme y giró su rostro hacia un lado. Empezó a vomitar, a vomitar sobre mi cama. Intenté buscar una bolsa mientras una enorme masa amarilla y apesetosa abandonaba su cuerpo para reposar sobre mis sábanas.

—¡Me cago en dios!

—Lo siento... Bruuurr...

No había nada que hacer, así que esperé a que acabase.

Luego la levanté por los hombros y la volví a sentar en el sofá. Le puse una manta encima y le limpié los labios con un trozo de papel higiénico.

—Hija de puta.

—Lo siento...

Entonces cayó inconsciente. Yo miré el estropicio. Agarré las sábanas por las puntas y formé un hatillo. Lo cogí con cuidado y salí de nuevo de la habitación. Atravesé el pasillo, otra vez, maldiciendo. Había un ser superior, lo había, podía escuchar perfectamente sus risas. Tiré las sábanas en la bañera y abrí el agua, intentando quitar toda la pota con la presión de la ducha. Cuando estuvo listo dejé las sábanas ahí y regresé a mi habitación.

La chica seguía en la misma postura, inconsciente en el sofá, por suerte no había vuelto a vomitar. Preparé un par de bolsas de plástico por si acaso. Entonces me senté en una silla, me encendí un cigarro y abrí su bolso. Busqué la cartera. La abrí. Miré su documentación: Estefanía, 28 años, hija de Roberto y Águeda, salía bastante guapa en la foto. Dejé el D.N.I en su sitio. Tenía también un carnet de la facultad de medicina. Abrí otra cremallera, había un billete de 50 y otro de 10. Cogí el de 50 y me lo metí en el bolsillo, por el servicio de lavandería, pensé.

Me terminé el cigarro y me acerqué a Estefanía, empecé a zarandearla.

—Vamos tronca, espabila.

—Nooooo...

—Sí, hay que largarse.

Comencé a vestirla. Le puse los calcetines y los zapatos, le abroché la camisa y la levanté.

—Venga, vamos, vamos.

—Estoy cansada.

—Te jodes, yo lo estoy más.

Salimos a la calle y nos dirigimos hacia la zona de bares. La chica iba haciendo esos así que dejé se agarrara a mi brazo. Poco a poco pareció volver al mundo de los vivos, dejó de balbucear y empezó a decir cosas más coherentes, intenté sacarle algo de información.

—¿Eres amiga de Agustín?

—¿De quién?

—Del viejo.

—¿Qué viejo?

—Joder, el que estaba en casa.

—¿Qué casa? No se de qué me hablas.

—Venga ya, ¿en serio? Te hablo de hace un rato.

—Joder, eres guapísimo, pero creo que estás un poco loco, eso me pone ¿sabes?

—Estupendo.

—¿Vamos a tomar una cerveza ahí?

—Yo paso de cervezas, me voy a casa.

—¿Puedo ir contigo?

—No, prefiero estar solo.

—No es eso lo que me habías prometido.

—¿De qué coño hablas?

—En el bar.

—¿Qué bar?

—En el que nos hemos conocido.

—Oye, ¿me estás vacilando? ¿No recuerdas lo que ha pasado?

—Estábamos en un bar bebiendo y me has dicho que me llevarías a tu casa.

—Joder, esta sí que es gorda. Mira, yo solo te digo una cosa, ten cuidado con los pedos que te pillas tronca, eres una chica muy atractiva y algún día podría acabar pasándote algo.

—¿Crees que soy atractiva?

—Joder, claro, pero esa no es la cuestión, la cuestión es que tienes que controlar un poco, el mundo está lleno de de-

predadores, te podía haber pasado algo muy malo, ¿en serio no sabes de lo que te hablo?

—Ni idea.

—Joder, alucino. En serio tía, esto ha sido un aviso, ¿por qué no te acompaño a coger un taxi o algo? Vete a casa y descansa.

—No me rayes tío, quiero otra cerveza.

—Vale, tomemos esa cerveza.

Entramos en uno de los garitos abiertos, ponían música de moda para los cuatro gatos que había allí. Me acerqué al camarero y pedí dos pintas, nos las sirvieron, di un largo y refrescante trago.

—Joder, me gustas, eres el chico más guapo con el que he ligado desde hace mucho tiempo. Y pareces buena persona, debajo de esa fachada de tipo duro y desagradable, puedo verlo.

—Estupendo.

—No tienes que hacerte el borde conmigo, te he calado, en realidad eres bueno.

—Sí, deberían beatificarme.

—Oye, voy a mear, ahora vuelvo.

—Vale.

La observé dirigirse al baño, buen culo. Llamé al camarero. Pagué las pintas. Me bebí la mía de un trago. Me levanté. Cogí dos gominolas con forma de corazón que había en un cuenco en la barra. Me metí una en la boca y me largué de allí.

Volvía a casa. Hacía buena noche. Un barrendero regaba la calle. A saber qué cosas extrañas estarían ocurriendo en ese mismo momento en este planeta de mierda. Me comí la otra gominola. No podía sacar ninguna conclusión o moraleja de lo ocurrido, simplemente estaba cansado. Al día siguiente era mi cumpleaños y tenía que echar las sábanas a la lavadora.

NOCHE DE ABSENTA

“Gracias por su visita Sr. Villaexcusa”

Miré esas familiares letras en la pantalla y me guardé la tarjeta y el dinero en la cartera. No comprendía cómo después de tanto tiempo el cajero aún no me llamaba de tú, que aparato más formal. Enfilé calle abajo hasta el garito y entré. Cuando me apoyé en la barra el camarero me miró desde la otra punta, se acercó sin decirme nada y me trajo un vaso de chupito y un tercio. Rellenó el vaso con absenta. Me caía muy bien ese tío, me encanta que recuerden lo que bebo.

El local era un garito heavy bastante amplio. De las paredes colgaban posters de Iron Maiden, Metallica, Soziedad Alkholika, Megadeth, etc. Los genios del metal me miraban silenciosos, juzgándome: «Es lo que hay Dave, ya sabes».

Había unos tipos tocando en el escenario. Metaleros de pro, con la pose de tipos duros: piernas separadas, guitarras bajas, muñequeras de pinchos... El batería tenía pinta de estar bastante pedo. Estaban destrozando el *Raining Blood* de Slayer. El público no era muy numeroso, unas treinta personas, pero se hacían notar, saltaban, gritaban, participando de todo aquello. Todos eran muy jóvenes, de hecho casi todo el mundo en el garito era muy joven, desde luego más que yo. Se agolpaban en las primeras filas gritando y saltando, «ah, entusiasmo de juventud, me has dejado por ellos ¿eh, perro?». Me incliné hacia el camarero.

—¿Quienes son estos mendas?

—Cercenado, son de Asturias.

—Son un poco malos, ¿no?

—Pché.

Le di un tiento a la birra y los miré, luego miré al público. Todos sudaban, verdaderamente estaban metidos en ELLO.

Pensé que yo podría hacerlo bastante mejor. La verdad es que siempre lo pensaba cuando veía a algún grupo tocar. Pero ahí estaba yo, sentado en la barra con mi chupito de 85 grados. Y allí estaban ellos, pasándoselo en grande sobre un escenario.

El batera la cagaba bastante, una parte en concreto fue bastante penosa, el camarero y yo nos miramos incrédulos. El camarero también tocaba la batería, en un grupo de ska, no lo hacía mal aunque no era mi rollo.

El batera del escenario continuaba cagándola estrepitosamente. Sé que no es fácil imitar a Lombardo, pero aquello...

Por otra parte los chavales de las primeras filas se lo pasaban como enanos. Yo a su edad también me lo pasaba como un enano. No tenían aspecto de ir muy pedo, ¿de dónde sacarían pues, su entusiasmo? Bueno, yo a su edad también me entusiasmaba con un calimocho. “Jodido tiempo, pasas dejándome cada vez más jodido”.

El chupito de absenta y yo nos miramos fijamente, retándonos. Me gustaba dejarlo ahí un rato y observarlo, hacerme a la idea. La verdad es que me intimidaba, el muy cabrón era más fuerte que yo, no obstante era yo el que acabaría con él de un momento a otro.

Continué mirándome.

Lo agarré a traición cuando menos se lo esperaba y me lo bebí. El hijoputa descendió por mi garganta destrozando todo a su paso. Era vengativo, como el dios del antiguo testamento. Puse una mueca de asco y golpeé la barra con

mi puño. La garganta me ardía, cogí el tercio con mano temblorosa y di un enorme trago para aliviar la quemazón.

“Sí, yo podría hacerlo mejor que ellos... Si tuviese un grupo, claro”.

Me acabé el tercio e hice un gesto al camarero sin decirle nada. Me miró con seriedad y se acercó con otro tercio y otro vaso de chupito (sí, me caía muy bien este tío). Agarró la botella de absenta y me abasteció.

—Joder, eres el único que bebe esta mierda.

—¿El único?

—Bueno, algún chavalillo de estos sin pasta para emborracharse rápidamente.

—Llegará lejos.

—Yo probé la absenta una vez, pero es demasiado fuerte, y se te va la olla.

—Bueno, antes solía beber copas pero llegué a un punto que tenía que beber mil para emborracharme. Esto es mas rápido, más barato, y no lleno el estómago con refrescos.

—Visto así.

—Hemos venido a jugar, ¿no? El truco es no pasarte. Mi número es cuatro. Esa es la clave, con cuatro el pedo está bien, con más ya me arriesgo a la inconsciencia.

—Casi siempre que vienes te tomas mas de cuatro.

—Por eso lo sé. El alcohol es un perro traicionero, como tarda en hacer efecto te crees que ya vas bien cuando en realidad te has pasado hace rato.

—Sí, es la droga más peligrosa.

—Bueno, a ti te da de comer.

—Cierto.

Se alejó a servir a otro y yo me quedé ahí mirando nuevamente el vaso y escuchando aquello. Ahora les había dado por tocar el *For whom the bell tolls*. ¿Se puede ser más típico?

Entonces entró Mario en el bar. Mario era un colega, un

tipo algo extraño, como yo. Vivía del cuento, aún mas que yo, saltando de carrera en carrera sin acabar ninguna mientras sus viejos le daban pasta. Solía meterme con él por ello, aunque supongo que en el fondo era envidia. Mario escribía poesía. Lo que escribía no estaba mal, quizás excesivamente grandilocuente, pero así le gustaba a él, ¿y quién soy yo para decir nada?

—¿Ya estás bebiendo esa mierda? —me dijo.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Luego se te irá la olla.

—De eso se trata, ¡por ti!

Levanté el vaso y arrojé el contenido en mi interior. Casi vomité en el acto, mis gestos de repugnancia le resultaron muy graciosos a Mario.

—Jajajaja ¿qué, está bueno?

No podía hablar, pero realicé un gesto de aprobación con el pulgar, luego bebí la cerveza.

—Vámonos de este puto antro —dijo Mario.

—Es pronto, a mi me gusta este sitio.

—Este sitio es una mierda tío, aquí huele que apesta.

—No hombre, se está bien. Hay niñas heavys, y tienen absenta —dije realizando un gesto al camarero para que se acercara.

—Joder, y los grupos que traen son una puta basura.

—Bueno, este grupo la verdad es que sí es bastante malo, pero tarde o temprano se darán por vencidos, supongo.

Mario emitió un bufido y se encendió un cigarrillo, eso era todo lo que hacía, fumar y estar ahí. No era un gran compañero de juergas, apenas hablaba excepto para quejarse. Cuando yo estaba pedo y me metía con él me decía cosas del tipo: “No tengo nada que decir. Mi vida es interior, espiritual. Aquí dentro se libra una batalla, tú no lo entiendes”. Quizás no, quizás no lo entendía. Acabó bien jodido el pobre Mario. Pero eso es otra historia...

El grupo pareció acabar su actuación al fin. Dijeron todo ese rollo de que era uno de los mejores públicos que habían tenido y blablabla... Quizás fuese cierto, aunque supongo que lo decían por compromiso, el caso es que los de abajo se lo creyeron y los ovacionaron con fuerza. El batera salió tambaleándose de detrás de su kit y agarró el micrófono. Estaba claramente borracho, como una puta cuba.

—¿Queréis oír un chiste? —balbuceó a duras penas.

—¡Sí! —gruñó el público.

—María tráeme una manzana. ¿Te la pelo? Vale, y luego tráeme una manzana.

El tipo además de músico era un poeta. Y un sabio, seguramente era el más cuerdo de la sala. Tropezó y cayó de espaldas sobre uno de los amplificadores perdiéndose de mi vista para siempre.

Me pedí mi quinta absenta.

Entonces entró una chiquilla absolutamente preciosa. Era pequeña y delgada, con el pelo negro y una pequeña camiseta que dejaba ver sus hombros de porcelana. Iba agarrada de la mano de un pardillo con gafas y coleta. Ambos con sus pintillas heavys: camiseta de grupo, pulseras de pinchos, cadenas... En fin, toda la parafernalia. Jodida parejita. Los miré durante un buen rato. Tenía ganas de soltarle un puñetazo en la cara al pardillo, agarrar a su chica del brazo y huir con ella lejos de allí, de todo eso, ir a descubrir el mundo, a oler las flores, a ver el amanecer, a jugar con un gato, a comer algodón de azúcar, a bañarnos en el mar, a pasear en barca, a comprar champú, a arrojar migas de pan a los patos, a ver cuadros... Empezaron a besarse ignorando mi presencia. Se miraban y sonreían. La envidia me hizo odiarlos. Seguro que el tipo era un encanto, atento y comprensivo. Seguro que tenía su móvil siempre encendido, y seguro que no bebía absenta.

Me bebí mi absenta y tuve una arcada.

—Vámonos de este antro —dije a Mario cuando recuperé la voz.

—¡Joder, por fin!

Al aproximarme a la salida me percaté de que mi sentido del equilibrio distaba bastante del que era cuando entré, aunque aún no era para alarmarse.

Nos desplazamos por las tristes calles rumbo a otro bar más del gusto de Mario. El sitio en cuestión era un local más elegante del que veníamos, más pijo, de música y ambiente tipo indie, o quien sabe. Si algo había que reconocerle era que el ambiente femenino estaba bastante mejor que el de mi entrañable antro heavy, y la palma se la llevaba la camarera, una autentica belleza de melena castaña, cuerpo perfecto y sonrisa perturbadora que a me recordaba a Letitia Casta. Me acerqué a ella y le pedí un vodka con piña mientras me perdía en esos ojos turquesa, violando así otra regla de oro del bebedor de absenta, no mezclar con otras bebidas alcohólicas excepto la cerveza. Me quedé allí embobado con mi copa, suspirando por la camarera como todos los demás. Cuando ella percibía mi mirada de psicópata posándose sobre su cuerpo, mancillándolo, me miraba, entonces yo intentaba apartar la vista velozmente, pero mis reflejos no eran precisamente veloces y me pillaba siempre. Era patético.

Aparecieron mas colegas, Rober y Luis, uno heavy y el otro pijo. Formábamos una cuadrilla peculiar, no pegábamos ni con cola, como si fuésemos algún tipo de experimento sociológico, o los supervivientes de un naufragio. La verdad es que teníamos bastante de esto último, éramos náufra-gos, seres que la sociedad había dejado a la deriva, en algún momento nos arrojamos al vacío por el ímpetu antisocial de la juventud, y si alguna vez pensamos en volver a subir al barco sin duda era ya demasiado tarde. El tiempo pasaba

aumentando nuestra derrota existencial, nuestro vacío social, nuestra nulidad ante los estandartes de la sociedad moderna. Cuatro tipejos con ingresos ridículos provenientes de familiares o subsidios de desempleo o trapicheos varios, todos sin pareja, por supuesto. Unos perdedores en toda regla.

¡A la deriva pues! Braceando en un vasto y oscuro océano donde no se divisaba tierra en absoluto. Ahogando nuestra angustia en un mar etílico. Sin esperanza. Vencidos.

Rober expresó su incomodidad por el garito mientras yo bebía y miraba furtivamente a la esperanza disfrazada de mujer. Siguieron comentarios, risas y copas. La bruma era cada vez mas espesa en mi cabeza. Decidimos cambiar de local y casi me caigo al salir de allí. Luis me rodeó con el brazo.

—Oye tío, no deberías beber más que luego te pones tonto.

—¿Que me pongo tonto?

—Sí, ya sabes... Se te va la olla, te pones violento.

—Venga ya, pero si soy mas pacífico que Gandhi.

—Sí bueno, pero se te va la olla, especialmente con la absenta.

—Joder, te he pedido mil veces perdón por el puñetazo del finde pasado, se me escapó.

—Sí, pero se te escapó hacia mi cara cabronazo.

—Ya, pero sabes que te quiero, ¿verdad?

—Me conformo con que no la líes, por favor.

—No prometo nada.

Empezaba a ser consciente de mi inconsciencia. Balbuceaba, trastabillaba y me daba por abrazar a la gente. En uno de los garitos se me aproximó una chica. Era una punky morena con un pendiente en la nariz, se balanceaba hacia los lados sin ocultar su enorme borrachera. Me sonaba de algo aunque no sabía recordar de qué. Me agarró del cuello con violencia y gritó en mi oído.

—¿Eres Carlos no?

—Sí, ¿nos conocemos?

Siempre me pasaba lo mismo, me saludaba mogollón de gente a la que no conocía. Por lo visto hacía muchos amigos estando borracho de los que luego no me acordaba en absoluto. Esa gente se me acercaba por las noches y me contaba historias fascinantes sobre mí mismo que yo no podía recordar. La punky me miraba sonriente, intentando no caerse al suelo. También estaba jodida, en su lucha particular. De repente alargó una mano y me sujetó con fuerza la polla, aquello me pilló desprevenido y di un pequeño saltito.

—Ven conmigo anda.

Yo obedecí como un cachorrillo y la seguí. Caminaba ante mí balanceando su enorme culo. No estaba mal, o eso creía en mi estado, el cual tiende a engañar con ese tipo de cosas. Me metió en el baño y cerró el pestillo, luego empezó a besarme como si estuviese poseída, de una forma muy agresiva, me mordió con fuerza el labio y yo la aparté de un empujón.

—Ya se, eres la camarera del Katmandú ¿no?

—Cállate y fóllame.

—¿Qué?

—¡Fóllame ahora, aquí, corre!

Se dio la vuelta y se bajó los pantalones ofreciéndose como una perra en celo. Entonces alguien golpeó la puerta del baño, yo intentaba asimilar la situación luchando contra el pedo.

—¡¡Vamos cabrón, fóllame!!

Me bajé los pantalones y los calzoncillos, no podía hacer otra cosa. Todo daba vueltas. Mi pene no estaba en su máximo esplendor pero podía dar la talla, o eso creía. Tanteé la entrada y embestí. Ella gimió con fuerza. Empecé a darle con fuerza mientras fuera golpeaban la puerta cada vez con más violencia.

—¡¡Ocupado joder!!

Seguí empujando. Todo me daba vueltas. Intenté concentrarme en mi labor. Entonces mi polla a media erección se salió de su improvisada funda. La agarré rápido para volverla a meter, pero cuando miré hacia abajo para localizar la entrada vi que estaba cubierta de sangre.

—¿Joder pero qué coño es esto?! —chillé asustado.

—Estoy con la regla, espero que no te importe.

—¿Qué?!

—Venga, métemela rápido.

Empecé a sentirme mal.

—Salgamos de aquí —dije entre náuseas.

Me agaché para subirme los pantalones pero perdí el equilibrio y mi culo desnudo dio contra el frío suelo. Estaba todo mojado, yo rezaba porque fuese agua. Al levantarme me golpeé la cabeza contra el pomo de la puerta. A la punky empezaron a darle arcadas, seguía en la misma posición, con el culo ensangrentado en pompa frente a mi. Empezó a vomitar. Todo era sucio y triste. “Tengo que escapar de aquí” pensé asustado. Al fin conseguí incorporarme y subirme los pantalones, ni que decir tiene que mi tímida erección había desaparecido por completo. La punky seguía allí sin moverse, medio inconsciente, con las bragas bajadas y una mancha de sangre en la nalga derecha. Pensé si se habría muerto. Abrí la puerta como pude y escapé a toda velocidad de allí. Me sentía muy jodido, necesitaba aire limpio y fresco o moriría. El garito estaba lleno de gente. Me abrí paso a empujones hacia la salida, fue duro pero lo logré. Una vez en el exterior me apoyé contra una pared jadeando, giré la cabeza y vi mi mano llena de sangre menstrual, empezaron a darme arcadas. Arrojé la cena contra la acera entre violentos espasmos, luego caí contra la pared y me quedé allí hecho un ovillo. Todo giraba sobre sí mismo de forma alocada. Opté

por cerrar los ojos para minimizar los estímulos sensoriales y rezar, pero todo seguía girando en mi interior. ¿De eso se trataba? ¿Ese era mi objetivo al salir de casa? ¿Acabar tirado en alguna acera? ¿Valía la pena? ¿Llevaba todo esto a alguna parte? ¿Sería mejor lo contrario? ¿Estaba en el camino correcto? ¿Había un camino correcto? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo saber algo? ¿Cómo estar seguro de alguna puta cosa siendo la realidad misma algo tan frágil?

No se cuanto tiempo llevaba allí tirado pensando en todo ello cuando escuché la voz de Rober.

—Tío, ¿estás bien?

—Mmm... regular —creo que dije.

—Levántate anda.

—Joder, creo que estoy un poco borracho.

—No me digas.

Me incorporé con su ayuda, pero algo tiraba de mí hacia el suelo, algún tipo de fuerza sobrenatural. Respiré hondo intentando torpemente volver a agarrar el timón.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, vamos a tomarnos una birra.

—Vale, pero mejor vamos a otro lado, no te aconsejo volver a entrar ahí.

—¿Por?

—Te marchaste sin pagar. La camarera estaba furiosa, dice que ya se lo has hecho varias veces. Por cierto, me debes cuatro pavos.

—Joder, no me he dado cuenta, ¿Dónde están Mario y Luis?

—Se fueron hace un rato.

Me arrastré de nuevo por las calles esta vez en compañía de Rober, el heavy. Parecía estar caminando sobre una balsa de madera en medio del océano, inestabilidad total. Ya había renunciado a todo, no tenía ya esperanzas de mantener una

conversación cuerda, ni de conocer a nadie ni de pasarlo bien. Estaba a la deriva, naufragando, y la niebla era cada vez mas espesa, sin faro en el horizonte, sin puerto al que llegar.

“Hui-neng vio un día a dos monjes que contemplaban la bandera de una pagoda flotando al viento. Uno de los dos afirmaba:

—Es el viento el que la mueve.

El otro sostenía:

—Es la bandera la que se agita por sí misma.

Pero Hui-neng les explicó que el movimiento real no era originado ni por la bandera ni por el viento, sino por alguna otra cosa que estaba en el interior de ellos mismos.”

Lentamente comenzaron a surgir los colores. Luego las formas. Pude observar como se formaban dos extraños objetos alargados, parecían lejanos. La imagen se fue solidificando poco a poco, resultaron ser mis piernas. Me quedé un rato mirándolas. Mis zapatos estaban llenos de mierda. Cuando creí haber acumulado suficientes fuerzas levanté la cabeza para inspeccionar lo que me rodeaba, podría haber sido cualquier cosa. Resultó ser un tranquilo parque. Yo estaba sentado en un banco. Los pájaros cantaban. Cantaban hacia mí y sobre mí. Aún era de noche pero se intuía un amanecer no muy lejano, podía olerse más que verse. Respiré hondo intentando fortalecerme con ello y continué inspeccionando el entorno a medida que se me aclaraba la vista. No había ni un alma. Quizás fuese el ultimo hombre vivo en la tierra, nada me aseguraba lo contrario.

De repente un pensamiento urgente invadió mi mente, un pensamiento terrible. Me metí inmediatamente las manos en los bolsillos con pocas esperanzas. Gracias a dios pude palpar la cartera y el móvil, seguían allí. Me quedé ahí sentado, escuchando los pájaros. Me invadía una increíble sensación de paz ligeramente enturbiada por un pequeño malestar, pero dicho malestar solo afectaba al cuerpo, no al alma.

Escuché de repente un grito muy extraño, no sabría decir si de animal o humano, era demasiado extraño para ambos. Fue un grito terrible, como de muerte, de sufrimiento. Se escuchaba lejano, de un punto sin especificar en el horizonte. Me lo tomé como algún tipo de señal y procedí a incorporarme. No resultó fácil al principio, pero fui cogiéndole el tranquillo a eso de poner un pie y luego el otro. No volví a escuchar el grito. Ya en pie y con el amanecer asomándose tímidamente en el horizonte volví a mirar a mi alrededor. No tenía la más remota idea de cómo había llegado hasta allí, pero creía saber al menos el punto de la ciudad en que me hallaba, así que caminé en la dirección en que creía estaba mi habitación.

Vi pasar un par de coches y creí ver a una persona a lo lejos, lo que daba al traste con la posibilidad de ser el único hombre vivo en la tierra, lástima. Mientras caminaba con la vista fija en el suelo pude percibir como un coche reducía su velocidad y se colocaba a mi altura. No me giré para inspeccionarlo mejor, pero notaba su presencia. Entonces el coche habló.

—¡Eh! ¡Eh chico!

Me hice el sordo, no quería ningún trato con mis semejantes. Probablemente fuese alguien que quería un cigarro, o indicaciones sobre una calle. En cualquier caso no estaba seguro de poder hablar ya que no lo había hecho

desde mi “resurrección”, de modo que continué caminando en silencio.

—¡Eh chico! ¡Chico! Un momento, por favor.

No parecía que se fuese a dar por vencido, así que me giré. Pude ver en la ventanilla de un lujoso coche gris metalizado a un tipo con gafas. Era mayor que yo y estaba bien vestido: trajeado, el pelo engominado echado hacia atrás... Parecía el típico hombre rumbo a algún despacho.

—Eh chico, acércate.

Me aproximé un poco al coche y, para mi sorpresa, pude hablar sin apenas dificultad.

—¿Sí?

—Hola, ¿qué tal?

—¿Qué quiere?

—Nada, tranquilo. ¿Dónde vas, a tu casa?

—Supongo.

—¿Cómo te llamas?

—Carlos.

—Encantado Carlos. Yo me llamo Javi, y esta es mi mujer, se llama Elvira.

Al decir esto se echó hacia atrás en su asiento y pude ver a su lado a una mujer de larga melena rubia. Llevaba unas gafas de sol que se quitó ligeramente para observarme mientras me dedicaba una sonrisa amplia y blanca como el marfil. Ella también iba muy bien vestida. Llevaba un traje de noche rojo y estaba bastante maquillada. No estaba nada nada mal, destilaba una elegancia sofisticada, y de su escote surgían un par de agradables promesas. Me los imaginé como una pareja de triunfadores que vendrían de alguna fiesta de las grandes esferas, esas a las que nadie me invitaba.

—Bueno Carlos, ¿entonces te vas ya a casa?

—No lo sé, supongo que sí. ¿En qué puedo ayudarte?

—Jajaja... Bueno, tranquilo, solo quería pedirte una cosa.

—¿El qué?

—¿Te parece atractiva mi mujer?

—¿Qué?

—Mi mujer, Elvira, es una mujer bastante atractiva ¿no crees?

No contesté, intentaba descifrar la situación. Elvira me sonreía desde su asiento. Era bastante atractiva, sin duda, con esa melena como el sol y esos soles bajo ella. Era muy atractiva, sin duda, pero no sabía si debía decirlo, parecía una pregunta trampa.

—No entiendo la pregunta.

—Jajaja. Bueno, mi mujer es muy atractiva, está claro. Mírala.

—Ya veo.

—Tranquilo, no tienes que temer nada, solo quiero pedirte un favor.

—¿Un favor?

—Sí. Bueno, quizás esto te suene extraño. Pero... verás: me gustaría que te follases a mi mujer.

—¿Cómo dice?

—Sí, ya sé que suena raro... Pero, escúchame, no es nada malo. Me gustaría que te follases a mi mujer. Y a ella también le gustaría, ¿verdad cariño?

Elvira me miraba fijamente, era todo sonrisas.

—Esto es extraño...

—Sí, jajaja, lo sé, lo sé... Pero, verás, nos gusta eso, nos va ese rollo. Móntate en el coche y vayamos a un hotel, pagamos nosotros por supuesto, y allí te follas a mi mujer. ¿Qué te parece? Puedes hacerle lo que quieras, todo lo que se te ocurra. Y te aseguro que es muy buena en la cama... Jajaja, de verdad, una máquina. No te decepcionará, te lo aseguro, ¿verdad cariño? Yo solo quiero mirar cómo lo hacéis. Solo mirar, te lo juro. No te tocaré, solo quiero mirar

cómo te la follas, me gusta verla follar con otros hombres.
¿Qué me dices Carlos, te apuntas?

Lo pensé durante un instante.

—¡Que te jodan!

Di media vuelta y comencé a andar mientras el tipo seguía hablando.

—Eh, ¡eh! Carlos, espera, ¡espera!

Muchas noches me quejaba por no ligar, pero lo de hoy...
No sabía qué era peor, la verdad.

Estaba casi seguro de la dirección a seguir para llegar a mi habitación pero antes haría una pausa en alguna cafetería. ¿Cerveza? ¿Café? Aún no lo había decidido. Quizás acabase encontrando la costa por fin. Quizás toda esta mierda, esta tensa espera, acabase algún día. Quizás acabase llegando a puerto. Y puede que alguien estuviese allí esperándome, alguien que se alegrase de verme y me recibiera con una sonrisa, una sonrisa sincera.

Quizás.

SE MUERE

1.

La definición más precisa sería: al borde del colapso.

Y no era para nada una sensación nueva, era el putito pan de cada día. El-putito-pan-de-cada-día. Un mendrugo mohoso y duro, sin nada líquido para pasarlo. El putito pan de cada día.

El caso es que me estaba muriendo, cada día un poco más, como tú sin ir más lejos. Era un hecho. Era la única certeza. Por dentro se iban averiando cosas, se rompían conexiones, se ennegrecían las paredes. Se me caía el pelo, se me caía la piel, se me roían los huesos, yo mismo me iba derrumbando.

Polvo somos y en polvo nos convertiremos.

Me levanté de la cama siendo consciente de que poniendo el pie en el suelo entraba automáticamente en la partida, en la guerra, en la lucha sin cuartel. En realidad no había escapatoria, solo saltabas de un nivel a otro, cambiabas de tablero, a veces de reglas, nada más. Únicamente cambiaba la situación, el decorado, los objetivos, los cadáveres. Pero seguía siendo la lucha eterna.

Me esperaba un día agotador de miseria cotidiana, otro más, intentando atravesar la pared de granito. La partida en ese momento consistía en escapar del Engranaje y, joder colega, la cosa se estaba poniendo chungu, chungu de verdad, casi podía sentir las ráfagas de aire que provocaban sus afiladas garras tratando de agarrarme, así de cerca estaba. Llegaban facturas, las mismas facturas en nuevos avisos, más despiadados que los anteriores: terceros avisos, cuartos avisos, avisos de embargo... Se acumulaban en la mesita. Ahí, al lado de los libros, las colillas y la mugre.

Me levanté, pues no había escapatoria. Abrí la ventana y miré al exterior. Míralos. De un lado para otro, ¿a dónde irán? Frenéticos y alocados, perdidos, atrapados... Me fijé en las chicas del instituto, también eran unas miserables como nosotros, pero en el espejismo de sus carnes podías soñar con algo y evadirte de las bocinas y las voces.

Repasé mentalmente los quehaceres de la jornada, la lista de objetivos. Todo se reducía, como siempre, al puto dinero, a la forma de conseguirlo con el mínimo esfuerzo para estar dentro sin estar totalmente dentro. Tenía que ir a un par de sitios a mendigar, y no me refiero a extender la mano en la calle con un cartel de cartón, todavía no, tenía que acudir a sitios oficiales a llorarle a la burocracia para que dejase caer un par de migas. ¿Habría suerte? Joder, lo necesitaba. Maldita sea, ya había ido con mi currículu a pedir curru al matadero de pollos, y eso era lo último, el no va más, para que veas que la cosa iba en serio, estaba a punto de perderlo todo.

Comprendí que una leche con cola cao y un cigarro me ayudarían a lanzarme al océano, lavarse la cara también activaría zonas útiles, y necesitaba mear, así que, muy a mi pesar, salí de la habitación.

Lo más urgente era la meada así que atravesé el pasillo de los horrores en cuyo final me aguardaba el retrete redentor, sed partícipes del horror que observé.

Al empujar la puerta me encontré a Manuel sentado en la taza, dormido, roncando.

Manuel era uno de los inquilinos de la pensión, el tío de la habitación 5, tenía cincuenta y tantos pero aparentaba al menos una década y media más. No se cuidaba mucho, nadie lo hacía en el hogar de los malditos, éramos el bastión de la miseria. El cabrón tenía sobrepeso. Yo le echaba unos 130 kilos, así, a ojo. Y allí estaba, en la taza, como una jodida ballena varada, con la cabeza colgando hacia atrás, emitiendo profundos mugidos. Su calzoncillo acartonado a la altura de los tobillos. Sus órganos sexuales ocultos bajo la panza, no se por qué miré allí, fue inevitable. También lo acompañaba allí donde fuera una película de hedor espeso, sólido, casi tangible, formaba parte indisoluble de él, salía en despiadadas oleadas de su cuarto repleto de basura. Y si su olor ya era desagradable en cualquier situación cotidiana imagínate allí, varado en la taza, era una peste más allá de la literatura, podría dar rienda suelta a todas mis artes literarias sin conseguir que te aproximases a ese olor casi místico, legendario, no lo intentaré.

Cerré la puerta y me alejé unos pasos intentando en vano olvidar, pero necesitaba realmente mear joder. Podría hacerlo en la bañera, no sería el primero, en un par de ocasiones había pillado al de la habitación 6 haciéndolo, otro viejo apestoso, pero estaba mal. ¿Qué hacer? ¿Qué demonios hacer? La lucha había empezado mucho antes que otras veces, la derrota era inminente.

En ese momento se materializó Iván al otro extremo del pasillo como un serafín alado.

Iván también vivía allí, en la habitación 4. Era más joven que yo, para variar, y también estaba gordo, el cabrón. Iván era el rey de los escapistas, conocía y usaba todas las ayudas estatales habidas y por haber, llevaba años sin currar,

viviendo del tarro. No había sido fácil, pasó una temporada en la calle, durmiendo en el parque y pidiendo en una iglesia cercana. Ahora había conseguido que la beneficencia le pagara la habitación durante unos meses, pero se le había acabado el chollo, no obstante estaba pendiente de que esa labor la continuase una asociación religiosa. Todo su volumen rodó hasta mí con pasos sonoros y torpes.

—¿Qué tal tío?

—El puto Manuel está tirado en el váter. Está ahí, roncando el muy cabrón.

—Jajajaja, no jodas.

—Sí.

—¿A ver?

—No te lo aconsejo.

Se asomó al abismo y empezó a reírse. Siempre se tomaba las cosas con humor el Iván, no le afectaban como a mí, no era tan lúgubre y melancólico, no escribía poesía por las noches, podía adaptarse, salvarse.

—Jajajajaja —golpeó la puerta—, ¡vamos Manuel, cabrón! Levanta de la taza joder. Jajajajaja.

Escuché sonidos guturales a modo de respuesta.

—Venga coño, ¿Cuánto llevas ahí? Levanta hombre.

Iván abrió la puerta de par en par y se aproximó a Manuel. Me giré para no verlo, pero lo escuchaba.

—Venga coño, levanta. ¿Estás bien? Carlos, échame una mano.

“No, no dios mío, no”

—Cómo pesa el cabrón, ¿estás gordo eh Manuel? ¿Las cervecitas eh? Venga, por un poco de tu parte hombre.

—Grueeee, gñaaauh.

—Carlos coño, échame una mano.

Era inevitable.

Por suerte cuando llegué hasta ahí ya le había subido los calzoncillos. Iván y Manuel se mecían de un lado a otro como si bailaran, mis dos ballenas. Era peligroso, extremadamente peligroso. Agarré tímidamente a Manuel por un brazo, no sé por qué miré al interior de la taza, no pude evitarlo. Lo transportamos hasta su cuarto, que afortunadamente estaba cerca del baño.

La habitación de Manuel era como un enorme contenedor. Había montañas de ropa, la mesita rebosaba de objetos, envases y papeles tirados por todas partes, moscas revoloteando, manchas en las paredes, vasos y platos sucios... El hedor antes mencionado nos abrazaba, nos arropaba. Una pequeña tele sobre una mesa emitía anuncios de gente perfecta envuelta en una claridad irreal. Lo sentamos en la cama sobre sábanas sudadas. No tenía buen aspecto, ninguno lo teníamos, la realidad no tenía buen aspecto.

—¿Estás bien Manuel? ¿Cuánto llevabas ahí?

Tardó un poco en arrancar, balbuceaba, aún estaba sobado. Finalmente lo consiguió y nos abofeteó con su aliento.

—¿Qué hora es? —fue lo que dijo.

—Eh... las 11:15 —contesté.

—No sé... una hora.

—Joder, ¿te has tirado una hora durmiendo en el baño?
—dijo Iván.

—Sí, no sé...

—Jajajajaja.

—¿Pero te ha pasado algo? —pregunté.

—No... no sé... me he dormido...

—Tienes mala cara.

—Estoy... cansado...

—Nah, pues túmbate a dormir un rato.

—Sí eso voy a hacer.

—Joder macho, qué peste coño. Manuel tío no puedes tener la habitación así, nos estás atufando la casa.

—Sí, sí.

—De este finde no pasa, me vengo con el Iván y te echamos una mano, mira a ver qué es lo que necesitas y el resto a la puta basura.

—Ya... lo sé... perdonad.

—¿Necesitas algo?

—Sí. Azúcar, traed algo con azúcar.

—¿Un bollo?

—Algo con azúcar, azúcar...

—¿Algo más?

—Unas manzanas.

—¿Y algo más?

—No, azúcar y manzanas, eso es...

—Pues venga, danos pasta... Ahora venimos.

—Estoy... cansado...

Lo dejamos ahí, con la cabeza baja, en su habitación, rodeado de mierda, con su cuerpo meciéndose como el de un flan, con chicas en bikini comiendo cereales en la televisión.

La calle, la gente, la nausea.

Fuimos hasta el supermercado. Cientos de colores y productos bañados por una luz cegadora, gente dubitativa entre frutas del bosque o melocotón, cestas de plástico verdes con ruedas surfeando los pasillos, señoras, dependientes vestidos como payasos, queriendo escapar, señoras, productos de limpieza que Manuel nunca usaba, ni Iván, ni yo, cerveza (me agencí un par de litros), señoras, dulces, pescados de grandes ojos, monedas, nunca billetes, monedas, la tarjeta del club ahorro, monedas, menos que antes, bolsas de plástico, señoras, colores, carteles, la salida al fin.

De nuevo en la pensión Manuel seguía sentado en la cama acompañado por su hedor y un par de moscas juguetonas embriagando sus sentidos.

—Toma, manzanas y unos bollos de chocolate, ¿estás mejor?

—Sí, mejor mejor, un poco cansado aún, pero bueno, me echaré una siesta.

—Pero no te sobes en el váter otra vez. Venga, yo me piro, si me necesitáis llamadme.

—Venga tío, hasta luego, ¿te veo luego en el comedor?

—dijo el Iván.

—Sí.

La calle, la gente, la náusea.

Me estaba muriendo, era la única certeza, al igual que todos estos capullos, dentro de cien años ni uno solo, ni esas niñas risueñas de ahí, mira qué culito, pues nada, en cien años solo huesos, puede que ni siquiera huesos, polvo.

El percance del retrete me había retrasado, tuve que correr, cruzar en rojo, esquivar personas. La burocracia como siempre implacable, agotadora, como un bostezo, me da pereza hasta escribirlo, ya lo he hecho antes, no lo haré ahora, me aburre, me harta, impresos, miradas, esperas, preguntas, respuestas, callejones sin salida.

Cabreado y con la certeza de encontrarme en el mismo punto muerto que antes de sacar el pie de la sábana me encaminé al comedor social. Para hacerlo tuve que atravesar la zona turística. Hacía un día cojonudo, las terrazas rebosaban de apestosa humanidad. Los ingleses, con sus miradas de lerdos, sus colores suaves, disfrutando de la spanish tapa. Los alemanes, grandes y rosados, luciendo pantorrilla, enrojeciendo como termómetros, ¿no se supone

que estos cabrones perdieron la guerra? ¿Por qué les va tan bien? Me los cargaba a todos. Y mis compatriotas, país de bandoleros y capullos, míralos, con la camiseta de la selección y las zapatillas blancas. Mujeres, hombres, niños y niñas, estupidez, inercia. Estábamos todos atrapados, jodidos de veras, pero no sentía compasión porque no éramos más que unos capullos chapoteando en un caldero de mierda. Estábamos todos muriéndonos, el planeta entero, unos más rápido, otros más lentamente, algunos agonizaban más que otros, pero muriéndonos y con los ojos cerrados.

Pasé por la catedral, que bonita la jodía. La verdad es que, de vez en cuando, habíamos hecho cosas hermosas, pero hacía mucho tiempo y por razones equivocadas.

Al lado de la catedral, en una callejuela, estaba el comedor social. Pasabas de los guiris a los yonkis desdentados como el que va de la cocina al pasillo, no dejaba de resultar curioso.

Me puse a la cola. Todos estos capullos indigentes, aún con todo parecían personas más vivas que los de las terrazas del centro. Sí, alguno que otro veías abrumado por la culpa, cavilando torturado, con ojos vidriosos, como esa pareja mayor a la que habían desahuciado por avalar a su hijo, joder, se ve que les costaba estar ahí con nosotros, el tío estaba destrozado, podías sentirlo, eran gente mayor que, tras una vida de sacrificios de repente, sin saber muy bien cómo, se veían aquí, a mi lado, al lado de los vagabundos, la vida les había tomado el pelo. Se ve que el tipo conservaba un orgullo, una culpa que lo estaba devorando por dentro de forma despiadada, seguramente ya se habría suicidado si no fuese por su mujer, que lo llevaba todo con más firmeza y cargaba con el cuerpo semi-inerte de su compañero. Pero bueno, el caso es que casi todos lo llevaban con más entereza y alegría, hablo de los pobres profesionales,

con años de experiencia, bromeando entre ellos, despreocupados. También había algún que otro zumbado total que estaba por encima de las preocupaciones cotidianas y simplemente se mecía en su universo particular de espera eterna. Me percaté de que cada vez éramos más, ¿dónde nos llevaría todo esto? Con lo fácil que sería crear un ejército de perdidos, de hartos. Cada día sueño con una pirada de olla global que lo derrumbe todo, y construir sobre las cenizas un mundo de alegres vagabundos, currando lo mínimo, sin el yugo del consumo inútil: parques atestados de gente ebria, tumbados al sol enfrentando la resaca, sin neveras, comiendo en comedores sociales, hablando y bromeando, fumando canutos, desplazándose solo a pie, con calma, niños jugando entre las ruinas, bibliotecas abiertas 24 horas, con todos los volúmenes habidos y por haber para los que quieran cultivar el espíritu, con salas para fumar y debatir y camas para echarte la siesta, gimnasios gratuitos con grandes saunas mixtas, que nadie tenga nada pero disponga de todo, sin propiedades que te esclavicen, habitaciones con cama y sillones donde poder quedarte un día, o un año, y luego largarte, sin más. Quimeras... Quimeras... Nos encanta controlar y ser controlados, seguimos embobados creando pirámides para algún faraón inútil bajo el restallar de los látigos, cagados de miedo. Y muriendo, siempre muriendo...

Me senté en una mesa con una yonqui y un artista (también yonqui). Combustible. Dirás lo que quieras de la religión, pero esas jodidas monjas me daban comida y cena a diario, y ya es mucho más de lo que la mayoría hacía por mí. Benditas sean.

Corrí a casa esquivando a los guiris. Fui a ver a Manuel. Ahí estaba, sus 130 kilos, vencido totalmente, tumbado en la cama, roncando como una morsa. Se había comido un bollo y un par de manzanas. De este finde no pasaba lo de

ordenarle el cuarto, la peste y el desorden eran abrumadores. El cabrón se había dejado. Le pasaba a mucha gente mayor, lo veía en la pensión. Era inevitable: la soledad, el cansancio, la derrota, la realidad abriéndose camino, el paso del tiempo... Acumulaban cosas mientras se transformaban en cosas, se mimetizaban con esa mugre. Abandono. Habían sido abandonados por todo y por todos y no podían evitar abandonarse también ellos mismos... Me pasaría a mí también, me pasaba a mí también. No hay tregua y las fuerzas son limitadas. Llega un momento en que ya no sueñas, solo esperas.

Cerré su puerta. Seguía roncando.

Por suerte yo la tenía a ella y podía seguir soñando.

La quería de verdad. Era preciosa. También se estaba muriendo pero era hermosa: su cara cuando sonreía, cuando dormía espantada dejándome la franja justa para no caerme de la cama, cuando sentía que estaba a mi lado. Me jodía tanto no poder ofrecerle nada más que delirios... No soportaba el inevitable ocaso, el despiadado reloj de arena y el choque de locuras que acaba por destrozarlo todo. Pero aquella noche soñamos.

Aquella noche soñamos.

Juntos.

Nos emborrachamos, lo pasamos bien, escapamos todo lo que pudimos, todo lo que nos dejaron, malditos cabrones. Luego nos fuimos tambaleándonos ebrios hasta mi habitación. Su cuerpo alimentando mi alma. Combustible. Me corrí sobre la vida y la muerte, abracé su cuerpo caliente y me dormí. Las facturas seguían sobre la mesa, la habitación de Manuel seguía siendo un desastre, las monedas habían rodado de mi bolsillo al de otro cabrón, había perdido los filtros, el papel y un par de porros de hachís, los vagabundos dormían en los cajeros y los ricos dormían en casas de 15

habitaciones vacías. Nos seguían dominando, nos seguían matando, pero no llegaban a la cama en la que, abrazados, dimos carpetazo a otro día de lucha de la mejor forma posible.

2.

No recuerdo lo que soñé pero sí lo que viví. Esa sensación de ir caminando rozando apenas el suelo, esa sensación de que pasaba algo, de saberlo. Estaba como en trance. Lo achaqué a la resaca y a las escasas horas de descanso, y si bien todo eso estaba allí también había algo más, algo inexplicable pero certero.

Me levanté y la observé. Su cuerpo desnudo, suave, frágil, lleno de vida, su pelo cayendo por su espalda. Me acerqué y la besé en un hombro, emitió un pequeño gemido, sentí deseos de penetrarla mientras dormía, pero me estaba meando. Salí de la habitación.

El pasillo.

Me preguntaba si Manuel estaría otra vez dormido sobre la taza, pero sabía que esta vez no estaría allí. Pude corroborarlo al pasar junto a su puerta, la había dejado un poco abierta y pude ver por la pequeña abertura su panza en la cama, exactamente igual que la última vez que lo vi. Continué por el pasillo y entré en el baño, levanté la taza y expulsé una abundante y satisfactoria meada. Mientras el chorro caía supe que era el final. Lo sabía perfectamente. No

sabría explicar cómo ni por qué, simplemente lo sabía. Me tiré un pedo y me la sacudí. Tiré de la cadena y salí del baño.

El pasillo.

Al realizar el camino inverso hacia mi habitación me detuve un segundo a la altura de la puerta de Manuel, empujé la puerta y entré, el par de moscas y el olor me dieron la bienvenida. Me acerqué hasta su cama y me quedé mirándole desde arriba.

Ahí estaba, sus 130 kilos, vencido totalmente, tumbado en la cama, ya no roncaba.

Los que alguna vez hayan visto un muerto sabrán de lo que hablo, los demás lo imaginareis hasta que llegue el día. El caso es que la falta de vida, aunque sea inesperada, se reconoce perfectamente. Esa persona sigue ahí, sus rasgos, su volumen... Pero ya no es una persona, es como un traje. Por supuesto lo compruebas, te fijas en si el vientre se mueve, si hay signos de respiración. Puede que te asegures físicamente, en mi caso le di una pequeña hostia en la cara. Lo llamas, pero sabes que es inútil, lo haces por inercia porque al primer vistazo sabes y sientes, sin lugar a dudas, que no hay nadie allí. Quizás eso pruebe la existencia del alma, o quizás solo percibas inconscientemente los cambios químicos, en cualquier caso lo sabes perfectamente.

—Maldito cabrón —fue todo lo que dije.

Cerré su puerta y caminé hasta mi habitación. Abrí la puerta. Ahí estaba ese otro cuerpo, tan distinto, tan hermoso, tan lleno de vida.

—Levanta tronca, tienes que largarte... ¡Vamos coño, despierta, vístete!

—Mmmm...

—Venga coño, levanta, tienes que largarte.

—¿Qué pasa?

—Vamos joder, toma —empecé a tirarle su ropa—, fuera de aquí.

—¿Pero qué pasa?

—Tienes que irte ya, va a haber movida. Venga, rápido, vístete —me dejé caer en el sofá. Ella empezó a desprezarse, me miró preocupada.

—¿Qué coño pasa Carlos?

—Manuel, el viejo, la ha palmado, está muerto.

—Venga ya, no jodas.

—Está ahí, en la habitación, muerto.

—...

—Está más tieso que la mojama, jajajaja, ¡jajajajaja!

¡¡JAJAJAJAJA!!

—¡Hijo de puta, me has asustado! —se levantó de un salto y vino hacia mí con intención de darme una hostia, agarré su mano antes de que impactara.

—Jajajajaja, está muerto jajajaja, no se por qué coño me río, pero te juro que es verdad jajajajaja.

—Joder.

—Mierda, maldita sea, mierda.

—Que movida. ¿Qué hacemos? ¿Habrá que llamar a alguien no?

—Vístete y vamos a tomar un café.

—¿Un café?

—Sí, estoy de resaca, no puedo enfrentarme a esto todavía y el cabrón no va a moverse.

La calle, la gente, la náusea.

Nos fuimos a tomar un café y un pincho de tortilla, nuestros cuerpos moribundos mecidos por el sol siguiendo la implacable cuenta atrás. Manuel no era el único, la

naturaleza era implacable y éramos muchos, mucha gente fallecía a cada giro de la cucharilla en la taza del café, y en realidad no pasaba nada, la vida seguía su curso, unos reemplazaban a otros, nada cambiaba.

Ella se largó y me quedé con el marrón. Era la hora de comer. Los fines de semana no servían cena en el comedor social, en su lugar tras la comida te daban una bolsa con un bocata, una naranja y una bebida energética para que cenas. Si no acudía al comedor significaba que me quedaría sin comer todo el día, todavía no quería enfrentarme al horror que me esperaba en el piso, y menos aún con el estómago vacío, y como ya he dicho Manuel no iba a irse a ninguna parte, así que me fui hasta allí. Atravesé la zona turística apretando los puños y me puse a la cola con los yonkis, mendigos y perdedores. Iván había llegado antes que yo, lo miré desde mi posición.

—Tenemos que hablar —sentencié.

Cogí mi bandeja, había espaguetis de primero y carne de pollo muerto de segundo. Me senté en la misma mesa que Iván.

—¿Qué pasa tío?

—¿Has visto a Manuel?

—Lo vi ayer.

—¿Cuándo?

—Estuve un rato con él después de irte tú, luego me largué, hoy no dormí en casa, ¿por?

—Está muerto.

—¡No jodas!

—Sí.

—¡Venga ya!

—Está muerto, lo he visto al levantarme, está en la habitación, tumbado en la cama.

—¿Y no has llamado a nadie?

—Aún no.

—Pero, ¿seguro que está muerto?

—Sí, estaba azul.

—Jajajajaja.

—Jajajajaja.

—Joder, joder, mierda, ¿qué hacemos?

—Yo que sé.

—Jajajajaja, mierda, no es para reírse pero... jajajaja.

—Ya, me pasó lo mismo, supongo que son los nervios.

—Mierda, pobre Manuel, mira que me imaginaba algo, no sé cómo, pero me imaginaba algo.

—Ya, también noté algo al levantarme, bueno, desde ayer de hecho.

—Mierda, ¿qué coño hacemos? ¿había alguien en casa?

—Creo que no.

—Joder, qué asco, pobre Manuel, joder, joder.

—Ahora vamos para allá.

Salimos del comedor, nos dieron la bolsita con la cena. Decidí que antes pasáramos por el super para agenciarnos unas cervezas, las necesitaba. Llegamos a la pensión. Efectivamente no había nadie allí, solo un cuerpo sin vida. Nos metimos en mi cuarto y nos abrimos las cervezas, por suerte tenía algo de marihuana así que me hice un par, seguíamos demorando el momento e intentando que nos pillara medianamente colocados para hacerlo más llevadero. Estuvimos hablando de Manuel. El cabrón era un buenazo, nunca se quejaba de nada. Recordé cuando llegaba del bar por las noches y traía palmeras y ensaimadas que le daba el dueño porque iba a tirarlas, siempre nos llamaba para repartirlas. Rememoramos su falta de higiene, su generosidad, a Iván siempre le prestaba algún que otro euro cuando lo necesitaba, a mí me jodía mucho pedir pasta a la gente, pero seguro que me habría dejado lo que le

pidiera. Era un pobre hombre, no se merecía morir allí solo, entre basura. Pensaba en todos esos hijos de puta, gente cruel y despiadada que ahora mismo estaría disfrutando de una buena vida, políticos, banqueros, pseudoartistas, mercenarios, cardenales, empresarios... todos con su cohorte de lameculos orbitando alrededor. Estarían ahora tumbados en algún sitio soleado mientras algún pobre esclavo les limpiaba la casa y otro pequeño esclavo les chupaba la polla, riendo sonoramente como hienas escandalosas. Toda esa gente que merecía morir pero que se aferraban a la vida pisando cráneos y a los que el destino nunca alcanzaba. El mundo era injusto, tremendamente injusto.

Apuramos las cervezas y las caladas.

—Bueno Iván, ¿estás preparado?

—Mierda, sí.

El pasillo.

Abrimos su puerta. Allí seguía, sus 130 kilos, vencido totalmente, tumbado en la cama.

Lo miramos en silencio. Desde que lo había descubierto al despertarme se había puesto más azul, cada vez se asemejaba más a un muñeco de cera y menos a una persona. Noté el estremecimiento de Iván, no había gran cosa que decir ante esa bofetada de realidad, no obstante Iván dijo algo, algo tremendamente sensato.

—¿Tendrá algo de valor escondido por aquí?

—No sé, pero este es el momento de comprobarlo.

—Espera, tengo guantes de látex en la habitación.

Nos calzamos los guantes y comenzamos la rapiña buceando por entre los escombros. En fin, nosotros éramos pobres y él estaba muerto. Así es la vida, así es la muerte... Abrimos cajones, revolvimos papeles, husmeamos en abrigos, de vez en cuando el olor circundante y la visión

del cadáver embotaban mis sentidos y me hacían marearme y perder el equilibrio como si fuesen chupitos de algún oscuro licor. También acudían a mi mente recuerdos y meditaciones inesperadas, la vista de todos aquellos trastos era una perfecta metáfora de nuestra vida, al final lo único que certificaba nuestro paso por este valle de lágrimas era un puñado de objetos inútiles, un puñado de basura y una mancha de mierda en el calzoncillo producto de la relajación del esfínter (última bocanada de miedo). Notaba que mis nervios se derrumbaban, en un determinado momento abrí un cajón y vi un pequeño cuento infantil ilustrado, era una versión de *La Bella y La Bestia*, sin saber muy bien por qué me eché a llorar, luego continué con mi tarea.

—Venga Manuel, cabronazo, ¿no nos has dejado algún último regalo?

Tras un buen rato y habiendo escudriñado la totalidad de la habitación el botín ascendía a la friolera de 1,5 euros para cada uno (en monedas de 5 céntimos), una colonia y un par de navajas. Encontramos la cartilla del banco, se confirmaba que Manuel era un pobre hombre pobre, estaba prejubilado y su pensión era de unos escasos 500 euros mensuales, de los cuales 200 iban destinados al pago de la habitación, el resto se lo pulía religiosamente cada mes en su totalidad, hoy 10, mañana 20, pasado otros diez etcétera hasta llegar a cero y volver a empezar.

—Bueno, creo que podemos dejarlo ya tío, aquí no hay nada —dije dándome por vencido.

—Joder, habría estado guapo encontrar un buen fajo.

—Eso solo pasa en las películas Iván.

—Aquí está su móvil.

—Píllalo, habrá que localizar a los familiares.

Volvimos a mi habitación y me lié otro canuto, cogí mi móvil y marqué el 112.

- Emergencias, ¿qué desea?
- Err... sí, le llamo desde León, de la calle Ortega y Gasset, hay un cadáver en mi piso.
- ¿Un cadáver?
- Sí.
- ¿Quién es el fallecido, un familiar?
- No, es un compañero de piso.
- ¿Cuál es su nombre?
- ¿El mío o el del muerto?
- El suyo por favor.
- Carlos, Carlos Salcedo.
- ¿Está seguro de que la persona ha fallecido?
- Sí.
- ¿Cuál es la causa de la muerte?
- No lo sé.
- De acuerdo, no toque nada, enviaremos un equipo médico cuanto antes.
- Gracias... Bueno Iván, comienza el show.

Los médicos tardaron un buen rato en llegar, y eso que venían en taxi. Solo pudieron constatar lo evidente. Me sorprendió que no viniese ningún policía con ellos. Estuvieron husmeando por la mesita y encontraron medicamentos que hacían adivinar que Manuel tenía problemas de corazón. Nos dijeron que localizáramos a los familiares, que los mandásemos al ambulatorio y que no tocásemos nada hasta la llegada de los del tanatorio. Lo de localizar a los familiares fue bastante patético, ni Iván ni yo teníamos saldo en el móvil y llamar desde el de Manuel nos parecía de mal gusto así que tuvimos que ir a una cafetería cercana y explicar toda la película para que nos dejaran llamar. Al final localizamos a algunos y les dimos la noticia y luego esperamos sentados en la calle. Llegaron los familiares,

no los había visto en mi vida, ni siquiera sabían donde vivía Manuel, por supuesto lloriqueaban, pero ¿dónde habían estado todo este tiempo? ¿Por qué no vinieron antes a verlo, a estar con él, a limpiar su habitación? ¿Dónde estaba yo cuando murió mi viejo? ¿Dónde estuvo él toda mi vida? Éramos unos cabrones egoístas, todos nosotros, putos llorones de mierda, no merecíamos nada, no merecíamos una puta mierda, porque siempre llegábamos tarde, a todas partes. Al final no somos nada, cadáveres andantes, y nos queda tanto por sufrir... La muerte nos rodea, nos aguarda en cada esquina, y no se nos ocurre otra forma mejor de esperarla que siendo burlados y explotados, acumulando chorradas y pisando huesos, nuestra pequeña parcela de realidad, nuestro pequeño contenedor, con herramientas pero sin manos, rodeados de miseria, de vanidad, la implacable realidad, cruel, agónica, el pensamiento constante al caminar por la calle y mirar a tu alrededor: “esto va a acabar mal”.

Los familiares nos dieron las gracias y se largaron al ambulatorio, ninguno quiso subir a ver el cuerpo.

Los del tanatorio también tardaron bastante en llegar. Eran dos tipos, uno mayor y otro más joven, vestidos con elegantes trajes negros, muy serios. El joven llevaba en el dedo un enorme anillo con una calavera bastante chulo. Mientras subían con la camilla yo ya sabía lo que iba a pasar, pero no dije nada, les conducí a la habitación y abrí la puerta.

—¡Joooooder! —dijo el del anillo—. No vamos a poder con él, tendremos que llamar a unos compañeros.

—Ya.

Llamaron a otros dos y entre los cuatro lo levantaron y lo metieron a una bolsa de plástico blanca. Vi por última vez el rostro céreo de Manuel mientras la cremallera se cerraba, luego lo pusieron en la camilla y lo llevaron a trompicones

hasta la furgoneta. Y así acabaremos todos, metidos en una bolsa de plástico. El coche se alejó por la calle y desapareció en el horizonte.

—Iván, gracias por comerte el marrón conmigo.

—Joder, no hay de qué. Pobre Manuel, qué rabia, era un buen hombre.

—Sí, lo era.

HABITACIÓN

Nº2



*Yo soy diferente ahora
Ellos me han cambiado
Pero aún mantengo la opinión:
Hay demasiada gente
a la que no puedo soportar
Ellos me atormentan con dolor
Pero el mal que hay en el ruido
¡Es el latir de sus corazones!*

Rammstein. Halt.

DEUDA PÚBLICA

Con una pena tan grande
como para ocultar el odio al sol
camino.

En el cielo
cientos de pájaros coordinados
danzan en perfecta unidad,
como un ballet,
tan sencillo,
tan sincero,
que he de apartar la mirada.

Nosotros,
reptamos,
nosotros,
la humanidad,
nos deslizamos,
a una muerte evidente.
Todos juntos sin saberlo
hacia el rojo crepúsculo
caminamos.

Un matadero inmenso ante mis ojos,
máquinas deglutidoras de hombres,
ojos vacíos en cáscaras roídas,

seres licuados
perdiendo todo a cada paso,
bolsillos repletos de agujeros,
horarios que despedazan sus articulaciones,
¡Moloch!
¡Moloch!

No puedo soportarlo
y escapo temblando de angustia.
Maldita cobardía que no me permite
ser libre y reír
ante la ceguera y la evidencia,
disfrutar del espectáculo
en mi privilegiado palco.
La hora se acerca.
Quién tenga oídos que oiga.

Ubres como conchas resquebrajadas,
injurias, maldiciones y automutilación,
patetismo que me hace
arrancarme la cara
sentado en el escalón de tu portal,
despreciado,
golpeado,
llorando piedras como puños.

Praderas de huesos porosos.
Meadas de absentia manchando mis pantalones
al amanecer.
Otro yo en mí
violando a la arrogante
de sobacos peludos.
La cohorte cocainómana

temblando ante el cajero.
La lucha sin cuartel de mi sangre
en mi sangre.

He intentado ser sincero
y aún cuando no era consciente
todo ha sido para pagar mi deuda
contraída con Dios.
Solo intento dar las gracias
de manera odiosa y honesta,
tal como merece el páramo infinito.

Y
para vosotros,
que el miedo os impide
pagar el tributo
y saborear la bendita maldición
de la existencia,
para vosotros
¡panda de Judas!
Cuyas riquezas tienen menos valor
que una montaña de oro
y diamantes,
para vosotros
van mis maldiciones.

Castígalos señor
pues bien saben lo que hacen.

Camino.

Con estas letras
que no cambian ni el color de tus ojos

siquiera.
Un fracaso honesto.
Otro anhelo sacrificado
al gran volcán.
Saboreo
la derrota más dulce de la historia.
Brindando con los poetas de alcantarilla.
Buscando ojos abiertos en la oscuridad.
El bastión,
la esperanza desesperada de la carne
y el alma.

Vosotros.
Reptiles.
Tranquilos como jueces,
en vuestros tronos de sangre y cráneos,
cucarachas que quisieron ser hombres.
Vosotros,
maquinando ocultos en aquelarres nocturnos,
besando el ano del diablo,
frotando vuestras huesudas manos,
alevosos.
Vosotros,
tristes criaturas,
no os merecéis chupar
mi polla,
y aún así
es mi único deseo esta noche.

Chupad

pues esta es mi carne.

Leed

pues esta es mi sangre.

EL DÍA DE SAN MC.FLURRY

Al Argentino.

Sonaba Michael Jackson por la radio. Él ya no se preocupaba de nada, el pobre Michael, ¿o quizás sí? Bien podría haber sido un gran montaje, el rollo de su muerte. Teniendo en cuenta de quién hablamos y su cuenta corriente, su carácter excéntrico y esas cosas, bien podría estar ahora mismo tumbado al sol en una isla, como en la novela de Beigbeder. Estaría tumbado en una hamaca estampada con dibujos de dinosaurio, en la mano un zumo de papaya y curuba, tomando el sol, poniéndose moreno otra vez, el cabrón de Michael. En cualquier caso, muerto o no, seguro que no se preocupaba por cosas como el último cigarro arrugado, el agujero en la entrepierna del pantalón o el llanto de la billetera.

—¿Sabes que quieren retrasar la edad de jubilación?

—¿No lo habían hecho ya?

—Sí, pero todavía más.

—Joder, como está el tema.

—Ya te digo.

Víctor encendió la chusta y aspiró. Tenía un enorme agujero en la entrepierna del pantalón pero, al igual que

Michael, no se preocupaba por él. Expulsó el humo. Se rascó la cabeza y tendió la mano hacia Rafa que estaba sentado en el sofá frente a él.

—Pásate la birra.

Rafa dio un buen trago y se la alcanzó, intentando no fijarse en el agujero que tenía Víctor en la entrepierna. Meditó un momento y dijo:

—¿Sabes qué Víctor? En realidad da igual, podrían ponerla a los ciento dos años, lo mismo da, no creo que ninguno de nosotros se jubile, tal cual va el país... Míranos, somos patéticos, una puta generación echada a perder, sin ninguna esperanza o con una esperanza de infierno. Maldita sea, ni siquiera podemos tener un curro de mierda, no sé, limpiando retretes, ¿habría algo más bajo? Pues ni eso colega. ¿Quién curra del grupo? Ninguno joder, bueno, el muerte sí, pero ya ves tú, repartiendo propaganda del telepi. Todos parasitando a los viejos o viviendo del paro.

—¿A ti cuánto te queda de paro?

—Es el último mes.

—¿Se acaba lo bueno eh?

—Ya te digo —Rafa se reclinó contra el desvencijado sofá—. El fin de una era tío. Bueno, ha estado de puta madre.

—¿Qué cojones piensas hacer?

—No se, pediré alguna ayuda, la subvención esa, como la que pidió el Willy.

—Pero son solo cinco o seis meses.

—Bueno, da para arrastrarse un tiempo más.

—¿Y luego qué?

—Joder, yo que sé, nunca me había costado tanto encontrar curro, y la cosa está cada vez más negra, si no sale nada supongo que traficar, o prostituirme, o suicidarme, yo que sé.

Víctor dio otro trago a la litrona y bajó la mirada hacia el suelo, intentando trascenderlo, imaginándose a sí mismo

en un lugar mejor, en la playa junto a Michael, sonriendo bañado por el sol, con una buena copa de ron en la mano, observando a mulatas en bikini jugando al volleyball, observando sus culos prietos como el balón, rodeado de destellos. Regresó de su fantasía y al aterrizar nuevamente en el frío cuartucho dijo:

—¡Mierda, tenemos que hacer algo!

—¿El qué?

—No sé, ALGO, mierda, no lo aguanto más.

—Pero si tu estás de puta madre con los viejos, te dan mazo de pasta, vives a cuerpo de rey.

—Estoy hasta la polla. Tengo 28 años y no he hecho nada, solo una puta carrera que no me va a servir absolutamente para nada, con la pasta justa para porros, todo el día gambiteando en Internet, haciendo el crápula, en esta mierda de ciudad de León, atrapado en su tela de araña. ¡Joder!

Necesito escapar, me despierto por las mañanas, me arrastro por casa esquivando a mi madre que pasa el aspirador, todo el día sin hacer nada, ni siquiera busco curro ya, ni salgo a la calle, no tiene nada que ofrecerme, me he dado por vencido.

—Bueno, al menos es una situación de espera indefinida, a mí me quedan lo que me den de subvención, luego, la incógnita absoluta.

—Deberíamos atracar un banco.

—Claro, claro.

—Joder, no puede ser tan difícil, no hay seguratas, ni puertas de acero, lo que pasa es que hay que echarle huevos.

—No lo veo.

—Pues una gasolinera. En algunas tienen a una pivilla sola, ahí, en mitad de ninguna parte, de noche. Joder, es lo más sencillo del mundo, yo a veces he ido a repostar y he visto a algunas... Ahí solas en medio de la autopista, completamente indefensas. Antes de ahorcarme tengo que ir y violar a alguna.

—No creo que fuese tampoco un gran botín.

—Con que te de para un mes o dos... Luego cometes otro, y así, mientras tanto en movimiento, en la carretera, viviendo en hostales, gastando en drogas, en putas... Joder, en putas tío.

—No me van las putas.

—Son las mejores mujeres que hay. En cualquier caso, ¿sabes de lo que te hablo no? De vivir, tío, VIVIR.

—Hasta que nos pillen.

—Pues hasta que nos pillen, pero mientras tanto a vivir, luego en la cárcel te dan de comer. Tampoco nos caerá mucho por atracar gasolineras, no es matar y violar a una menor, cumplimos lo que sea y a la mierda. Además, ¿y si no lo hacen? ¿Y si no nos pillan? ¿Pero qué te crees, que no hay gente que vive así? Atracadores profesionales, curran un día o dos al mes, planean el golpe, lo dan, y a vivir.

—La verdad es que yo acabaré haciéndolo, ya te digo, eso o traficar. He intentado seguir el camino, he intentado ser una sombra más del engranaje, pero no me dejan ni ser esclavo, he pedido curro hasta en el puto McDonald's. Sin éxito.

—Pues a la mierda, yo lo hago.

—Las gasolineras tienen cámaras.

—Yo que sé tío, pero se planea, se planea bien.

—Bah, tonterías.

—¿Y qué piensas, estar toda la vida así, viéndolas venir?

—No sé Víctor, yo no sé nada.

Víctor volvió a fijar la mirada en el suelo. Rafael abrió otro litro y se recostó en el sofá. El reloj seguía corriendo hacia delante, era lo único que parecía moverse en realidad. Estaban en silencio, pensativos. Se había lanzado la piedra. En el suelo quedaba otro litro por abrir y media botella de vino blanco, de lo que andaban escasos era de tabaco.

Las paredes observaban en silencio, expectantes. Sonaba Santana.

Víctor aparcó el coche, era el coche de su madre, aparcó en mitad de la noche y se encendió un cigarro.

—Bien, aquí estamos.

Rafael miraba a su alrededor. Habían aparcado en frente del palacio de los deportes, un poco más allá las putas realizaban su jornada laboral. Solo acertaba a distinguir a dos, la más cercana al coche era una negra de buen cuerpo, un glorioso cuerpo de animal salvaje, levantaba su interminable bota blanca cada vez que un coche pasaba ante ella. Rafael se mordía las uñas bañado por la luz anaranjada de las farolas.

—Mierda, pásate un cigarro cabrón, estoy nervioso.

—Tranquilo Rafa, ya verás, un par de minutos y estará hecho, llevamos toda la semana planeándolo, no puede salir mal.

—Todo puede salir mal.

—Sí, y ya lo ha hecho, por eso estamos aquí, ¿recuerdas?

—Mierda. Repasémoslo otra vez.

—Cuando sean y media vamos a por esos cabrones, estarán a punto de cerrar, quizás haya una persona o dos, pero no más, entramos a saco a por la caja.

—¿Dónde está el taser? No te lo dejes en el coche.

—Tranquilo.

Víctor se giró y cogió una mochila del asiento de atrás, la abrió y cogió el taser. Era un modelo Power 200, apretó el botón y un rayo azul recorrió su superficie produciendo un ruido chirriante.

—¿Acojona verdad?

—Bueno, entonces entramos y arramplamos cagando leches, nada de estar ahí más de tres minutos, ¿eh Víctor? Tres minutos máximo.

—No, no, a toda hostia, pillar la pasta y largarse. Llegamos al puente y echamos la sudadera y el pantalón en la bolsa, tiramos la bolsa al río, cruzamos el puente, nos montamos en el coche y nos largamos a empezar a gastar.

—Joder, si sale todo bien pienso pillarme un pedo de escándalo.

—Ya ves, yo me pienso coger a esa negra de ahí en cuanto salga, ¡maldita puta!

La negra, ajena a todo, continuaba en medio de la carretera, alzando y bajando su interminable bota en busca de clientes.

—¡Déjate de putas cabrón! Cuando montemos en el coche nos largamos lejos, no conviene quedarse cerca de la escena del crimen.

—Tienes razón, además con pasta fresca y crujiente en el bolsillo no necesito perras de la calle, conozco un lupanar en el centro que ya verás, zorritas de primera calidad.

—Pero primero a por drogas. ¿Qué hora es?

—Y cuarto.

—Vamos preparándonos.

Víctor metió las manos en la mochila y sacó la ropa. Habían comprado un par de sudaderas y pantalones de chándal negros en un chino la tarde anterior. Luego, en otro distinto, habían pillado un par de pasamontañas, negros también. Comenzaron a ponerse el pantalón y la sudadera sobre la ropa de calle.

—Oye tío, mejor dejar la cartera y la documentación en el coche —dijo Rafael.

—Sí joder, tienes razón.

—Solo faltaba que se nos cayera el puto D.N.I.

Dejaron sus respectivas carteras en la guantera, luego cogieron los pasamontañas y se los metieron en el bolsillo. Víctor suspiró y miró a Rafael.

—Bien, es la hora.

—En marcha.

Al salir del coche el frío leonés les abofeteó el rostro. Ambos miraron el objetivo. Cruzando el río se levantaba luminoso el puto McDonald's. Pusieron rumbo hacia él. Bajaron las escaleras hasta el borde del río. No había ni un alma en los alrededores, en verano era otra cosa, pero ahora, en invierno, el frío a la orilla del río de noche era como ser atravesado por miles de diminutas agujas. La luna y las estrellas los observaban en mitad del espacio, flotando despreocupadas. Atravesaron el puente y llegaron a la otra orilla, la bolsa de basura con las piedras en la que echarían la ropa al salir estaba en su lugar, debajo de un seto, la miraron, se miraron, todo en orden, según lo previsto. Continuaron andando, ya casi estaban allí, solo faltaba subir unas escaleras. El McDonald's estaba al final de la escalera, brillaba como nunca, con sus luces blancas y amarillas, sus logotipos, el olor a carne extraña y fritanga rodeándolos.

—Venga Víctor, pongámonos los pasamontañas.

Así hicieron. Ya no había vuelta atrás, era la hora D, el día H, sus corazones martilleaban, la respiración se hacía densa dentro de los pasamontañas.

Echaron a correr escaleras arriba, sortearon los columpios de colores y entraron en la tienda. Dentro había una pareja haciendo manitas en una de las mesas, tanto ellos como las tres cajeras dieron un salto al verlos llegar. En un par de dementes zancadas se plantaron delante de las cajas como unos clientes más. Rafael habló.

—¡Venga hijas de puta, abrid las cajas y echaros hacia atrás!

Las chicas estaban paralizadas, temblando bajo su ridículo uniforme color patata frita.

—¡VAMOS COÑO, LA PUTA PASTA, AHORA!

—Vale, vale, tranquilos.

Una de ellas, con las manos en alto, se acercó lentamente a una caja, estiró un dedo, pulsó un botón y esta se abrió con un ruido metálico.

—¡Las otras también joder!

Las otras dos chicas hicieron lo propio, una de ellas, una gordita con gafas, comenzó a llorar.

—Por favor... por favor...

Otra chica, una rubia con coleta se puso delante de la gordita para protegerla.

—Venga, tranquilos, lleváoslo todo, pero no nos hagáis nada, bastante puteadas estamos aquí.

—¡Venga zorras, tirad para la cocinal!

Obedecieron. Víctor y Rafael saltaron el mostrador y se pusieron del otro lado, repararon en un mulato con delantal que estaba en la cocina y al que no habían visto hasta ese momento.

—¡TÚ, HIJO DE PUTA!

El mulato echó a correr hacia un lado, abrió una puerta metálica y desapareció en la noche, con delantal y todo. La gordita no paraba de llorar acurrucada en una esquina, las otras dos mostraban más entereza, la parejita que hacía manitas en la mesa había volado hacía tiempo. Víctor y Rafael miraron las cajas abiertas ante ellos, era hermoso, billetes de todos los colores, monedas relucientes, destellos por todas partes. Cogieron unas bolsas de papel con el rotulo "I'm loving it" y empezaron a llenarlas de billetes. Agarrar esos fajos de forma frenética era una sensación extraña, estrujarlos en la mano, su sonido, no eran más que papeles más duros y ásperos de lo normal, ¿cómo podían significar una diferencia tan grande? De vez en cuando uno se escapaba entre los dedos y caía al suelo.

—Levanta la tapa, debajo hay más —dijo Víctor.

—¡La hostia!

En ese momento se abrió una puerta junto a ellos y apareció un tipo vestido de azul marino, regordete y de cara grasienta, durante un segundo pensaron que era un poli, hasta que distinguieron las franjas en su camisa y la “M” retorcida en su gorra. Víctor dio un salto.

—¡QUIÉN COÑO ERES!

—Tranquilos muchachos —dijo levantando las manos en son de paz—. Calmaos y hablemos, soy el encargado.

—¡ERES UNA MIERDA! —dijo Víctor mientras le azotaba una descarga con el taser en mitad de la barriga. 200.000 voltios recorrieron su cuerpo, el tipo se derrumbó como un castillo de naipes, esparciéndose por el suelo, su gorra azul rodando, escapando de su cabeza. Ya en el suelo comenzó a convulsionarse. Las dos cajas salieron corriendo y desaparecieron en un santiamén por la misma puerta que el mulato, nunca se las volvió a ver, dejaron allí tirada a la gordita, que se puso a gritar como una histérica.

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!

Víctor saltó por encima del encargado, que se retorcía en el suelo, y se acercó a la gorda.

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!

—¡CÁLLATE PUTA GORDA!

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!

—¡QUE TE CALLES JODER!

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!

Entonces Víctor acercó el taser a su papada y le propinó una descarga. La gorda se elevó del suelo unos centímetros y calló de lado, se pudo oír perfectamente cómo se pedorrea, su grito se había transformado en una especie de ruido robótico cortocircuitado acompañado de las pedorretas. Mientras tanto Rafael había raspado todo lo que quedaba en las cajas, tenían tres bolsas de papel llenas de dinero,

“*I’m loving it*”, las metió en una bolsa de plástico y saltó al otro lado del mostrador.

—¡Vamos cabrón, ya está, larguémonos!

Víctor continuaba mirando retorcerse a la gorda, se giró y cogió una bolsa de plástico, empezó a meter hamburguesas en su interior.

—¡Pero qué coño haces!

—Tengo hambre.

—¡Yo me largo!

—Espera, espera.

—¡VÁMONOS JODER!

—Espera, espera un momento... Ya te tengo —dijo elevando un muñeco de plástico—. La figurita de Darth Vader tío, me la llevo, mola un montón.

Víctor saltó el mostrador y echaron a correr. No notaron el frío en el exterior, estaban ardiendo, el pasamontañas los ahogaba. Bajaron las escaleras de tres en tres hasta la orilla del río, pasaron el tramo de césped, llegaron junto al puente y cogieron la bolsa de basura que tenían preparada. Rafael se desvistió a toda prisa mientras Víctor sujetaba la bolsa, metió el pantalón y la sudadera dentro y la cogió, Víctor comenzó a desvestirse.

—Toma las llaves del coche, no quiero que se me caigan mientras me quito esto.

—Vamos, corre Víctor, cabrón.

Se quitó la sudadera y la metió en la bolsa, mientras se estaba quitando el pantalón vieron las inconfundibles luces.

—¡Mierda, la poli!

—Joder, ¿tan rápido? No puede ser.

Un coche de policía aparcó junto al McDonald’s.

—¡Vamos corre, corre cabrón!

Víctor se quitó finalmente el pantalón y lo metió en la bolsa, sus manos temblaban, metieron un par de piedras

junto a la ropa y la alzarón, la dejaron caer al río. Entonces, en ese momento, mientras la bolsa caía al agua, escucharon una voz lejana, proveniente de lo alto de las escaleras, junto al McDonald's.

—¡ALTO, POLICÍA!

Se giraron. Un tipo en lo alto de las escaleras los apuntaba con una linterna, aún tenían un buen trecho de ventaja respecto a él.

—¡A CORRER COLEGA!

Cogieron las dos bolsas de plástico con el botín y salieron despedidos, el policía salió corriendo a su vez, comenzó a bajar las escaleras mientras ellos atravesaban el puente.

—¡ALTO, POLICÍA!

Rafael estaba al borde de un ataque cardíaco, apretaba con fuerza la bolsa de plástico y en la otra mano la llave del coche de la madre de Víctor, giró la cabeza sin dejar de correr para observar el panorama, detrás de él Víctor corría más lentamente, se le había salido medio pie del zapato, su cara estaba deformada. En ese momento lo odió profundamente, todo había sido idea suya, quizás él habría conseguido un curro antes de que se le acabara el subsidio, un maldito curro, de lo que fuera, podría pasar, ahora en cambio iba a acabar en la cárcel por atracar un puto McDonald's de mierda. La derrota definitiva, la guinda a una vida patética de derrotas. Todo por culpa de ese cabrón que tenía detrás, de sus fabulosas ideas. Observó al policía que corría tras ellos con la linterna, aún le sacaban una buena ventaja, quizás lo conseguirían, si al puto loco no le daba por liarse a tiros, claro. Además era solo uno, SOLO UN POLI. En ese momento el zapato de Víctor salió despedido de su pie y le hizo tropezar, cayó al suelo justo cuando atravesaron el puente. Ya solo quedaba pasar un trocito de césped, subir las escalera y el coche estaba ahí, se le podía distinguir ya. Rafael se

detuvo, Víctor continuaba en el suelo, el poli estaba más cerca. Rafael miró a ese cabrón tirado en el suelo, todo por su culpa, sus putas ideas, ¿qué puedes esperar de un tipo que no sale de casa nada más que para pillar porros? El poli estaba más cerca, solo era uno, nunca podría cogerles a los dos, recordó que él llevaba las llaves del coche, las tenía fuertemente apretadas en la mano, también tenía la bolsa con la pasta, Víctor llevaba la de las hamburguesas. Era el momento de dejarle ahí tirado, al fin y al cabo era un cabrón, solo le cogía el teléfono cuando le interesaba, solo pensaba en sí mismo. Era un perro, todos lo eran, esto era la jungla, no convenía olvidarlo, *you are in the jungle baby, you're gonna dieeeeeee*. Él no dudaría en dejarle tirado en la misma situación, el cabrón del Víctor, estaba claro, se la había jugado un par de veces a lo largo de su amistad, alguna bastante gorda, recordó una en particular, aquella vez Víctor no había dudado en jugársela, sin remordimiento alguno, lo recordó y apretó la mano con la llave dispuesto a huir. Es lo que hay, es la jungla, la jungla de asfalto. Entonces Víctor gimió.

—Mierda... Aaah mierda, creo que me he roto el pié.

Rafael volvió a mirarlo, ahí tirado en el suelo, sin zapato, con el sucio calcetín ondeando al viento, en mitad de la noche, con las estrellas riendo. Eran unos perdedores, unos perdedores patéticos, ambos, estaban chapoteando en el mismo caldero de mierda hirviendo. Se acercó a él y lo agarró de la cintura.

—Venga hijoputa, levanta, el coche ya está ahí.

Víctor gruñía, el dolor al apoyar el pie era intenso, insoportable, pero la adrenalina golpeaba con más fuerza. Comenzaron a subir las escaleras, el coche estaba ahí arriba, el poli atravesaba el puente en ese momento, cada vez más cerca de ellos.

—¡ALTO, POLICÍA!

Rafael llegó al coche, abrió y lo puso en marcha. Arrancó justo cuando Víctor, cojeando, saltó en su interior, en el asiento del acompañante. Arrancó en medio de una nube de humo, con la mitad del cuerpo de Víctor aún asomando por la puerta, y se precipitó a toda velocidad por la carretera. La prostituta negra levantó su alargada pierna al paso del coche y casi se la arrancan. Rafael miraba por el retrovisor, nadie los seguía. Se metió por el polígono, lo atravesó, cambió de dirección y regresó a la ciudad por las afueras. Aminoró la marcha, miraba por el retrovisor constantemente. Todo estaba en silencio, las calles oscuras prácticamente desiertas. Recorrió un par de callejuelas y aparcó en el primer hueco que vio.

En el silencio y la quietud pudo notar el bombeo frenético de su sangre, su sistema nervioso al borde del colapso. Con sus manos temblorosas cogió un paquete de tabaco de la guantera y se encendió un cigarro, saboreó la calada y expulsó el humo.

—Mierda, nos han tenido que ver, que grabar.

—Relájate Rafa tío, ha salido bien, ha salido bien.

—Casi nos pillan por tu puto tropezón hijoputa.

Tenía que haberte dejado ahí, tenía que haberte dejado ahí tirado cabrón.

—Mierda, me duele, me he debido torcer el tobillo.

Víctor cogió una de las bolsas de plástico, sacó una hamburguesa de su interior, quitó el papel que la envolvía y le dio un mordisco. Rafael lo miraba fijamente, fumando en silencio. Lo miraba masticar, al muy cabrón, casi los cogen por su culpa, quizás aun los cogieran por su culpa, maldito perro, lo miraba masticar y deglutir, un trozo de pepinillo le colgaba del labio inferior. Entonces le soltó un puñetazo en la barbilla. El pepinillo, junto con otros trozos por ingerir, salieron despedidos de su boca y se estamparon contra el cristal, Víctor se giró confundido.

—¿Pero qué haces, se te ha ido la pinza?

—Eso por follarte a mi ex.

—¿Pero qué dices? ¿Ahora con eso? Joder tío, colega, te pedí perdón en su momento.

—¡Que te jodan!

—Tronco, no hay quién te entienda... Me ha dolido joder.

—Te jodes.

—Joder, lo siento tío, eso fue hace mucho... Arranca anda, vamos a relajarnos. Mira, el lupanar que te decía no está lejos, vayamos a celebrarlo coño.

—No me van las putas.

—Pero allí estaremos escondidos. Además, seguro que tienen coca y priva, no te las tienes que follas si no quieres, también hablan.

—Venga, vamos.

Rafael arrancó el coche, necesitaba una copa de buen ron. El mundo estaba en silencio, nadie se había enterado de nada, descansaban en sus colchones viscoelásticos a la espera del duro amanecer, para afrontar otro día de mierda en la jungla de asfalto hasta que les comiera el tigre. Había comenzado a nevar, la primera nevada del año, algún mendigo moriría de frío esa noche, eso seguro. Pusieron rumbo al lupanar, huyendo del frío asfalto, de la jungla, en busca del calor de una entrepierna que incubara los huevos de un par de héroes urbanos.

Víctor abrió la bolsa y sacó algo de su interior, una especie de tarro.

—¿Qué mierda es eso?

—McFlurry, ¿quieres colega?

—¡Odio el puto McFlurry!

CUNNILINGUS (DIONEIA PARTE 1)

Notaba que algo no iba bien... bueno, esa sensación no era nueva, toda la vida algo había ido mal de un modo u otro, las piezas del puzzle no encajaban, no encajaban ni siquiera recurriendo a la violencia, no importaba lo que hicieras, el dibujo nunca se parecía al de la caja... pero ahora pasaba algo más, los cambios de humor, las depresiones, los accesos de violencia, los accesos de violencia contenida... crecían como un tumor. El contenido estaba superando al continente. Lo notaba palpar ahí dentro, pum... pum... pum... pum...

Me había creado un buen refugio en el que estar a salvo, aislado, aislado del mundo, aislado de esas malditas caras que regresaban una y otra vez a mi memoria, esa maldita noche, el sabor de la hierba mojada una vez más en mis labios... Intentaba luchar contra todo eso a base de aislamiento y meditación, buscando respuestas en la soledad... en algunos momentos creía estar llegando a algo, pero el dibujo no se parecía al de la caja.

Cuatro paredes, un colchón en el suelo, una radio, la guitarra, la lamparita, un banco regulable, las mancuernas oxidadas, el par de colchones en la pared que usaba como saco de boxeo donde descargar esa rabia... soñaba con volver a aquella noche y que todo fuese distinto, soñaba con esa oportunidad que se me negó, pensaba en sus caras y golpeaba los colchones, pum... pum... pum... pum... tenía ahí mi

universo, podía meditar, podía escribir, podía entrenar, podía tocar, podía crear y moldear y destruir y moldear... ¡Dios! Lo tenía todo, todo estaba ahí, en mi santuario, lejos de todos esos seres que solo me habían brindado dolor y frustración y para los que solo tenía rabia y odio, podría morir allí... o transformarme, pero había un mundo fuera que no paraba de reclamarme, de joderme, era imposible obviarlo, como un trozo de carne pudriéndose entre los dientes, incordiando... las voces, los ruidos, las risas... el mundo exterior me estaba convirtiendo en uno de ellos, no quería que se cerrase el círculo, necesitaba huir, huir de esos pensamientos, de esas personas, de esos recuerdos... los mantenía a raya a base de dormir de día. Por la noche todas esas molestias sensoriales eran menores, por no hablar del alivio ante la ausencia de luz solar. No obstante, a veces, conseguían arrastrarse a mi puerta, ellos, la golpeaban, toc... toc... toc... entonces intentaba esconderme, no hacía ruido, intentaba no respirar. A veces se iban, pero a veces no, toc... toc... toc... toc... entonces tenía que salir, mostrarme... toc... toc... toc... toc... Era Jorge.

—¿Sí?

—Eh tío, soy yo.

Abría la puerta de la habitación lo necesario, no más.

—¿Sí?

—¿Qué tal?

—Bien ¿Qué quieres?

—Nada.

—...

—¿Sabes? Me concedieron la ayuda.

—¿Ah sí? Me alegro.

—Sí, por medio año, prorrogable.

—Qué bien, me alegro por ti.

—Ya te digo. Y oye, también me han dado mazo de comida los del ayuntamiento.

—Ah...

—Sí, pasta, arroz, leche, conservas, queso... de todo. Lo he dejado en el armario de la cocina, si necesitas algo coge lo que quieras.

—Te lo agradezco.

—Pilla lo que quieras, no te cortes. Joder, deberías ir a hablar con mi asistente social, seguramente a ti también podrían darte algo ¿Cuanto llevas sin currar?

—Unos años.

—Joder, pues para eso están ¿no? Es un coñazo, te piden muchos justificantes, hay que rellenar mil impresos. Pero bueno, tampoco haces nada ¿no? Pierdes unas cuantas mañanas, pero mira, joder, 470 pavos durante seis meses, prorrogables, y mogollón de comida.

—Sí, ya me pasará un día de estos.

—Deberías.

—Sí.

—...

—...

—Oye, ¿has visto al de la cuatro?

—No, pero he oído sus pasos, esta tarde.

—Qué cabrón, a ver si lo veo, me debe 5 euros.

—...

—¿Tienes algún porro?

—No

—¿No?

—No. Quiero dejar de fumar, no tengo dinero.

—A mí me quedan un par de ellos, si quieres pásate por mi habitación y nos los fumamos, podemos ver una peli o algo.

—Sí, quizás me pase.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—No, no necesito nada.

—...

te imaginabas el coche doblando la esquina, haciendo la rotonda y perdiéndose en la noche, quizás con un par de delincuentes dentro rumbo a algún lupanar.

O, lo peor de todo, escuchabas una puerta abrirse tímidamente, wriiiiiii... iiii... y unos pasos cansados, agotados, apaleados, vencidos, arrastrándose por el pasillo, tum... tum... tum... y otra puerta abrirse, wriiiiiii... y cerrarse, cruck, y escuchabas el momento exacto en el que se sentaba y, al poco, cuando lo expulsaba, plosh... plosh... plosh... y un suspiro, fffffff... y luego la cisterna que hacía un ruido ensordecedor, monstruoso, cacofónico, que lo llenaba todo... y te veías obligado a imaginar todo eso, la imagen se metía en tu mente y casi podías olerlo y parecía no haber escapatoria posible.

Pero, a veces, en mitad de la noche, durante un breve momento, no oías nada... nada en absoluto... nada... y era maravilloso, y veías la cortina no moverse y la pared amarillenta a la luz de la lamparita te devolvía la mirada y te sonreía y tú mismo dejabas de existir y era maravilloso. En esos momentos no podía evitar llorar. Llorar y pensar que quizás estuvieses cerca de la salida.

El caso es que a veces mi voluntad también flaqueaba y me veía obligado a salir... afuera... a la calle... con ellos... Las razones eran múltiples, pudiera ser que necesitase comida, o tabaco, o ver a mi pobre madre que, preocupada, me traía tupperes con puré de patatas y carne guisada. Ella tampoco había vuelto a ser la misma, yo tampoco se lo ponía fácil, pero ¿cómo explicarles que necesitaba esto? La gente del pasado no lo entendía, creían entenderlo pero no tenían ni idea, ¿Cómo explicarles que había muerto esa noche? Que había cambiado para siempre más allá de lo evidente, que me habían fecundado con odio y el vástago crecía dentro de mi vientre, dándome violentas patadas, y que yo solo intentaba

encerrarlo junto a mí, en mi aislamiento, intentando evitar que viese la luz, porque si algún día lo dejaba salir ya no habría vuelta atrás, para nadie.

A veces la flaqueza era mayor, ya que no respondía a la necesidad o la obligación, sino al ocio, a la pura desesperación, me daba cuenta de que llevaba horas mirándome fijamente al espejo mientras ponía todo tipo de caras sobreactuadas, o dando pequeños saltos alrededor de la habitación mientras emitía extraños sonidos, y entonces pensaba “mierda, tengo que salir, me estoy volviendo loco”. Era la voz de la conciencia social, la parte asustada de la mente tras años de alienación, la parte que quedaba que me unía a ellos y que me obligaba a abandonar cuando estaba a punto de lograrlo. O cuando la magia se había ido y no salían ni las palabras ni los actos y los ruidos te atrapaban más y más hasta que al final no podías evitar enfrentarte a ellos como en un rabioso duelo de poderes. Otras veces era tras pasar horas dando puñetazos a los colchones de la pared y haciendo flexiones, ciego de rabia e ira. En esos momentos me embargaba una energía desbocada que me hacía salir al exterior en busca de alguna mujer, para intentar sentir algo de nuevo. Por suerte eso no pasaba casi nunca, pero a veces no podía evitarlo y tenía que afrontar el exasperante rito de vestirme, peinarme y lavarme las partes, pero esa energía desbocada me permitía hacerlo con determinación.

Encontrar una mujer era sencillo, solo tenía que entrar a uno de los tres garitos habituales, pedirme una cerveza y apoyarme en la barra a esperar, nada más, y tarde o temprano venían. Sí, ya sé que puede parecer un vacile, pero te lo juro, solo tenía que hacer eso. La postura en la barra era importante, hacia afuera, nunca hacia adentro, de espaldas al camarero, con los codos apoyados, como si estuvieses en tu trono viendo un triste espectáculo. Entonces llegaban.

A veces solo se acercaban y se ponían junto a mí, haciéndose las despistadas, dejando que yo iniciase la conversación, otras veces la iniciaban ellas, en cualquier caso la conversación era siempre la misma.

—¿Sabes? Te he visto varias veces por aquí, llamas la atención, te quedas ahí mirando a la gente como si supieses algo.

—Yo no sé nada que no puedan saber los demás con algo de esfuerzo.

—¿Te crees mejor que los demás?

—¿Por qué dices eso?

—No sé, por tu pose, tu porte, la manera en la que te apoyas en la barra.

—Yo no me creo mejor que nadie, soy la misma escoria que todos vosotros.

—Joder, ¿ves? A eso me refiero.

—Si tú lo dices.

—Se te ve muy seguro de ti mismo.

—Estoy seguro de estar en el camino correcto.

—¿Y qué camino es ese?

—El mío.

—Eres un poco borde ¿no?

—No pretendo serlo, disculpa si te he ofendido.

—Eres raro.

—Verás, me preguntas si me creo mejor que los demás.

Bien, el caso es que considero a todo el mundo escoria, yo incluido, pero por otra parte soy consciente de estar vislumbrando la verdad de todo esto y eso me proporciona cierta confianza, si quieres llamarlo así. No me importa ser mejor o peor que algunos porque no me importan los demás, solo intento tener los ojos abiertos y los sentidos alerta para descifrar las situaciones, ver los avisos imperceptibles que intentan guiarnos y a los que no prestamos atención, cuando aprendes a hacerlo sabes que estás por encima del azar, en cierto modo.

—Vaya. No me he enterado muy bien pero tiene sentido. ¿Sabes? Yo siempre he sido muy insegura.

—No deberías, yo malgasté mi juventud en esa mierda, no lleva a ningún sitio.

—Sí, tienes razón.

—La clave está en no tener, en no querer, en no ser. El apego, el puto apego, ellos lo sienten, lo envidian y lo roban, si no hubiese tenido nada, si no hubiese sido más que una sombra nadie habría reparado en mí. Creo que ese fue mi gran fallo aquella noche.

—¿Qué noche?

—Olvidalo. La única forma de ser mejor que los demás es no siendo nadie.

—Ya pero yo no soy mejor que los demás.

—Eso no puedes saberlo, y aunque lo sospeches nada ganas con ello, esto es una jungla y cuanto menos debilidad muestres mejor, la nada es fuerte, lo absorbe todo, la fortaleza está en el vacío porque ellos siempre están ahí, están escondidos en los matorrales, acechando en la oscuridad.

—Sí, en eso tienes razón.

—Siempre están ahí, esos malditos hijos de puta, buscando al débil para darle por culo, para darle por culo joder.

—Hey, tranquilízate.

—Lo siento... es que... no sé, olvidalo, olvidalo todo.

—¿Estás bien?

—No te preocupes por mí, no necesito que nadie se preocupe por mí.

—Joder tío, estás jodido de la cabeza, y eres un puto borde, pero... no sé, me resultas interesante, ¿puedo invitarte a una cerveza?

—Claro.

Luego simplemente se trataba de desenredar el hilo, abrir el envoltorio, a veces costaba más, otras menos, por suerte ya conocía los atajos, las reglas y las trampas.

Mi relación con las mujeres, evidentemente, también había cambiado tras aquella noche. Primero porque ninguna de estas zorras podría sustituir nunca a mi amada. Todavía la recuerdo a cada instante. Ella también pasó un infierno con toda esa mierda, le dimos muchas vueltas tratando de comprenderlo, de superarlo, intentábamos ayudarnos mutuamente, apoyarnos el uno en el otro, pero era todo inútil, nada volvería a ser igual, nunca más. Tuve que echarla de mi lado, no quería que se marchitase junto a mí. No íbamos a superarlo estando juntos, nunca podría volver a mirarla con los mismos ojos que antes después de aquella noche.

Recuerdo cómo lloraba cuando la dejé, fui cruel, pero no había otra forma. Pasamos por aquello juntos y decía que saldríamos de ello juntos, pero yo sabía que no había vuelta atrás. A mí también me costó hacerlo, pero era lo que debía hacerse, sobre todo por su bien, yo ya estaba perdido, no podía hacer una vida normal, no podía reír, ni disfrutar, ni siquiera podía fingir hacerlo, por no hablar del sexo que, evidentemente, estaba vetado para mí. Ella pensaba que podría volver a ser el de antes, había posibilidades de superarlo, pero en el fondo, muy en el fondo, y de manera inalterable, yo sabía que llegaría el día que explotase y entonces no habría vuelta atrás, para ninguno de los dos. Ella me llamaba y me mandaba mensajes, suplicaba que lo hablásemos. Me costó mucho ignorarla, pero finalmente todo siguió su curso, sencillamente sus llamadas dejaron de llegar. No volví a verla nunca más. Espero que su camino haya sido mejor que el mío.

La primera con la que me acosté tras ella fue una antigua conocida que siempre había estado detrás mío tirándome los

tejos, por supuesto ella no sabía nada, muy pocas personas saben lo que pasó aquella noche. Fue un fracaso total, al principio todo iba relativamente bien, pero de repente me empezaron a entrar las náuseas, todo aquello me parecía asqueroso, el olor, los gemidos. Acabé vomitando sobre ella. Le eché la culpa a la bebida. Ella se mostró comprensiva, pero era solo por cordialidad, una pose, el caso es que nunca volvió a hablarme, no la culpo.

Pasó mucho tiempo hasta que tuve fuerzas para volver a intentarlo. La segunda vez fue algo mejor, no obstante ya no sentía placer, solo era un asqueroso trámite con la naturaleza, otro más, exactamente igual que cagar, algo que deseabas quitarte de encima cuanto antes, nada del placer que una vez sentí haciendo todo aquello.

Incluso lo intenté con un hombre, un chaval afeminado de 17 años que conocí en un chat, no sé, una parte de mi pensó que quizás era la solución, pero fue mucho más horrible de lo que nunca imaginé. No volví a probarlo.

Con el tiempo las malas sensaciones y las paranoias mentales se calmaron e incluso volví a correrme de nuevo, pero como ya he dicho era solo un trámite, una sumisión a mi estado animal que me hacía sentirme derrotado tras cada orgasmo.

Por lo general tras correrme sobre ellas quería que desaparecieran inmediatamente, me alejaban de mi objetivo, me alejaban del vacío y el silencio. Si alguna se quedaba a dormir no podía abstraerme del ruido de su respiración, nghaaah... pffffff... nghaaah... pffffff... nghaaah... pffffff... nghaaah... pffffff... lo pasaba muy mal, me destrozaba las uñas, daba vueltas por la habitación, me tiraba de los pelos... nghaaah... pffffff... nghaaah... pffffff... nghaaah... pffffff... nghaaah... pffffff... sentía deseos de matarlas, o de arrojarme por el balcón. Acabé por impedir que alguna se quedase a dormir, me corría sobre sus caras y las echaba de una patada en el culo

lo antes posible, de la manera más cruel. No era por machismo, aunque ellas y vosotros penséis que soy un cabrón lo hacía para evitar males mayores, no eran conscientes de la lucha en mi interior, del terrible sufrimiento al que me arrojaba oír sus respiraciones, notar su cuerpo en el mismo cubículo que el mío, su olor flotando por el aire tras haber sucumbido al impulso natural, a la voluntad. La claridad de mi derrota en el camino hacia la nada era insoportable. Necesitaba estar solo, meditar y buscar alguna forma de canalizar todo mi odio, a través del arte, o de lo que fuera, o ahogarlo todo en la más absoluta nada, era a lo que me había aferrado tras mis lecturas y meditaciones y donde, en mis días optimistas, creía ver una posible salida, en cualquier caso no podía hacerlo con alguien cerca, no podía tener personas a mi lado, cuanto más cerca estaban más consciente era de lo alejadas que estaban en realidad de donde yo estaba, de este horrible lugar al que me arrojaron aquella maldita noche.

Pero había vuelto a caer, había vuelto a rendirme a mis instintos primarios y ahí estaba yo, encaminándome hacia mi mugrosa habitación con esa zorra que acababa de conocer, para cumplir con el trámite de la voluntad, burlado de nuevo, manejado de nuevo, escuchando las risas y cuchicheos del cosmos.

Habíamos bebido bastante y si bien ella se tambaleaba de lado a lado de la calle yo me sentía terriblemente sobrio, sus torpes balbuceos hacían que me avergonzase más de mí mismo, que me odiase más aún, y a ella, y al mundo.

Por fin llegamos a mi cuarto tras el horrible peregrinaje. Cerré la puerta tras de mí. Notaba cómo mis queridos objetos sin vida me observaban y juzgaban, la pared, las cortinas, sabían que había vuelto a fallar, que les había vuelto a fallar, sus miradas eran como puñaladas en mi alma.

—¿Huele un poco a encierro aquí no?

—Cállate zorra.

—Mmmm, me pone cachonda que seas un borde.

La arrojé sobre la cama.

—Hey, cuidado.

—He dicho que te calles.

Me coloqué sobre ella y me bajé la bragueta, no estaba dura, la agarré del pelo y dirigí su cabeza hacia mi polla, la engulló sin rechistar y empezó a succionarla entre gemidos, había dado con una a la que le gustaba la dominación, eso lo hacía todo más sencillo. La chupaba con bastante habilidad pero no conseguía que mi erección fuese plena, no podía dejarme llevar notando la mirada atenta de las paredes sobre mi nuca y las sonoras burlas del universo entero hacia mi debilidad. Volví a cogerla del pelo y la arranqué de allí, se aferraba como una sanguijuela.

—¿No te gusta?

—Que te calles.

La tumbé de un empujón y le bajé los pantalones, los arrojé tras de mí, puse mi mano sobre sus bragas y noté todo aquel calor, estaba ardiendo. Agarré las bragas por el borde y las arranqué con violencia, ella emitió un gemido de placer. La miré fijamente a los ojos y no aparté la mirada mientras mi cabeza se iba deslizando hacia abajo, lentamente, al encuentro de su ardiente coño, ella se mordía los labios ilusionada por lo que me disponía a hacer, cegada por la lujuria, nada le gusta más a las mujeres que una buena comida de coño, da igual que sean unas zorras o unas niñas asustadas, en cuanto te metes su coño en la boca todas saben que están en el lugar idóneo y ya nada importa. Ahora podía notar el calor y el olor golpeándome el rostro, seguíamos mirándonos a los ojos pero en cuanto mi lengua rozó su clítoris su cabeza cayó hacia atrás como si la hubiese dado

un puñetazo. Empecé a lamer lentamente, rodeando la carne con movimientos circulares de mi lengua, luego de arriba a abajo, introduciendo la punta, y vuelta a los movimientos circulares. Ella gemía y se convulsionaba. Introduje su clítoris en mi boca y succioné un poco, solo lo justo, para volver luego a los movimientos circulares. Ella no podía más y me agarró del pelo intentando hundir mi boca entre su coño, pero yo me resistí, haciéndola sufrir mientras seguía lamiendo suavemente por los bordes. Ella dejó de mirarme y echó la cabeza hacia atrás, en ese momento formé un círculo con mis labios y me introduje el clítoris en la boca, sorbiendo con fuerza, y cuando estuvo dentro comencé a darle rápidos golpes utilizando la lengua como si fuese un pez enloquecido debatiéndose entre la vida y la muerte, ella no se lo esperaba y empezó a desvanecerse de placer.

—Joder... oh dios... joder...

Me aparté brevemente para respirar y limpiarme los flujos vaginales que caían de mi boca, me limpié con sus bragas y se las arrojé en la cara antes de sumergirme de nuevo. Volví a meterme el clítoris en la boca, volví a sorberlo y a lamerlo, recreándome en cada sorbo, estaba hinchado, era como un pulgar, palpitaba y ardía mientras continuaba sorbiendo su alma.

—¡Oh mierda!... joder... métemela por favor... métemela por el culo...

No se si esa frase fue el detonante o es que simplemente había llegado la hora, el caso es que ahora, por fin, me dejé llevar...

Apreté los dientes y se lo arranqué de cuajo. Ella instintivamente dio un salto y me pegó una patada en la frente apartándome de su cuerpo. Levanté la cabeza y lo escupí como si fuese el hueso de una aceituna, la sangre salía en un potente chorro del vacío que antes fue su clítoris

trazando una espiral como si fuese una fuente, ella gritaba y me miraba incrédula.

—¡¡¡AAAAHH HIJO DE PUTAAA!!!

Agarré una mancuerna que tenía a mi izquierda, la de 15 kilos, y me abalancé sobre su cuerpo. La pobre intentó cubrirse con las manos temblorosas y ensangrentadas, pero nada pudo hacer cuando la dejé caer sobre su cráneo como un furioso martillo de la venganza... Craaaassh...

Siempre pensé que el cuerpo humano, especialmente el cráneo, era más duro, pero el caso es que estalló al primer golpe como si fuese un huevo, un ojo salió volando y cayó por el borde del colchón y su cuerpo empezó a retorcerse entre espasmos, dejé caer la mancuerna otro par de veces para asegurarme... Crajjjjj... proooosh... al final a ese cuerpo solo lo coronaba una informe masa de carne, pelo y huesos astillados, la gama de colores era asombrosa. De modo que así éramos por dentro...

Me aparté y observé el cuerpo hasta que dejó de temblar. Escuchaba las paredes, las risas del sofá y los comentarios de los cajones.

—¿Esto es lo que queríais, verdad hijos de puta? Era esto ¿no?

—Jijiji Jijiji

Me incorporé y me acerqué a la puerta de la habitación, pegué la oreja a la puerta y analicé el exterior. Oía las respiraciones de la gente en el resto de las habitaciones... nghaaah... pffffff... nghaaah... pffffff... nghaaah... pffffff... algún leve movimiento en algún colchón... grwiii... grwiii... pero nada grave, todos continuaban durmiendo como perros, parece ser que este pequeño percance no los había sacado de su frágil refugio onírico.

Acerqué una silla a la ventana y me senté mirando al exterior, me encendí un cigarro esperando el amanecer,

pensando en la consecuencia de mis actos. A tomar por culo la meditación, a tomar por culo Krishnamurti, a tomar por culo Cristo, y Buda, y todas las mierdas redentoras, al final el mal había vencido, estaba claro que tarde o temprano se me iba a ir la olla.

Comenzó a amanecer. La gente empezaba a recorrer las calles, los veía a través de los cristales, siguiendo con sus absurdas rutinas, paseando al perro, comprando el pan y el periódico, yendo en sus coches de un lado a otro, completamente perdidos y alienados, siguiendo con su peregrinaje, ajenos al horror de mi habitación, supongo que era normal, cada segundo en alguna parte ocurrían cosas así, y mucho peores, y el mundo no obstante seguía girando de manera implacable hacia el vacío. Caí en trance.

No sé cuantas horas pasé deambulando por esas extrañas regiones cósmicas pero cuando volví a mi cuerpo me di cuenta de que la habitación apestaba. Cuando la movilidad volvió a mí ser me levanté de la silla y busqué la causa del olor. Resulta que el cuerpo sin vida tirado en mi cama había perdido el control de sus músculos y la orina y la mierda habían decidido escapar de allí mezclándose con la sangre y destrozando definitivamente mis sábanas.

Me encendí un cigarro y abrí la ventana. Me acerqué a la puerta y pegué la oreja, aún había gente en el piso. Decidí largarme de allí. Al fin y al cabo el cuerpo no se iba a mover y estaba claro que me esperase lo que me esperase al volver lo iba a afrontar mejor con un par de cervezas en el cuerpo. Di dos vueltas a la llave de mi habitación ocultando sus secretos de los ojos curiosos y me arrojé a la calle.

Hacía mucho que no salía a la luz del día, tardé en poder ver con claridad ante tanto brillo, los ruidos eran ensordecedores pero no tardé en acostumbrarme, me sentía aliviado, tranquilo, no era tan horroroso como había

supuesto, debo reconocer que había incluso algo de belleza en todo aquello.

Di un pequeño paseo y me metí en una cafetería a hacer tiempo. Me pedí una caña. Había bastante gente allí, estaban viendo las carreras de fórmula 1. Todo era normal, todo seguía su curso, los snacks de queso sabían exactamente a snacks de queso. Me tomé un par de cervezas, vi las carreras, escuché a la gente y cuando fue la hora indicada volví a mi habitación.

El cuerpo seguía allí, solo era una cascara rota, un montón de desechos y fluidos expandiéndose de nuevo. Me miré al espejo y lo vi, el círculo se había cerrado, era previsible, irremediable. Me pregunté si siempre había estado en mí todo esto y si no estaría utilizando el “accidente” como catalizador. No. ¡No! Yo antes no era así, yo antes era bueno, inocente, fue culpa de ellos, ellos me crearon... pero, ¿había habido un antes alguna vez?... En cualquier caso no había redención posible, nunca la había habido, yo nunca sería Jesucristo, no podía perdonar a la humanidad por sus pecados. La enfermedad era mortal, implacable, terminal, y debía seguir su curso, ya no tenía fuerzas para seguir luchando contra ella, para intentar dominarla, ya había salido, el vástago bastardo había nacido.

Sabía los horarios de la gente, los había memorizado de manera inconsciente, sabía que no había nadie en la pensión y que seguiría así al menos durante un par de horas, no tenía mucho tiempo.

Arrastré el cadáver por el pasillo. Al principio no sabía por donde cogerlo, era tan extraño ese cuerpo con la cabeza reventada, ni siquiera recordaba su cara, había perdido por completo su humanidad, había dejado de ser, lo había logrado. Opté por cogerlo de las axilas y lo arrastré

procurando mirar hacia las tetas, que continuaban botando, en lugar de a ese amasijo en el que un día hubo una sonrisa. Finalmente llegué hasta el baño y lo metí en la bañera, volví sobre mis pasos y fregué el reguero de sangre del pasillo. Regresé al baño y me puse a ello, comencé a trocear el cuerpo. Fue horrible, asqueroso, torpe, una auténtica película gore demencial, creí que no podría hacerlo, flaqueé, grité, vomité varias veces mientras rasgaba la carne, los trocitos desprendidos atascaban el desagüe, un desastre, un puto desastre. Estuve a punto de rendirme y entregarme, o arrojarme por la ventana y acabar con todo de una vez, vamos, un auténtico trauma... por suerte con los años fui puliendo mi técnica.

COLISIÓN

A José Manuel Vara.

José Manuel se sentó en su coche, suspiró y giró la llave del contacto. En ese momento el circuito primario fue alimentado por la tensión de la batería. Con los contactos del ruptor cerrados la corriente eléctrica fluye a masa a través del arrollamiento primario de la bobina. Cuando se abren los contactos del ruptor la corriente de carga se deriva hacia el condensador que se carga absorbiendo parte de la corriente eléctrica. La colocación del condensador hace que la tensión generada en el circuito primario de un sistema de encendido pueda alcanzar momentáneamente algunos centenares de voltios. La tensión pasa al distribuidor y de ahí al rotor que gira en su interior y que distribuye la tensión a cada una de las bujías.

Se miró en el espejo retrovisor. Estaba algo nervioso, pero también esperanzado. Tenía muchas ganas de conocerla y ella había venido a verle expresamente desde la otra punta del país. Un viaje muy largo para verle solo a él. Estaba un poco loca, bastante loca, aunque también había que contar con que seguramente habría mucho de actuación en ella para impresionar, en cualquier caso era interesante, liberal,

y estaba muy buena. La cosa prometía. Volvió a mirarse en el espejo retrovisor, estaba ligeramente preocupado por su aspecto. Tampoco había motivo para ello, no era una cita completamente a ciegas, ya se habían visto a través de fotos y habían conversado un par de veces por videoconferencia. Ella no estaba interesada en su aspecto, que era bastante modesto, sino en su retorcida personalidad. Era una niña de 19 años en busca de emociones fuertes y él, que andaba más cerca ya de los 50 que de los 40, la había camelado con su erudición bizarra, sus fotos, su poesía, sus escritos... En suma, con su personalidad y trasfondo. Suele pasar en chicas de esas edades, buscan una figura que las atemorice, pero también que puedan admirar y de la que puedan sacar algo con lo que engrandecer su personalidad, por otra parte los chicos de su edad son cada vez más idiotas... Ya podía imaginarla, frustrada, intentando mantener una conversación banal sobre algún videojuego o serie con un tipo granujiento de su círculo de amigos. Aunque según le había dicho ella no tenía muchos amigos.

La cosa había ido bastante rápido. Fue ella la que se puso en contacto con él. Le mandó una serie de poemas para su fanzine. No eran malos, tampoco eran la hostia. Él le contestó que publicaría un par de ellos. Ella, emocionada, le escribió una extensa carta de agradecimiento. De eso hacía apenas dos meses. Tras ello empezaron a estar cada vez más y más en contacto manteniendo una extensa correspondencia. Hablaban de todo tipo de temas, con predilección por las zonas oscuras del alma humana, en la que ambos estaban interesados. Él la guiaba por el sendero del arte extremo, recomendando infinidad de nombres underground que la dejaban fascinada y hacían que aumentase su admiración. Los mensajes eran cada vez más largos, más profundos, y también, a la mínima ocasión, la correspondencia se ponía cada vez más caliente.

El punto álgido fue cuando ella accedió una noche a abrir el Skype y realizar un pequeño show erótico. Tenía un cuerpo de infarto, delgada y estilizada, vestida al rollo punk, con piercings y tatuajes. Realizó un baile caliente mientras se desprendía poco a poco de la ropa. Cada prenda que caía revelaba un cuerpo diseñado para el placer, de líneas perfectas. Una delantera elegante, firme y poderosa, y una parte trasera igualmente equilibrada con el conjunto. Todo ello ensamblado con unas articulaciones perfectamente diseñadas por los mejores ingenieros celestiales. Era de las que van rápido, su sistema de seguridad seguramente sería precoz pero había que correr el riesgo para poder montarla y experimentar la plenitud dentro de tan poderosa máquina. Lo miraba incitándole, ronroneando desde la pantalla como un anuncio que prometía una realidad mejor y más perfecta. José Manuel, sentado frente al ordenador, empezó a tocarse. Ella sonrió a la pantalla y comenzó a masturbarse a su vez, despacio al principio, con suavidad, pero acelerando poco a poco el ritmo de forma suave pero firme. Ambos tuvieron esa noche un orgasmo increíblemente satisfactorio y casi al unísono, una colisión perfecta.

Ahora, sentado en su coche recordando todo eso, y sabiendo lo que inevitablemente pasaría en cuestión de poco tiempo, cuando estuvieran al fin sin la pantalla del ordenador interpuesta por medio como la luna del automóvil, José Manuel empezó a sufrir una tremenda y dolorosa erección. El pene contiene dos cámaras llamadas cuerpos cavernosos, las cuales ocupan el largo del órgano. Un tejido esponjoso llena las cámaras. Los cuerpos cavernosos están rodeados por una membrana, llamada túnica albugínea. El tejido esponjoso contiene músculos lisos, tejidos fibrosos. La albugínea ayuda a atrapar la sangre en los cuerpos cavernosos sosteniendo la erección. José Manuel no podía más y pensó en masturbarse ahí mismo, pero prefirió reservar su combustible para ella.

Finalmente se puso en marcha y salió del aparcamiento con el pene rivalizando en grosor con la palanca de cambios. Encendió el equipo de música, sonaba Carlos Ann.

*La poesía desea morirse,
adiós televisivo mundo, me voy.
Y ya no quedan ni las miradas,
en estos tiempos de... Tiempos de depravación.*

Acudía a la cita ligeramente tarde, aunque había sido premeditado, la técnica de hacerse esperar. Al fin y al cabo ella no tenía a dónde ir, no conocía a nadie en la ciudad y le esperaba el tiempo que hiciese falta. Había llegado hacía 10 minutos y le había mandado un mensaje: “Ya estoy en la estación! Tengo muchas ganas de verte. Te lo voy a hacer pasar bien ;)”. Él, desde el sofá de su casa en calzoncillos, le había contestado: “Estoy en mitad de una reunión con una importante editorial, lo siento. Intentaré tardar lo menos posible, espérame en la puerta. Un saludo”. Una pequeña mentirijilla, para adornar el trasfondo.

La estación estaba cerca de su casa y no tardó más de 15 minutos en llegar. En total 25 minutos tarde, lo suficiente para crear impaciencia sin resultar grosero. La reconoció perfectamente y atrajo su atención tocando la bocina. Ella también lo reconoció. Sonrió y se acercó corriendo al coche, entrando decidida en su interior. Se sentó, la dureza de su prieto culito rivalizaba con el tapizado de cuero de los asientos.

—Lo siento tía, estaba reunido —dijo José Manuel excusándose.

—Sí, lo sé, recibí tu mensaje, no pasa nada. ¡Joder, qué ganas tenía de verte!

—Yo también.

—¿Un par de besos no?

—Claro, jajaja.

Se acercaron y se besaron en las mejillas. La palanca de cambios, erecta entre los dos asientos, dificultó ligeramente esta acción.

—Bueno, ¿a dónde quieres ir?

—¿Vives lejos?

—No, a 15 minutos.

—Quiero ir a tu casa, tengo ganas de hacerte un baile como el de aquella vez.

—Jajajaja, vas rápido. Está bien, me gusta.

Los cuerpos cavernosos de José Manuel comenzaron a llenarse nuevamente de sangre.

—Lo sé, sé perfectamente lo que te gusta —sonrió ella con picardía—. Pero da un rodeo.

—¿Un rodeo?

—Sí, dices que vives cerca, y quiero ir a tu casa, pero no enseguida, me apetece estar en el coche un rato, podemos hablar.

—Bien, si quieres eso... ¿Te enseño la ciudad?

—La verdad es que me da un poco igual, todas las ciudades son idénticas, no me interesan.

—¿Entonces?

—Date una vuelta por la autopista.

—¿Por la autopista?

—Sí, me relaja, charlamos un poco y vamos hacia tu casa dando un paseo.

—Está bien.

Se adentraron en la autopista. El tráfico era fluido, el funcionamiento de coches y personas normal. Admisión. Compresión. Explosión. Escape.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos sobre la peli *Crash* de Cronenberg? —dijo ella encendiéndose un cigarro. El humo pasa entonces a través de los bronquios atacando

su revestimiento, la nicotina aumenta la presión sanguínea. Los gases de combustión pasan por el colector del tubo de escape y salen al exterior por el dispositivo de evacuación.

—Sí, claro, qué peliculón. Me encanta el rollo de la búsqueda del placer a través del peligro y la belleza en la deformidad, el nuevo ser resultante de la unión del hombre y la máquina —dijo mirando las piernas de ella, completamente alejadas de la deformidad.

—La parte fundamental es la de sentirse vivo en situaciones cercanas a la muerte. Es curioso el instinto de supervivencia en el ser humano, que sea algo esencial y arraigado pero a la vez te atraiga la destrucción y la sensación de peligro —contestó ella sin apartar la vista de la carretera.

—Bueno, eso no les pasa a todos, la gente por norma general es feliz y está segura en la comodidad y la ausencia de peligros.

—La gente, por norma general es banal. Quieren la comodidad, pero están muertas, muertas emocionalmente, son una cáscara. Esa idea la utilizan también en *El club de la lucha* ¿recuerdas la escena en el coche?

—Claro.

—”El tocar fondo no es un seminario, no es un retiro de fin de semana”.

—Sí, también es una gran película.

—Ya, pero yo no quiero conformarme con ver películas, necesito sentir los extremos.

—¿Quieres que pillemos algo de droga?

—¡Que se jodan las drogas! Quiero sentirlo, quiero ir más allá, explorar los límites, todo o nada, ¿no lo recuerdas? ¿O vas a echarte atrás?

—No sé a qué te refieres.

La autopista seguía su camino, con sus luces y señales en los bordes desfilando en monótona sinfonía. Los coches

circulando. Un ballet de hierro y asfalto por el que se deslizaban personas y sueños, escapando eternamente hacia lugares inciertos.

Ella se giró y observó su cara brevemente, luego dirigió de nuevo la vista a la hipnótica serenidad de la autopista.

—Claro, ya se te ha olvidado todo lo que hablamos ¿verdad? Solo me decías lo que quería oír para meterte en mis bragas...

—No, no sé a qué te refieres. Vamos a ver, ¿de qué hablas? Crash, el club de la lucha... ¿Qué quieres, tener un accidente de coche? ¿Te excita eso o qué?

—No me excita... No lo sé, me atrae, sólo quiero sentirme viva.

—Estás loca.

—Claro, siempre te lo dije, pensaba que tú también lo estabas...

—Yo estaba de broma.

—¡Pues yo no!

Ella de un salto agarró el volante, el coche se zarandeo hacia los lados, otro coche pasó a su lado a punto de colisionar con ellos.

—¡Qué coño haces zorra!

—Salvarte la vida.

Ella apoyó todo su cuerpo contra el volante y lo dirigió hacia un lateral. José Manuel vio que en esa postura no podía hacerse de nuevo con el control del coche, se zarandeaban como una pequeña barca en la tempestad, los demás coches pitaban furiosos al pasar a su lado. Ella terminó de inclinar todo su cuerpo sobre el de José Manuel que reaccionó al fin y pisó el freno. El pedal transmitió la fuerza al sistema hidráulico mientras la respiración acelerada hacía que los niveles de dióxido de carbono en sangre bajasen. A pesar de haber reducido la velocidad bastante no pudieron evitar

darse un pequeño golpe contra la valla de protección y quedar encallados en el arcén. Los coches pasaban a su lado pitando, pero ninguno se detenía. José Manuel estaba en shock, con las manos temblorosas y resoplando. Ella reía histéricamente.

—¡Hija de puta! ¡Maldita hija de puta! ¡Estás loca!

—No deberías haber frenado.

—¡Mierda! ¡Joder!

—Bah, no ha pasado nada, no exageres.

—Estás como una cabra. Mira esta mierda, me has jodido el capó.

—Bah, algún faro como mucho, no ha pasado nada, una capita de pintura y a correr, ¿tienes seguro no? Entonces que le jodan, ¿a que te sientes más vivo?

—¡Que te den por culo!

—Sí, por favor... Esto me ha excitado mucho...

—Mierda, verdaderamente estás loca.

—¿Tú no estás excitado?

—No, creo que no.

Ella se acercó a él y colocó la mano sobre su pantalón, le bajó la bragueta y empezó a acariciarle la polla por encima del calzoncillo. Estaba flácida y mustia, asustada.

—Venga tío, relájate, ¿no es maravilloso estar vivo?

No supo qué contestar, ella tampoco esperaba ninguna respuesta. Le bajó el calzoncillo. Aquello empezaba a crecer tímidamente. Se agachó y se la metió en la boca, empezó a succionar. José Manuel inclinó la cabeza contra el asiento y emitió un gemido, las luces de los coches al pasar por la autopista le iluminaban de forma intermitente. La agarró del pelo para dirigir la carrera, pretendiendo tener el control de esa máquina desbocada. Ella notaba cómo su polla crecía más y aumentó la marcha, buscó a ciegas con la otra mano la palanca de cambios y empezó a acariciarla como si se tratase

de otra polla, una polla dura, fría y metálica. José Manuel empezó a pensar en todo lo sucedido, sólo llevaba con ella unos minutos y ya le había llevado en una montaña rusa de sensaciones, pensaba ser para ella una especie de sabio gurú que la aleccionase en todos los ámbitos, en cambio estaba siendo totalmente dominado por esta pequeña y descarada niña. Nada de esto estaba previsto, se la habían dado con queso, pensó que podría llegar a enamorarse.

Su polla estaba dura y a punto de explotar en su boca, los conductos deferentes comenzaban a contraerse para expulsar los espermatozoides a través del epidídimo, el esperma comenzó a pasar a través de los dutos eyaculatorios mezclándose con los fluidos de las vesículas seminales, la próstata y las glándulas bulbouretrales, formando el semen, para finalmente ser expulsado en violentos espasmos a través de la uretra en la boca de ella, que comenzó a tragárselo. Él emitió un profundo gemido y empujó su cabeza para darle hasta la última gota de combustible. Abrió los ojos para no perder detalle del momento y observó una luz proveniente de la parte posterior del coche que le cegó.

Lo que pasó a continuación se situó fuera del tiempo ordinariamente entendido. La luz vino acompañada de un ruido ensordecedor y una fuerza extraña que elevaba y hacía girar el coche por el aire. Los sonidos de cristales y hierros retorciéndose se mezclaban con la percepción de su propio cuerpo desgarrándose y retorciéndose a su vez. No sentía dolor, solo una enorme sorpresa por la sensación repentina de todo ello. Podía notar sus huesos desencajándose, astillándose, y los órganos siendo atravesados por extraños objetos. Luego la oscuridad.

Se le aclaró la vista y comenzó a oír de nuevo. No sabía dónde estaba, pero notaba que era un objeto en movimiento, podía oír una sirena y voces que hablaban.

—¿Cómo está ella?

—Muy inestable, no lo va a conseguir.

—¿Seguro?

—Joder, mírala, está destrozada.

Ambos se encontraban en una ambulancia que los llevaba a toda prisa por la autopista. El choque había sido brutal. Consiguieron sacarles del amasijo de hierros pero el estado de ella presentaba diversas y fatales amputaciones además de multitud de hemorragias internas. Estaba sentenciada. Los dos enfermeros de la ambulancia lo comentaban.

—Ni de coña, ésta no llega.

—¿Y él?

—También está muy jodido, pero puede que salga. O a lo mejor no, no lo sé.

—Aunque salga menuda vida le espera.

—Ya te digo. La amputación del pene ha sido total. Mira, no ha quedado ni rastro.

—Yo creo que les hacemos un favor.

—Totalmente.

—¿Apago la sirena?

—Sí, pero no podemos tardar demasiado, métete en esa zona de descanso.

—¿Tienes la cámara?

—Claro.

José Manuel escuchaba todo esto como en un sueño. No podía contestar, no era dueño de su cuerpo, ni siquiera sentía ningún contacto con él, sólo el suave movimiento de la ambulancia meciendo su cabeza. Percibió cómo se detenían en un sitio silencioso, escuchó cómo el conductor se bajaba de su asiento y entraba en la parte posterior de la ambulancia, junto a él.

—Venga tío, rápido.

Una cara masculina vestida de blanco lo observaba desde lo alto.

—Mira, este cabrón está consciente.

—¿Tú crees?

—Tiene los ojos abiertos.

—Seguro que está como en un sueño.

—Grábalo.

Otra cara se aproximó a él con una cámara de video y empezó a grabarle.

—Saluda idiota, una sonrisita para la cámara, jajaja.

El enfermero acercaba y alejaba la cámara de su rostro mientras reía y se burlaba de él.

—¿No dices nada, qué pasa, se te ha comido la polla el coche?

—Pobrecito eunuco, ha tenido que ser una mamada increíble, yo también quiero morir así.

—Bueno venga, aligera, si tardamos demasiado sospecharán.

El primer enfermero salió de su campo de visión.

El segundo, que manejaba la cámara de video, se giró y comenzó a grabar en otra dirección.

—Estoy listo joder.

—Venga, dale su merecido a esa puta.

—Joder, a esta tía no hay por donde cogerla, me está poniendo perdido de sangre.

—Madre mía, qué carnicería.

—Puff, está destrozada, no sé si esto es el culo o el coño.

—¿Acaso importa?

—Jajaja, la verdad es que no, en fin, se la meto por aquí.

—Dios, esto es increíble, vamos fóllatela, ¡fóllatela!

—Un último polvo antes de morir pequeña.

José Manuel no podía ver nada, solo el techo blanco de la ambulancia y el tipo con la cámara apuntando fuera de su

encuadre. No sabía qué pasaba en el interior, a su lado, pero notaba un ligero movimiento de la furgoneta.

—¿Has oído eso?

—Sí, ¿qué ha sido?

—Supongo que algún hueso roto.

—Grábalo bien, me voy a correr en breve.

—Sí, lo tengo todo, date prisa.

—Joder, estoy a punto, me voy a correr.

—Espera espera, hazlo sobre la cara de este.

—Jajaja, muy bueno tío, allá voy.

José Manuel pudo ver al primer enfermero colocándose sobre él, tenía la polla fuera y comenzó a eyacular mientras gemía poderosamente, expulsando un potente chorro de sangre y semen que se extendía sobre su cara moribunda.

—¡Toma hijo de puta!

—Venga, dale, dale, bendice a este cabrón antes de su viaje.

—Joder, mira qué cuadro, parece arte moderno.

—Jajaja, ha quedado genial, toma, coge la cámara, estoy que no puedo más.

El segundo enfermero cedió la cámara al primero que comenzó a grabar nuevamente hacia un lugar que José Manuel no podía ver.

—Oye, creo que esta zorra se ha muerto ya.

—Da igual, métesela.

—Ese polvo la ha matado del todo, eres un crack.

—Ya sabes, para hacer las cosas a medias...Venga dale, que nos estamos enrollando.

—¿Me tienes?

—Perfecto.

—Joder, qué asco, ¿esto es mierda?

—Te estás follando a un cadáver, no me vengas ahora con delicadezas.

—Sí, joder, puedo sentir el puto esternón, esto es fabuloso.

—Jajajaja.

—Mira cómo se desprende eso, buff.

—¿Verdad que te gusta puta retorcida?

—¿Me dices a mí o a ella?

—Esto ya es poco más que un torso.

—Vamos acaba.

—Yo me corro dentro tío.

—No jodas.

—Sí, sí, me corro dentro, ugggñññ...

—¡Vamos, vamos, llena a esa puta!

—¡Joder, esto es la hostia!

—Vale, lo he grabado todo, hay que darse prisa.

—Como siempre ¿no? Murieron de camino.

—Bueno, en el caso de ésta es cierto, trae la inyección para ayudar a este panoli.

La cara del primer enfermero se acercó a la de José Manuel que pudo mirarle a los ojos.

—Bueno amigo, ya nos veremos en el infierno, dulces sueños.

José Manuel empezó a notar que todo le abandonaba, su tímida respiración comenzó a ralentizarse, se le cerraron los ojos. La velada había acabado, fin de trayecto, ahora se encaminaba por otra autopista, extraña y sin luz. Antes de morir pudo escuchar por última vez la voz de aquellos dos enfermeros, su voz se alejaba cada vez más, como un vehículo que se pierde en la oscuridad de la noche en busca del camino a casa.

—Ha estado bien, ¿verdad?

—Yo creo que de los mejores.

—Tè quiero.

—Yo también te quiero.

PATATAS FRITAS

Sonia estaba mirándose fijamente en el espejo del baño. En su habitación ya estaba todo preparado.

Llevaba un buen rato mirándose, en trance. No era la primera vez que lo hacía, mirarse, a pesar de los consejos de los psicólogos.

En la esquina inferior izquierda del espejo había colocado una foto suya, una foto tomada el año pasado. Una foto bastante vulgar, que ahora le parecía hermosa, hermosa y triste. En ella se la veía de hombros para arriba, mirando a la cámara, con una leve sonrisa que hacía ver que no estaba del todo contenta por ser fotografiada, el pelo mecido por una ligera brisa. Miraba la foto, y luego al espejo, y luego la foto, en trance, pensando, realizando comparaciones. Su pelo seguía ahí, su rostro seguía ahí, pero todo había cambiado para siempre. Comenzó a sollozar, le faltaba el aire, tenía calor.

Ocurrió una tarde de agosto. La temperatura era infernal en la ciudad, una ciudad sumida en una terrible ola de calor que servía de introducción a todas las conversaciones. El asfalto ardía desdibujando las superficies. Personas y animales merodeaban enloquecidos buscando la sombra. La gente hervía en sus vehículos, aturdidos e inquietos, sudorosos, confundidos, haciendo sonar frenéticamente el claxon al menor contratiempo, soñando con llegar a casa

para desnudarse, beber agua helada y, en el mejor de los casos, poner a tope el aire acondicionado mientras esperaban la muerte, o lo que fuese.

En uno de esos coches viajaba Raúl, con las ventanillas bajadas y las gafas de sol puestas, sudando como un cerdo, apestando como un cerdo, gruñendo como un cerdo. Venía de una entrevista de trabajo para mozo de almacén, era la segunda entrevista del día, y la octava en lo que llevaba de mes. Estaba agotado. Siempre era el mismo ritual, una y otra vez, como un bucle infernal: entrar en la oficina, anunciarse a la secretaria, recibir su mirada altiva y cansada.

—Rellene este impreso y espere ahí por favor, le llamaremos enseguida.

Rellenar el impreso, siempre el mismo impreso. Nombre, dirección, teléfono, trabajos anteriores... A veces le sorprendían con alguna pregunta inesperada, ¿cómo ha conocido la oferta? ¿Cuáles son sus aspiraciones económicas? Era como estar haciendo siempre el mismo examen, un examen que conocía a la perfección pero que nunca aprobaba. Llevaba en ese infierno ocho meses, más de medio año de incontables formularios, de secretarías, de locura, de esperas, de oficinas, de sonrisas falsas, de apretones de manos... Siempre sin éxito, cada vez con menos ánimos, observando como poco a poco su realidad, que creía tan estable, se resquebrajaba igual que un trozo de madera vieja, podrida y cansada.

Primero había buscado un empleo de lo suyo, pero ahora le valía cualquier cosa, y ni con esas. Ya era un infierno dejarse esclavizar por una actividad absurda y mal remunerada, pero querer esclavizarte y no encontrar amo era absurdo, era triste, era cómico, como ir a la guerra, arrojar tu arma y correr entre las líneas enemigas sin que nadie te dispare, o como querer suicidarte arrojándote a la vía del tren y que este, al llegar a tu altura, te esquive de un salto, era algo que no debía ocurrir.

De modo que se sentó en una silla y empezó a rellenar el formulario. Había otros cinco tipos sentados en sendas sillas, lo examinaron durante unos segundos, y él a ellos, buscando información de los rivales. Pobres pedazos de carne muerta, inservibles hasta para ser comida de perro. En la antigüedad al menos tenías una oportunidad de abrirte paso con un hacha, aquí no.

Desenfundó su boli y comenzó a rellenar las hojas.

Una puerta se abrió. Apareció un tipo bajito, con camisa y corbata, abatido pero con empleo.

—A ver... ¿Carlos Salcedo?

—Sí, soy yo.

—Pase por aquí por favor.

—Sí.

Un tipo con coleta y mal afeitado se levantó de su silla y siguió al de la camisa al interior de una oficina, desapareció tras la puerta con su formulario en la mano. Raúl continuó con el suyo, lo terminó y lo repasó, todo estaba correcto. Guardó su boli y se acomodó en la silla a esperar. Odiaba esperar, toda una vida de esperar para nada.

Al rato salió el tipo de la coleta, todos se levantaron ligeramente de sus sillas y le miraron atentamente, intentando adivinar cómo le habría ido, si sería el elegido. Era imposible saberlo, simplemente andaba hacia la salida mirando al suelo. Cuando hubo salido volvieron a mirarse entre ellos durante un segundo y luego miraron de nuevo al vacío. Era una mierda de concurso.

La puerta se abrió de nuevo y volvieron a incorporarse ligeramente, tensando el esfínter. El señor camisa y corbata miró su lista y habló.

—Mmmm... ¿Javier Molano?

—Sí, soy yo.

—Pase por aquí por favor.

—Sí.

Y vuelta a empezar, el bucle, el bucle...

Un tipo nuevo llegó con el formulario en la mano, saludó y se sentó. El bucle, el bucle...

El tiempo goteaba espeso, avanzaba y, a veces, incluso retrocedía. La vida se escapaba, la silla se fundía con el culo.

—Mmmm... ¿Sergio Iván Díaz?

—Sí, soy yo.

—Pase por aquí por favor.

—Sí.

TIC...TAC...

—Mmmm... ¿Emilio Rica?

—Sí, soy yo.

—Pase por aquí por favor.

—Sí.

TIC...TAC...

Este último salió de la oficina con una leve sonrisa en el rostro, lo que puso nervioso tanto a Raúl como al resto de aspirantes al puesto, no obstante camisa y corbata continuó llamando a gente.

—Mmmm, a ver... ¿Sergio... err... suck... such?

—Suchodolski.

—Eso, disculpe, pase por aquí por favor.

—Sí.

TIC... TAC...

Nombres y más nombres. Nombres desesperanzados, sin significado alguno. Nombres en una hoja, adversarios de guerra, bien podrían haberse llamado 8, 9, 13, 18 y 21, lo mismo daba, más gente ocuparía sus lugares, y llegarían mas, ejércitos de gente, miríadas de gente, mundos de gente, para dos míseros puestos. Al menos Raúl sabía que la espera llegaba a su fin, según sus cálculos él era el siguiente.

Y así fue.

—Mmmm... ¿Raúl [REDACTED] ?

—Sí, soy yo.

—Pase por aquí por favor.

—Sí.

Entró en la oficina, una de tantas. El aire estaba viciado, era espeso y agónico, el astro rey se filtraba por una ventana al fondo, sonriendo burlón. Había una estantería con carpetas, también un par de enormes fotos enmarcadas de niños jugando felices con el logotipo de la empresa en cuestión, se ve que no curraban allí, un escritorio con papeles, dos sillas. Camisa y corbata se sentó en una, Víctor en la otra.

—¿Me permite su formulario?

—Sí, por supuesto.

—Mmmm... bien... bien... Veo que no tiene experiencia de mozo de almacén.

—No, pero creo estar capacitado para el puesto.

—Preferiríamos a alguien con experiencia previa.

—Aprendo rápido.

—Eso está muy bien.

Camisa y corbata continuó ojeando el formulario. Pasó las páginas hacia adelante y luego hacia atrás, quizás las estaba leyendo, quizás no. Finalmente depositó las hojas en su mesa, tomó aire y habló.

—Bien: el puesto consiste en estar en el almacén junto a otro operario y un supervisor. Usted se encargaría de atender los pedidos, así como de recoger y distribuir el stock y rellenar los albaranes.

—Parece sencillo.

—Lo es. ¿Sabe manejar el toro hidráulico?

—No.

—Bueno, recibiría un curso. ¿Cual es su disponibilidad?

—Inmediata y absoluta.

—¿Le supone un impedimento trabajar los fines de semana?

—Ningún impedimento.

—Bien, el salario es el mínimo según convenio pero tendría la posibilidad de hacer horas extra.

—Me parece bien.

—¿Se encuentra capacitado para el puesto?

—Absolutamente. Como ya le he dicho aprendo rápido y me considero una persona disciplinada y trabajadora, le aseguro que no tendrán problemas conmigo.

—Bien, ya le llamaremos.

—¿Eso es todo?

—Sí, ya le llamaremos.

—De acuerdo, gracias.

—Gracias a usted, ya puede irse.

Se estrecharon las manos y esbozaron una falsa sonrisa.

Raúl salió de la oficina y caminó hacia la puerta mirando al suelo mientras era observado por el resto de pretendientes. Siempre era la misma historia. Estaba convencido de que su relación con esa empresa empezaba y terminaba ahí, ¿cómo podría nadie saber algo acerca de su capacidad con esas preguntas?

Al salir se despidió de la secretaria pero no obtuvo respuesta. Salió y el infernal calor del mundo exterior lo abofeteó de nuevo. Se puso en marcha, esquivó el cadáver de una paloma muerta que se fundía con el asfalto y consiguió arrastrarse hasta su desvencijado coche, lo abrió y se arrojó dentro. Era como entrar en un microondas, el asiento ardía, el volante ardía y su sangre ardía.

Abrió las ventanas para que corriera algo de aire, resopló y se miró en el espejo retrovisor. Por alguna razón en su mente se habían incrustado las fotos de los niños jugando que había visto en la oficina de camisa y corbata. Él también había sido un niño, en los veranos como este se pasaba el día jugando al fútbol con los amigos. Le gustaba ser portero,

todos querían ser delanteros y meter goles, él en cambio quería ser portero y pararlos. Y era bueno, ganó un par de campeonatos escolares, uno de ellos en los penaltis. Ese día fue un héroe, sus compañeros lo llevaron en volandas por todo el campo y alzó la copa escolar entre los gritos histéricos de la multitud. Pensaba que algún día jugaría en la selección nacional y triunfaría: éxito, reconocimiento, dinero, mujeres... ¿Qué coño había pasado?

Su barriga cervecera golpeaba el volante, su calvicie absorbía los rayos del sol, ¿qué coño había pasado? En algún momento las cosas debieron torcerse, bajó la guardia, no estuvo atento a las señales. Se supone que podría haber hecho cualquier cosa, haber sido cualquier cosa, pero se había dejado atrapar y engañar, había caído en la trampa del conformismo, había renunciado a sus sueños y ahora se veía deambulando en la desesperación, atrapado en la tela de araña, quizás si hubiese luchado por sus sueños tampoco habría llegado a nada, pero al menos conservaría el amor propio, el orgullo del guerrero vencido, y lo que es más importante, conservaría su libertad espiritual, aquella a la que había renunciado sin darse cuenta dejándose atrapar por obligaciones, rutinas y objetos que ahora mostraban su verdadera e inservible cara.

Le pesaba la cabeza, se la sujetó con ambas manos, la notó latir. Respiró hondo unas cuantas veces y se colocó las gafas de sol, encendió la radio e intentó no pensar. La clave era no pensar pero... ¿Cómo hacerlo?

Arrancó el coche y huyó de allí.

¿Qué coño había pasado?

Condujo rumbo a casa intentando no perderse. Todas las calles eran iguales, los edificios altos e impersonales, la gente caminando con paso ahogado. Se encendió un cigarro y arrojó el humo a la humanidad. A medida que conducía

por las calles notaba que las fuerzas lo abandonaban, evaporándose por el calor. Necesitaba gritar, matar, morir, no podía continuar con todo esto. Un semáforo se puso en rojo. Una anciana cruzaba la calle acompañada de un pequeño yorkshire que arrastraba su lengua por el asfalto. Una pareja discutía en la acera. Todo era horrible, infernal, estaba en el infierno, no había duda, en el infierno.

«Maldita sea», «maldita sea».

El semáforo cambió a verde, inmediatamente el coche de atrás pitó furioso, Víctor arrancó.

«¿Cómo podía haber ateos?», se preguntó, el infierno era real, vivían en él.

No soportaba la idea de volver a casa. Las cosas estaban cada vez peor con Sonia, su mundo se desmoronaba.

Sonia también había perdido su empleo hacía unos meses y las deudas se los estaban comiendo vivos, dentro de poco no quedarían ni los huesos. Ya no podían estar en la misma habitación más de diez minutos sin discutir. La noche anterior habían tenido una discusión bastante gorda. Sonia se había visto obligada a pedirle dinero a sus padres para poder comprar algo de comida. Ella odiaba a sus padres, y tener que arrastrarse hasta ellos mendigando le había supuesto un trauma a su orgullo. Sus padres le dieron el dinero, por supuesto, pero no gratis. A cambio de la suma tuvo que escuchar toda una charla sobre su vida, una interminable retahíla sobre las oportunidades perdidas, los fallos cometidos, las advertencias no escuchadas. Sus padres enumeraban todos sus supuestos errores haciéndola creer que ellos ya lo predijeron desde un principio: «si nos hubieses hecho caso», «te lo dije», «¿no te lo había dicho?», «ya te lo advertimos»... Meneaban la cabeza, miraban al suelo, suspiraban, hacían ruiditos con la boca y hablaban y hablaban, como si remover la mierda hiciese que esta no oliese cuando, evidentemente, era justo al contrario.

Raúl llegó al barrio. No quería subir a casa. Se puso a deambular por las calles cercanas. Finalmente no pudo soportarlo más y se metió en un bar a tomarse un par de tercios. El dinero ahora era increíblemente más valioso y sabía que no debía hacerlo pero era eso o el suicidio, así que lo hizo, no tenía opción. Cuando, ya en casa, Sonia olió lo que había pasado, la cosa estalló de nuevo en gritos y llantos.

—¿Acaso sabes lo que ha sido para mí? Tener que humillarme de esa forma delante de mis padres, tener que aguantarles, aguantar sus putos comentarios y gestitos, callada, implorando como una mendiga, como una puta mendiga, humillada, ¡y tú mientras bebiendo en un bar!

—Lo siento.

—Cómo que lo siento, joder! Piensa un poco en mí, por dios, gastándote el dinero en alcohol...

—Joder, solo han sido un par de cervezas.

—¡¿Pero no lo entiendes o qué, eres retrasado?! ¡¡NO TENEMOS DINERO!!

—No me insultes, ¿vale?

—Es que no me cabe en la cabeza, estamos jodidos y parece que no te enteras.

—Mierda, lo necesitaba. Solo han sido dos putos tercios, ¡no he matado a nadie coño!

—¿Lo necesitabas? ¿Lo necesitabas?... ¡Y qué hay de lo que yo necesito, que hay de MÍ!

—Quería sentirme normal.

—Oh, vaya, el niño necesitaba sentirse normal. ¡Si tanto necesitas beber, puto alcohólico, haberlas comprado en el super! Pero no, no, el señorito tiene que ir al bar, ¿qué querías? ¿Ver mujeres?

—Mierda, no sigas por ahí por favor.

—¿Crees que alguna se va a fijar en ti? ¿El señorito cree que va a ligar? Por dios mírate, gordo, medio calvo, y ni siquiera puedes traer dinero a casa.

—Cállate, por favor.

—¡Ya beberás vino bajo el puente cuando nos echen!

—¡¡¡CÁLLATE YA PUTA!!!

—¡Sí, venga, insúltame! Eso hace que te creas como un hombre, ¿verdad? Yo, que lo he dado todo por ti, siempre.

—¿Que lo has dado todo por mí? En vez de apoyarme me machacas más y más, todos los putos días, y no puedo soportarlo, voy a explotar.

—¿A explotar?

—Sí, mierda, se me acaba la paciencia, estoy mal, lo noto.

—¿Y qué vas a hacer, vas a dejarme verdad? Seguro que tienes a otra por ahí.

—¿Pero a que viene eso? Joder, deja de rallarte, además tú misma lo has dicho, ¿quién podría fijarse en mí?

—Claro y te conformas conmigo, ¿no? Solo estás conmigo porque no tienes otra cosa.

—Maldita sea, le das la vuelta a todo, no sé qué decir, cualquier respuesta es errónea.

—Pues no digas nada. Anda vete, vete al bar a beber y a ver a tu amiguita.

—Por Dios, ¿qué amiguita?

—Vete, déjame sola, eso se te da bien.

Sonia se dejó caer y comenzó a llorar ocultando su rostro entre las manos. Raúl giraba sobre sí mismo preso de diversos tics nerviosos. Quería destrozarlo todo a puñetazos, eviscerarse a sí mismo. Respiró hondo y se acercó a Sonia.

—Oye, tranquila. Lo siento, lo siento vale, todo se solucionará.

—Nada se va a solucionar.

Raúl la vio ahí tirada y sintió compasión por ambos. Quería abrazarla, calmarla y decirle que todo sería como antes. Pero no podía hacerlo, la estaría mintiendo. En realidad la odiaba, quería verla muerta y ser libre por fin.

Pensaba en ello y se asustaba de sus propios pensamientos. ¿Qué coño había pasado? Esa chica era la única persona a la que había querido. Se habían reído, habían hecho el amor miles de veces, fueron muy felices un tiempo... ¿Cómo habían podido llegar hasta ese punto? Hasta el punto de odiarse, de desearse la muerte, de hacerse daño a diario. ¿Por qué no habían tenido el valor de acabar con todo cuando aparecieron los primeros síntomas? ¿Por qué seguían sin tener valor ahora? ¿Miedo a la soledad? Mierda, era imposible que la soledad fuese peor que esto.

Raúl volvió a mirarla. Ahí sentada en el suelo, con la cabeza oculta elevando los hombros al compás de su llanto. No la abrazó, en lugar de eso cogió sus llaves y huyó de ahí.

Cogió el coche y dio un par de vueltas sin rumbo fijo hasta que se dio cuenta de que estaba gastando gasolina inútilmente. ¡Maldito dinero! No podía hacer nada, no podía huir, estaba atrapado, había caído. Aparcó y se encendió uno de los tres cigarrillos que le quedaban. Dio unas cuantas caladas, la noche era oscura y tranquila. Comenzó a pensar, luego se derrumbó y comenzó a llorar. Intento serenarse, al día siguiente tenía otra entrevista.

Raúl estaba cansado. Casi no había dormido, solo una ligera cabezada dentro del coche, eso le había provocado un dolor punzante en la parte izquierda del cuello, le dolía bastante al girar la cabeza. Cuando al amanecer regresó a casa a cambiarse de camisa y tomarse un café ella estaba tumbada en la cama, en posición fetal, vestida solo con las bragas y una camiseta de tirantes, estaba aparentemente dormida. Raúl la miró, se fijó en su espalda, sus hombros, su culo, su pelo... Estaba seguro de que fingía, de que en realidad estaba despierta, pero no se molestó en comprobarlo, no quería

hablar con ella, solo quería tomarse un café, lavarse la cara y cepillarse los dientes para acudir a la maldita entrevista.

El bucle, el bucle...

Horas después volvía a estar en las mismas, aparcado frente al portal, sin ganas ni valor para subir a casa y verla de nuevo. Cogió el paquete de tabaco, ya solo quedaba uno. «Mierda». Lo encendió, estrujó el paquete vacío y lo arrojó por la ventanilla. Se sentía miserable, no tenía nada que hacer, nadie a quien ver. Los amigos habían huido hacía bastante tiempo, era culpa suya por haberlos dejado de lado cuando todo estaba bien con Sonia, cuando al estar con ella no necesitaba nada más, a nadie más. Ahora necesitaba a cualquiera menos a ella. No podía ir a ningún sitio, le avergonzaban sus bolsillos vacíos, no podía ir a su casa porque ya no era su casa, no podía ver a su mujer porque ya no era su mujer, ¿y quién era él? Hacía mucho que no paraba un penalti.

Finalmente decidió que lo mejor era subir a casa, se estaba asando en el coche y al menos en casa podría agonizar en calzoncillos.

Al entrar se quitó los zapatos, sus pies olían mal. La televisión estaba encendida, personas en torno a una mesa hablaban acaloradamente sobre la vida de los famosos, no hablaban sobre Raúl, él no importaba. Sonia estaba en la cocina, unas patatas se freían en un enorme sartén, chisporroteaban y humeaban mientras ella cortaba unos tomates con un cuchillo afilado.

—Vaya, ya estás aquí. No sabía si vendrías a comer, cortaré mas patatas —dijo sin mirar a Raúl que se dejaba caer sobre un taburete.

—No te preocupes, no tengo hambre.

—¿Qué tal te ha ido?

—Psche, como siempre.

—Que novedad.

—Ya.

—¿Dónde estuviste anoche?

—Di un par de vueltas con el coche, luego aparqué y me quedé ahí, pensando.

—Vaya, qué divertido.

—Divertidísimo.

—Haberte ido a tomar una cerveza.

Raúl empezó a sentir de nuevo aquello, «otra vez no, por favor, no creo que pueda aguantarlo». Su alma comenzó a freírse a la par que las patatas, intentó serenarse.

—Por favor no empieces, estoy agotado.

—¿Agotado por qué si no hiciste nada?

—Primero por no dormir.

—Yo tampoco he dormido.

—Haberlo hecho, tú estabas en la cama.

—¿Y tú no?

—¿Cómo?

—No te creo.

—¿Qué?

—No creo que estuvieses toda la noche en el coche.

—¿Y que podría hacer de noche y sin dinero?

—Quizás ir a ver a tu amiguita.

—No hay ninguna amiguita.

—Escucha, no soy tonta, pasas mucho tiempo fuera y ya ni recuerdo la última vez que me tocaste.

—No estoy de humor.

—Eres un hombre, el humor no tiene nada que ver, si no haces nada aquí es porque lo haces en otra parte.

—Interesante razonamiento, por esa regla de tres tú también estarás haciendo cosas por ahí.

—¿Quizás?

—Sí, seguro.

—Yo sigo siendo atractiva, ni te imaginas la de veces que me piropean por la calle.

—Felicidades, deberías irte con alguno de ellos.

—Está claro, no sé qué hago con un fracasado como tú.

Raúl notaba el encogimiento de su ser, la rabia a punto de estallar, toda la frustración, todo el odio, golpeándole, estrujándole, ahogándole. Su respiración se aceleraba, sus piernas temblaban frenéticas presas de los tics, veía extrañas luces alrededor, como destellos. Las patatas saltaban en la sartén, el cuchillo golpeaba la mesa al cortar los tomates, cayendo como una guillotina, los tomates sangraban.

—Mira tía, no puedo más. Estoy harto de discutir, si tan mal estás conmigo lárgate por favor, hazlo antes de que me arroje por la ventana.

—Yo ya he tirado mi vida por la ventana. Pensar que podría estar con cualquiera...

—Yo no tengo la culpa.

—¿Entonces quién?

—¡Déjalo joder! ¿Es que nunca te cansas? ¡Deja de machacarme!

—¡Te lo mereces!

—¡No me lo merezco, yo no tengo la culpa, también estoy jodido, te digo que estoy pensando en matarme joder!

—¿Y a que esperas? ¡HAZLO! ¡Haz algo bien por una vez en tu vida!

La discusión continuó subiendo de tono y, llegado el momento, entre todos los gritos y reproches, Raúl finalmente se desdobló.

Una parte de él discutía y gesticulaba, atragantándose y tartamudeando, moviendo los brazos de forma frenética, empujando la silla y gritando. Pero otra parte de él, la más importante, lo veía todo desde fuera, en un lugar sin espacio ni tiempo, en un lugar tranquilo, mecido por una sencilla y

agradable melodía, consciente de todo a la vez, de los gritos, del calor, del tomate sangrando, del cuchillo, de la sartén, de las patatas, de la cortina, de los tipos de la tele, del camión en la calle. Vio su cuerpo defendiéndose de los golpes, vio las lágrimas. Las voces sonaban distorsionadas y lejanas. Veía todo esto como un espectador alucinado. Entonces la melodía cesó bruscamente y el hilo se rompió al fin.

La realidad, todo lo que creemos obvio y seguro no lo es. La realidad pende de un hilo finísimo, un hilo que se puede deformar, que se puede tensar, y que se puede romper. El de Raúl se rompió en ese mismo momento.

Recordándolo ahora lo ve como lo que fue, un extraño sueño, un sueño en el mundo real, una situación que se produjo por sí sola, inevitable, con vida propia. Se vio a sí mismo sangrando, la vio a ella gritando y pegándole, se vio a sí mismo cogiendo la sartén y arrojándola, los gritos, el olor, el cuerpo de ella tendido en el suelo, chillando. La ventana. Se vio caminando hacia la ventana, hacia la libertad, pero no pudo y se vio derrumbándose en el suelo de la cocina.

El resto no lo recuerda. Sabe que llamó a la policía y que se lo llevaron. Le gritaron, le hicieron preguntas, pero no sabe lo que contestó. Tampoco es que le importe mucho, ya no le importa nada, todo se antojaba tan lejano e irreal. En algunos momentos piensa que nunca ocurrió, que en realidad siempre había estado ahí, en esta fría celda. Esperando. La eterna espera.

Sonia tardó bastante tiempo en volver a su casa. Se pasó una temporada en el hospital, no sabría decir cuánto, parecían meses. Meses de operaciones, el dolor del vendaje, el doctor explicando la situación, las visitas de su familia, las sesiones con los psicólogos. La primera vez que se miró

en el espejo después de aquello se desmayó, luego no pudo hablar durante un tiempo. Se pasaba el día durmiendo, seguramente sedada, y cuando no dormía lloraba. Cada vez que cerraba los ojos veía aquella cosa en el espejo, mirándola con esa extraña expresión.

Su único pensamiento en esos momentos era el suicidio. Los psicólogos lo sabían y la ayudaron bastante, consiguieron que ese pensamiento se mitigara, aunque volvía a menudo, siempre volvía.

Los médicos le hablaron de injertos y trasplantes, la informaron de los últimos avances en cirugía, dándole esperanzas.

Los días pasaron y finalmente le dieron permiso para ir a casa. Debía intentar volver a la normalidad, adaptarse a su nueva situación, pero sin olvidar el tratamiento, las pastillas rojas, la negra, la redonda grande y las redondas pequeñas, también debía visitar al médico y al psicólogo, todas esas nuevas obligaciones. Ella se veía capaz de hacerlo, la habían ayudado bastante a prepararse para ese momento.

Fue a casa. Todo estaba igual, pero se sentía como en casa de un extraño. Todos esos objetos encerraban recuerdos de una vida anterior y lejana. Paseó un rato por las habitaciones sin saber qué hacer. Quería irse de ahí, pero tampoco tenía valor para ir a la calle y enfrentarse a las miradas de la gente. Se sentó en la cama y comenzó a pensar.

Estaba mirándose fijamente en el espejo del baño. En su habitación ya estaba todo preparado.

Llevaba un buen rato mirándose, en trance.

Miraba la foto, y luego al espejo, y luego la foto, pensando en todo, realizando comparaciones. Su pelo seguía ahí, su rostro seguía ahí, pero todo había cambiado para

siempre. Comenzó a sollozar, le faltaba el aire, tenía calor.

Las lágrimas descendían por su rostro, pero no era un descenso regular, no descendían por una superficie lisa y suave como la de antes, ahora se abrían paso entre cicatrices, protuberancias, curvas y salientes provocados por el aceite hirviendo. Ella lo notaba, notaba como recorrían esa cara deforme. Podía no mirarse, podía no tocarse, pero eso no podía evitarlo, la conciencia del propio cuerpo. No quería volver a sentirlo, ya no quería llorar más.

Entró en su cuarto, se subió a la mesa y colocó la soga en su cuello. Miró hacia abajo y pudo ver sus pies, su cuerpo parecía normal desde ahí.

Tuvo un pequeño momento de duda, quizás no era la solución, ¿y si lo que venía luego era peor? Al separarse de su séptimo principio quizás todo se desmoronaría en una agonía aún peor. Había leído historias sobre eones de desesperación inimaginable. La duda la asaltaba. Estaba a punto de desestimarla e intentarla un poco más, pero entonces de su ojo brotó una nueva lágrima. Esta comenzó a descender por su desfigurado rostro, y ella lo notó.

Cerró los ojos y se dejó caer, deseando que esa lágrima fuese la última.

MIERDA

Ante todo, la mierda prevalecerá.

Trevor Kusuhara.

Trevor se limpió la cara con la manga de su camiseta. Hacía ya varias semanas que había pasado y la mayor parte del tiempo lo llevaba bien. Era lo que tenía que pasar, lo mejor para todos. No obstante era inevitable levantarse algún día más débil y sensiblero.

Hoy era un día de esos.

No pudo evitar acordarse de todo ello y una cosa llevó a la otra, se metió en el bucle de la desesperación y ya no pudo salir de él. La bola de nieve siguió rodando colina abajo y, bueno, el caso es que se le acabó cayendo la lagrimilla y ahora se sentía como una puta mierda.

Miró a su alrededor. Una casa vacía puede ser una inexpugnable fortaleza o una solitaria prisión según el estado de ánimo. Todo le parecía silencioso y vacío, el blanco de las paredes, la mesita, el sofá. Paquetes de tabaco vacíos. Litros de cerveza vacíos. Cajones vacíos. Bolsillos vacíos. Espacios vacíos. Personas vacías. Le gustaba dárselas de duro. Lo era. Pero lo exageraba un poco más a la hora de escribir su

poesía. Por muy duro que fuese también había días de estos, más melancólicos y frágiles. Le pasaba a todo el mundo. Raúl Núñez también era un llorón a veces. En su novela *La rubia del bar* hay momentos bastante lloricas. Y en David González. Y en Vicente Muñoz Álvarez hay lloriqueos. Y en Trevor Kusuhara. Joder, hasta en Bukowski los hay. Es como el título de la autobiografía de Klaus Kinski *Yo necesito amor*. El rollo de siempre, sí. Al fin y al cabo todas las aguas fecales acaban desembocando en el mismo mar. Ya lo dijeron los Beatles *All you need is loove...Tí...Torirorí*. En fin. Pensó en que le vendría bien tener un gato. Una pequeña bola de pelo que se alegrase al verle, que ronroneara mientras le abría una lata de comida y se abría otra para él. Que le diese un amor sencillo y sincero. También necesitaba cambiar de camello. Esa marihuana le ponía triste y paranoico. Se levantó del sofá y fue al baño a lavarse la cara. Se miró al espejo. Una nariz. Dos orejas. Tenía los ojos enrojecidos de las lágrimas y la fumada, sobre todo por la fumada. Abrió el grifo y arrojó agua sobre todo aquello. Se secó la cara y volvió a mirarse en el espejo. Se vio igual que antes. Necesitaba afeitarse. Lo había dejado pasar y ahora tenía todo ese pelo negro y duro como clavos. No bastaría con la cuchilla, estaba demasiado largo ya, habría que cortarlo primero con las tijeritas. Giró la cara hacia un lado, luego al otro. Se miró en el espejo. Demasiado trabajo. Dio la espalda a su reflejo y salió de allí.

En la calle todo como siempre. A nadie le importaba nadie una vez más. El sol seguía saliendo y poniéndose. Y algún día, se supone que dentro de millones de años, pero algún día, acabaría explotando. Mientras tanto la gente seguía sacando al perro y comprando palmeras de chocolate. Había toda una sociedad, agitación política, guerras en países lejanos y toda esa mierda, también había niñas rubias de piel de melocotón y coñitos prietos. ¿Qué podría significar? Seguramente nada.

Instintivamente acabó en el portal de Velpister y, como ya estaba allí, llamó al timbre.

—¿¡Quién coño es!?

—Velpister abre.

—¿¡Quién coño es!?

—Trevor.

—Joder, sube.

Velpister le abrió la puerta en calzoncillos y albornoz. Velpister también escribía, principalmente relatos y alguna reseña, también componía música electrónica y pinchaba de vez en cuando en algún que otro garito, también curraba en una empresa de limpieza, también necesitaba afeitarse, bueno, Velpister hacía muchas cosas, como ahora veréis.

—Coño Trevor, ¿qué tal cabrón?

—Aquí.

—Joder, hacía por lo menos tres semanas que no te veía.

—He estado de reflexión.

—Pasa pasa.

Trevor entró. La casa apestaba a marihuana.

—Estaba dándole a la pipa de agua, ¿te hace?

—¿Es de la marihuana paranoica?

—Sí.

—Me pone triste.

—A mí me pone triste no fumarla.

—Bueno, ¡qué coño!

—¡Di que sí joder!

Velpister vivía en una casa que había heredado de su abuela, era pequeña, de una sola habitación, pero acogedora. Velpister vivía allí solo, rodeado de mierda. Miraras donde miraras encontrabas montículos informes de revistas, cedés, vinilos, libros, cajas, botellas, cuencos, papeles, muñequitos, mecheros, un biberón, toallas, cables, cubiertos, bolígrafos... Siempre era interesante mirar a tu alrededor. Tomaron

asiento en el desvencijado sillón. Para poder sentarse Trevor tuvo que apartar un puñado de revistas.

—¿Dónde te dejo esto?

—Bah, en cualquier parte. Toma, fuma.

Trevor aspiró, la pipa de agua comenzó a burbujear furiosa, una calada que se incrustó en sus pulmones.

—Bueno Trevor, ¿qué te cuentas?

—Pues nada, ya te digo, he estado en casa, no he salido ni nada, no tengo ni un duro, solo me quedan tres meses de paro así que ahorrando, fumado, bebiendo litros... He escrito un par de poemas, normalitos. Hoy más jodido de la cabeza, triste, agobiado, por eso he salido un rato, necesitaba aire, ver a alguien.

—¿Estás jodido por la movida?

—Sí, ya sabes.

—Bueno tranqui, es normal, ya lo superarás.

—Sí, si es lo mejor, pero hoy me ha afectado un poco más, ya sabes.

—Sí, un día de esos.

—Un día de esos.

—Bah, pues yo estoy que me salgo.

—¿En serio?

—Ya te digo, estoy de racha, mecido por todo tipo de musas. Estoy escribiendo un relatazo alucinante, lo mejor que he escrito, ya lo leerás, trata de un tío que tiene que deshacerse del cadáver de su hermana.

—Qué bonito.

—Mogollón de reflexión, un monólogo interior, me está quedando largo, ya lo leerás.

—Sí, a ver.

—Y ya casi he terminado también un tema nuevo, luego te lo pongo.

—Vaya.

—Y bueno, lo mejor de todo, flipas, vas a flipar en colores.

—¿El qué? ¿Qué pasa?

—Tengo otra.

—No.

—Sí.

—Venga ya, ¿otra?

—Sí.

—¿De quién?

—Ni te lo imaginas..

—¿De quién?

—Ni te lo imaginas. La mejor. La más grande del lote de momento.

—¿De quién?

—Ven que te la enseño.

—No sé si quiero verla.

—Que sí joder.

Velpister se levantó de un salto, la cara le brillaba bañada por el sol de la tarde, el alboroz ondeaba al viento.

—Venga coño ven a verla.

Trevor dio otra calada y se levantó lentamente mientras exhalaba el humo.

—Está bien, me voy a arrepentir, pero veámosla.

Velpister se frotó las manos y atravesó el salón al trote, tras él Trevor lo seguía, tropezando con varias cosas en su camino. Giraron por el pasillo y entraron en la cocina. Ambos se detuvieron frente al frigorífico.

—Disponte a flipar.

Velpister, con una amplia sonrisa en el rostro, abrió la puerta del frigorífico, la luz de su interior le rodeó como un aura divina. Se dirigió al estante del medio, en el había medio paquete de pan de molde, tres latas de foiegras, un cuarto de pechugas de pollo y varios tarros de cristal. Cogió uno de los

tarros, lo sacó del frigorífico y lo alzó sobre su cabeza con expresión extasiada.

—Helo aquí.

Ambos miraron atónitos el tarro de cristal, la luz lo iluminaba, casi se podían oír los cánticos. En su interior. Una enorme mierda humana. Marrón oscuro. Una plasta. Un excremento. Un cerote. Ahí, en el tarro de cristal. Flotando despreocupado e inerte en un liquido transparente. Velpister lo contemplaba lleno de orgullo, Trevor con una mueca de asco, el cerote los miraba indiferente.

—Joder Velpister, qué asco.

—Asco no, es hermoso.

—¿Y de quién es?

—George Clooney

—¡Venga ya!

—De George Clooney.

—¿Pero cómo?

—Como siempre. Resulta que el cabrón está rodando una peli aquí, llevan dos semanas, no se cuánto va a estar, y mi empresa es la que lleva lo de la limpieza, me aseguré de que me tocara la limpieza de las caravanas y, bueno, aquí está.

Y sin duda, ahí estaba, flotando en el tarro de cristal.

—Joder —exclamó Trevor.

—Y también está Nicole Kidman, lo que pasa es que la zona de su caravana no la llevo yo, pero tengo que conseguir llegar hasta ahí, algo tengo que hacer, ¡no puedo dejar pasar esa oportunidad! ¡Una cagada de Nicole Kidman sería la hostia! La colección ya adquiriría otro nivel... ¡Estrellas de Hollywood! Ya tengo la de David Bisbal, la de Elsa Pataky, la de Bunbury, la de Vargas Llosa y ahora tú, mi pequeña.

Velpister pegó la cara al tarro que contenía la cagada de George Clooney y lo meció, acurrucándola.

—Velpister tío, necesitas ayuda.

—¿Es que no ves el potencial de esto? ¡Es el autógrafo definitivo! Hay gente que me dará mucha pasta por esto, vi que vendieron un mechón de Elvis por una millonada, ¡y esto es mejor! Más íntimo, es el interior mismo de tu ídolo. Su ser más profundo.

—¿Tú crees que alguien te dará algo por una cagada de Mario Vargas Llosa?

—Hay gente para todo, y sino me la quedo yo, les estoy cogiendo cariño.

—¿Y cómo piensas venderlas?

—Por Internet.

—¿Y cómo vas a probar que son de sus dueños? ¿Tienes pruebas? Quiero decir, venga tío, yo sé que estás loco, pero otra persona que no te conozca... Esa mierda podría ser mía.

—Crearé un blog contando toda la historia, las fechas y lugares, con todo lujo de detalles.

—En serio, estás como una puta cabra.

—Un visionario es lo que soy. Ven, ahora voy a enseñarte mi tema nuevo.

Velpister devolvió cuidadosamente el tarro con la mierda de George Clooney al frigorífico, junto al resto de cagadas ilustres, todos los cerotes juntos, el de George, el de Elsa, el de Mario, el de David y el de Enrique, todos juntitos y marrones, con sus curiosas formas y tonalidad, al lado del pan de molde, el foiegras y las pechugas.

Atravesaron el desorden y llegaron al ordenador.

Velpister puso su tema nuevo, era una música completamente absurda, una especie de techno-pop sin pies ni cabeza, era horrible, cacofónica. Velpister gesticulaba alocadamente y Trevor fingía que le gustaba realizando un gesto de aprobación con el dedo. Continuaron fumando y hablando de la salvación de la literatura y, por ende,

del mundo, que inevitablemente caía sobre sus cansados hombros una vez más.

Al cabo de un par de horas Trevor decidió que era momento de marcharse.

—Bueno tío, ya nos vemos.

—¿Saldrás este finde?

—Quién sabe.

—Bueno Trevor, pues nos vemos.

—Nos vemos, cuida de tus pequeños.

—Lo haré.

Trevor volvió de nuevo a la calle, la gente seguía paseando al perro y comprando crema para los hongos de los pies.

Entró en un supermercado, se compró una litrona y un pack de tres pastelillos de chocolate. Tuvo que esperar en la caja, pero no le importó porque la cajera era una belleza, una estupenda morena de enormes pechos, Trevor la observó. Cómo manipulaba los productos de los otros clientes, su sonrisa al dar el cambio, el movimiento de su melena. Comenzó a empalmarse. Llegó su turno. Pagó. Sonrió. Y se fue.

Otra vez en casa saludó a su soledad. Se arrojó sobre el sofá, abrió el litro de cerveza y el paquete de bollos y comenzó a nutrirse. Seguidamente se hizo un porro y cogió un libro de Xen Rabanal “La cámara de niebla”. Xen estaba como una cabra, su escritura te exigía el máximo esfuerzo y atención para introducirte en su niebla de imágenes desoladas... Trevor tenía en la cabeza la imagen de la cajera y no podía dejarse envolver por la niebla, no paraba de pensar en esos pechos, esa melena negra... Cerró el libro y meditó. Evaluó el estado de su erección. Finalmente se incorporó y fue al cajón de su mesita, lo abrió y sacó una vagina en lata. Un coño de plástico dentro de una lata de refresco. Era un artefacto que compró en un sex shop porque le pareció gracioso y que luego acabó convirtiéndose en un poderoso

aliado contra la adversidad. Se bajó los pantalones y los calzoncillos. Pensó en la melena de la cajera. Casi podía olerla. Puso un poco de saliva en el coño de plástico y comenzó a follarse a la lata. Las primeras despacio, mientras se imaginaba acariciándole el pelo. Luego fue aumentando el ritmo, ya se imaginaba que se la estaba follando, cada vez la embestía con más fuerza, ahora por detrás. Se corrió. Tras ello se sintió un poco ridículo, no obstante era ligeramente mejor que la mano. Desmontó la lata y fue a limpiarla al baño. Abrió el agua caliente y comenzó a limpiar la pieza de látex. Desde que tenía uso de razón todo había sido una gran broma, se preguntó si algún día cambiarían las cosas a mejor, sólo un poco.

Se miró en el espejo. Dos orejas. Una nariz.

Tal vez sacase un poema de todo esto, uno bueno, o uno normalillo. O quizá fuese el momento de dejarlo... No, era lo único que tenía.

Necesitaba un gatito.

En su mente sonaba una canción.

All you need is looove...Tí...Torirorí....

All you need is looove...Tí...Torirorí....

All you need is love...love

Love is all you need...

Love is all you need...

C'mon everybody....

OH, MI POBRE POLLA

Ahí estaba él.

Y ahí estaba ella.

Tumbados en la cama, a lo largo, como dos sardinas en una lata. Pero solo él se debatía en el espeso aceite de la desesperación.

Ella estaba dormida.

Él puesto hasta las cejas.

La fiesta de cumpleaños había sido un completo desparrame. La gente empezó a sacar drogas y parecía que estas crecían en sus bolsillos de manera infinita, estaban por todas partes. Los baños hervían de actividad, la gente merodeaba en el exterior esperando su turno, y en el interior se oían voces extrañas que salían del fondo de los retretes. Un tío se había ido a la calle y había roto a llorar, otros se retorcían al ritmo de la música electrónica que servía hábilmente el DJ, giraban como alocadas peonzas dementes. Sí, era una generación de seres perdidos de pupilas dilatadas intentando encontrar respuestas o, por lo menos, intentando olvidarse de las preguntas. Él se mordía los labios en la barra observando el panorama. Poco antes un moro que no conocía de nada le había invitado a coca a cambio de que fuese él quien pintase las rayas, ya que por lo visto se veía

incapaz de tamaña tarea. Ofreció gustoso su ayuda y no escatimó en la cantidad. Ahora sorbía inquieto una copa de absenta con agua. Era una absenta flojita, de 50 grados. Un tipo se acodó en la barra a su lado y sacó una bolsita, vació su contenido sobre la barra con una mueca de desprecio y hastío, una enorme montaña de polvo blanco surgió ante ellos. El tipo se giró hacia él y le dijo algo totalmente incomprensible. Vista la poca fluidez de la conversación probó con el lenguaje de signos, entonces sí le entendió, el tipo necesitaba una tarjeta, él le acercó una de su cartera y el tipo comenzó a dar forma a la montaña de polvo blanco con ella de manera espasmódica, como un pintor loco que da brochazos violentos a un lienzo magistral, en un determinado momento salió de su ensimismamiento para girarse en dirección al DJ, alzó la tarjeta en el aire y comenzó a mover los brazos como si quisiese atraer hacia sí algún objeto invisible mientras daba patadas al suelo, luego regresó a su tarea y acabó formando tres gruesas líneas de unos 30 centímetros de largo, lió un turulo y sorbió una de ellas que desapareció en un santiamén dentro de su cabeza. El tipo tenía una nariz aguileña de impresionantes proporciones (estaba claro que estaba diseñado para drogarse vía nasal), llamó al camarero y le tendió el turulo, el camarero tardó más en metérsela, luego el tipo se giró hacia él y le hizo un gesto para que se metiese la que quedaba, él no dudó y se acercó, cogió el turulo y miró la raya, le pareció exageradamente grande, pero por alguna razón esa noche todo el mundo estaba empeñado en invitarle y no había que ser descortés, así que agachó el lomo y aspiró. Solo pudo meterse una mitad, el sabor a manzana era inconfundible, se trataba de speed. Él no era muy amigo del speed, pero ya puestos (nunca mejor dicho) se inclinó, dio buena cuenta del resto y devolvió el turulo al tipo, este le dio un beso en

la frente y desapareció en medio de la multitud. Él estaba ya bastante puesto y aún conservaba los 20 míseros euros con los que había salido (sí, a la absenta también le había invitado), pidió cambio y sacó tabaco de la máquina, el tabaco se cotizaba y él, para ser consecuente con las leyes del karma, dio cigarros a cualquiera que se lo pidiese, lo que le valió otro par de invitaciones a coca.

Llevaba un buen rato recorriendo su cuerpo con la mirada. Su pequeño y estilizado cuerpo de niña. Intentando sorber por completo su esencia, intentando comprobar si verdaderamente estaban ahí en ese momento, si existía todo esto. Ella dormía profundamente, ajena a todo ese sufrimiento. Él le pasó la mano delicadamente por el pelo, luego recorrió sus hombros. Ella emitió un pequeño gemido. Era tan excitante, tan hermosa, ahí inerte. Apartó con delicadeza la sábana para poder ver el resto de su cuerpo. Lo único que llevaba puesto eran unas braguitas blancas, inmaculadas, virginales. Dentro de ellas estaba su coño, su coño cálido que tantas horas de placer le había proporcionado. Estaba ahí, tras esa débil pared de tela. Se tocó la polla, estaba dura como un puto garrote. La dejó en libertad y comenzó a restregarla suavemente contra sus braguitas, un puñado de informes venas la recorrían de arriba a abajo, estaba a punto de explotar. Se tumbó a su lado y redujo la distancia de sus cuerpos, un poco más. Apartó un mechón de pelo que le impedía acceder a su cuello y comenzó a besarla suavemente, besos calmados, concentrándose en cada centímetro de su piel, en el torrente sensorial que provocaba esta al rozarle el labio. A la vez frotaba tímidamente su demencial apéndice contra sus bragas. Estaba ahí, tras esa débil pared de tela, esperándole.

Quería formar parte de ella, penetrarla y enterrar su vacío en su interior, fundirse en la demencia del éxtasis, follarla y morir dentro de ella para siempre, largarse de ahí al único lugar seguro que aún no le había arrebatado el devenir de la vida. Se acercó a su oreja y susurró.

—Cariño... Cariño, ¿estás dormida?

No obtuvo respuesta. Lo intentó nuevamente.

—Hey, despierta... Despierta por favor.

Ella emitió un sonido y se giró hacia el lado contrario tapándose con la manta, alejándose aún más, tanto física como espiritualmente, del lugar en el que él se debatía contra sus irrefrenables instintos. Se quedó ahí, en la misma posición, despreciado, con la polla al aire, sin siquiera rozarse ya con ella, con una nueva pared de tela entre ambos.

No sabía qué hacer, su mente corría drogada en todas las direcciones, sólo podía anclar su locura a través del sexo, estaba cegado a todo lo demás, era su única tabla de salvación. Necesitaba follarse, follarse ahora, o se precipitaría en la demencia. Su polla, terriblemente hinchada, le miraba con desprecio, enferma, exigiendo su alimento. Todo dependía de un polvo más. El enfermizo pensamiento comenzó a roerle, a obsesionarle.

Lo intentó nuevamente. Volvió a apartar las sábanas. Besó su cuello y bajó su mano derecha recorriendo su vientre e intentando acceder a su entrepierna. El coño seguía ahí, inerte, dormido. Intentó separar sus piernas. Ella se resistió débilmente en medio de su sueño. Él lo intentó con más fuerza y consiguió separarlas. Ahora podía tocar su coño. Aventuró su mano al interior de las bragas, podía tocarlo, ahí estaba, dormido. Comenzó a pasar suavemente los dedos por la abertura, acariciando los pliegues de carne, estaba seco. Sacó la mano y la impregnó de saliva. Volvió a introducir la mano en sus bragas y

humedeció el entorno con movimientos circulares. Ella comenzó a gemir en sueños, eran unos gemidos débiles y tímidos, pero era un comienzo. Con la otra mano comenzó a masturbarse, su polla estaba dura, al borde del colapso. Notaba su nariz humedecida, se sorbió los mocos, el sabor era extraño. Continuó acariciando su coño, buscando el clítoris. Se arriesgó a intentar introducirle el dedo, lo hizo poco a poco. La respiración de ella se aceleró ligeramente, pero continuaba dormida. Introdujo el dedo un poco más mientras aspiraba el aroma de su cuello. De repente ella se despertó. Él instintivamente sacó la mano de sus bragas.

—¿Qué haces cariño?

—Nada.

—Duérmete.

—No puedo.

—¿Qué te pasa?

—Estoy algo pedo aún, y un poco rayado.

—Venga intenta dormir.

—No tengo nada de sueño.

—Mmmm...

—Oye.

—Dime.

—Estoy muy cachondo.

—Anda, cierra los ojos e intenta descansar.

Sin esperar su respuesta ella volvió a girarse, cerrando sus piernas y cubriendo su cuerpo con la sábana, y volvió a dormirse. El silencio era absoluto, pero podía oír el grito de su desesperación saliendo de su glande y embotándole el cerebro. Pensamientos obsesivos llamaban insistentemente, golpeando su polla contra el cerebro como si fuese un enorme aldaba de bronce, golpeando, golpeando, golpeando... Sorbió sus mocos, otra vez el desagradable sabor metálico. Su nariz humedecida goteaba, se pasó la

mano y, al mirarla, la vio llena de sangre. Estaba sangrando. Cogió un trozo de papel higiénico, se sonó y se limpió la nariz, miró el papel, este estaba impregnado de una sangre roja y espesa.

Lo peor había sido la puta ketamina, esa jodida droga disociativa. Estaba en un reservado junto a otros cinco tipos dementes y alguien la sacó de algún lugar. Le tocó a él dibujar las rayas de nuevo, y de nuevo no escatimó. A esas alturas, con el pedo y la mezcla de sustancias que llevaba encima ya daba todo igual. Pero daba igual en su mente hastiada, en la realidad las cosas funcionan de otra manera y una raya de keta no es lo mismo que una de coca, es una droga con la que hay que tener más cuidado a la hora de racionarla por su potencia inmediata. Pero claro, él no pensaba ni en esto ni en nada así que volcó despreocupado todo el pollo y lo repartió en cinco partes iguales que cada uno procedió a ingerir. Luego vino el caos y la locura. Tres de los tipos desaparecieron buscándose a sí mismos, o a alguien, o algo, y él se quedó en el reservado con uno que no paraba de hablar. No entendía nada de lo que le estaban diciendo, suponiendo que hubiese algo que entender de una conversación en ese estado, estaba demasiado ocupado viendo cómo el tipo se fundía con el entorno de una manera perfecta. Se miró la mano y era como un extraño apéndice gelatinoso. Era fascinante, en un par de segundos todo había cambiado. Ciertas drogas pueden enseñarte cosas, a menudo cosas horribles, algo que siempre ha existido en el chamanismo y se ha despreciado socialmente gracias al consumo popular y recreativo, pero las visiones están ahí y pueden asaltar a los incautos. Tuvo una de esas visiones mientras el parloteo incoherente de

su interlocutor se fundía con las paredes y su mano de goma y todo ello se alejaba de su Ahora como tragado por un desagüe temporal. Entendió el mundo. Por un momento lo entendió todo, todos los sutiles mecanismos de la realidad, y llegó a la gran verdad: nada tenía sentido, todo era un gran juego en un tablero totalmente inestable. Todo lo que se daba por hecho, el fundamento mismo de la realidad, los procesos y costumbres sociales, todo se iba por el desagüe con un golpe químico bien asestado, ¿de qué podía fiarse? ¿Dónde estaba la realidad? No estaba jugando a ser Descartes, estaba probando el sabor de la locura mientras todo se desmoronaba a su alrededor. Sabía que estaba drogado y que se le pasaría, conservaba un pequeño resquicio de cordura en lo más recóndito de su ser que le decía que estuviese tranquilo, y se aferraba a él, pero, ¿y si un día se despertase así sin haberse tomado nada y nunca volviese? Era algo perfectamente posible. La humanidad se había creado un soporte mental cómodo de explicaciones con las que sentirse seguro, pero ahora veía claramente que la humanidad entera estaba construyendo edificios sobre un pantano. Llegó la angustia. Llegó el pánico. Intentó dominar a su mano de goma y guiarla para coger su teléfono móvil, necesitaba un asidero con la realidad que no le proporcionaba ni él mismo ni el tío al otro lado de la mesa que cada vez se alejaba más y más junto a su soliloquio. Pero nada se arregló al coger el móvil. Era un artefacto completamente absurdo, tosco e inútil, con teclas, joder, TECLAS. Se aferró a su miniparcela de cordura cada vez más imbuida en la niebla, no sabía si saldría de esta. Pánico. Intentó escribir un mensaje de auxilio, a ella, necesitaba despedirse antes de que fuese tarde, decirle que la quería, que la necesitaba. La experiencia resultó un completo fracaso. Las letras que, con esfuerzo sobrehumano,

conseguía juntar no tenían sentido ninguno dentro de su nuevo estado mental, visto lo visto decidió llamarla. Ella no contestaba, probó varias veces con el mismo resultado. Ella no contestaba. Eso fue la estocada final, el saber que no había asidero posible, nadie que oyese sus gritos de auxilio, además, sin saber cómo, se había teletransportado y ahora estaba en la calle, en un aparcamiento, puede que encontrase a alguien que le acercase a casa. Hacía frío, se tumbó en la hierba a esperar el final.

Continuó mirando su cuerpo, tumbada, durmiendo. Seguía cachondo pero su propia excitación le provocaba una gran tristeza. Recordaba cómo eran las cosas antes, al principio, al principio no paraban de follar. Ahora toda esa pasión se había diluido en el amor y el cariño. Hacía varios días que no follaban, siempre había alguna excusa, alguna discusión, algo que lo impedía. Recordaba historias de otras personas y no quería que eso le pasase a él, no quería tener que renunciar también a eso. ¿Por qué era tan importante? Si algo le había enseñado el pedo era que nada era importante, solo había vacío. Pero necesitaba sentirse deseado, no podía quitarse la idea de la mente. Todo había cambiado, todo había caído, todo cae, todo se funde en el fango, no somos más que eso, fango. Era preciosa, su cuerpo que ahora le daba la espalda, la silueta que se dibujaba borrosa bajo las sábanas. No tenía ánimos para volver a intentarlo, no soportaría ser rechazado de nuevo. Pero el pensamiento obsesivo continuaba golpeándolo como un furioso martillo, era insoportable.

Se levantó de la cama, su respiración se aceleraba. Miró su cuerpo, tan ajena a todo. ¿Por qué ya no le deseaba? ¿Por qué todo tenía que marchitarse? La obsesión le golpeaba

más y más fuerte, su nariz comenzó a sangrar, su cabeza estaba al borde del colapso. Quería golpearse contra la pared, machacar su cabeza contra ella, hasta que asomase la masa encefálica, abrir una brecha en su cabeza por la que poder escapar, abandonar este mundo de pasiones. Su cabeza vibraba, latía, lo aprisionaba, necesitaba golpearla hasta abrirla, como un viejo cascarón para que, si existía un alma, ésta pudiera abandonarlo y escapar a otro plano, a un más allá, a un mundo tranquilo de almas asexuadas en el que el peso de sus testículos no le anclase con tanta fuerza a esta realidad despreciable.

Volvió a mirarla, era preciosa, seguía deseándola y ese deseo le estaba matando. La sangre de su nariz ya llegaba al labio, la saboreó y supo lo que debía hacerse. Fue a la cocina. Cogió el cuchillo.

Ella se despertó al oír los horribles gritos y alcanzó a ver cómo con el último movimiento él serraba la última porción de carne que la unía a su cuerpo. Pensó que seguía soñando, que era una horrible pesadilla, pero era demasiado real.

—¡Dios mío! ¿Qué haces? ¡Por favor para!

—Te quiero.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

—Solo quería acostarme contigo, como antes, ¿por qué ya no me deseas?

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

—¿Por qué ya no me deseas?

—Cariño, por favor, suelta el cuchillo, por favor.

Él obedeció. El cuchillo cayó al suelo sobre una gran mancha de sangre.

—Nunca te haría daño, solo quería que me desearas como antes.

—¿Pero qué has hecho? Voy a llamar a una ambulancia.

—Solo quería que me desearas... Como antes...

La realidad volvió a derretirse, todo a su alrededor se volvió negro, como cuando haces un fatality.

Se vio arrodillado
en medio de la oscuridad
sobre un charco de sangre
y se quedó ahí,
con su polla ensangrentada
aún palpitante
en la mano,
y algo en el interior de su cabeza
que había hecho
click.

MANTEQUILLA AGRIA SOBRE PAN DURO

Tosí repetidamente a causa del humo. Las imágenes se sucedían ante mí, exactamente como había oído decir que sería.

La cena de Navidad había sido agradable. Siempre resulta agradable ver a la familia, estar todos juntos de nuevo. Madre mía, cómo pasa el tiempo, otro año más. Es cierto eso que dicen de que cuanto más mayor te haces más rápido pasa el tiempo. Cuando era joven un año suponía todo un mundo, incluso un verano era un mundo, tres meses sin clases, conociendo gente y lugares. Recuerdo un verano en que mis padres me llevaron a la playa. Era la primera vez que veía el mar. Me quedé estupefacto, esa enorme cantidad de agua, hasta donde alcanzaba la vista. Había estado en grandes piscinas (una vez casi me ahogué en una), pero eso superaba cualquier cosa que hubiese podido imaginar. Y cómo brillaba... Recuerdo que al principio me quedé sentado en la arena, hipnotizado, asustado por lo imponente de aquello, mirando el brillo caprichoso que formaba el reflejo del sol a lo lejos, las embarcaciones en el horizonte, diminutas a la vista, como si fuesen de juguete. Aquello era demasiado inmenso, demasiado vasto para un niño como yo. Estaba convencido de que si me adentraba ahí la corriente me arrastraría hasta el infinito, separándome para siempre de mis padres, o quizás que algún monstruo marino

desconocido me engulliría sin que nadie se diese cuenta.

Mi madre me animaba a meterme en el agua con ella, decía que no había peligro. La veía a ella zambulléndose, veía a más gente a su alrededor, jugando con balones gigantes, entrando en el agua y volviendo a salir sanos y salvos. Pero yo no me fiaba, esa inmensidad seguro que guardaba terribles criaturas dispuestas a cogerme. Pensaba en un cromo que tenía, era de una colección de cromos sobre monstruos que me encantaba, se pegaba la parte superior del cromo en el álbum y, al levantar este, debajo venía la historia. Esa criatura en concreto se llamaba Kelpie y según su historia habitaba en las aguas y capturaba a los niños despistados, los arrastraba hasta el fondo y allí los devoraba. El cromo era impactante, se veía a la criatura emergiendo de las aguas con sus ojos rojos y su boca babeante llena de dientes afilados, estiraba sus delgados y horribles brazos hacia unos pies de niño (lo sabía por sus zapatillas deportivas) que estaban girados ajenos a todo eso. El Kelpie sin duda habitaba esas aguas. Estaba por ahí, en alguna parte, esperándome. No importaba que toda esa gente se bañara despreocupada, yo no me fiaba, él estaba esperándome a mí. Así que me quedaba sentado en la arena, enredando con mi cubo, mi pala y mi rastrillo, juntando la arena, haciendo castillos y túneles, toda una obra de ingeniería efímera.

Tardé un par de días en reunir el valor necesario para meterme por completo en el agua. Lo hice poco a poco, sujetándome a los brazos de mi madre por si venía el Kelpie a cogerme. Esa agua no era como la de las piscinas, era agua salada, una novedad para mí, te dejaba el pelo y el cuerpo cubiertos de una especie de arenilla que escocía un montón. Además esa agua se movía de forma caprichosa, te zarandeaba, no estaba quieta como la de las piscinas. El fondo también era muy diferente, no era un sólido y

uniforme bloque, era arena caprichosa en la que te hundías. Todo ello daba una sensación de absoluta inestabilidad que no me gustaba para nada. Una vez superado el impacto inicial empecé a acostumbrarme a todas esas novedades y le fui cogiendo el gustillo al mar, no se veía al Kelpie por ninguna parte así que empecé a nadar y bucear sin preocuparme ya de estar cerca de mamá.

Una cosa que descubrí me gustaba mucho era luchar contra las olas, sentarme a la orilla donde rompían y dejar que me arrastrasen. Me hacía mucha gracia, las veía venir a por mí, entonces apretaba los ojos y me agarraba al fondo y ellas chocaban contra mí, embistiéndome, luego venía el caos, me arrastraban, me giraban, me zarandeaban como a un muñeco de trapo, yo tragaba agua, con su horrible sabor a sal. Era un instante muy emocionante, me levantaba riendo, con el pelo alborotado, y me volvía a sentar esperando una nueva embestida, era fabuloso.

Sin duda la revolución vino cuando convencí a papá para que me comprase unas enormes gafas de bucear. Se me pegaban al rostro como una ventosa. Cuando me sumergí con ellas un nuevo mundo apareció ante mis ojos, veía con claridad la arena del fondo, las algas, pececillos plateados, las piernas de la gente... Ahí abajo todo parecía más tranquilo, los movimientos eran más lentos, el sonido más suave, era fabuloso, y lo mejor de todo, ni rastro del Kelpie. Me pasaba horas sumergido observando todo aquello, intentaba cazar peces con una bolsa de plástico, encontraba conchas de colores, piedras de diversas formas, una vez incluso encontré una moneda de otro país.

Aquel viaje duró solo una semana pero a mí me parecieron meses, todo el día sumergido, explorando, las tardes con mis padres de paseo por la costa, mirando puestos, artistas ambulantes, comiendo helados... Es

increíble, ahora acude todo a mi mente como si estuviese allí de nuevo, puedo sentir el aire fresco del mar llenándome los pulmones.

Me arrepiento de no haber ido más al mar, me arrepiento de haber perdido esa inocencia.

Vuelvo a toser por culpa del humo, empiezo a notar un gran calor en la cara.

Sin duda aquello era la felicidad, ahora al verlo de nuevo tan claro lo sé.

Mis padres han muerto hace mucho y los recuerdo con cariño, me pregunto si los veré de nuevo. Los misterios están a punto de resolverse.

Mi mente viaja de nuevo, a la última cena de Navidad. Ahora el tiempo pasa veloz, ya no es como en la infancia, ya no me queda nada por hacer. Me asombro de lo grande que está mi nieta, es ya toda una mujercita, con su extravagante indumentaria, toda vestida de negro, con sus anillos, sus pulseras de pinchos, los ojos pintados... La pequeña Vanessa, parece que fue ayer cuando me la enseñaron recién nacida, tan pequeña y rosada. Ahora está ahí discutiendo con su madre, está tan mayor, y está tan guapa. Según he oído es toda una rebelde, supongo que por la edad, todos hemos sido rebeldes a su edad, creyendo saberlo todo. Que equivocada está... Pero ya se dará cuenta, todos acabamos dándonos cuenta, casi siempre por las malas, pero así es el viaje.

Cenamos abundantemente: sopa de marisco, gambas, platos rebosantes de jamón, quesos, un exquisito redondo relleno, vino... Como hasta que no puedo más. Hay que reconocer que mi hija es una gran cocinera. Hacía exactamente un año que no comía tan bien, este festival de sabores, tan distintos de la repetitiva e insípida comida del asilo. Recuerdo cada momento con ellos.

Reparten los regalos, los niños alucinan con sus videojuegos, a mí me han regalado un jersey de color verde y una boina nueva. Hay algún momento de tensión entre ellos, discuten por tonterías. Yo disfruto de cada momento con mi familia, aunque discutan, se les echa de menos las frías y solitarias noches allí en la residencia, todo se aprecia mucho más cuando se sale de esta rueda de monotonía en la que se convierte la vejez. No puedo reprocharles que me metieran en ese sitio, yo ya soy un viejo, necesito atenciones que no pueden prestarme. La situación económica es precaria, ha subido todo tanto de precio, tienen que hacer malabarismos para llevar su vida familiar de una forma normal, no necesitan estar cuidando de mí.

Recuerdo que cuando era joven conseguí criar a mis dos hijos solo con mi trabajo, compré una casa y mi amada Belén se encargaba de la casa y los niños. No vivíamos mal, nunca nos faltó de nada. Pero ahora tienen que trabajar todos y ni siquiera han podido comprarse una casa propia. Yo no puedo ayudarles con mi ridícula pensión, así que por lo menos estando allí no les doy más trabajo, lo malo es que la residencia es tan deprimente, es la antesala de la muerte.

Estoy muy cansado, he bebido mucho vino y me encuentro agotado. Me retiro a dormir y los dejo charlando airadamente sobre política. Vanessa se va, ha quedado con sus amigas, creo que van a un concierto, espero que se cuide, el mundo está lleno de locos.

Tras ese pequeño paréntesis de las fiestas nos toca a todos volver a la realidad. Me despido de todos, mi hija llora y promete que intentará ir a verme más. Sé que miente pero no se lo digo, bastante tiene ya. Vanessa me da un beso “hasta luego abuelo, cuídate”. Está preciosa esta niña, aún con ese maquillaje de muerto que se pone. Mi cuñado me acompaña hasta la estación y allí cojo mi autobús.

Bueno, se acabaron mis pequeñas vacaciones, un año más, un año menos. Me siento débil. Con lo que yo he sido... Hubo un tiempo que era capaz de levantar 250 kilos en el press de banca. Ahora casi no puedo levantar mi cuerpo para ir de un sitio a otro.

Sí, yo fui un culturista famoso. Nuevamente lo veo todo como si fuese ayer. Es fantástico, ahí estoy yo, con mis compañeros del gimnasio. Noto la tensión por el esfuerzo, la congestión muscular era mi droga, me sentía estupendamente notando mis músculos a punto de estallar. Percibo nuevamente el sudor resbalando por mi cuerpo hinchado. Qué gran sensación, casi la había olvidado. Tenía contratos con empresas de suplementos y publicaciones del sector, en mis años buenos ocupaba la portada de Musclemag un mes sí y otro también.

Empecé con ello a los 17 años. Yo era un chico muy delgado y tímido, no era el chico del que todos se burlaban, pero tampoco era popular. Era deportista, me encantaban el fútbol y el baloncesto, mi historia es la misma de tantos otros. Había una chica en mi clase, Laura, me tenía fascinado, me pasaba las clases mirándola hipnotizado, cada vez que se apartaba de la cara su largo pelo negro o mordisqueaba el lápiz yo me elevaba en mi pupitre suspirando. Nunca me atreví a decirle lo que sentía, lo ensayé mil veces ante el espejo, pero nunca me atreví a ponerlo en práctica, supongo que me aterraba el fracaso, hasta que pasó lo que tenía que pasar. Un día al salir de clase la vi agarrada del brazo de otro chico. Mi pulso comenzó a acelerarse, se me anudó el estómago y me quedé paralizado. Ellos no repararon en mí, yo estaba inerte, observando la escena de lejos. Hablaban y reían, me preguntaba qué estarían diciéndose, me moría por saberlo. Entonces el chico se inclinó hacia ella y comenzó a besarla. Esa imagen se

clavó en mi corazón como un certero disparo. Estuvieron así unos segundos, luego se sonrieron, se dijeron algo y se alejaron cogidos de la mano. Yo me quedé allí petrificado, nunca había sentido algo así, era una mezcla intensísima de miedo, decepción y profunda tristeza. Giré un par de veces sobre mí mismo, no sabía qué hacer ni a donde ir, las lágrimas asomaban a mis mejillas.

Dios, casi lo había olvidado. Pero ahora nuevamente lo siento, vuelvo a sentir ese vacío en mi interior. Vuelvo a verlos cogidos de la mano alejándose, dejándome aquí, en medio de las llamas.

Toso nuevamente, las llamas se acercan, las lágrimas asoman.

Recuerdo que cuando reuní las fuerzas para irme a casa no podía levantar la vista del suelo, la imagen de Laura con aquel chico me bombardeaba y pesaba mucho más que la mochila cargada de libros sobre mi hombro. Cuando llegué a casa dejé las cosas tiradas en la habitación y me encerré a llorar en el baño, estaba tan triste... Mi primera gran decepción. Podría parecer algo trivial ahora, pero fue el primer golpe serio que me propinó la vida. Me levanté empapado en lágrimas y me miré en el espejo: mi cuerpo delgaducho, mi acné... Sentí repugnancia hacia mí mismo e incluso sopese la idea del suicidio, no me quitaba la imagen de aquel chico, ¿por qué él? ¿Por qué él? No me costó adivinarlo mientras me miraba, él era un chico mayor, fuerte, apuesto, rubio... Ese día no me suicidé, pero algo murió dentro de mí, por suerte también nació algo, algo que acabaría siendo muy importante.

Poco después me apunté a un gimnasio. A mis padres les entusiasmó la idea y pagaron gustosos la cuota mensual. Yo tenía claro el objetivo: se acabó ser el tirillas, se acabó.

Estaba asustado cuando entré allí por primera vez, veía

chicos enormes, inflados como globos, manejando inmensas mancuernas y poleas, sudando y gimiendo, a punto estuve de salir corriendo pero la despampanante chica de recepción me abordó dándome la bienvenida, acto seguido me condujo al interior y me presentó a un gigante.

—Sergey, este chico es nuevo, enséñale todo esto.

Me miró de arriba a abajo, era consciente de que había mucho por hacer. Me estrechó su enorme mano sin sonreír. Era un tipo enorme que intimidaba, miraras donde miraras veías venas y masa, me impresionó mucho, era lo que yo quería conseguir.

—Fien chico, famos a calentarr un poco en la bisí — gruñó Sergey con su marcado acento del este—. Quinse minutos aquí. Esta tecla controla la intensitat, si te cuesta bájala un poco. Famos, empiesa, luego fengo porr ti.

Empecé a pedalear y al cabo de un rato ya estaba totalmente empapado en sudor. Sergey regresó pasados los quince minutos y lo que se encontró fue un saco de huesos mojado y jadeante.

—Jajajaja, muy fien chico. Famos a máquina de pecho.

Hicimos un circuito de máquinas. Cada una trabajaba un grupo muscular: pecho, espalda, hombros, bíceps, tríceps y pierna. Sergey me explicaba el funcionamiento, elegía un peso ridículo y vigilaba mi ejecución. Aquello era una auténtica tortura, sentía mi cuerpo a punto de reventar, quería largarme de allí pero no me atrevía a contrariar a Sergey.

—Famos, un poco más. ¡Famos, un poco más!

Al terminar estaba agotado, no podía ni levantar los brazos para secarme el sudor, solo pensaba en largarme de allí y no volver jamás. Por fin la tortura acabó.

—Muy fien chico, ahorra a la ducha y mañana más.

Estreché su mano y bajé a los vestuarios. En los vestuarios había más gente, me avergoncé de mi cuerpo

al desnudarme frente al resto de colosos y me metí de forma apresurada en la ducha, sorprendentemente cuando el agua empezó a caer sobre mi pequeño cuerpo me sentí estupendamente, una gran sensación de paz y bienestar me invadió, estaba orgulloso de mí mismo y por primera vez pensé en volver al día siguiente.

Al llegar a casa comí como un animal. Mi madre estaba sorprendida de mi voracidad. Aquella noche dormí como un angelito.

Al día siguiente no volví. Estaba plagado de agujetas, cada ligero movimiento suponía un enorme esfuerzo, nunca me había sentido así, era horrible. No obstante volví al día siguiente, y allí seguía Sergey.

—¿Qué pasó ayerr?

—Tenía agujetas, no podía ni moverme.

—Ah, fien, eso es trabajo fien hecho. Ahora famos a correr en bisi.

Los días fueron pasando y cada vez me costaba menos. Al cabo de dos meses empecé a notar grandes avances. Estaba entusiasmado, engordé rápidamente y mi motivación estaba por las nubes, empecé a comprarme revistas de culturismo que devoraba, mi preferida era Musclemag, la leía de cabo a rabo hipnotizado por las fotos de gente como Lee Priest o Fouad Abiad que se convirtieron en mis ídolos. Quería entrenar más, más duro, me sentía con fuerzas para todo, pero Sergey no me dejaba.

—Descanso es imporrtante, no tienes que sobreentrenarr.

Según pasaban los meses mi cambio físico se hizo evidente para familia y amigos, realizaban comentarios al respecto y eso me motivaba aún más. Tres años después todo era distinto del día en que entré asustado por primera vez al gimnasio, había engordado nada menos que 35 kilos y tenía unos músculos definidos y proporcionados. Estaba

totalmente obsesionado, me encantaba estar allí. Pasaba la tarde, entrenaba, conversaba con los compañeros y comentaba con Sergey las publicaciones y vídeos culturistas. Era mi nuevo mundo.

Me presenté a mi primer concurso regional y lo gané. Lo que empezó como un impulso rabioso ante el rechazo de aquella chica del colegio se convirtió en mi vocación y, por supuesto, las chicas al final llegaron. Yo era un adolescente inquieto, había descubierto lo que era la autoestima y ansiaba que llegara el verano para lucir mi cuerpo. Notaba las miradas y me sentía orgulloso, y no me resultaba nada difícil engatusar a las chicas de clase con mi imponente físico, fueron buenos tiempos.

Empecé a presentarme a concursos nacionales pero nunca superaba el cuarto o quinto puesto. Necesitaba más masa, más volumen, pero no sabía cómo conseguirlo. Los rápidos avances del principio se habían moderado, ahora cada centímetro de más exigía un titánico esfuerzo. Fue entonces cuando Paco, un compañero del gimnasio, me habló de los esteroides. Según él había empezado a tomarlos hacía unos meses y estaba consiguiendo grandes avances, yo tomaba algún suplemento, batidos proteicos, creatina y todo eso, pero aquello eran palabras mayores. Cuando volví a quedar quinto en un concurso nacional decidí probar.

Paco conseguía las sustancias de un compañero que nunca me quiso presentar. Empecé a tomar hormona de crecimiento y demás sustancias y, como si volviera a los principios, los rápidos avances regresaron. Gané varios concursos nacionales y empecé a presentarme a los internacionales. Empezaron a llegar patrocinadores, firmé varios contratos con empresas de suplementación y de ropa deportiva, las revistas empezaron a entrevistarme y fotografiarme, me preguntaban por mis métodos y rutinas, por supuesto nunca mencionaba los esteroides.

Con 27 años gané mi primera competición internacional y me dieron el carnet de culturista profesional. Siguieron más y más victorias, ahora era un verdadero culturista, daba seminarios y vivía de mi afición. Los reconocimientos se sucedieron, la gente me reconocía, acudía a convenciones, veía mi cuerpo en los kioscos... Estaba en la cima. También consumía cada vez más sustancia prohibidas.

Intento levantarme pero no puedo. El humo me impide ver. Estoy mareado, toso, el calor es cada vez más intenso.

Estaba en Las Vegas. Era el certamen más importante de la temporada, si lo ganaba sería el mejor culturista del mundo. Tenía posibilidades, estaba convencido de poder hacerlo, aunque no era fácil mi motivación era total. Allí estábamos los mejores del mundo, todo nuestro esfuerzo a lo largo del año era solo para ese día, de allí saldría el rey de reyes: uno de nosotros ocuparía todas las portadas de las revistas, uno de nosotros se llevaría todo el reconocimiento de la industria, por no hablar del bonito trofeo y el jugoso cheque. Aaron Tyler era el hombre a batir. Llevaba ganando el certamen tres años seguidos y todos le admirábamos y envidiábamos. Pero la industria estaba cambiando, los grandes mastodontes habían alejado al gran público del culturismo, todos esos enormes paquidermos que apenas podían moverse provocaban más repugnancia que admiración en el público en general, y se rumoreaba que los jueces buscaban dar un giro este año, premiando más la estética y la proporción que la pura masa para así atraer de nuevo al gran público a este deporte, se quería volver a los años dorados, a la época de Labrada o Schwarzenegger. Estaba claro que el culturismo se había desmadrado por completo, y en un panorama de cambio el gigante de Tyler no tenía nada que hacer. En cambio yo podía ser el relevo, la nueva cara, el nuevo patrón, el modelo a seguir. Era un rumor que corría de boca en boca por todo el recinto.

No estaba nervioso. Había trabajado duramente todo el año y me encontraba en mi mejor forma, si los rumores eran ciertos yo sería el nuevo campeón, lo sabía. Sergey, mi fiel amigo, no paraba de repetírmelo, la hora de mi reinado estaba cerca. Calenté un poco para aliviar la tensión, press por encima de la cabeza y unos fondos, me examiné en el espejo y respiré profundamente, la suerte estaba echada.

Me senté y Víctor, mi mánager y asistente, comenzó a aplicarme el aceite. En ese instante empecé a sentirme mal. Me mareaba, estaba a punto de vomitar.

—¿Te ocurre algo?

—Nada, un ligero mareo.

Respiré profundamente, me faltaba el aire, me encontraba cansado. Me vino una arcada y me coloqué la mano en la boca, tosí y pude ver que en mi mano había sangre y espuma. Me levanté sorprendido, derramando el aceite que Víctor me estaba aplicando, comencé a caminar confundido, no sabía qué pasaba.

—¿Qué te pasa? ¿qué te pasa?

—Nada, nada... Estoy... Bien...

Di un par de pasos y me derrumbé. Ahora, al igual que entonces, noto el sabor metálico de la sangre en mi boca.

Me desperté en un hospital. Estaba postrado en una cama, con tubos saliendo de mi cuerpo. Tenía una mascarilla en la boca, estaba confuso, intenté incorporarme pero no pude porque estaba atado a la cama.

—¡Ha despertado!

Un tipo con bata blanca se acercó a mí y me quitó la mascarilla.

—Buenos días, tranquilo, has estado inconsciente bastante tiempo. Estás en el hospital, has sufrido un fallo cardíaco por congestión y hemos tenido que realizarte un triple bypass. Casi no lo cuentas amigo, pero ahora estás bien.

Nunca olvidaré esas palabras, estaba drogado y débil, completamente desorientado, pero sabía exactamente lo que significaban, pude interpretarlas a la perfección: todo había acabado.

Recibí multitud de visitas el tiempo que estuve allí, todos mis compañeros, mis padres, incluso el gran Aaron Tyler vino a verme y mostrarme su apoyo, los periodistas se agolpaban a la puerta pero yo no quería hablar con ellos. El médico lo dejó claro, se acabó el culturismo, mi corazón funcionaba al 25% y estaba vivo de milagro. Lloré como no había llorado desde que vi a Laura alejarse con aquel chico tanto tiempo atrás.

Fue quizás el peor momento de mi vida. Toda mi realidad se había derrumbado, como los castillos de arena que hacía en la playa de pequeño. Volví a pensar en suicidarme, ya no tenía nada que hacer, todo había acabado.

Entonces, allí postrado, hundido en mi agonía, conocí a la persona que me devolvería a la vida. Se llamaba Belén, era enfermera y acabó convirtiéndose en mi apoyo en esos duros momentos. Hablaba con ella todas las noches, es curioso cómo a veces puedes abrir tu corazón más fácilmente a un desconocido que a la gente más cercana, le contaba todas mis inquietudes sobre el futuro que me esperaba, incluso le hablé de mis intenciones de acabar con todo, ella me animó a no hacerlo y seguir adelante. Cuando me dieron el alta continuamos charlando, primero por teléfono y mail y luego en persona.

Había estado con muchas chicas debido a mi físico y mi fama, pero nunca me enamoré verdaderamente, quizás el dolor que sentí de pequeño con Laura me imposibilitó a ello creándome una coraza, no lo sé, quizás nunca encontré a la adecuada, pero lo que sentía ahora con Belén era totalmente nuevo, muy profundo. Ahora, con un corazón

que funcionaba a un 25%, estaba experimentando por primera vez el amor. Recuerdo nuestro primer beso en aquel restaurante italiano del centro. Vuelvo a saborear sus dulces labios tras todos estos años y ahora, a punto de ser consumido por las llamas, vuelvo a esbozar una sonrisa ante la certidumbre de que volveré a estar con ella pronto, de que volveré a ver a mi amada.

No pude volver a hacer pesas y me sorprendió cómo mi increíble musculatura dio paso a un físico común en un tiempo asombrosamente breve. Me entristecía mucho, pero allí estaba Belén para apoyarme, “cumpliste tu sueño, fuiste el mejor. Aunque ahora lo hayas perdido al menos lo tuviste un rato. Siéntete orgulloso, es más de lo que mucha gente logra”, eso solía decirme, y consiguió convencerme de ello. Nos acabamos casando y tuvimos dos preciosos hijos. Después del infierno que pasé ahora la vida me brindaba toda esa dicha.

Con el dinero que tenía ahorrado abrí un pequeño gimnasio. Sonreía cada vez que un nuevo joven flacucho se apuntaba por primera vez, el círculo se había cerrado. Asesoraba lo mejor posible a mis clientes y escribí un par de artículos en las revistas advirtiendo del peligro de ciertas sustancias. No es bueno obsesionarse tanto con algo, ahora lo sé.

Mis hijos crecieron sanos y fuertes. Intenté darles todo mi amor, educarles lo mejor posible y hacer de ellos personas de bien. Hubo discusiones, claro, sobre todo durante su adolescencia, pero creo que lo hice bien y sé que me quieren. Sé que llorarán cuando descubran lo que ha pasado, al igual que lloré yo cuando el cáncer se llevó a mi amada. Pero así es la vida, todos nos iremos tarde o temprano dejando nuestro lugar a otros. Yo me he ido tarde, ojalá hubiese sido bajo otras circunstancias, pero no puedo quejarme. Ha sido todo un viaje.

Ya no veo nada. Las llamas me cercan, pero no siento dolor alguno, mi mente sigue viajando.

El siguiente recuerdo es cercano. El viaje acaba, salgo del autobús y camino hacia la residencia. Felicito a todos el nuevo año. Sí, este sitio puede ser deprimente, con sus paredes desconchadas y ese extraño olor en el ambiente, pero aquí también aquí he conocido a gente amable, como Manuel o Sergio, con los que paso el tiempo viendo deportes en la sala de la tele o jugando a las cartas. Son buena gente. Manuel esta aquí igual que yo, por no dar más trabajo a su familia a la que adora. La historia de Sergio es algo más triste. Nunca tuvo familia, se crió en un orfanato. Tiene una ligera deficiencia mental, quizás por eso le abandonaron al nacer. El estado ha cuidado de él y su vida siempre ha transcurrido en residencias y sitios similares. Nunca ha tenido familia, ni sueños que llegasen a realizarse. No ha viajado, ni tiene historias que contar. Pero a pesar de todo siempre está alegre. Hace que me avergüence de mí mismo cuando me deprimó. Nadie ha tenido una vida más dura que la de él y no obstante nunca está triste. Un gran hombre, espero que los cielos le otorguen lo que merece.

Elena me abraza de forma cariñosa y me felicita el año. Elena es una de las cuidadoras, la más amable. Siempre nos trata con cariño, lo cual no es fácil cuando tratas con viejos cagones y seniles como nosotros. Nos trae galletas, leche y diversas chucherías de su casa para animarnos ya que el dueño de este sitio lo raciona todo como si fuese un campo de concentración. Maldito bastardo, con la de dinero que ganará a nuestra costa... Supongo que algún día pagará. El tiempo siempre pone todo en su lugar, aunque a veces cueste verlo, sobre todo en los momentos duros, pero la realidad sigue un patrón determinado. Ahora lo veo, al ser testigo de mi vida entera en un instante puedo

ver claramente las conexiones, es algo de lo que solo eres consciente al final, pero está ahí.

En la residencia también hay algunas figuras siniestras, ya he mencionado al dueño, todo un nazi, también está Elsi, otra cuidadora, una auténtica bruja, siempre nos trata mal, nos insulta, nos zarandea. Sé que podemos llegar a ser muy pesados, algunos de nosotros tenemos alzheimer y otras enfermedades mentales, nos cagamos y hay que limpiarnos, tiramos las cosas... Sé que somos un incordio, como bebés gigantes y arrugados, pero no es razón para los modos de los que hace gala esa bruja, seguimos siendo personas, a veces suelta perlas del tipo “malditos viejos, ¿cuando se morirán?” como si no estuviésemos ahí, algunos de nosotros aún entendemos bien las palabras y nos duele. Pero bueno, ella sabrá como conducir su vida, bien es sabido que el odio solo alimenta al odio.

Casi todos los internos me caen bien. Algunos no hablan nada pero tampoco molestan. El único que me pone un poco nervioso es Isaías. Siempre está en un rincón solo, mirando a su alrededor con odio. Su aspecto es siniestro, con pelos de loco, huesudo y de mirada increíblemente penetrante. Suele tener cerillas que enciende y mira fijamente, siempre he creído que deberían quitárselas, puede ser peligroso, pero es lo único que tiene, todos en la locura necesitamos fijar la mente en algo, supongo.

Subo a la segunda planta y entro en la habitación de Inés. Es una interna que me cae especialmente bien, no sé por qué ya que su conversación carece completamente de sentido. Su habitación es una especie de santuario, le encantan los motivos religiosos y las paredes están llenas de vírgenes, santos y crucifijos, se respira paz allí, es difícil de explicar. Ella esta postrada en la cama, nunca se levanta, supongo que no le queda mucho, su mente ya no funciona

en absoluto pero conserva unos ojos llenos de vida. Debíó de ser muy guapa en su juventud, una cosa que me llamó mucho la atención de ella cuando la vi es que tiene los ojos tatuados, como si los tuviese pintados con kohl, también tiene tatuada una cruz en el brazo con las iniciales “ V.M.”. Seguro que ha sido una persona bohemia, seguramente fuese artista, por alguna razón intuyo que se dedicaba a la música. ¿Quién sabe? Ojalá su mente funcionara, debe estar llena de historias interesantes. Sonríe al verme.

—Hola Inés. Feliz año nuevo.

—Ay sí, muy buenos días. El pájaro de fuera me comentó lo de la reunión, una gran fiesta, todo era blanco.

Beso su frente y acaricio su escaso pelo. Me mira y sonrío.

—Te he traído un regalito.

Saco de mi bolsillo dos pequeñas postales que había por casa, unas fotos del Cristo de la Agonía.

*No me tienes que dar porque te quiera;
pues, aunque lo que espero no esperare,
lo mismo que te quiero, te quisiera.*

Los ojos de Inés se iluminan al verlas y besa apasionadamente las fotografías. Mi relación con la iglesia no es buena, soy una persona espiritual, pero no me gusta la institución, no obstante me conmuevo profundamente al ver su alegría, y eso significa algo.

—Oh, Jesús. El Señor... Gracias, muchas gracias. Yo... Te recompensaré. Sí, te daré del patrimonio. El escorial es mío, ¿lo sabías? Te dejaré coger lo que quieras del patrimonio, la máscara gris que me miró lo sabe, y él lo vio. Y mañana lo veremos, los dos veremos.

—Bien, bien. No te preocupes, ahora descansa Inés.

—Mañana lo veremos.

El siguiente recuerdo que me invade es de hace escasos minutos. Sé que el viaje llega a su fin, ya no toso, ni siquiera sé si respiro.

Me levanto extrañado, me escuecen los ojos, todo está lleno de humo. Intento orientarme pero no veo nada. Hace mucho calor, oigo gritos abajo. Salgo de la habitación, todo está lleno de humo. Veo las llamas. Un incendio, es un incendio, nos quemamos. No sé qué hacer, estoy asustado y confuso, me tapo la boca e intento llegar a las escaleras. Bajo de prisa, los ojos llenos de lágrimas, oigo gritos abajo, gritos agónicos de hombre “¡¡me quemo, me quemo!!” Un chillido y la voz cesa. No sé qué hacer, no puedo bajar por ahí, la escalera está en llamas, lo intento por otro lado, veo la puerta de la habitación de Inés al fondo, intento correr hasta ahí pero mis viejas piernas no dan mucho de sí, ¡maldita sea! Llego a su puerta, la abro, está despierta, sentada en la cama mirando la pared, no grita, las llamas empiezan a comerse sus estampitas, las vírgenes y santos se retuercen, gimen, parecen gritar mientras se transforman en ceniza. Me acerco a la cama e intento levantarla.

—Vamos Inés, vamos, tengo que sacarte de aquí.

—Ya viene, mis niños, el gato, ya no llora, hace años fue hoy.

Recuerdo mi pasado culturista y llamo a mis músculos para que den todo de sí, pero no puedo, ambos caemos al suelo. El techo se resquebraja, oigo un ruido ensordecedor, el techo se desploma sobre las piernas de Inés, yo miro asombrado cómo empiezan a comérsela las llamas, estoy en shock, petrificado, ella no grita.

—Me voy, luego nos vemos, después de los años, en el mar.

El techo se desploma. Ya no la veo bajo los escombros, no sé qué hacer, las llamas están por todas partes, ya no hay puerta. Sé que no saldré de aquí, el humo es muy denso, pienso en mi familia, en lo mucho que los quiero, a todos

y cada uno de ellos, pienso en el mar, en lo mucho que me arrepiento de no haber ido más, toso sin cesar, me entran arcadas, me desvanezco, estoy en el suelo, las llamas me rodean.

Vuelvo a ser pequeño, huelo la brisa. Estoy sentado en la arena, riendo, el pelo alborotado. Veo la ola viniendo hacia mí. Me río, aprieto las manos y cierro los ojos esperando la embestida, que me lleve donde quiera.

GOTH TEEN

1.

Era el colofón perfecto para uno de los años más intensos de su vida.

Vanessa estaba sentada frente a su espejo. Era un espejo con historia, anteriormente había sido de su abuela. ¿Cuántas cosas habría visto ese espejo? ¿Cuántas confesiones habría oído? Ella misma había estado frente a él muchas veces, contándole sus secretos a la imagen reflejada. El espejo se había convertido con el paso de los años en un pequeño santuario, crecía como si fuera un ser vivo, alguna especie de planta. Alrededor de él Vanessa había ido colocando diversos recuerdos: fotos de sus amigos, familiares, mascotas, recortes de revistas, papeles con poemas o dedicatorias, muñequitos... En fin, todo un collage que servía de marco para su imagen en el centro. En ese espejo se resumía su vida. Al mirarse fijamente el pasado y el presente se fundían. Giró la cabeza a un lado, luego al otro, analizando su aspecto. Finalmente se acercó y abrió todo lo que pudo el ojo derecho, y con la mano extendió otra capa de kohl negro alrededor. Seguidamente hizo lo mismo con el otro ojo y volvió a mirarse.

Por fin había llegado el gran día. Llevaba meses esperando, llevaba años esperando, pero por fin había llegado. Todo llega. Tarde o temprano todo llega. Extendió la mano y cogió un trozo de papel embutido entre dos fotos situado al lado derecho del espejo. Era el pasaporte al paraíso. ¿Cómo un simple trozo de papel podía albergar tantas esperanzas, tantos sueños? Una vez más repasó lo que ponía en él, había memorizado cada una de sus letras, cada curva en la grafía del logo, cada matiz, cada centímetro del dibujo.

XIMERA. JUEVES 19 DE NOVIEMBRE. SALA LEVIATÁN. Apertura de puertas: 20:45. Artista invitado: 21:45. Ximera: 23:00. ENTRADA GENERAL.

Ya está, se acabó la espera. Llevaba meses mirando la entrada a diario, contando los días restantes. La cuenta finalmente había llegado a cero, ese día era hoy. Apoyó la entrada en la mesita frente a ella, delicadamente, como si fuese de cristal. Volvió a mirarse en el espejo, giró la cabeza a un lado, luego al otro, “¡perfecto!”. Seguidamente abrió uno de los cajones de la mesita, sacó un collar de perro con pinchos y se lo puso al cuello, era una perra. Del mismo cajón sacó unos largos guantes de rejilla, los colocó en sus brazos y volvió a mirarse. Sí, era toda una perra. Sonrió maliciosamente. Se veía preciosa y, a su manera, desde luego lo era. “Bueno, y ahora el toque final” se dijo mientras desenroscaba el tapón de su pintura de uñas Black Diamond. Apoyó la mano en la mesita y comenzó a pintarse el índice de la mano izquierda con delicadeza. La mesita también estaba plagada de recortes y fotos varias, reparó en una en particular. Entonces dejó de pintarse las uñas y clavó su mirada en esa foto. No pudo evitar que le afectaran los recuerdos, aún estaba reciente, solo habían pasado dos

meses desde que rompieron. Acercó el rostro a la mesa para ver la foto más de cerca. Era una foto pequeña, de un fotomatón, hecha al principio de su relación, cuando todo era perfecto, de hecho fue la primera foto que se hicieron juntos, y la única que ella conservaba de él.

Cuando pasó aquello y todo se fue a la mierda arrancó del espejo todas las fotos en las que él aparecía, las puso todas juntas y las quemó presa de la rabia. Pero esta foto en particular quiso conservarla, estaba bien querer enterrar el pasado pero también debería haber algo que le recordara que aquello sucedió, que no fue solo un mal sueño. Tenía sentido que ese fuese el único recuerdo de su relación, la primera foto de ellos juntos, tan felices, tan ingenuos...

Alejandro.

Nunca pensó que un nombre tan común algún día le haría estremecerse tanto, que un nombre tan común soportara ahora una carga tan inmensa.

Alejandro. “¡Maldito sea ese nombre!”

Lo echaba de menos. Seguía echándole de menos cada día, aunque se hubiese portado como un hijo de puta. Quizás fuese un hijo de puta pero, le había enseñado tantas cosas... Eso era innegable, sin su influencia seguramente ella sería una persona muy distinta.

2.

Vanessa comenzó a interesarse por la música a los trece años. Siempre había sido una chica un poco rarita que disfrutaba más del tiempo estando sola. En el patio del

colegio, mientras el resto de chicas se reunían para jugar a la comba, se recostaba contra una pared alejada, sacaba su cuaderno y se ponía a dibujar. Dibujaba personajes fantásticos, de proporciones irreales, en posturas imposibles. Dibujaba calaveras aladas, mariposas de fuego y cosas igualmente inverosímiles. Y así pasaba el tiempo, disfrutando únicamente de la compañía de sus extravagantes dibujos.

Un día en el patio un chico se le acercó. Ella estaba con la cabeza hundida en su cuaderno, como siempre.

—Hola, ¿qué dibujas?

Cuando levantó la cabeza no pudo creérselo y tardó un rato en reaccionar, era Carlos. Carlos también era algo raro, tenía un año y medio más que ella y estaba un curso por delante, y en el cole eso parecía bastante. A ella siempre le había llamado la atención porque no era como los demás, no se pasaba el día chinchando a las chicas poniendo chicles en su pelo o lanzando escupitajos, tampoco se le veía nunca en el patio jugando al fútbol o al baloncesto. Casi siempre estaba solo, apoyado en algún rincón mirando al infinito, con unos auriculares en los oídos que le servían de barrera existencial contra el mundo exterior. En el patio ella muchas veces se había dedicado a espiarle, observando en silencio todos sus movimientos. Se sentaba en algún sitio y se comía su bocadillo tranquilamente, en silencio, siempre solo. De repente se levantaba, sacaba su enorme walkman del bolsillo, lo abría, daba la vuelta a la cinta y volvía a sentarse. Y así se quedaba hasta que sonaba el timbre para volver a clase. A ella ese comportamiento le parecía muy curioso, ¿qué estaría oyendo todo el rato en esos cascos? Se sentía atraída, sentía una gran curiosidad ya que intuía que eran personas parecidas a las que no parecía importarles lo más mínimo el mundo real, como dos pequeñas barcas zarandeándose en un mundo devastado por el diluvio. Alguna vez pensó en

decirle algo pero ella era una chica tremendamente tímida y él estaba rodeado de un aura de impenetrabilidad absoluta. Carlos, por su parte, se encontraba en una situación similar, sentía curiosidad por esa extraña niña que se pasaba los recreos ensimismada en su cuaderno, ¿qué plasmaría allí, en ese cuaderno? ¿Acaso no escribía ya lo bastante en clase? Nadie salía al recreo con un cuaderno. Pensaba en ello día tras día y, finalmente, su curiosidad fue tan grande que decidió acercarse a investigar. Ella no lo vio llegar, y él notó que la había asustado con su repentina presencia.

—¿Eh?

—Te he preguntado qué haces.

—¿Eh?.. Nada... Cosas.

—Ya pero, ¿qué cosas?

—Tonterías.

—¿Puedo verlo?

—Bueno, pero no te va a gustar.

Vanessa dejó el cuaderno a Carlos y observó atentamente como este lo abría y pasaba su mirada por las páginas, escudriñando cada leve cambio en su expresión. Estaba asustada, nadie veía nunca sus dibujos y estaba convencida de que él pensaría que eran malos y que estaba loca.

—Jajaja, vaya, este es muy bueno.

—¿En serio?

—Sí... Y este.

—Gracias.

Carlos recorrió todas las hojas con atención. A veces se detenía en alguna en particular y esbozaba una sonrisa. Vanessa se sentía cada vez más feliz, menos insegura de sí misma.

—Vaya, dibujas muy bien, ojalá supiera dibujar yo así.

—Muchas gracias. Es sólo práctica, si quieres te enseño.

—Eso sería guay

—Jajajaja.

—Me gustan tus dibujos porque son muy tétricos. A mi también me gustan mucho los monstruos y todas las cosas deformes y raras.

—Sí, lo sé, me he fijado en tu camiseta. Mi madre nunca me dejaría llevar una camiseta así.

Carlos llevaba una camiseta de Metallica, con uno de esos dibujos de calaveras tan característicos del estilo de Pushead.

—¿Te gustan Metallica?

—No lo sé, nunca los he oído, no escucho música.

—Eso no puede ser, tienes que oírlos.

Carlos metió la mano en su cazadora y sacó el walkman, extrajo la cinta que había dentro y luego de otro bolsillo sacó una funda, metió la cinta dentro de la funda y se la ofreció a Vanessa.

—Toma, escúchales, seguro que te molan.

—Vaya, muchas gracias.

Vanessa miró la caja de la cinta y se sintió atraída de inmediato, en ella se veían un par de hileras de cruces, como en un cementerio, y coronando la escena el enorme logo de letras afiladas de Metallica. En ese momento sonó el timbre que marcaba la vuelta a las clases.

—Jo, mierda, a clase ya... Bueno, ya me contarás si te gusta la cinta. Por cierto, me llamo Carlos.

—Yo Vanessa.

—Sí, ya lo sé, hasta luego.

Cuando llegó a su casa Vanessa cogió la radio de la cocina y se la llevó a su habitación. Puso la cinta y apretó el play. Nunca en su vida olvidaría ese momento. Jamás había oído una música así. Era fuerte, muy fuerte, tanto que lo primero que hizo fue bajar el volumen aterrada. Se sentía como si estuviera haciendo algo malo, no quería que sus padres se enteraran de lo que estaba escuchando. Se sentía

asustada pero a la vez atraída por ese extraño enjambre de sonidos estridentes escupidos a toda velocidad. No entendía las letras pero notaba la rabia en la forma de cantar. Alguna vez, de repente, toda esa ira se calmaba, pero incluso los pasajes más tranquilos evocaban una belleza extraña e inquietante, perturbadora, y entonces todo se aceleraba otra vez. Vanessa estaba completamente hipnotizada por aquello, y antes de que se diese cuenta el viaje acabó de forma repentina. La cinta había llegado a su fin. En ese momento se sintió confusa, como si acabase de despertar de un extraño sueño.

¿Qué había sido todo aquello?

Volvió a escuchar la cinta de nuevo, y luego otra vez.

Con cada escucha se desvanecía el efecto sorpresa pero era sustituido por otra sensación, empezaba a saber las partes que vendrían luego y sentía la emoción de todo aquello, se sentía como si intentase domar a una bestia salvaje. Acudían imágenes a su cabeza que acompañaban los sonidos, eran imágenes lúgubres, como sus dibujos. Empezaba a conectar las cosas, empezaba a ver más allá, a sentir el nexo, la angustia, el grito desesperado de la agonía con un fin. Todo encajaba dentro de una estructura extraña, estaba descubriendo al mismo tiempo el marco, el contenido y las conexiones de un mundo completamente nuevo.

Escuchó la cinta una y otra vez, hasta que de repente su madre entró en la habitación haciendo que regresase a ese lugar común.

—Vane, ¿qué es eso que escuchas?

—Nada, una cinta. Me la ha dejado un amigo del colegio.

—Uy, qué de ruido. Es muy ruidoso ¿no crees?

—A mí me está gustando.

—No sé si me gusta que escuches esas cosas, parece que estuviesen enfadados. ¿Has hecho ya los deberes?

—Aún no mamá.

—Pues hala, se acabó la música, ponte a estudiar.

Su madre se llevó la radio y ella notó un vacío enorme. Ahora el silencio la aplastaba. No podía dejar de pensar en lo que había experimentado, en cómo se había sentido. También pensaba en Carlos, ahora entendía porqué estaba siempre con los auriculares puestos, ¿quién querría escuchar la cacofonía del mundo corriente pudiendo escuchar aquello?

Al día siguiente en el recreo volvió a ver a Carlos e intentó torpemente explicar todo aquello que había sentido. Él sonreía con complicidad.

Después de ese día se hicieron grandes amigos. Se pasaban los recreos juntos, alejados de todo los demás, hablando de música y dibujando. Cada día esperaban con ansia el recreo, y cada día este parecía durar menos.

Las clases acabaron y llegó el verano, para entonces Carlos y Vanessa eran inseparables, iban juntos a la piscina y pasaban juntos las tardes tumbados en la hierba hablando y comiendo gominolas. Carlos fue dejándole más música a Vanessa. Él poseía un filón gracias a la extensa colección de discos de su hermano mayor, pero había que cogerlos poco a poco y devolverlos impolutos para que él no se cabreara. De esta forma Vanessa fue conociendo más y más bandas, aficionándose a la música metal: Judas Priest, Iron Maiden, Megadeth, AC/DC... En fin, todo lo clásico. Empezaron a formarse un criterio propio y a debatir airadamente sobre los nuevos hallazgos. Vanessa se sentía atraída por los sonidos más extremos, Megadeth, Testament, Sepultura... Mientras que Carlos sólo soportaba esas bandas durante un rato y prefería cosas mas calmadas y melódicas, como Iron Maiden, Helloween o Saxon. Aún no tenían nombres para referirse a las diversas tendencias musicales, pero les sobraba entusiasmo, y podían tirarse horas discutiendo sobre cuales eran mejores sin que ninguno diese su brazo a torcer.

Consiguieron unos pequeños altavoces para el walkman y se iban a un enorme parque a las afueras de la ciudad a escuchar música hasta que llegaba la hora de volver a casa. Una de esas tardes, con el *Before the Dawn* de Judas Priest de fondo, se dieron su primer beso. Era la primera vez para ambos, y a pesar de lo torpes y extraños que se sentían fue un momento bastante bonito que recordarían para siempre.

Fue bonito que dos niños así, estando perdidos en el amanecer de sus vidas, pudieran encontrarse y compartir algo sincero y puro durante un tiempo, descubrir cosas que les marcarían para el resto de sus vidas. Pero nada dura eternamente. Un día Carlos apareció en su lugar de reunión como de costumbre, solo que esta vez venía sollozando, intentando retener las lágrimas ante Vanessa, intentando hacerse el valiente.

—¿Qué te pasa?

—Mis padres... Me han dicho... Que nos vamos a ir.

—¿Que os vais a ir? ¿A dónde?

—Nos mudamos. Al norte, lejos de aquí... ¡Yo no quiero irme!

En ese momento no pudo hacerse el valiente por más tiempo y estalló en lágrimas. Vanessa lo abrazó intentando consolarlo, pero en lugar de eso ella también se puso a llorar.

Poco después llegó el temido día del adiós. Fue un momento bastante triste, plagado de lágrimas. Se intercambiaron recuerdos. Vanessa le dio su colgante de gato junto con algunos de sus dibujos favoritos. Carlos por su parte la dio su cinta de Metallica, aquella que empezó todo. Sólo hacía cinco meses que se conocían, pero a esas edades cinco meses eran como cinco años. Prometieron no olvidarse nunca, y lo cumplieron. También prometieron volver a verse algún día, pero no se volvieron a ver nunca más.

Esta pérdida supuso un shock para Vanessa, el resto del verano transcurrió gris para ella. Volvía a estar sola,

encerrada en sí misma, en sus dibujos pero, al menos, Carlos le había descubierto un mundo nuevo: la música, algo más para acompañarla siempre allá donde fuese. Siguió escuchando música, aficionándose cada vez más, metiéndose más en ese mundo que la alejaba del otro, el real, que cada vez le gustaba menos.

Al principio lo tuvo difícil para conseguir música nueva, ya que se abastecían de la colección del hermano de Carlos, pero al menos en ese tiempo se había hecho con un buen cargamento que escuchaba una y otra vez.

Cuando cumplió 15 años le pidió a sus padres un bajo eléctrico como regalo de cumpleaños. Ya no quería ser más una simple oyente, si esa música la hacía sentir tanto con su escucha pasar al otro lado y convertirse en interprete debería ser algo supremo, una sensación inigualable que quería experimentar a toda costa. Estaba obsesionada con la figura de Jason Newsted, bajista por aquel entonces de Metallica, observaba las fotos en las revistas y se conmovía, especialmente con las fotos en directo, aquella expresión de éxtasis con los focos del escenario bañando su cuerpo... Quería ser como él, quería estar allí, experimentar todo eso.

Tenía un objetivo, un objetivo que se tornaría obsesión.

Tras intentarlo de mil maneras distintas finalmente consiguió que sus padres accedieran y le compraran un modesto bajo de marca Fender. Para su sorpresa aquello resultó muchísimo más complicado de lo que se había imaginado, y por más empeño que ponía no conseguía ni acercarse al sonido de sus ídolos. No obstante era una chica tenaz y no tenía amigos, así que a base de clases y practicar hasta el desfallecimiento poco a poco empezó a ver, y sobre todo a oír, avances en su técnica.

En tan solo un año avanzó lo que otros recorren en cuatro. Sacrificio, constancia, no había otro modo. A veces

se sentía mal viendo como sus compañeras de clase hacían vida social y hablaban de chicos y de sitios en los que habían estado, pero cuando llegaba a casa, cogía su bajo y practicaba, siempre mirando su enorme póster de Jason, intentando comunicarse con él, y entonces toda esa pena, frustración y aislamiento se desvanecían, y las horas volaban mientras sentía que se adentraba en algo más grande que ella misma.

A los 16 ya podía tocar bastantes de sus canciones preferidas con soltura. Consideró que debía dar un paso más y formar una banda. Desde ese momento fue su única obsesión, algo enfermizo: formar parte de una banda, formar parte de una banda de metal.

Buscó en los periódicos y preguntó a todo el mundo hasta que finalmente encontró un sitio a su medida.

Se hacían llamar Insomnio y buscaban bajista.

Concertaron una cita con Vanessa, ella era un año más joven que ellos (a excepción de Javier, el batería, que le sacaba dos), no obstante cualquier duda se disipó cuando tocó sin dificultad una versión bastante decente de *Seek and Destroy*. La aceptaron sin dudarlo y ella por fin se sintió parte de algo, de algo grande que daba sentido a todo lo demás. Ansiaba cada día de ensayo.

Ensayaban en el garaje de la casa de Javier, y como eran jóvenes sin dinero ni trabajo ensayaban todos los días, no solo porque no tuvieran otra cosa que hacer sino, lo que es más importante, porque no querían hacer ninguna otra cosa.

Ahí fue donde conoció a Alejandro.

Él era el guitarrista de la banda. Le pareció atractivo nada más verle, y al conocerlo no tardó en empezar a sentir admiración. Tocaba bastante bien, y parecía saberse todas las canciones de todos los grupos existentes. Escuchaba atentamente sus consejos sobre técnica y teoría, así como sus recomendaciones. Gracias a él descubrió nuevas bandas,

bandas que la marcarían y expandirían su horizonte musical: Devin Townsend, Meshuggah, Fantomas, Bauhaus... Bandas más extrañas e inquietantes que el thrash y death que ella escuchaba. Pero sobre todo, y eso era algo que ella le agradecería eternamente, le descubrió a Ximera.

La primera vez que Vanessa escucho a Ximera sufrió una conmoción. Era la música mas agónica y perturbadora que había oído jamás. Esa banda creaba una atmósfera tan asfixiante que, como en el síndrome de Sthendal, uno tenía la impresión de que en cualquier momento llegaría la muerte. Nunca se había enfrentado a algo así, a una música como esa.

Estaba sola en casa durante aquella primera escucha. Sus padres habían salido y ella aprovechó para fumarse un porro en la ventana y poner el CD. A mitad de la primera canción ya se había olvidado del porro, de la habitación y de sí misma. Cuando acabó el primer tema sentía un extraño estado de excitación, estuvo tentada de ponerlo otra vez pero prefirió ver qué le deparaba el segundo tema, y este resultó ser aún mejor. Escuchó todo el CD del tirón, sudando, confusa, abrumada. Luego lo escuchó de nuevo. Se sintió otra vez como cuando años atrás escuchó por primera vez a Metallica. Estaba profundamente impresionada por esa música, todo lo demás pasó de inmediato a un segundo plano. Mientras los temas caían como un bombardeo ella ojeaba el libreto del CD, el aspecto de los integrantes de Ximera era igual de perturbador que la música que creaban, respondían a los extraños nombres de Mol, Spax, Odklas, Krosh y Hécate. Su imagen estaba muy cuidada para provocar una reacción, con abundante maquillaje, lentillas de colores, ropa sadomasoquista y parafernalia varia... Todo ello medido y pensado para proyectar una imagen efectista e impactante. Vanessa estaba cada vez más fascinada.

Al día siguiente quedó con Alejandro para fumarse unos porros en el parque. Cuando él llegó no pudo ocultar su agradecimiento y entusiasmo.

—Joder tío, ese CD que me has pasado, el de Ximera, es alucinante.

—Molan ¿verdad?

—Joder, creo que es lo mejor que he oído nunca. Me quedé toda la noche escuchando el disco una y otra vez.

—Son los putos amos.

—Tienes que pasarme más.

—Solo tienen ese. Bueno, hay por ahí una maqueta, pero no la tengo.

—Es increíble, es justo lo que yo quiero hacer, han dado con la clave.

—Sí, deberíamos tirar por ahí y hacer algo similar. Creo que bajan la afinación hasta si, tocan con siete cuerdas.

—Vamos a sacarnos algún tema... ¡Qué coño! Vamos a sacarnos todo el disco.

—Jajajaja, tardaríamos siglos.

—Dios, es que... En serio, estoy alucinada con ellos, me encantaría formar parte de esa banda, sería mi sueño.

—Vaya, gracias. Te recuerdo que ya tenemos una banda, nos llamamos Inmortal.

—Tenemos que currárnoslo mazo, están a otro nivel, hay que superarlos.

Siguieron hablando durante horas. Se sucedían los porros mientras hablaban de sueños y esperanzas, de alcanzar a sus ídolos renunciando a todo lo demás si hacía falta, ¿podría haber algo mejor que estar en una banda como Ximera? Recorriendo el mundo, haciendo lo que les diera la gana, componiendo una música increíble... Nada podía superar aquello. Planearon cómo podrían conseguirlo, primero tendrían que cambiar su afinación y no tirar tanto de clichés en

sus composiciones, pero sobre todo sacrificio, encerrarse a ensayar todo el día si hacía falta, comprometerse en cuerpo y alma, no había otra forma.

Últimamente no ensayaban demasiado, era época de exámenes pero, ¿a quién le importaban los exámenes? La prioridad debía ser la banda. Vanessa y Alejandro lo veían así, pero Javier y Jose eran de otro parecer, se preocupaban de su futuro de una manera más pragmática, el grupo solo era un hobby, el más importante, pero un hobby al fin y al cabo, hacía varios días que ellos no aparecían por los ensayos a causa de los exámenes. Siguieron fumando y hablando de todo ello, del compromiso para alcanzar un sueño, luego relajaron un poco el tono de su conversación y charlaron sobre las virtudes y defectos de Marilyn Manson. Estaban bastante fumados y sin saber muy bien cómo, de repente, estaban enrollándose. No era algo chocante, estaba claro que ambos llevaban mucho tiempo deseándolo y ocurrió con una naturalidad pasmosa, tampoco hablaron de ello ni le dieron muchas vueltas.

Ahora se sentían más unidos frente al mundo y se convirtieron en el motor indiscutible de Inmortal. Componían sin parar, ensayaban sin parar y discutían sin parar con los otros dos por su aparente falta de compromiso. Pasaban todo su tiempo juntos, en casa de uno o del otro, o en la calle, metidos en antros heavys bebiendo cerveza, fumando porros y hablando de su música. Alejandro ya tenía 18 así que conseguía la bebida en las tiendas, por su parte Vanessa tenía 17 pero aparentaba más y nunca le pedían el carnet cuando intentaban entrar en algún garito.

Para Vanessa los primeros meses tras aquel beso fueron bastante intensos, fue época de descubrimientos: el alcohol, el sexo, y los primeros escarceos con drogas algo más duras. Todo ello por mediación de Alejandro, que servía como

maestro de ceremonias en todas sus iniciaciones. La llevó a sitios nuevos, le presentó a gente y a sustancias diversas (por aquel entonces se sacaron la famosa foto en aquel fotomatón), todo ello regado con la música de Ximera, la banda sonora de su peculiar decadencia.

Fue un día grandioso cuando Ximera sacó su segundo disco, titulado *Los Gritos Enoquianos*. Para entonces Ximera ya se había convertido en un grupo tremendamente popular, sus continuas provocaciones inundaban las páginas de las revistas del sector, tenían una imagen de tipos tremendamente extraños, perversos y locos. Los escándalos se sucedían sin cesar: incidentes durante los conciertos, suicidios de fans, manifestaciones de agrupaciones religiosas y constantes discrepancias entre sus miembros. Todo esto provocó la salida de Odklas y Krosh de la banda, dos de sus pilares fundamentales. Fue una gran conmoción para los fans y para la banda, y por un momento todo parecía pender de un fino hilo. Pero superaron esa crisis, sustituyeron a los músicos huidos y completaron una nueva obra que se esperaba con una impaciencia inusitada.

Vanessa y Alejandro estaban como locos, llevaban horas haciendo cola en la tienda de discos para hacerse con su copia. Por una extraña sincronidad la salida del disco coincidió con la fecha del 18 cumpleaños de Vanessa. Ella pensaba que era una señal, estaba totalmente convencida de ello. También coincidió que los padres de Alejandro se fueron a pasar el fin de semana fuera dejando el piso entero a su disposición, toda una suerte de extrañas coincidencias que ellos pensaban aprovechar para hacer una escucha del disco por todo lo alto. Compraron porros, alcohol y una pizca de cristal, un menú de lo más apetecible para celebrar la fecha.

Las puertas de la tienda de discos se abrieron de par en par causando una caótica revolución, la gente salía histérica

con sus flamantes copias del disco, algunos se montaban en el coche y lo ponían a todo volumen y los temas parecían atronadores. Por fin llegó su turno. Compraron un CD para cada uno y salieron escopetados de ahí. Se dirigieron a toda prisa a casa de Alejandro mientras sus manos temblorosas recorrían cada página del libreto, estudiando cada detalle, las fotos, los nombres de los temas, las letras.

Cuando finalmente llegaron a casa fueron corriendo a la habitación e introdujeron el CD en el equipo sin siquiera quitarse los abrigos, si en ese momento se hubiese ido la luz sin duda les habría dado a ambos un ataque al corazón.

Entonces las puertas del infierno volvieron a abrirse de par en par. Allí estaban de nuevo, en toda su grandeza, el nuevo trabajo de Ximera. La primera impresión fue fabulosa, no pudieron hacer ningún comentario ya que estaban demasiado concentrados en la música, de vez en cuando alguno soltaba un “¡joder!” o un “¡madre mía!”, y eso era lo único que se atrevían a decir en mitad de la conmoción. Al tercer tema Alejandro pensó que ya era hora de estrenar el cristal. Se metieron un buen chute con sabor a medicina y luego se tumbaron en la cama.

—Es jodidamente fabuloso, este disco es increíble —dijo Alejandro mientras Vanessa se liaba un porro.

El disco acabó, la droga subía, todo ello demasiado deprisa.

—No jodas, no puede haberse acabado ya, ponlo otra vez, ¡ponlo otra vez! —decía Vanessa con desesperación.

Pusieron otra vez el CD y le dieron otro tiento al cristal. Cada vez se sentían más alejados de la realidad, bien por una cosa o por la otra. Estaban flipando, volados, los gritos de Mol inundaban la habitación, el bajo de Spax les taladraba el cerebro, el nuevo guitarra, Amón, no lo hacía nada mal, la batería de Hécate sonaba como los tambores del infierno y Gorgo, el otro nuevo, lo coronaba todo con sus extraños

sonidos electrónicos, creaban entre todos un lienzo de la desesperación donde Alejandro y Vanessa se hundían cada vez mas, sintiendo cada acorde como latigazos en su alma, y la droga le daba la puntilla a todo esto. Inevitablemente acabaron follando como locos al cabo de un rato.

También fue un gran día cuando se anunciaron las fechas de la gira. Tocarían en su ciudad dos días seguidos, el 19 y el 20 de Noviembre. Ximera habían aprendido muy bien la lección de gente como Kiss, Rammstein o Rob Zombie y sus directos se calificaban por la prensa como una experiencia única, un derroche de efectos de luz, pirotecnia y performance que convertía el show en algo aterrador, místico, grandilocuente y apocalíptico, siendo votados por toda la prensa como la gira del año. Ximera, pudiendo llenar estadios, habían preferido tocar en pabellones cubiertos y de menor aforo para construir un espectáculo integral, así la puesta en escena, los efectos y la decoración no se limitaban al escenario sino a todo el recinto.

Alejandro y Vanessa volvieron a hacer cola durante horas para asegurarse una entrada para el concierto y consiguieron su objetivo comprando tickets para los dos días. Aún faltaba mucho para el show, estaban en abril, pero ya tenían las entradas y nada impediría que fueran a verlos. No había día en que no comentaran entusiasmados el tiempo que quedaba, las drogas que llevarían y cómo se lo iban a pasar esa noche. Fue entonces cuando ocurrió.

Aquel no fue un gran día. Vanessa nunca pensó que fuera posible algo así ya que su amor era eterno, o lo parecía, pero ahora no sabía si todo no había sido más que una enorme mentira.

Corrió hasta llegar a su casa, estaba sin aliento y todo su cuerpo vibraba, no quería llorar pero tampoco podía evitarlo, la imagen venía una y otra vez a su mente para

torturarla. Nunca imaginó que Alejandro pudiera traicionarla de esa forma tan ruin, ¿por qué? ¿Qué había hecho mal? No lo entendía, por mas que lo pensaba no lograba entenderlo, y esa maldita imagen se repetía una y otra vez en su cabeza. Estaba algo borracha y eso no hacía mas que empeorar la situación. Arrancó todas las fotos de Alejandro del espejo y las fue quemando poco a poco en la ventana mientras las lágrimas recorrían su cara. El nuevo disco de Ximera sonaba a un volumen prudencial siendo de nuevo la banda sonora de un momento trascendente. Esa noche no pudo dormir, no pudo tocar, no pudo evadirse, solo le salían lágrimas.

Alejandro intentó excusarse. Lo achacó a las drogas y dijo que no sabía lo que hacía. Pero sí que lo sabía, simplemente en ese momento le dio igual, quizás por culpa de las drogas, quizás no, pero le dio igual todo.

Los siguientes meses no fueron fáciles para ella. Alejandro la llamaba y le mandaba mensajes constantemente suplicando por otra oportunidad, pero ella decidió no contestar, había sido traicionada, se acabó. Lo malo es que al perder a Alejandro también perdió el grupo, de repente se veía sin las dos cosas que se habían convertido en los pilares de su vida. Cada vez que pensaba en ello alucinaba, no se podía estar seguro de nada, tenía sueños, esperanzas, cosas y, de repente... ¡Zas! Estaba sin nada. Ahora esa era su realidad.

El tiempo fue pasando de forma lenta y melancólica. Vanessa se volvió más rebelde, para preocupación de sus padres que ya no sabían que hacer con su niña. La veían llegar siempre tarde y borracha, se pasaba el día encerrada en su habitación, comía poco. Cada vez más delgada, más pálida, con peor cara y aún peor carácter.

La situación en casa se volvió cada vez más tensa, había gritos y discusiones cada dos por tres, portazos, lloros... Luego estaba lo que sus padres no veían. Vanessa bebía cada

vez más y se liaba con cualquier chico que la invitara a un par de rayas de coca. Todo la daba igual, estaba sumida en la más profunda apatía. Salía de casa sin dinero y se camelaba a los chicos para que la invitaran a alcohol y drogas. Todos se dejaban engañar, por supuesto, Vanessa no era tonta y hacía uso de su físico apetecible, dando esperanzas de un polvo fácil y todos, como perrillos salidos, obedecían cada una de sus órdenes con la esperanza de poder frotarse un poco contra ella. A veces se los follaba y a veces no, dependiendo de si le gustaban, por supuesto. No era ninguna hermanita de la caridad. Todo lo contrario. Tenía claro que ahora sería mala, sería cruel y egoísta. Había dado su confianza incondicional y la habían fallado, no volvería a cometer el mismo error otra vez.

3.

Llegó el gran día, el colofón perfecto para uno de los años más intensos de su vida. Esa noche, en tan solo unas horas, tendría delante a sus ídolos. Ximera estaban en la ciudad. Mol, Spax, Hécate, Amón y Gorgo, ¡por fin! ELLOS. Dentro de poco los tendría delante, a escasos metros. Intentaba imaginarse donde estarían en ese momento, quizás en el hotel, o ya en el recinto, dando entrevistas.

Retiró la mirada de la pequeña fotografía y continuó pintándose las uñas. Alejandro también estaría por allí y esperaba no encontrárselo, rezaba por no encontrárselo. Miró el reloj. Había quedado con tres amigas para ir al concierto en el coche de una de ellas. Se miró por última

vez en el espejo, estaba radiante, un autentico súcubo salido del infierno, un ángel negro de la desesperación. Abrió uno de los cajones de la mesita, miró bajo las bragas y cogió una pequeña bolsita de plástico. Examinó su contenido, estaba todo. Guardó la bolsita en su escote, guardó la valiosa entrada en el bolso y salió por la puerta. Sus padres estaban en el salón.

—Me largo.

—Mírate, pareces una puta —dijo indignado su padre.

—Cuidate hija —su madre fue algo más cariñosa, quizás su padre también lo hubiese sido de saber que era la última vez que veía a su pequeña.

Al bajar sus amigas ya estaban esperando en el coche, salía humo por las ventanillas. Edurne, Laura y Sandra, todas con sus mejores galas, una buena reunión de diablas. Vanessa montó en el coche, tenían puesto Combichrist a todo volumen.

—¡Quita esa mierda y pon Ximera joder! —fue su saludo.

—¿Qué tal zorra? —preguntó Sandra, la conductora.

—Joder, nerviosísima, ¿vosotras sois conscientes de lo que vamos a ver?

—Pufff... Calla, calla.

—Qué tal, ¿habéis conseguido las drogas?

—Claro tía, ¿por quien nos tomas? ¿Y tu parte?.

—Aquí, por supuesto —dijo agitando la bolsita que llevaba en su escote.

—Pues.....¡¡¡¡RUMBO AL INFIERNO!!! —rugió Sandra.

—¡¡¡Woooooo!!! —contestó su cohorte.

4.

Spax estaba a mitad de otra entrevista, odiaba las putas entrevistas. No tenía ni idea de lo que le estaban preguntado ni, por supuesto, lo que había contestado. No le importaba nada, estaba en piloto automático. “Bueno, ya está bien”, pensó mientras se levantaba de la silla, se fue a la otra habitación sin decir nada y cerró de un portazo. Su entrevistador puso cara de extrañeza. Troy, su manager, se disculpó y fue tras él. Llamó tímidamente a la puerta.

—Spax, Spax... —nadie contestó. Decidió entrar.

—¿Qué coño haces Spax? Sal ahí fuera, este tío es de la Metal Hammer.

—Que le follen a la Metal Hammer, y a ti también —dijo mientras dibujaba una raya de coca exageradamente grande en la fina mesa de la suite.

—No me hagas esto, solo has aguantado tres putas preguntas.

—Tres más de las necesarias. Además, ¿a quién le importa? Ya nadie lee las revistas.

—Lo dirás tú.

—¿No te he dicho ya que te follen? ¿Dónde coño está la absenta?

—Tranquilízate, tenemos un concierto esta noche.

—Tranquilízate tú, yo soy un profesional —dijo antes de doblar el lomo y aspirar la gruesa línea blanca que serpenteaba sobre la mesa.

5.

Cuando llegaron al recinto las chicas estaban nerviosas, excitadas y ebrias. Cada una se había encargado de una droga y no se habían privado de nada. Tenían coca, speed y pastillas, aparte de los inevitables porros, tanto de hachís como de maría. También llevaban una botella de ron y otra de vodka, una buena fiesta que se suele decir. En principio no todo era para esa noche, debían guardar algo para el día siguiente, se supone. Aparcaron el coche y dividieron las drogas, dándole unos tientos a medida que dividían las partes. Decidieron por el bien común dejar parte del cargamento en el coche y se aprovisionaron con otro tanto para cada una. Edurne no cogió speed, odiaba esa mierda, pero para compensar cogió una pizca más de coca. Dentro del recinto no se podían meter botellas, así que decidieron empezar a bebérselas antes de entrar. Al acercarse comprobaron que las dos colas para entrar eran monumentales, algunas personas llevaban ahí desde la noche anterior. La gente se arremolinaba, se oía la mezcla de miles de voces al unísono, como un gran zumbido. La gente paseaba por los alrededores, bebiendo y estudiando la situación.

—Mierda, mira cuanta peña, deberíamos haber venido antes joder —gruñó Vanessa.

—Bah, no te preocupes, ya me he visto en esta otras veces. Decidme, ¿a qué hora se abrían las puertas? —preguntó Sandra.

—A las 20:45, en teoría —contestó Laura.

—Bien, este es el plan: vamos a sentarnos por ahí a beber y a las 20:40 nos ponemos delante del todo, en el lateral de

alguna de las filas. Cuando abran las puertas, al principio, esto será un caos absoluto, lo he visto antes. En ese momento, aprovechando el caos, nos colamos por el lateral. Algunos se quejarán o nos mirarán mal, ¡pero qué les jodan! Yo no pienso ver el concierto desde atrás, eso lo tengo claro.

—Eres la mejor Sandra.

Se alejaron un poco y se tumbaron a beber en el césped. Más gente hacía lo mismo, trazando sus oscuros planes, poniéndose pedo, impacientes e ilusionados.

Dieron buena cuenta de la bebida y esnifaron un poco. Conocieron a un par de tíos, eran de otra ciudad y su acento las hacía reír. Casi se les pasa la hora de apertura de puertas. Se colocaron estratégicamente según lo planeado. Sandra tenía razón, algunos las miraban mal, conscientes de lo que tramaban, había más gente que tramaba lo mismo disimulando alrededor. La apertura se retrasó 15 minutos pero, en efecto, cuando esta se produjo aquello se convirtió en el caos.

Todo el mundo empezó a gritar alocadamente, el aterrador grito de la masa. Nuestras chicas intentaban meterse por un lateral a empujones, ya no las miraban, cada uno estaba concentrado en sí mismo y en avanzar hacia la puerta. Consiguieron colarse sin dificultad, se miraban unas a otras sonrientes ya que en un segundo se habían librado de horas de cola.

Vanessa estaba embutida entre la gente, avanzando a pequeños pasos, rodeada de gritos, pendiente de no perder a sus amigas que estaban ligeramente adelantadas. Las vio entrar, luego llegó su turno. Uno de los seguratas rompió su entrada, la registró muy por encima y la dejó pasar sin problemas. Cruzó la puerta, sus amigas la esperaban, todas se abrazaron alocadas.

—¡Ya estamos dentro, ya estamos dentro!

—¿Veis como no ha sido tan difícil?

—Eres la mejor Sandra.

—Bueno, a repostar al baño ¿no?

Vanessa era un torrente de emociones drogadas. Se dirigieron todas juntas a los baños. A su alrededor la gente corría, se abrazaban, gritaban, el ambiente era inmejorable, con la electricidad propia de un gran evento de rock. Ya en el baño Laura se metió en un retrete con Edurne a pintar unas rayas. Vanessa y Sandra esperaron fuera su turno. Vanessa se echó mano al escote y sacó la bolsita, y de ella una pequeña pastilla de color marrón. La partió en dos mitades y se tragó una de ellas, luego cogió la otra mitad y se la colocó en la lengua. Sandra la miraba a los ojos con una sonrisa diabólica, acercándose a ella. Vanessa la cogió del cuello y la acercó a sí, introdujo su lengua con la pastilla en la boca de Sandra, esta aceptó el regalo sin dejar de mirarla fijamente, tragó y luego agarró a Vanessa de su larga melena, empezaron a morrearse apasionadamente.

Se abrió la puerta del baño, Edurne salía frotándose la nariz, miró a sus amigas besándose y empezó a excitarse.

—Vaya vaya, ¿repartís amor?

—¡Baño libre! —dijo Laura saliendo del retrete mientras se tocaba su melena rubia.

Sandra soltó a Vanessa y se metió al baño sin dejar de mirarla, entornó la puerta. Vanessa partió otra pastilla por la mitad y repitió la operación anterior, esta vez probando los labios húmedos de Edurne y Laura respectivamente, luego entró al baño, allí estaba Sandra pintando un par de rayas sobre la taza.

—Esto casi está, hazte un turulo.

Vanessa obedeció enroscando el ticket de una tienda de ropa que encontró en su cartera, lo colocó en su nariz y agachó el lomo. Miró ambos tiros yaciendo sobre la taza, le

gustó lo que vio, Sandra no había escatimado. Se decidió por el de la izquierda y aspiró profundamente. La droga subió por su nariz como el disparo de un rifle, le lloraron los ojos.

—Joder, puto Yusuf, ¿de dónde sacará esta coca? —dijo mientras se frotaba los ojos.

—Joder, esto es la hostia -replicó Sandra levantándose con los ojos centelleantes.

Vanessa miró a Sandra, era una de sus mejores amigas, la había ayudado mucho últimamente para superar lo de Alejandro. Estaba loca, como una puta regadera, pero también era muy noble con sus amigos y siempre se podía contar con ella para lo verdaderamente importante. Sandra volvía locos a los chicos con su belleza y su descaro, y al verla ahí, con su corto pelo rubio con mechas rosas y su maquillaje entendía perfectamente el porqué. Sandra cerró cuidadosamente su bolsa de drogas y la guardó, ella había elegido las bragas como lugar mas apropiado para ello. Vanessa miraba como Sandra las guardaba, la postura hacía parecer que se estuviese masturbando y empezó a excitarse muchísimo, la imagen, la situación, el estar en un minúsculo retrete viendo como la despampanante Sandra introducía su mano bajo aquellas braguitas rojas hacía que se le nublara la vista, sentía un enorme amor fraternal por aquella persona y, a la vez, el deseo de follársela como una salvaje, no sabía por qué pasaba esto por su mente y tampoco intentaba explicárselo, solo podía mirar la mano de Sandra hurgando en su ropa interior, estaba hipnotizada. No pudo aguantar más y se abalanzó sobre ella, puso sus manos a ambos lados del rostro de Sandra e introdujo su lengua, apretándose contra su cuerpo, podía sentir sus pechos contra los suyos y la mano de Sandra atrapada repentinamente en la ropa interior. Empezaron a besarse de forma apasionada, jugueteando con sus lenguas, haciendo tintinear los piercings

de sus bocas. Vanessa empezó a bajar una mano lentamente por el borde del cuerpo de Sandra hasta llegar al pantalón, sacó la mano de Sandra de allí e introdujo la suya mientras la seguía besando, Sandra soltó un pequeño gemido. Vanessa pudo notar la bolsita de las drogas ahí apretada, la apartó un poco buscando la abertura de la entrepierna y empezó a introducir lentamente un dedo por ella. Sandra gemía, su respiración se aceleraba aún más. Vanessa se sentía poseída, presa de un deseo irresistible, notaba la excitación de Sandra, su aumento de temperatura, el aceleramiento de su pulso, estaba embriagada por su olor, por el sabor de su pintalabios, empezó a notar como Sandra se humedecía a medida que su dedo se adentraba aún mas en ella, sentía todo esto con una nitidez inusitada.

—Vaya... No sabía que te gustaban estas cosas... Espero que no sea por la droga —ronroneó Sandra.

—Te deseo.

Entonces sonó un golpe en la puerta, era Edurne.

—Venga tías, ¿qué coño estáis haciendo? Hay que pillar sitio.

Vanessa retiró la mano de forma instintiva. Estaba confusa, la voz de Edurne le había devuelto a la realidad, ¿qué había pasado? ¿Qué era todo aquello? Notaba un torrente de sensaciones confusas, las drogas le estaban pegando pero bien. Sandra se acercó a ella y cogió su mano, aquella que hace un momento la masturbaba, la alzó y localizó el dedo en cuestión, concretamente el dedo medio, miró fijamente a Vanessa.

—Si de verdad te gusta esto yo estoy dispuesta a irme contigo luego —dijo, y posteriormente se introdujo el dedo de Vanessa en la boca saboreando sus propios fluidos.

Vanessa notaba su lengua fría jugueteando y empezó a excitarse de nuevo, sonó otro golpe.

—¡Vamos tías joder! Os dejamos aquí.

—Venga, vamos con ellas, ya habrá tiempo —dijo Sandra mientras abría la puerta y salía de allí, Vanessa tardó un poco mas en reaccionar.

Salieron del baño. Vanessa empezaba a encontrarse bastante pedo, los sonidos y las formas se desdibujaban a su alrededor, adquiriendo una textura nueva. Todo era muy extraño, pero no sentía temor, estaba encantada con la situación. La gente pasaba a su lado. Observó la camiseta de un chico que venía hacia ella, en la camiseta estaban los integrantes de Ximera envueltos en fuego. El chico se acercó más y, cuando estuvo a su altura, vio como la fotografía de Spax parecía salir de la camiseta y mirarla fijamente, sonriendo. La visión duró apenas un segundo, el chico ya la había pasado y se alejaba, Vanessa no podía creer lo que había visto, agarró a Laura del hombro.

—Joder tía, ¿has visto eso?

—¿El qué?

—El chico... Eh, la camiseta, Spax... Puff, voy super pedo.

—Ya te veo ya. Vaya carita tienes, relájate que te va a dar algo, jajaja.

Siguieron avanzando entre la gente. Vanessa abría y cerraba los ojos intentando enfocar sin éxito, todo era extraño a su alrededor. Un par de veces creyó distinguir a Alejandro entre la multitud, pero luego no conseguía saber si había sido real o no. Cada vez se hacía más duro avanzar, el espacio entre personas era menor, Sandra se detuvo.

—Bueno, yo creo que de momento nos quedamos aquí. Voy a ir a por agua, no os mováis.

Sandra se alejó y volvió al cabo de un rato con unas botellas de agua. Vanessa agarró una con desesperación, no tenía nada de saliva, creía ahogarse y eso le hacía sentirse mal, pero para su sorpresa solo pudo dar un pequeño sorbo a la botella. Se miró la mano, el color era extraño y

sus dedos se movían, eso también era extraño, se quedó un rato mirando fascinada como si fuera la mano de otra persona. De repente todo se volvió negro y la gente empezó a gritar. Vanessa levantó la cabeza asustada, notaba que la empujaban, no tenía saliva.

—¡¡Ya salen los teloneros tía!!

Apareció el grupo invitado. Lo primero que Vanessa pudo ver fue al guitarrista, un tío con coleta que llevaba una especie de bozal. La gente empezó a saltar alocada a su alrededor, la situación por un momento se tornó angustiada. Vanessa pensó en ir hacia atrás, no se encontraba dueña de su pedo, se le estaba yendo de las manos y empezaba a angustiarse, pero de repente esa sensación se transformó en euforia y comenzó a saltar mecida por la multitud. Miraba a sus amigas y las quería, abrazó a Laura, la más cercana, esta la abrazó a su vez y empezaron a saltar las dos juntas. En el escenario un tío alto daba gritos en un micrófono, inundándolo todo, gesticulaba como un loco, se arrodilló en el suelo mientras gritaba, luego se fue corriendo al otro lado y Vanessa vio al bajista, que estaba haciendo headbanging como un poseso, no veía a los guitarras desde su posición. Miró un momento hacia atrás, no alcanzaba a ver el final del recinto, un mar de cabezas estaba tras ella, se fijó en algunas, eran caras extrañas, desencajadas y desenfocadas, volvió a mirar adelante, ahora ante ella se erguía un tipo grande como una montaña con el pelo largo y una guitarra explorer, juraría que la estaba mirando, ella dio un grito y levantó un puño como respuesta, el guitarra le sacó la lengua y se fue hacia otro lado, vio a Sandra a la izquierda sonriendo, toda la gente botaba a su alrededor, el ruido era brutal, Laura la agarró del hombro, se acercó a ella y le dio un beso, notó que con el beso iba incluida una pastilla, cogió el agua y se la tragó.

Los tres cuartos de hora de los teloneros pasaron volando, de repente las luces se encendieron y la música cesó. Vanessa no se enteró mucho de esa transición, la cabeza le daba vueltas, la gente se relajó y ellas se replegaron.

—Joder, han estado de puta madre —dijo Edurne

—La hostia, estoy flipando —dijo Laura

—Joder tías, vaya pedo llevo —aportó Vanessa.

—Me han molado mazo ¿los habíais escuchado? — preguntó Sandra.

—Yo sí, son la hostia, se llaman Fine, tengo que pasarte el disco —se ofreció Laura.

—Hazlo tía. Y ahora Ximera joder, pufff, no puedo más, voy a meterme un tirazo.

—¿Aquí?

—No creo que nadie se indigne.

Sandra se echó mano al pantalón y sacó su bolsa de drogas. “Bah, paso de pintar” dijo mientras introducía una tarjeta en la bolsa, sacó el borde con una buena montaña que pasó a formar parte de ella. Luego ofreció a sus amigas, ninguna dijo que no. Tenían drogas de sobra así que empezaron a dar buena cuenta de ellas mientras esperaban el gran momento. Edurne fue a por más botellas de agua y tardó una eternidad en volver, las demás ya la daban por perdida, pero volvió balbuceando que se había encontrado con un amigo.

Se palpaba la impaciencia en el recinto, a las 23:00 empezaron a oírse silbidos. Vanessa estaba a punto de estallar, por un momento le entró el pánico, se sentía agobiada, faltaba aire a su alrededor, su corazón corría a mil por hora. Por un momento deseó no haberse metido tantas drogas, era consciente de no estarse enterando muy bien de la situación, pero se sentía tan extasiada que al momento le dio igual todo. La hora había llegado, y si tenía que morir ahí sería

una muerte inmejorable. Intentó controlar su respiración y equilibrar su cuerpo para no caerse. De repente las luces se apagaron. Instintivamente gritó con todas sus fuerzas y todo el recinto gritó con ella, la hora de Ximera había llegado.

6.

Empezó a sonar la intro del primer tema del nuevo disco de Ximera y aquello fue la locura. La gente miraba al escenario y se frotaban las caras, el pelo y los brazos con desesperación.

De repente Vanessa notó un inmenso calor a su espalda, giró la cabeza y vio dos enormes torres de fuego que se elevaban en los laterales a mitad del recinto. Una tremenda explosión en el escenario la hizo girarse de nuevo, volvió a sentir miedo, aquello parecía una pesadilla. La intro continuó junto a una sucesión de ruidos extraños y gritos. Otras dos enormes columnas de fuego surgieron del escenario, el calor la golpeó como una bofetada y la luz la cegó por un momento, abrió los ojos y entonces los vio.

Cuando empezaron a tocar la gente se volvió completamente majara, no se distinguía la música con los gritos, la gente se empujaba sin piedad. Vanessa se concentró en mirar al suelo y apartar a la gente para no caerse, estaba convencida de que si caía moriría pisoteada por la multitud. Estaba aterrorizada. Por un momento pensó en retroceder, pero tenía que aguantar esos primeros momentos costase lo que costase hasta que la gente se calmara. Ya no sabía donde estaban sus amigas, estaba concentrada en sobrevivir.

No pudo mirar al escenario durante todo el primer tema, tenía que concentrarse para no caer, buscar la estabilidad bajo sus pies. Sonó el segundo tema, también del nuevo disco, uno de los más cañeros, la gente se sacudía presa de extrañas convulsiones. Vanessa seguía intentando sobrevivir en mitad de todo aquello. Miraba de vez en cuando hacia el escenario y distinguía un poco a sus ídolos, pero tenía que volver de nuevo la mirada al suelo y a la gente de su alrededor intentando crearse un espacio vital. Cuando terminó el segundo tema miró hacia arriba y vio a Mol ante ella. Era un tipo enorme y musculoso, con el torso desnudo bañado en sangre, impresionaba y aterrorizaba mientras cogía el micrófono y observaba el horizonte de cabezas con su cara de psicópata. Dio un tremendo grito gutural y sonaron dos explosiones que volvieron a cegar a Vanessa. Ahora no veía nada, la gente gritaba y todos comenzaron a saltar al unísono. Ella se dejó llevar y saltó a su vez mientras reconocía el tema. Se trataba de «¿Hacia dónde te diriges?», uno de sus temas preferidos. La embargó una increíble emoción, de repente se sintió poderosa, ya no tenía miedo de caer y morir, comenzó a saltar y recitar el tema como loca mientras sentía los empujones de la gente a su alrededor, pero ya no le afectaban, ahora era de acero. Con su puño en alto y la adrenalina por las nubes pudo al fin posar su mirada en el escenario. Había dos enormes jaulas a los lados, con gente en su interior que se retorcían y gritaban. En lo alto de una enorme plataforma estaba el grandioso kit de batería de Hécate, al que se podía ver aporreando todo con furia. También en la plataforma estaba Gorgo. Su atrezzo era aterrador, con artilugios a su alrededor que simulaban un extraño quirófano, rodeado de teclados y aparatos extraños que emitían luces aun más extrañas. Vestía una bata blanca manchada de sangre, un gorro y una mascarilla

de cirujano, y de los teclados colgaban brazos cercenados. Amón, el guitarrista, estaba al otro extremo, desde su posición no podía verlo bien y encima no paraba de moverse de un lado a otro. Pero sin duda su corazón estuvo a punto de explotar del todo cuando pudo ver claramente frente a ella a Spax, el bajista, su preferido. Estaba ahí, AHÍ DELANTE, totalmente enfundado en cuero negro y con una especie de capa que flotaba tras él. Llevaba la cara pintada de gris y un extraño parche en el ojo. Parecía un extraño demonio alocado. De repente se quedaba quieto, balanceaba la cabeza y ponía gestos retorcidos e imposibles.

Vanessa ya estaba en otro mundo, totalmente ensimismada viendo a Spax frente a ella, suplicando porque él la mirase. No podía distinguir bien la música debido a sus propios gritos y los de la multitud, pero conocía el tema de memoria y lo cantaba con todas sus fuerzas sin atreverse a pestañear.

*¿Hacia dónde te diriges?
Sabes que ya no hay salida
Es lo que querías
Y ahora lo tienes
Así que muere dulcemente
Porque estamos hambrientos*

Cuando acabó el tema notó que estaba llorando. Se sentía inmensamente feliz, a su mente acudían multitud de imágenes aleatorias, sin conexión aparente: gente, situaciones, recuerdos... Sentía que ese momento era importante, que tendría que recordar esa sensación más allá de las drogas, intentar conservar ese momento que le revelaba que había algo más ahí, algo fuera del tiempo y el espacio, una extraña plenitud, una realización que hacía

que toda la mierda diaria quedase lejos, muy lejos, en otro mundo.

La gente se tranquilizó un poco cuando terminó el tema, y aunque seguían apiñados había menos sensación de inestabilidad. Vanessa había recuperado las fuerzas, volvía a sentirse un poco dueña de sí misma y su pedo, la angustia disminuía y ahora todo era sana euforia.

Y esa euforia la dominó durante el resto del espectacular show. Ximera tenían un montaje abrumador, al alcance de pocas bandas. Los temas se sucedían plagados de efectos de luz y pirotécnicos. En uno de los temas aparecieron una serie de bailarinas semidesnudas, cabezas de bebés de plástico colgando del techo en otro, espuma, confeti, incluso una especie de robot que simulaba un androide femenino desnudo que al final del tema se arrancaba su propia cabeza, todo ello aderezado con la contagiosa histeria de la multitud. Sin duda para ella uno de los momentos álgidos fue el solo de bajo de Spax. La iluminación pasaba de verde a rojo mientras Spax hacía alarde de su enorme abanico de técnicas. Vanessa estaba hipnotizada, intentando que no se le escapase ni una nota. Durante el solo alguien le pasó una pastilla, ¿quién sería? ¿Alguna de sus amigas o alguien del público? ¿Qué cantidad le habían dado? ¿Una, quizás media? No le importaba, se la tragó sin vacilar mientras mantenía su vista fija en Spax.

Los temas fueron cayendo uno tras otro hasta llegar al final con el imprescindible “Ximera”, provocando la histeria general. El agradecido público, ya terriblemente exhausto, dio todo lo que le quedaba en ese último tema, que finalizó con un derroche de explosiones pirotécnicas. Entonces las luces se encendieron, la banda se despidió lanzando al público púas de guitarra y baquetas y luego desaparecieron.

Vanessa tardó un buen rato en reaccionar, en afrontar

que ese era el final, que todo había acabado. Al principio nadie se movió del sitio y gritaron pidiendo más, desesperados, presas del pánico, sin querer creerse que toda esa espera había desembocado en algo tan intenso pero a la vez tan breve. Pero a pesar de los gritos de histeria la banda no volvió a salir esa noche. Al cabo de un buen rato los gritos fueron haciéndose más débiles y la gente empezó a salir del pabellón poco a poco. Vanessa miraba confusa a su alrededor, toda la borrosa realidad vibraba y se desdibujaba como presa de un único latido, notaba un hormigueo por todo su cuerpo y una sensación de pesadez en su cabeza. No podía mantener los ojos completamente abiertos, intentaba sin éxito enfocar algo, apresar algo de esa extraña neblina. Fue consciente de la enorme carga sensorial que las drogas y el show le habían proporcionado y se agarró la cabeza intentando, sin éxito, controlarlo. Tenía que encontrar a sus amigas y salir de allí, hacía un buen rato que las había perdido de vista. Miró a su alrededor buscando un rostro familiar y vio una interminable sucesión de caras empapadas en sudor. Vio miradas extraviadas, ojos asesinos, maquillajes corridos, agonía, pero no vio a ninguna de sus amigas. Hurgó entre su ropa y localizó el teléfono móvil. Intentó encenderlo, pero tardó un rato en despejar su mente lo suficiente para dicha tarea. Estaba muy pedo, y cuando consiguió reunir la suficiente cordura para encender el móvil se dio cuenta de que estaba sin batería. ¿Qué hacer ahora? Optó por retirarse hacia un lateral, alejándose de la masa que enfilaba hacia la salida, y mirar desde allí. Si no tenía éxito saldría al exterior a probar suerte. Seguramente todas estarían igual y acabarían encontrándose, eso pensó, así que se apoyó en una barra intentando cargar algo de cordura en su mente para la dura vuelta a la realidad.

7.

Brent también tenía un problemilla con las drogas. Le gustaban demasiado. Últimamente se le estaba yendo de las manos el asunto de la coca. Pero se trataba de algo imprescindible en su trabajo, necesitaba estar despierto y comunicativo, necesitaba estar constantemente alerta. Llevaba con los chicos desde que empezó todo. Era colega de Spax desde la infancia, cuando compartían el sueño de romper con todo y crear una banda de éxito, con todo lo que ello conlleva: mujeres, drogas, libertad, locura... Desparrame al fin y al cabo. Por desgracia él no tuvo tanta suerte como su amigo. Formó varias bandas, Megalodon, Grandpa o Suspiria, pero todas acabaron yéndose al garete como tantas otras bandas en este preciso momento. Siempre por lo mismo, falta de resultados, falta de tiempo, falta de dinero, falta de constancia y compromiso, exceso de egos... En fin, la mierda de siempre.

Él había estado ahí desde que se formó Ximera. Siempre habían tenido algo los cabrones, sabían lo que querían y cómo lograrlo, y todos estaban al mismo nivel de compromiso. Brent soñaba con que pasara algo y echaran a Hécate de la banda, como íntimo de Spax sabía que él sería el sustituto, pero para su desgracia eso no pasó nunca.

Tras unos comienzos duros y un par de cambios en la formación de repente todo se aceleró, empezaron a subir como la espuma y él fue testigo de cómo su colega saboreaba las mieles del éxito. Se alegraba enormemente por ello, pero no podía dejar de tener un poso de amarga envidia.

No obstante también se benefició del éxito de Ximera. Spax consiguió meterle en nómina como “asistente personal”, pagado por la compañía de discos y los promotores. Era lo mas cerca que podría estar de su sueño y, desde luego, infinitamente mejor que trabajar en una fabrica de conservas de 7 a 3. Se podría decir que tenía un trabajo bastante peculiar: su misión era la de ejercer de hombre de confianza de la banda y suministrarles ciertos “elementos indispensables para el proceso creativo”, lo que podría traducirse en buscar drogas, mujeres, organizar fiestas y escuchar locuras. En los seis años que habían pasado desde que la banda obtuvo popularidad internacional, y tras unas giras cada vez más y más grandes, se podría decir que había visto de todo: situaciones delirantes, gente extraña, visiones surrealistas y depravaciones varias que la inmensa mayoría de la gente no podría ni creer. Tenía en mente recopilarlas todas en una novela cuando tuviese que buscar un tren de vida más pausado. Los años que pasó estudiando turismo en el instituto no habían sido en vano como él pensaba cada vez que acudía a clase, gracias a ello ahora sabía ingles, francés, castellano y algo de alemán, lo justo para defenderse casi en cualquier parte. Básicamente su día a día consistía en llegar un día antes del show a la ciudad indicada y empezar a “establecer contactos”. Ximera consumían una cantidad industrial de drogas allá donde iban, y era mucho más fácil y seguro conseguirlas en los sitios en cuestión que llevarlas consigo. Básicamente Brent se ponía en contacto con gente de la prensa especializada o fans y les prometía pases de backstage a cambio de información. Era muy bueno tratando con la gente y tenía un sexto sentido para saber dónde se tramaban las cosas. El dinero nunca era problema, una banda de esas características pasaba ya a ser una empresa por sí misma, solo había que apuntar lo que hiciera falta en “gastos varios” y alguien lo pagaría. Una

vez con las drogas en su poder aprovisionaba a los chicos y escuchaba sus locuras. A veces le encargaban algún recado estrafalario que realizaba de la mejor manera posible. Le gustaba considerarse una especie de escudero. Y por supuesto él también sacaba tajada de una formas u otra. Adoraba su trabajo, vaya que sí. Lo mejor sin duda venía tras los shows, cuando los nervios dejaban paso al desfogue. Ximera eran unos depravados de cuidado, dales a unos inadaptados sociales dinero y fama y nunca sabrás lo lejos que podrán ir. Y a ellos les gustaba ir bastante lejos, desde luego. Las fiestas tras los conciertos eran épicas, y todas acababan en monumentales orgías donde se aseguraba el estar presente y recoger lo que a los chicos les sobra. Es increíble lo que ciertas fans estaban dispuestas a hacer embelesadas por el brillo del éxito, no se negaban a nada. Brent estaba convencido de que todo lo visto y experimentado en sus periplos como asistente le imposibilitarían de por vida para buscarse una relación sentimental formal. Había visto demasiada mierda. Muchas de las chicas que entraban y salían de las habitaciones de hotel tenían parejas, incluso esposos, vidas decentes, trabajos serios... Pero cuando estaban con sus ídolos se dejaban hacer de todo, se dejaban grabar y fotografiar, soportaban todo tipo de vejaciones y abusos con sonrisas complacientes, cegadas por la estela de la fama. Todo se movía por el vicio, la obtención de placer, eso hacía girar el mundo. En este caso el placer de estar con un ideal, con una estrella del rock, ello transformaba a esas chicas capacitándolas para cosas que jamás harían con un tipejo normal como su novio. Por otra parte los chicos no se privaban de nada, estaban engullendo hasta el poso el rockstar way of life, se sentían en la obligación moral de hacerlo, ¿por qué no?

Y ahí estaba él, el pequeño satélite que orbitaba en su onda. Era como esos pequeños peces carroñeros que se

arriman a los peces grandes. Era un parásito, sí. Lo sabía, pero le daba igual porque se lo pasaba en grande.

Había llegado su momento. El concierto terminaba y sabía lo que tenía que hacer. «Pero antes un tirito». Puso el dosificador bajo su aleta nasal y aspiró. «Mucho mejor, ahora al tajo». Su mirada de experto depredador buscaba entre la multitud, sabía perfectamente los gustos de cada miembro de la banda en cuanto a vicios se refería, ahora se trataba de mujeres, de probar la carne del país, turismo gastronómico que se suele decir. Divisó a dos pelirrojas que seguro serían del agrado de Amón: altas, delgadas, no excesivamente jóvenes (Amón era el único de la banda al que podía considerarse como de gustos no pedófilos). Se acercó a ellas. Sabía cómo abordarlas, era su trabajo, lo más importante es que se viera bien la tarjeta de asistente con el logo del grupo, el resto lo harían ellas solas. Como no podía ser de otra forma cuando se les insinuó la posibilidad de conocer a la banda fueron presas de la histeria y suplicaron por llevar a sus amigas. Brent echó una mirada, las amigas estaban bastante bien, admitidas, pases de backstage entre lloros y agradecimientos y a seguir la ruta, cinco chicas en cinco minutos, así era el circo del rock. Brent prosiguió con su cacería. No le fue nada mal, reclutó a 15 chicas entre el público en unos minutos, todas jóvenes y apetecibles, las mandaba al matadero con sus pases especiales y ellas encantadas. Entonces fue cuando la vio. Estaba sola en una de las barras, larga cabellera negra y escultural figura, mirada perdida, no aparentaba más de 17 o 18. Una presa fácil. Brent la abordó.

—Hola, ¿estás buscando a alguien?

—Eh... Hola. Sí, a mis amigas, supongo que ya habrán salido.

—¿Te ha gustado el concierto?

—Pufffff, ha sido increíble, estoy impaciente por verlos de nuevo mañana.

—¿Vienes también mañana?

—Por supuesto. Es mi puta banda favorita.

—Eso está bien. La verdad es que montan un gran show.

—Oye, ¿y ese pase? ¿Trabajas con el grupo?

—Sí, soy parte del staff.

—Vaya, increíble. ¿Y qué haces, montar el escenario?

—Jajajaja, no, soy el asistente personal del grupo.

—Me tomas el pelo.

—No, para nada, míralo tu misma —Brent le tendió el pase. Vanessa intentó descifrar como pudo las letras en movimiento.

—Dios, es alucinante. O sea que los conoces personalmente.

—Claro, soy su asistente, somos como uña y carne.

—Joder, yo daría lo que fuera por conocerles.

—¿Lo que fuera? —preguntó Brent sin ocultar una pícaro sonrisa.

—Sin duda, lo que fuera, les adoro, son dioses.

Brent estuvo tentado de pedirle algún favor sexual a esa exuberante chiquilla, pero no estaba muy por la labor, sencillamente no tenía ganas, estaba demasiado puesto y sabía que más tarde tendría a su disposición un buen puñado de chicas iguales que ella. Años atrás habría matado por una oportunidad así, pero ahora podía permitirse el lujo de rechazarlas.

—¿Pues sabes qué? Quizás hoy sea tu día de suerte.

—En serio, ¿por qué?

—Porque resulta que aquí tengo un pase de backstage que lleva tu nombre.

Al sacar el flamante pase de uno de sus bolsillos vio como la mirada de Vanessa se encendía presa del nerviosismo. Sonrió de nuevo, se sentía poderoso, adoraba esa sensación.

—¿En serio? ¿Lo dices en serio? No puede ser verdad, ¡te quiero! ¡Te quiero!

—Sí, ya lo sé, anda toma.

—Joder, no me lo creo, ¡voy a conocerlos!

—Seguro que a Spax le encantas, eres justo su tipo.

—Venga ya, no me vaciles, Spax es mi preferido. Joder, joder, ¡¡muchas gracias!!

Vanessa no pudo evitar abalanzarse sobre Brent y darle un gran abrazo. No podía creérselo, sin duda esta noche estaba resultando mágica. Sentía un amor inmenso hacia la creación, hacia el mundo y hacia Dios, había disfrutado del mejor concierto de su vida y ahora el destino le brindaba la posibilidad de acercarse a sus ídolos, de hablar con ellos y conseguir unos autógrafos. Todo le pareció maravilloso, por fin la suerte le sonreía. No dejó de abrazar el rechoncho cuerpo de Brent, lo adoraba, gracias a él su sueño se cumplía, y además no le había pedido nada, ella habría hecho lo que fuera, incluso follárselo, pero le daba el pase sin pedir nada, sin duda era un ángel.

Cuando empezó a cubrirle de besos y con esos turgentes senos apretados contra él Brent empezó a notar una ligera erección. Se apartó de esa chica antes de que perdiera el norte, todavía tenía cosas que hacer, debía reclutar a unas cuantas más antes de que salieran todas del recinto, ya habría tiempo de catar alguna.

—Venga chica, jajaja, tranquila. Mira, ¿ves aquel tipo a la derecha del escenario? Enséñale el pase y él te llevará a los camerinos, seguramente nos veamos luego por allí.

—Gracias, gracias, muchas gracias. No se como agradecerte esto.

—Bah, no es nada, me encanta hacer feliz a las chicas guapas. Luego nos vemos.

Vanessa vio alejarse a Brent entre la multitud y volvió

a mirar asombrada su pase, seguía sin creérselo pero era verdad, estaba en su mano. Caminó hasta el lateral del escenario. Allí había un gorila inmenso que la miraba con desconfianza, le tendió su flamante pase y el gorila esbozó una sonrisa.

—Todo recto y a la derecha.

Ahí estaba ella, en medio del meollo. Tras el escenario un enjambre de operarios revisaban cosas y se gritaban unos a otros. Siguió avanzando por el pasillo, giró a la derecha y vio una puerta al fondo flanqueada por otros dos gorilas, se aproximó a ellos.

—Hola.

—Qué quieres.

—Sí... Eh, tengo un pase.

Uno de los gorilas cogió el pase para revisarlo de cerca, luego la cacheó. El tipo le metió mano de forma descarada, pero a ella no le importaba, estaba presa de la emoción y no apartaba la vista de la puerta con el flamante logo del grupo.

—Está bien, pasa.

Las puertas se abrieron. Vio un enorme salón plagado de mesas y sillones, en su interior había bastante gente, muchas chicas histéricas formando corrillos, tipos que hablaban unos con otros sujetando copas de diversos colores, fotógrafos y gente extraña aquí y allá, era justo como se había imaginado estas cosas. Las mesas rebosaban de botellas y comida. Se acercó a una de ellas y se sirvió un vodka con zumo de piña que bebió de un trago, lo necesitaba, el exceso de drogas había secado completamente su garganta. La copa le supo a gloria, pudo notar toda la travesía del liquido en su organismo y como la fortalecía, se sirvió otra. Miró a su alrededor y en una esquina vio a Mol, estaba ahí, estaba ahí joder, hablaba con un tipo que sostenía una grabadora, flanqueado por dos gorilas y una multitud de

curiosos, en su gran mayoría chicas que babeaban incrédulas. En otro extremo divisó a Gorgo y a Amón que hablaban con la gente y firmaban autógrafos. Amón reía alegremente acompañado de dos chicas pelirrojas, las cogió de la cintura, dijo algo al oído de uno de los gorilas a lado y desapareció con ellas por una puerta al fondo. No se veía a Spax ni a Hécate por ninguna parte. Se dirigió hacia Gorgo y esperó a que terminara de hablar con unos fans, luego llegó su turno. Estaba muy nerviosa. Balbuceó algo al respecto de lo importante que era su música para ella y lo grande que le había parecido el concierto. Gorgo la observaba con aspecto serio, imponía bastante con las plataformas y el maquillaje, pero resultó ser un tío bastante agradable. Vanessa le tendió su entrada con mano temblorosa y él la firmó. En ese momento escuchó gritos al otro extremo de la sala y cuando se giró no pudo creer lo que veían sus ojos. Spax y Hécate bajaban tranquilamente por unas escaleras. La gente empezó a arremolinarse a su alrededor sacando fotos y tendiendo diversos objetos para que los firmasen. Vanessa estaba tan conmocionada que no se atrevió a acercarse, se bebió la copa y se sirvió otra mientras miraba la escena desde su posición. «Maldita sea, las chicas jamás van a creerme, ojalá estuviesen aquí», pensaba mientras veía como Spax se fotografiaba con la gente. Siguió bebiendo su copa e intentando llevar las riendas de sus emociones. No quería cagarla, ahora no, era consciente de estar volada por causa de las drogas y no quería decir ninguna estupidez, no quería parecer una fan histérica más ante los ojos de Spax. Pensaba en qué decirle, en cómo decirlo, tenía que medirlo todo al milímetro, su mente corría a mil por hora. Spax firmaba autógrafos y se sacaba fotos cada vez más cerca de ella, su pulso se aceleraba y empezó a sentirse un poco mareada. Spax estaba cada vez más cerca. Finalmente

estuvo a su altura y Vanessa olvidó todo lo que había estado planeando, lo cogió de un brazo y no dijo nada, Spax se giró para mirarla.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo sintiéndose atraído de inmediato.

—Ehhh...Yo...Yo...Te amo —balbuceó Vanessa.

—Jajajaja. Vaya, eso sí que es un saludo. ¿Cómo te llamas preciosa?

—Va...Vanessa.

—Mmmm, Vanessa... Dime Vanessa, ¿te encuentras bien?

—Bueno, no, estoy un poco nerviosa.

—Tranquila, no voy a hacerte daño.

—Lo sé. Eres increíble. Me encanta tu música.

—Gracias. A mí me encantas tú.

Vanessa rió nerviosamente. No sabía qué hacer ni qué decir, tenía la garganta seca y cada vez que decía algo su propia voz le sonaba ridícula. Spax estaba ahí, delante de ella, y era incapaz de decir nada coherente, de hacerle entender lo importante que había sido en su vida, la de veces que su música la había acompañado en los momentos difíciles... Quería darle las gracias por todo aquello, por estar ahí cuando todos los demás la abandonaban. Spax la miraba fijamente, llevaba unas lentillas negras que daban a sus ojos el aspecto de los de un tiburón.

—¿Seguro que estás bien Vanessa?

—Sí, es que no me creo que esto esté pasando.

—¿Quieres que te firme la entrada?

—Sí, por favor —al decir esto volvió a quedarse bloqueada y tuvo que ser Spax quien cogió la entrada de su mano, haciendo que volviese a sentirse ridícula.

—¿Qué bebes Vanessa?

—¿Esto?... Eh...Vodka con zumo de piña.

—Me encanta el vodka.

—Sí, ya lo sé, es tu bebida preferida.

—Jajajaja, veo que has hecho los deberes.

—Jijijiji.

—¿Cuántos años tienes Vanessa?

—Dieciocho.

—Vaya, perfecto. Mira, aquí hay demasiada gente, quizás quieras tomarte otro vodka conmigo a solas.

—¿En serio? Claro, claro que quiero.

—Bien, espera un momento.

Vanessa no creía lo que estaba pasando, el mismísimo Spax la estaba seduciendo, el hombre de sus sueños le tiraba los tejos y ahora iría con él al paraíso, o al infierno, o a donde quisiera llevarla porque lo seguiría hasta el final. Vio como Spax decía algo al oído de uno de los gorilas y regresaba a su lado.

—Sígueme Vanessa.

Fue tras él sin decir nada, notaba la mirada de envidia de las chicas que estaban allí, se sentía la más afortunada del mundo. Spax la condujo a una sala y cerró las puertas. Estaban completamente solos. En la estancia había un par de sofás de cuero negro bastante grandes y una mesita de cristal, la luz era tenue.

—No me gustan las multitudes. Si por mí fuera estaría siempre solo, pero la fama es lo que tiene, tienes que dejarte ver por los sitios, un puto coñazo —se lamentaba Spax mientras abría una botella de vodka.

Vanessa no sabía que decir. La situación era surrealista, estaba sentada en un sofá hablando con su ídolo. Estaban totalmente solos y ella, que no era ninguna ingenua, sabía que tarde o temprano estarían follando como locos, quizás sobre esa misma mesa. Estaba cada vez más excitada pero no conseguía soltarse, el aura de Spax aún la intimidaba demasiado, era incapaz de verlo como una persona normal.

—¿Tomas drogas Vanessa?

—Sí, a veces.

—Bien, voy a hacerme unas rayas, ¿te apetece?

—Claro, tengo yo algo por aquí —dijo acercándole su bolsita.

—Vaya con Vanessa, ¿no te privas de nada eh?

—Bueno, hoy era un día especial, aunque nunca imaginé que tanto.

Spax abrió la bolsita y sacó uno de los paquetitos, lo abrió, olió el contenido un par de veces, se untó un poco en el dedo y lo frotó en sus labios.

—Mmmm, no está mal, pero creo que la mía está menos cortada. Te agradezco mucho la invitación, pero guárdala para ti, yo tengo de sobra.

Devolvió la bolsa a su propietaria y sacó otra de su pantalón, esta de mucha más envergadura, la abrió y volcó de forma despreocupada todo el contenido sobre la mesa. Vanessa alucinaba, frente a ella se levantaba un montículo de al menos siete gramos.

—¡¡Joder!!

—Ya bueno, soy un perdido, lo sé. Sírvete.

Vanessa separó una buena porción y dibujó dos enormes rayas con su carnet de la biblioteca, luego se hizo un turulo con un recibo del banco y aspiró. No notó ningún tipo de picor y su primera reacción fue pensar que la coca era muy mala, pero acto seguido sintió un enorme subidón en la cabeza. No era mala no, era muy buena.

—Joder, esto está de puta madre.

—Sí, mi fiel escudero no suele fallarme.

—Joder qué disparo, es justo lo que necesitaba, toma —dijo acercándole el turulo a Spax.

—Gracias, tengo el mío.

Spax sacó un turulo de plata con un pequeño esqueleto

en la punta y esnifó. Vanessa notaba cada vez más los efectos de la droga y se le empezó a soltar la lengua de forma descontrolada.

—Joder, no me creo esto, todo esto, estar aquí, contigo, metiéndonos, creo que en cualquier momento voy a despertar y todo habrá sido un sueño, bueno, no quiero parecer la típica, ya sabes, la típica fan histérica, pero... Bueno, no sé, es que es tan fuerte, tan inesperado, tenerte aquí, joder, estas aquí, conmigo y, vaya, no sé, es mágico, bueno, jajaja, también estoy bastante pedo, pero es que es alucinante, no sabes lo que significa tu música para mí, lo que ha significado siempre, cómo me ha acompañado, cómo me ha hecho sentir, es mi vida, la música es mi vida, ¿sabes? Yo también toco, toco el bajo, como tú, tengo un grupo, bueno, ya no, lo tenía, pero se jodió, ¿sabes?

—¿En serio? —dijo Spax que, seriamente y sin mirarla, dibujaba otras dos rayas.

—Sí, nos llamábamos Inmortal, hacíamos metal, un metal bastante pesado, con toques de groove, de thrash, intentando ser originales, sin rallarnos tampoco en exceso, buscando el riff, ya sabes, versionábamos un par de temas vuestros, aunque no los tocábamos tan bien claro, pero lo intentábamos, entonces todo se fue a la mierda porque yo me lié con el guitarra y, bueno, ya sabes, supongo que pasábamos mucho tiempo juntos, o, no sé, la verdad es que no sé lo que pasó... Pero, bueno, el caso es que se jodió, joder, está buena la zarpa, el caso es que...

—Toma anda —le interrumpió Spax acercándole otra enorme raya en una bandejita.

—¿Otra? Puff, no se, me ha subido mucho la anterior, está de puta madre, mira, no paro de rajar.

—¿Significa que no quieres?

—Venga vale.

Vanessa aspiró. No pudo hacerlo de una sola vez pero acabó metiéndose todo. Esta segunda le subió de una manera brutal, se sentía pletórica, llena de energía y con el chico de sus sueños, ¿podía la vida ser mejor?

—Joder, joder, madre mía, está de puta madre esto ¿eh? Puff, qué globo, esta coca creo que es la mejor que he probado, me siento genial, puff... En fin, que lo que te decía ¿qué te decía? ¡Ah sí! ¿El grupo no? Bueno, el caso es que me lié con el guitarra y todo se jodió, mi sueño es formar parte de un grupo como Ximera, ojalá fuese parte de Ximera, nada me gustaría más que eso...

—Desnúdate.

—¿Qué?

—Desnúdate, quiero ver tu cuerpo.

Vanessa tardó un poco en reaccionar. Spax la miraba fijamente con aquellos ojos de tiburón. Ella sintió un poco de miedo, pero sabía perfectamente a lo que venía y quería hacerlo. Empezó a desabrocharse el corsé, tras él cayó el sujetador. Mientras se desprendía de sus prendas miraba las reacciones de Spax, este la observaba fijamente.

—Sí, así... Muy bien pequeña.

Empezó a acariciarse los pechos. Se sentía hermosa, estaba cada vez más excitada y quería excitar a Spax más de lo que él pudiese soñar, quería quedar en su recuerdo como la mejor, no una simple fan más, quería ser la mejor, que él la recordara siempre y la buscara, se sentía capaz de ello a medida que se acariciaba los pechos, lamiéndose los pezones. Sabía que era una chica muy atractiva, superior a la media, y ahora con el subidón estaba convencida de ser la chica mas excitante de la tierra. Notó que Spax empezaba a tocarse tímidamente la entrepierna sin dejar de mirarla y eso la excitó aún más, lo estaba consiguiendo, estaba excitándolo. Se despojó de la falda y la arrojó sobre la cara

de Spax, mirando su reacción, luego se acercó y se sentó encima, frotándose contra él. Notó el bulto en su pantalón, pero Spax permanecía impassible. Vanessa le introdujo uno de sus dedos en la boca y notó que este lo chupaba como un niño pequeño, acto seguido se echó hacia atrás y empezó a masturbarse delante de él, intentando exagerar sus gemidos. Spax no pudo aguantarlo por más tiempo y se abalanzó sobre ella como un animal sobre su presa. Empezó a besarle el cuello furiosamente, el bulto de su pantalón era cada vez más grande. Ambos se habían rendido por completo a la lujuria y aquello era un festival de manos y lenguas entrelazadas. Vanessa arrancó la camisa de Spax, recorrió cada centímetro de su torso con la lengua. Bajó hasta el pantalón y notó aquella cosa a punto de reventar, desabrochó el pantalón para dejarla en libertad. Ahora ante ella se alzaba la enorme polla de su ídolo, empezó a chuparla. Spax la agarró del cuello para dictar el ritmo. Al cabo de un rato la apartó de él y arrancó sus pequeñas bragas, la giró y empezó a tomarla salvajemente por detrás, como a una perra. Vanessa gemía de placer. En ese momento vio abrirse la puerta, una enorme figura entró y se quedó observando el espectáculo, era Mol.

—Vaya, habéis empezado la fiesta sin mí ¿eh cabrones?

Mol observó la enorme montaña de coca en la mesita y la pequeña chica gimiendo y no supo por cuál empezar. Se decidió por la mesa, sacó su turulo y esnifó directamente del montículo, echó la cabeza hacia atrás, se frotó la nariz y luego se bajó los pantalones. Spax seguía embistiendo repetidamente a su pequeña fan. Mol puso su polla frente a la cara de Vanessa.

—Prueba un poco de esto también pequeña guarra, te gustará.

Vanessa obedeció presa de la excitación y empezó a chupar el miembro de Mol. Tras un rato en esa posición

Spax se tumbó en el sofá, agarró a Vanessa de la cintura y la puso sobre él. Empezó a metérsela por el culo lentamente, aquello estaba prieto, Vanessa soltó un débil grito de dolor, pero no se quejó y antes de que se diera cuenta ya la tenía toda dentro. Spax sonrió a Mol.

—Venga tío, enséñale a esta niña lo que es el placer.

Mol se situó cuidadosamente sobre Vanessa y la penetró. Ella nunca había sido penetrada por dos tíos a la vez, le costaba creer lo que estaba pasando, el dolor era muy intenso pero el placer lo era aún más. Podía ver la aterradora cara de Mol ante ella con los ojos desorbitados, se asustó y cerró los suyos mientras sentía esas dos enormes pollas taladrándola. Mol estiró el brazo derecho y sacó una navaja de su pantalón, sin mediar palabra cortó con ella a Vanessa, un corte largo pero poco profundo a través del pecho. Vanessa gritó, aquello empezaba a no gustarle, sentía su sangre manando de la herida, bajando por su vientre como un pequeño río. Mol estaba cada vez más fuera de sí, empezó a lamer la sangre.

—Oye... Me estáis haciendo daño. Despacio... por... favor.

Mol rodeó con su enorme mano el cuello de Vanessa y apretó, primero suavemente, luego más fuerte. Vanessa comenzó a sentir que le faltaba el aire, entonces Mol apretó más fuerte. Vanessa abrió los ojos y empezó a mirarle con incredulidad, ya no le gustaba todo aquello, intentó inútilmente apartar la mano de Mol de su cuello, pero él apretó con más fuerza. Se miraron fijamente, los ojos de Vanessa parecían a punto de salirse de sus órbitas, empezó a golpear a Mol y a hacer unos ruidos extraños, luego todo su cuerpo empezó a convulsionar como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica, parecía un pobre pececillo fuera del agua. Mol y Spax eyacularon dentro de ella de forma salvaje,

soltando unos poderosos gemidos. Vanessa no volvió a respirar nunca más.

Mol se incorporó, su aspecto ya intimidante de por sí lo era ahora aún más con la cara y la polla cubiertas de sangre.

—Dios, esto es la puta hostia —dijo suspirando profundamente, en un estado cercano a la santidad.

—Mierda Mol, ¿te la has cargado?

—Supongo.

—No, joder. Otra vez no, ¡estás loco!

—Y a quién le importa, una zorrita menos.

Spax se inclinó velozmente sobre el cuerpo de Vanessa e intentó reanimarla sin éxito.

—Déjalo tío, está más tiesa que mi abuela.

—Joder, ¡joder! ¡Puto zumbado! No podemos ir por ahí cargándonos a la gente.

—¿Por qué no?

—Mierda, estás loco.

—Venga, no es para tanto, seguro que antes de morirse esta perra disfrutó como nunca en su vida.

—Estás enfermo.

Spax se apartó del cuerpo inerte y se replegó sobre sí mismo, masajeando su frente.

—Tú sí que estás enfermo. Antes no te importaba tanto, y mírate ahora, ahí sentado lamentándote. Coño, empiezas a recordarme al puto Odklas.

—Creo que ya no me gustan estas cosas —dijo Spax mirando hacia el suelo.

—Pues te jodes, es nuestra misión, siempre ha sido nuestra misión, nuestro pacto —Mol estiró los brazos hacia el cielo, pareció elevarse ligeramente mientras tensaba sus músculos—. El caos... La muerte... Estamos aquí para eso, es lo que prometimos hacer, por eso se nos dio el poder, ¿o es que ya lo has olvidado?

—Eran otros tiempos.

—Claro, antes no éramos nadie. Pero ahora podemos hacerlo, estas zorras vienen a nosotros como las moscas a la mierda, una tras otra. Cuando no éramos nadie ni nos miraban las muy putas, entonces soñábamos con prenderle fuego al mundo, con destruirlo todo, ¿acaso ahora con la puta fama y la pasta te estás volviendo conformista? ¿Acaso te has olvidado de por qué estamos aquí? Encerrado en tu puta casa con piscina, esnifando con estrellas del pop. Me das lástima, has olvidado que si hemos llegado hasta aquí es porque la providencia así lo quiso. Se nos dio el poder para hacer lo que soñábamos. Pero no olvides que todo tiene un precio, aquí entran poderes mucho más elevados que tú y que yo, y es un camino del que no hay retorno posible. Tenemos que llevarlo hasta el final, sean cuales sean las consecuencias. ¿Acaso preferirías seguir encerrado, currando en aquella gasolinera de mala muerte?

—Mierda, pagaremos por todo esto —gimió Spax cubriendo su rostro.

—Claro que pagaremos. Acabaremos en la cárcel, o linchados. Seguramente tarde o temprano nos tuesten en la silla eléctrica entre gritos de venganza. Y así es como debe ser. Entonces se cerrará el círculo, el odio se alimentará del odio y habremos cumplido la misión que se nos encomendó. Pero hasta que ese momento llegue debemos extender la rabia tanto como podamos, tal y como se lo prometimos.

—Estamos condenados.

—Siempre lo estuvimos Spax. Do what thou wilt.

—No me salgas ahora con el capullo de Crowley anda.

—No te lamentes. Seguro que esto ha sido lo mejor para ella.

—Esta chica también tenía sus sueños, dijo que quería formar parte de un grupo como el nuestro.

—Vaya, qué tierno, me vas a hacer llorar. Pues

cumplamos también su última voluntad, será parte del grupo, parte del espectáculo.

—Mierda.

—No te dejes vencer por la debilidad Spax, no ahora. Somos ángeles exterminadores. Hay gente al otro lado, intentando alargar inútilmente este error de Dios y de la vanidad de su patética creación, apoyados en su absurda esperanza. Nosotros estamos en el otro plato de la balanza. Así es como debe ser, es para lo que se nos ha puesto aquí, para lo que se nos ha dado el poder.

—Mierda.

—No me dejes tu también tío. Sabes que tengo razón y aunque te duela es lo justo, ¿qué pensabas? ¿Que todo serían risas y drogas? Esto es mucho más importante que nosotros mismos.

—Tienes razón Mol, siempre la has tenido.

—Así me gusta, entra en razón.

—Sí...

—Ahora date la vuelta, sé lo que necesitas para sentirte mejor.

Mol miró con una sonrisa ensangrentada a su compañero, este se giró y se puso en posición.

—Así, muy bien —dijo Mol mientras se metía más coca, ya directamente con la mano. Su polla volvía a estar dispuesta. Agarró a Spax por la cintura y comenzó a follárselo. Spax gemía de placer. Así es como debía ser, no había otra salida.

8.

Las luces se apagaron. Se podía apreciar la electricidad en el ambiente. La gente gritaba alzando sus manos, sudorosos,

locos, drogados, dispuestos a disfrutar del segundo concierto de Ximera en la ciudad. Lleno absoluto.

El show transcurría con normalidad. El grupo estaba pletórico, especialmente Mol y Spax, que presos de una energía inagotable corrían arriba y abajo por el escenario, llevando a su público al paroxismo total. Variaron ligeramente el setlist estrenando entre el delirio dos nuevos temas, y dejaron para el final uno de sus himnos que Mol presentó ante la locura general.

—Este tema está dedicado a todos vosotros, los que habéis hecho posible que estemos aquí cumpliendo nuestros sueños. Está dedicado a los caídos, y a los que caerán...
¿Hacia dónde te diriges?

Miles de cuerpos sudorosos y en trance elevaron el puño y entonaron la letra:

*¿Hacia dónde te diriges?
Sabes que no hay salida
Es lo que querías
Ahora lo tienes
Muere dulcemente
Porque estamos hambrientos*

Mol miró a Spax, ambos sonrieron. Mol se dirigió al público, llevaba una gran bolsa de basura en la mano.

—¿Estáis hambrientos?

La gente gritó enloquecida.

—He dicho: ¡ESTÁIS HAMBRIENTOS! ¡

Los rugidos del público eran ensordecedores.

Entonces Mol sació su hambre. Abrió la bolsa de basura, y de ella extrajo pedazos de carne que comenzó a arrojar a la audiencia. La gente se empujaba intentando cogerlos. Mol continuó lanzando más pedazos, lanzó una mano, un tipo

la cogió y empezó a morderla como un loco mientras todos chillaban, continuó lanzando más y más pedazos.

—¿¡ESTÁIS HAMBRIENTOS?!—gritó de nuevo con mirada demente.

Spax miraba satisfecho a la gente a sus pies mientras Mol arrojaba la carne, dos columnas de fuego se elevaron tras él y de unos aspersores del techo comenzó a caer una lluvia de sangre sobre el público congregado abajo. La gente bailaba, abrían sus bocas hacia el techo recibiendo el néctar mientras perdían la razón y sus rostros se desencajaban por la adrenalina. Mol observó el espectáculo y esbozó una sonrisa enfermiza. “Para esto estamos aquí, y no estamos solos”.

9.

Alejandro salió del recinto y miró a su alrededor preguntándose si Vanessa estaría por ahí. Aunque cada día lo intentaba con todas sus fuerzas no era capaz de olvidarse de ella. La había echado tanto de menos durante los conciertos... Por momentos había sentido su presencia muy cerca, a su lado. Recordaba toda su historia de amor, todo lo que habían compartido, lo importante que ese grupo era para ambos y lo mucho que deseaban acudir a ese concierto. Ahora, por estúpido, la había perdido, y nunca se lo perdonaría. Buscó a Ernesto, su compañero de batallas, lo encontró apoyado contra una pared, se abrazaron al verse.

—Joder tío ha sido la hostia el concierto ¿eh?

—La puta hostia Alex, la puta hostia, mucho mejor que el de ayer.

—Sí, y el efecto nuevo de la lluvia de sangre ha sido increíble.

—Ya te digo, yo estaba completamente volado.

—Cogí un trozo de los que tiraron, una mano. Estaba que te cagas hecha, la mordí y daba miedo tronco, parecía totalmente real.

—Ya te digo, qué cracks, la puta hostia.

—Joder, espero que esta jodida sangre falsa salga bien, esta es mi camiseta preferida.

Ambos se alejaron calle abajo junto al resto de la gente, coreando los temas de sus ídolos.

A GOLPES

El teléfono había sonado varias veces. Sonaba como un martilleo incesante e irritante que rebotaba en cada neurona de mi cerebro. No quería cogerlo, no me interesaba nada que pudiese encontrarse al otro lado: promociones, amigos, noticias de una muerte en la familia... Me daba igual, todo me daba igual. Solo quería descansar, largarme a la inconsciencia, a sus bellos parajes.

Entonces el teléfono volvió a sonar. Así no había manera de huir. Quizás si contestaba dejarían de molestarme, quizás... En fin...

—¿Sí?

—¿David? Maldita sea, ¿dónde estabas?

—Estaba aquí, durmiendo.

—Llevo llamándote toda la mañana.

—Lo sé César, lo sé... Bueno, ¿qué cojones quieres?

—¿Te encuentras bien?

—Me encontraba mejor antes de que me despertases.

—Oye, estaba preocupado, ayer no tenías buen aspecto.

—¿No?

—Mira tronco, sé que ese combate ha sido un palo para ti, toda esa mierda que ha venido detrás ha sido una putada para ambos, pero son cosas que pasan en este deporte, debes intentar superarlo. Nosotros no nos rendimos, ¿recuerdas?

—Gracias mami, ¿me has despertado para decirme eso?

—La semana que viene es la velada. Tenemos que ponernos a tope estos días, te necesito sobrio y centrado.

—Tranqui, soy el mejor, yo lo sé y tú lo sabes —mentí.

—Sí bueno, pero tenemos trabajo que hacer, ¿vale? No te confíes.

—Por cierto, he visto el cartel.

—¿Ah sí? Y qué, ¿te gusta? Es una buena foto, has quedado bastante bien.

—Sí ya, la cuestión es la de mi rival, ¿qué cojones es eso de “boxeador internacional”?

—Jajaja, venga hombre, ¿no te intimidará eso verdad?

—No, pero estaría bien que me lo explicases.

—Ya sabes como es esto tío, hay que atraer al público.

—¿Pero es boxeador internacional?

—Qué va hombre. Bueno, creo que una vez boxeó en una velada en no sé qué país del este, pero el tipo nunca ha salido del pueblo. No te preocupes, puedes con él de sobra.

—Claro, soy el mejor.

—Eres el mejor.

—Bueno mami, si no tienes nada más que decirme...

—No, pásate por el gimnasio pronto ¿vale? y... Bueno, relájate un poco, ahora más que nunca necesitas luchar, y centrarte.

—Sí sí mami, tranqui, todo está bajo control.

—Un abrazo hermano.

—Otro.

Colgué y fijé mi mirada en el techo.

Maldita sea, la conversación me había desvelado y ya no podría dormirme, ahora tendría que levantarme y encarar la rutina habitual: desayunar, ducharme, poner un pie tras otro para desplazarme, salir a la calle, entrenar, comer, cagar...

La idea de hacer frente a todo eso era horrible. Era un boxeador que no podía hacer frente a las peleas del día a día, aún con las pesadillas estaba mejor antes, cuando dormía.

En fin, vista la imposibilidad de dormir lo mejor sería empezar cuanto antes con la agonía, en primer lugar levantarse de la cama.

Me encontraba como si me hubiesen dado una paliza la noche anterior, quizás alguien lo hizo.

Me fijé que tenía sangre en la mano, pero ninguna herida, ¿de quién podría ser?

Todo lo sucedido la noche anterior estaba envuelto en una espesa bruma, ni siquiera sabía cómo había llegado a casa y me había acostado con el pantalón puesto. Bueno, al menos eso me ahorra un poco de trabajo.

La nevera parecía un cementerio, un cementerio sin carne. Opté, dentro de las pocas opciones, por beberme un litro de leche del tirón, eso le vendría bien a mi estomago.

Me quedé sentado bebiéndome la leche, mamando como un recién nacido, desvalido, reconcentrado en mi malestar, mirando al vacío.

Y ahí venía, ahí estaba otra vez. Aquella noche, aquel golpe fatal, aquella mirada.

Apuré las últimas gotas y salí despedido de allí. Expulsado de mi casa por mis propios demonios.

La calle también era deprimente pero al menos tenías donde fijar la vista para distraerte y que esas imágenes no apareciesen. Llegué al gimnasio, mi pequeña mazmorra medieval, con sus instrumentos de tortura preparados, esperándome.

Y ahí estaba César, mi entrenador, mi mami. Él también había sido boxeador, hasta que se fastidió la mano. Ahora, como un padre rencoroso, intentaba que sus pupilos lograsen lo que él no logró. Al menos lo hacía por las buenas, era un buen hombre. Yo le apreciaba bastante, simplemente la vida le había golpeado mucho, como a mí, como a todos.

—Joder David, tienes un aspecto horrible.

—Bueno, tú tampoco eres una belleza.

—Sabes a lo que me refiero.

—Oye, ahora no estoy para sermones ¿de acuerdo?

—Solo intento ayudarte, me preocupo por ti.

—Te lo agradezco.

—En fin, tenemos mucho que hacer esta semana. Sigues inclinándote mucho hacia adelante al golpear, especialmente con la izquierda, tu rival tiene los brazos mas cortos que tú, debemos aprovechar eso, te descubres demasiado.

—Tienes razón, vamos a trabajar en ello.

—Venga, pues manos a la obra, calienta un poco.

Empezamos la sesión. Primero corrí alrededor de la sala durante un rato, luego la comba, algo de sombra, más comba, más sombra, cinco series de tres minutos.

Me sentía mal, sabía que el alcohol me estaba jodiendo, ahora me arrepentía mientras sudaba las toxinas y meditaba sobre ello. Me arrepentía, quería centrarme, verdaderamente quería hacerlo, quería hacer algo, servir para algo. En realidad era un luchador, y ahora luchaba contra mí mismo, el peor de mis enemigos, con todas mis fuerzas. Estar descontento con la vida hacía que me esforzara más, quizás no estaba perdido del todo. Esfuerzo, siempre esfuerzo, una vida de esfuerzo. Al menos este parecía el menos inútil de los esfuerzos diarios. Me dieron arcadas.

—Relájate un poco, tenemos mucha tarde por delante — observó César.

Yo agonizaba, pero me sentía bien. Si tenía los cojones de pasarme toda la noche bebiendo debía tener los cojones de entrenar duro al día siguiente, era mi filosofía, era un luchador.

A medida que me esforzaba y sudaba toda la mierda me sentía mejor, destrozado físicamente pero bien anímicamente. En realidad me gustaba sufrir, todo se reducía

a eso, así era yo, una persona autodestructiva, siempre había sido así, incluso cuando estaba con ella. Ella me habría cuidado, habría hecho de mí una persona de bien. Pero yo no quería, yo quería sufrir, y ahora sufría por todo lo que pasó aquella noche. Me lo merecía por lo que le pasó a ese pobre chico, debía asumir mi culpa, debía pagar por ello, debía sufrir eternamente. Está bien, misión cumplida.

Trabajamos el problema de mi inclinación y mejoramos mis movimientos. Cesar era un buen entrenador, pensaba por mí, yo era la energía, él era el cerebro. Veía perfectamente mis fallos y hacía que yo también los vieses.

Al finalizar la tarde estaba exhausto, jadeaba como un perro y mi camiseta parecía recién sacada de la lavadora, mi sudor olía a vodka.

—Bien, bien —dijo César—. Te estás esforzando, esto avanza.

—Voy a ganar, soy el mejor.

—Eso espero, eso espero. Ya está bien por hoy, ¿cómo te sientes?

—Genial, totalmente agotado pero genial.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Lo voy llevando.

—Mira David, te lo digo en serio: eres el mejor boxeador que he visto, eres mi mejor alumno con mucha diferencia. Tienes un don, tienes pegada, tienes aguante, puedes llegar muy alto, podemos llegar muy alto, créeme. Por favor no te derrumbes por lo que pasó, no fue culpa tuya, ¿vale? Sé que es difícil, es una cicatriz que te acompañará siempre. Pero tienes que sacar fuerzas de ello, y tú eres fuerte. Ahora tenemos una oportunidad de demostrarlo, es un peldaño importante. Hay que lograrlo, y lo lograrás. Confío en ti, has nacido para esto, yo soy viejo, he visto mucho y ahora lo veo, créeme.

César no me miraba mientras decía eso, se miraba la mano, su mano jodida, se la acariciaba. ¡Maldita sea! Este tío confiaba en mí, yo era su redención. Ese tipo de presión me superaba, no me gustaba tener que demostrar nada. En realidad no quería fallar a nadie, a pesar de mi forma de ser no soportaba fallar a la gente, por eso me destruía, para que nadie esperara nada, para no fallarles.

—Ha estado bien, estoy reventado, me voy a la ducha.

—Venga, te lo mereces campeón.

Me desnudé y me quedé bajo el grifo, notaba todo mi cuerpo tenso, como esculpido en madera, rebosante de energía. Pero lo veía todo ahí otra vez, y ya no me sentía tan fuerte.

Salí de la ducha y me sequé.

—Bueno campeón, ahora vete a casa y descansa, has trabajado bien, te lo mereces.

—Gracias César.

—Mañana a la misma hora.

—Vale.

Otra vez la calle. Todas esas caras, todos abatidos.

Me crucé con un tipo vestido de vigilante que me pidió un cigarro, pero yo no fumo así que se fue derrotado. La gente caminaba como si fuesen zombies. Recién salidos de sus fábricas, de sus tiendas, parecían más molidos que yo, y todo volvería a empezar mañana, y pasado, y no había forma de salir. Entré en el bar y me pedí una cerveza, “tengo que reponer líquidos” pensé.

Una cosa llevó a la otra, el rollo de siempre, las mismas preguntas sin respuesta. Al cabo de unas horas y varias copas me sumí en la bruma y no recordé nada más.

A la mañana siguiente la misma historia, el estómago me ardía y la boca me sabía a mierda. Esta vez no tenía sangre en las manos, ni dinero en los bolsillos. Me sentí mal

conmigo mismo, volví a arrepentirme de todo, la historia de siempre, el bucle infernal.

Al llegar al gimnasio César se dio cuenta enseguida, era imposible engañarle. Para mi sorpresa no me echó ningún sermón.

—Ponte a calentar anda —fue lo único que dijo.
Supongo que perdía la fe.

No volví a emborracharme en toda la semana. Entrenar duro, comer bien, descansar.

Llegó el día de la velada. Fuimos en el coche de César, conducía él. Tardamos tres horas en llegar al sitio. Habían montado una carpa bastante grande y había muchísima gente, eran las fiestas de la localidad y se veía la feria a lo lejos. Los niños disfrutaban de las atracciones y el algodón de azúcar mientras nosotros nos preparábamos para destrozarnos a puñetazos para disfrute de sus padres.

César me vendó las manos, luego me dio un masaje.

—Es el gran día campeón. Lo harás, has trabajado, has sufrido, lo mereces. Ahora te dejaré solo un rato.

Quedaba poco tiempo, me tumbé mirando al techo, cerré los ojos e intenté no pensar en nada. Podía oír el griterío ahí fuera, los rugidos como de animales. La gente estaba ansiosa, sedienta de sangre. Somos animales, no conviene olvidarlo, los más crueles y morbosos de toda la puta fauna. Mi combate era el último de cinco, el estelar. Intenté relajarme, transportarme lejos.

César entró mientras yo me alejaba y me trajo de vuelta.

—Ya es la hora campeón, toma la bata.

Salí de los vestuarios, ya me habían anunciado y mi música de apertura estaba sonando, el *Symphony of Destruction* de Megadeth. El pasillo hasta el ring era largo, la gente gritaba:

—¡Hijo de puta!

—¡Ánimo campeón!

—¡Te van a dar la paliza de tu vida chavall!

—¡MÁTALO, MÁTALO!

Subí al ring y extendí los brazos al cielo. Ya estaba ahí, ya estaba, era ahora o nunca, el momento de mi redención y la de César.

Las esperanzas descansaban en mis puños enguantados. No voy a fallar, no lo haré.

Anunciaron a mi rival y la gente se volvió loca. El chico era de allí, era comprensible, era uno de ellos y yo era el malo. Bien, muy bien, me alimentaría de su odio, les daría razones para odiarme cuando machacara a su campeón.

Llegó al ring y elevó sus brazos, la gente rugía más y más. Sonó la campana. Ya no oía a la gente, tampoco los veía, ahora solo había dos personas ahí dentro.

Nos movimos, nos estudiamos. Alguien debería empezar, muy bien, lo haría yo. Me abalancé, lo asedié un poco, era bueno, pero yo era mejor. Yo era el mejor. Se comió un buen derechazo poco antes de la campana, la cosa marchaba.

Round dos: se zampó otra buena combinación, retrocedía, yo me crecía, el combate era mío, me abalancé sobre él y me comí un tremendo upper, me tambaleé, me había echado mucho hacia adelante, mierda, tranquilo David, tranquilo.

Round tres: mi cabeza ardía, oía los gritos como si estuviera bajo el agua, le castigué el hígado y me alejé, no podía alcanzarme con esos bracitos de niño, mantener la distancia, mantener la distancia, probó mi izquierda, te gusta, ¿verdad cabrón? Campana, rincón, silla. César me daba consejos mientras me limpiaba el sudor, yo asentía con la cabeza aunque en realidad no me enteraba de nada de lo que me decía. Campana. ¿Quieres más? Pues toma esto, y esto. Me zampé su derecha, no la vi venir, creo que estaba sangrando, o quizás fuese solo sudor, me picaban los ojos, mantener la distancia, mantener la distancia, ahí viene, esta vez sí vi

su derecha venir, la esquivé y le alcancé el mentón, se fue al suelo. El arbitro contaba, no te levantes, no te levantes chaval. Se levantó. Bien, prefieres por las malas, lo haremos por las malas. Campana. Un poco de agua. César dijo algo. Campana. Lo volví a tumbar, era su fin. Se levantó cuando llegaron a nueve, un tipo duro. Pero ahora yo estaba en el suelo, no sé de donde vino la hostia, siete, ocho, arriba joder, sigamos con esta mierda. Campana. Jadeaba, era duro el cabrón, todo mi cuerpo latía. Campana. Estábamos cansados, la cuestión es quién lo estaba más, de eso dependía todo. Empezamos a agarrarnos, notaba como jadeaba sobre mí, ¿vaya mierda verdad hermano? Nos separaban, ahí viene, te veo, sé lo que harás, esquivé y le lance un gancho, acerté, se agarró a mí, tosió sobre mí, estaba en las últimas, era mío. Campana. ¿Cuánto llevábamos? ¿Cuánto quedaba? Ahí viene, mantener la distancia, izquierda, izquierda, me acertó, y eso que lo vi venir. Campana.

¿Qué pasa? César me agarró, me abrazó, ¿ya estaba? ¿Ya estaba? Parece que sí.

—Muy bien, muy bien campeón, le has machacado ¡le has machacado!

—Te quiero —balbuceé.

—Muy bien campeón.

La gente rugía en signo de aprobación, les habíamos dado sangre, les habíamos dado vida.

César me limpió la cara y me dio agua, me quitó al fin los guantes.

—La victoria es tuya, está claro.

El juez nos mandó acercarnos, agarró nuestros brazos. Vi a mi rival, lo había machacado, estaba hinchado y rojo como una pelota de baloncesto. Me pregunté cómo tendría yo la cara, al menos ambos seguíamos vivos, no como aquel día...

Los jueces entregaron las tarjetas, la hora de la verdad.

—Y el ganador por puntos... ¡¡LUIIIIIIS HURACÁN
ALLLLGABAAAAAAA¡¡

Mierda, ese no era yo, mi brazo no estaba en alto, no era el ganador. Ahora sí podía oír a la gente, ahora podía notar el cansancio. Miré a César, gritaba y gesticulaba. Lo vi saltar a la mesa de los jueces, agarró un papel mientras gritaba. Maldita sea, ¿qué estaba haciendo? Lo redujeron los de seguridad pero él no paraba de gritar. Empezaron a caer vasos al ring. Alguien me agarró, la gente gritaba, era el caos, me empujaban hacia el vestuario, no me enteraba de nada, era peor que estar borracho, no sabía dónde estaba César.

Finalmente consiguieron llevarme al vestuario. Me senté y al poco llegó César.

—¡Maldita sea! Qué hijos de puta. Vi la puntuación. Habías ganado. Jodidos mafiosos.

—Déjalo César, estamos en su casa, sabíamos que por puntos era imposible, lo tenía que haber noqueado.

—Mierda de deporte. ¡Maldita sea! Esto no va a quedar así, te lo juro por Dios.

No contesté, estaba cansado, quería irme de allí. César no paraba de insultar al aire, se puso rojo y se deformó, estaba a punto de explotar.

—¡Maldita sea! ¡Esto no va a quedar así!

—Déjalo, vámonos.

Llegamos al coche. Nos esperaban tres horas de largo viaje. Apaleado, con el cuerpo palpitante de dolor y cansancio, la mente embotada como una ciénaga y el líquido cerebral como jodida agua estancada.

Ninguno decía nada, no había nada que decir, era inútil, todo era inútil.

Volví a casa, y sabía que allí estarían esperándome los malditos recuerdos.

El coche avanzaba en silencio mientras yo pensaba que debía haber estudiado medicina, o veterinaria, o quizás alguna ingeniería.

HABITACIÓN

Nº3



*Para aquellos que dudan - sus heridas nunca sanarán
Para aquellos que cuestionan mi creación —No soy real*

*Soy el dolor. Soy la pena. Soy las cosas que temes
Soy la mentira susurrada en tu oído.
Soy el gran Leviatán. Soy dominación y codicia
Me imaginaste, así que fui concebido.*

*Soy la vida. Soy la muerte. Me perteneces.
Llámame lo que soy. Soy el coloso.*

Meshuggah. *I am the colossus.*

LA MUERTE DE LA MUERTE

Nunca te creas nada.
Nunca te fíes de nadie.
Estás en un jungla,
a merced de los reptiles alimentados con la fuerza de sus
propias mentiras.
Todos tenemos un precio,
de cara a los demás.
“El único culo es mi culo”
es nuestro himno nacional.
Vivimos encerrados en burbujas esclavizantes
que nos estallan en la cara.
Si tienes algo de valor
te lo querrán quitar.
Si sales con una chica guapa
se la querrán follar.
Ni siendo un mendigo pordiosero y demente evitarás que
envidien
tu libertad.

¿Qué puedo pensar
si los que ayer me amaron hoy piden turno para
lincharme?
¿Qué puedo hacer

si cuando intenté ser bueno me llovieron las piedras?

Escribo esto.

Y alguien sacará algo de ello.

Pero no seré yo.

He aprendido

que se benefician los terceros

mientras te odian los cuartos.

Vivo esclavizado por los que lo lograron.

Cargo sus trastos y limpio su mierda.

Y en mis manos nunca queda nada.

Nunca queda nada.

Y al mirar por la ventana siento miedo del día

porque no me he acostado aún y solo soy una sombra

a la que matará

el sol de los que duermen de noche.

Y saco de nuevo la carta número 13,

y siego la paja seca e inútil,

y corto las cabezas muertas,

y la rueda de la fortuna

al girar

me deja como al colgado

en este mundo sin justicia humana,

ni divina,

ni mucho menos

poética.

ORGASMATRIX

Nota: Este texto se escribió para el especial “La vida antes de Google” del ciberfanzine BORRASKA.

Mierda. ¿Por qué es tan fácil liarse? Bueno, la verdad sea dicha, siempre he sido presa fácil del jolgorio, eso es cierto. No obstante últimamente lo llevaba bien, ligeramente, al menos entre semana, currándome una senda lenta pero firme hacia una vida más relajada y monótona, encaminada hacia la pureza, la meditación y, espero, la salvación. Pero desde que conocí a esa puta las cosas se han agravado. Llevaba dos días sin dormir y ni siquiera estábamos en fin de semana, o eso creo. Miré el móvil para corroborarlo. ¡Mierda! Lo que me temía, hoy es jueves, y se supone que he quedado para ensayar con un grupete de rock.

Menuda noche. Salí a tomarme unos cortos con ella y acabé como una puta cuba, los cortos dieron paso a las pintas, y estas a las copas, hablando y riendo despreocupado y gastando un dinero que no tengo, como en los viejos tiempos de los bancos boyantes y sus tarjetas de crédito infinito, y no te creas que bebí kalimotxo, de eso nada,

Bénédictine con hielo joder, soy un pobre con clase. Luego me llevé a la periquita a mi zulo y le enseñé lo que una buena polla puede hacer con un cuerpazo como el suyo.

¡Que le den al grupete, a la piva y al mundo! Me largo al kelo de la vieja a desintoxicarme, esto no puede ser joder.

Una vez en la calle el sol se alzaba sobre mi frente, acusándome frente al mundo. Caminé deprisa hacia la estación de autobuses. Tuve que esperar un poco al bus que me llevaba a casa de la vieja. Llegó y me acomodé en uno de los asientos. Era un viaje corto, de poco más de media hora, pero me pareció mucho más debido a mi malestar. Me jodieron especialmente dos señoras sentadas delante de mí, su puto cloqueo martilleaba mi resaca, ¡zorras! Quién pillara su pensión, me vendría de perlas en estos tiempos de crisis monetaria global y especialmente personal.

Finalmente llegué al pueblo, mi vieja no estaba en casa y no llegaría hasta la noche, por fin un remanso de paz. En casa de mi vieja había un gran lujo de la era moderna que ni de lejos podía permitirme en mi zulo del centro, el puto Internet. No tardé mucho en verme delante de la pantalla con los pantalones bajados y la polla en la mano. La oferta era abrumadora: pornotube, orgasmatrix, pornhub, xvideos, redtube, series-hentai.net, x-art, freeones... Todo lo que un degenerado como yo puede desear.

Soy un hombre de gustos sencillos, la primera fue fácil, empecé a frotármela con un vídeo de una pareja follando, lo elegí porque la chica en cuestión era una morenaza tatuada y eso me pone. No había nada que no hayamos visto infinidad de veces. Empezó chupándosela, succionando a distintas velocidades, mirando orgullosa la cara de placer que provocaba el buen hacer de su lengua en él, sacándosela de vez en cuando para coger aire y admirando el gran cetro que poco después estaría golpeando su coño. Primero

misionero, luego perrito, nada extravagante. Avancé un poco con el cursor y me corrí junto a los actores. Tras descargar fui a comer algo. La nevera de mamá nada tenía que ver con la mía, hasta la luz de su interior era más brillante. Me hice un sándwich y bebí leche en abundancia (espero que lo de beber leche después de ver eyaculaciones faciales no sea algo chungo desde un punto de vista psicológico). Cuando me quise dar cuenta estaba nuevamente frente a la pantalla, navegando desde el sofá por un ilimitado mundo de grabaciones guarras. Había un buen puñado de orientales por ahí. Tenían una forma de gemir muy especial, como ratoncillos, elegí a una aniñada y me puse a darle al manubrio “venga puta, cómetelo todo, así, así joder, uggññ...” Volví a derramarme amparado en las delicias del sol naciente. La tercera ya me costó más. Busqué algo más hardcore. La verdad es que dabas con cosas alucinantes. El rollo sado nunca me ha ido, pero di con un vídeo de lo que parecía una fiesta en un garito en el que una chica se dejaba hacer de todo con los clientes, se la follaba uno mientras todos los demás presentes aplaudían y gritaban. De repente entre la masa salía uno que no podía aguantar más siendo un mero espectador y le metía la polla en la boca. La chica encantada, se corría en su boca mientras el otro seguía follándosela. Luego aparecía una chica entre la masa que le tiraba a la otra una copa a la cara y luego le daba de bofetadas mientras empezaba a insultarla, la chica gemía con más fuerza y parecía correrse, luego se la follaban otros tíos. A las mujeres de aquella extraña fiesta les molaba insultarla y pegarla, a los tíos follársela, al final del vídeo la chica posaba sonriente cubierta de esperma mientras todos aplaudían y la ovacionaban como a un héroe de guerra. No pude correrme con ese vídeo ya que lo que veía me estaba dejando demasiado alucinado como para

centrarme en mi tarea onanista. Pasé a otro de un viejo tirándose a una niña, el tío podría ser mi abuelo y la chica estaba mejor y más lozana que la mayoría de chicas con las que me había liado últimamente. El viejo la insultaba y metía toda su vieja polla salvajemente en la boca de ella, la chica se atragantaba pero el viejo no daba su brazo a torcer y la metía más profundamente en su garganta, no parecía que la niña se estuviese divirtiendo, no obstante en un momento en que el viejo sacó su polla y la dejó respirar un poco ella sonrió abiertamente y se abalanzó sobre él para volver a sentir su vejez entre los labios, ¿exigencias del guión? No lo parecía. Aunque se supone que ese rollo no me mola para mi sorpresa me corrí violentamente. Sí, vale, soy un puto degenerado, pero el mundo está lleno de ellos, el vídeo tenía miles de visitas, por no hablar de sus protagonistas y el personal de rodaje. La verdad es que viendo estas cosas se te vienen a la mente multitud de pensamientos acerca de la condición humana, de lo degenerados que somos, todos los tíos son unos guarros y las tías unas putas, es vergonzoso, toda esa gente camina a tu lado en las calles, se sientan junto a ti en el autobús, te venden el pan por las mañanas y te multan por exceso de velocidad. Todos fingimos ser normales, gente sencilla, pero bajo esa máscara se oculta el placer de ser meado por una rubia, el ansia de penetrar a una de trece, las ganas de saborear semen negro o la excitación de ver cómo un joven se folla a tu mujer. Este es el triste mundo que habitamos, este y no otro. Sobre todo lo piensas después de correrte, culpabilidad post orgasmo. Estaba agotado.

Puto Internet de los cojones, ¿dónde quedó el romanticismo de la masturbación?

Recuerdo la época antes de Internet. Por aquel entonces utilizaba mi imaginación, pensaba en chicas que me gustaban, las típicas chicas de clase que pasaban de mi culo y babeaban

mirando a los chicos de cursos más avanzados, cerraba los ojos y me la meneaba imaginando que las penetraba dulcemente, nunca me masturbé pensando en viejos follando con niñas ni en violentas orgías multitudinarias. Internet había abierto la puerta de la depravación haciéndola moneda corriente y accesible, eso creo que es bueno ya que personalmente admiro la verdad, aunque sea sucia, aunque duela, pero antes no era así. ¿Qué me dices de aquellas míticas revistas porno de los 80? Chicas neumáticas de coños peludos y pelos cardados. Fotos fijas de pollas marrones en bocas sobradas de pintalabios rojo pasión. Mi historia es igual que la de muchos de mi generación. Benditos momentos en que alguien de la pandilla se hacía quién sabe cómo con una revista guarra que rulaba de mano en mano como un valioso y secreto tesoro. Páginas arrugadas y amarillentas, otras arrancadas. Extrañas manchas.

Éramos cuatro en la pandilla. Una vez estábamos jugando en una charca que había detrás de mi casa. Ahora hay un centro comercial allí, pero en aquel entonces era una apestosa charca donde íbamos por la tarde a cazar ranas. Encontrábamos jeringuillas llenas de sangre que cogíamos con palos y quemábamos. Pasábamos la tarde deambulando entre la basura. Una buena infancia. Una vez merodeando por allí encontramos el tesoro absoluto, una bolsa llena de revistas porno. Fue la revolución. La encontró Rober.

—¡Hey, mirad, mirad!

—¿Qué es eso, qué hay dentro?

—¡Revistas guarras!

—No puede ser.

—Sí, mira, mira.

Nos acercamos como buitres. Conseguí ver una mujer con el culo en pompa esperando ser penetrada por detrás mientras sonreía maliciosamente.

—¡Dios! A ver, a ver.

La primera reacción de Rober fue salir corriendo con el botín. Corría como alma que lleva el diablo, el cabrón sabía perfectamente el gran valor de todo aquello. Lo perseguimos y conseguimos entre todos derribarlo y reducirlo.

—¡Trae aquí!

—No, son mías, yo las encontré.

—¡Suéltalas cabrón!

En el forcejeo algunas revistas salieron despedidas, se arrancaron páginas víctimas del frenesí. Yo me abalancé en plancha sobre una en la que salía una enorme mujer negra abierta de piernas.

—¡Soltadme, soltadme!

—Déjanos verlas Rober, cabrón.

—Son mías, ¡MÍAS!

—Somos tres, podemos contigo, suéltalas por las buenas o será peor para ti.

—¡SON MÍAS!

Jamás vi a Rober tan aferrado a algo, tuvimos que patearle la cara y separarle las manos entre los tres, él jadeaba y lloraba, pero no tenía nada que hacer, estaba en clara desventaja numérica. Finalmente conseguimos que se calmara. El vicio nos cegaba y continuamos forcejeando entre nosotros hasta la extenuación. Por fin acabamos los cuatro jadeando en el suelo, cada uno con una parte del botín. Ya más calmados empezamos a inspeccionar lo que teníamos entre manos.

—¡Mira, mira!

—¡Qué asco!

—¡Hala!

—Mira que pito.

—¡Dios, es enorme!

—No puede ser verdad.

—Qué guarros.

—Ésta se parece a tu madre.

David se sacó la polla y empezó a meneársela ahí mismo. Las pajas en grupo eran algo habitual, otra bella costumbre que se ha perdido. Yo miraba fascinado las páginas ante mí. Eran mujeres enormes, de enormes pechos y culos enormes, sus melenas eran como de leones. Eran animales salvajes capaces de despedazarnos a todos con sus enormes uñas pintadas de rojo sangre. Nunca habíamos visto mujeres como aquellas, y se metían gigantescas pollas por el coño, el culo y la boca, algunas incluso se atrevían con dos a la vez, inaudito, eran diosas.

Yo también desenfundé, estaba empalmadísimo, pero mi polla parecía ridícula comparada con las que salían en las revistas, era incluso más pequeña que los dedos de los hombres que penetraban a aquellas diosas, y bastante menos peluda. Antes de darnos cuenta estábamos los cuatro masturbándonos bajo el sol, tumbados en el suelo, sin apartar la vista de las páginas. Ninguno se corría aún, únicamente la intensidad de los gritos delataba los orgasmos. Íbamos a quedarnos ciegos. Se nos caería el pito a cachos. Nos iba a castigar Dios. Iríamos al infierno. Pero a pesar de ello frotamos y frotamos hasta el final. Hasta el final de todo. Luego la paz. Luego el remordimiento. Y lo evidente.

—¿Qué hacemos con ellas?

—Yo no puedo llevármelas a casa.

—Yo tampoco.

—Pero no podemos dejarlas aquí.

—Hay que pensar algo.

Acabamos escondiendo el tesoro entre unos matorrales, sin fiarnos de que volviera a estar allí al día siguiente, yo por mi parte arranqué un par de páginas para llevarlas siempre conmigo no sea que desapareciese el botín para siempre.

Pero para sorpresa de todos el escondite resultó eficaz y aquellas revistas, cada vez más manoseadas, nos reportaron infinidad de irrepitibles momentos.

Todo aquello tenía un aura mística, casi religiosa, con el valor añadido de lo prohibido y la dificultad. Quizás la mayor revolución de Internet ha venido en el campo del sexo, a la edad en que a mí me sorprendía ver un coño peludo, por lo extraño y novedoso, los niños actuales ya han saboreado todo tipo de perversiones: interraciales, orgías, mujeres de todos los tamaños, edades y colores, pollas de todos los tamaños, edades y colores, sexo con animales, sexo duro, sexo sucio... Si será mejor o peor no seré yo quien lo juzgue. Evidentemente veo más romántica mi época, pero eso es algo normal, se tiende a adornar la infancia y descalificar la época actual.

Con la revolución de Internet también se ha abierto una gran oportunidad a los creadores desconocidos, ahora pueden lanzar al mundo sus obras de manera más sencilla y asequible para todo tipo de gente que tenga la suerte o desgracia de dar con ellos, eso es bueno para esos seres oscuros y marginales, ¿de qué otra forma sería leído un personaje como yo de no ser por los blogs literarios? Y si bien al subir mis historias al ciberespacio no recibo ningún bien monetario sí me ha reportado otros suculentos beneficios. Como es natural mis primeros pensamientos al crear mi blog de relatos sucios eran “ojalá algún importante editor me descubra y me forre”, algo que aún no ha pasado y seguramente no ocurra nunca, pero también pensé “ojalá alguna niñita buenorra lea mi mierda y, fascinada por mi prosa, sueñe con follarme salvajemente”. Pues bien querido amigo, resulta que este deseo sí se cumplió, y además mucho antes de lo que nunca hubiese soñado. Solo por eso debería estar agradecido a la red de redes, y lo estoy. También me

ha puesto en contacto con creadores a los que respeto y admiro, enriqueciendo mi vida y poniéndome en contacto con obras y autores. Información. Esta es la palabra más repetida al hablar de la red, luego, como con todo arma, su uso y abuso ya depende de las manos que la manejen.

Pero sin duda la historia más alucinante relacionada con Internet es la que voy a relataros a continuación. Primero debo decir que es una historia muy dura y extraña, sin duda será lo más bizarro que nunca hayáis leído, pero os aseguro que es totalmente cierto. Nunca me he atrevido a contarle esta historia a nadie, ni por supuesto a ponerla por escrito, pero tengo la sensación de que este es el momento adecuado. Sin duda me traerá problemas escribir esto, problemas personales y familiares, también cambiará el concepto que muchas personas tienen sobre mí pero, al fin y al cabo... ¡A la mierda! Os la voy a contar, espero que no me juzguéis demasiado severamente.

Bien. Todo comenzó un día de otoño aparentemente normal. Yo estaba sentado en un parque de mi barrio, pasando el tiempo, meditando sobre las razones de mi miseria cotidiana y si habría alguna forma de que todo fuera ligeramente mejor. Me encendí un cigarro, y mientras exhalaba el humo lo vi, al principio no pensé que fuera posible, iba en contra de todo lo que yo pensaba que era la normalidad. Pero allí estaba, os aseguro que es verdad, allí estaba, era...

HA SUPERADO USTED EL LÍMITE DE 2400 PALABRAS DEL FANZINE BORRASKA. SI DESEA CONTINUAR LEYENDO ESTA HISTORIA DEBERÁ ESPERAR UN MES O CREARSE UNA CUENTA PREMIUM. OBTENGA INFORMACIÓN DE LA CUENTA PREMIUM QUE MÁS SE ADAPTE A SUS NECESIDADES EN <http://odklas.blogspot.com>

ALTA NOBLEZA

Nota: Este texto se escribió para el especial "Spanish Quinqui" del fanzine VINALLA TRIPPERS.

Si algo caracterizó al cine quinqui fue su afán por mostrar la zona oscura de las calles con toda su crudeza, centrándose en la marginalidad de los jóvenes de clase media y baja en la España de los 70 y 80, su lucha por la libertad dentro de una sociedad que los había dado de lado, su visión del mundo y su particular moral. Estos personajes no luchaban contra su exclusión social como se ha podido afirmar alguna vez, más bien podría decirse que luchaban para mantener su derecho a la exclusión social, su derecho a no amoldarse a unas normas y un estilo de vida que les resultaban tediosos y falsos, de no someterse a un engranaje que, a la vista está, no significaba ninguna evolución digna de la especie sino que más bien estaba ideado para intentar anular sus más primarios y sinceros instintos.

Levantarse a las 6:00, ducharse, afeitarse, ponerse el traje, ajustarse la corbata, echarse colonia y gomina, hojear las páginas de deportes mientras saboreas el café, unos huevos fritos, quizá una tostada con mermelada de arándanos, un

último vistazo a tu primogénito aún dormido, un beso a tu mujer en la frente antes de salir de tu hipoteca para montarte en tu préstamo y conducir hasta tu cárcel, sentarte en tu puesto y ser exprimido durante un número indeterminado de horas para regresar a tu hipoteca y realizar los mismos actos en orden inverso.

No

No jodas.

Ni de coña.

Puede que haya gente que aspire a eso, están en su derecho, pero me resulta imposible imaginarme al Pirri, al Torete o al Vaquilla en semejante tesitura. Ellos eran perros callejeros, eran navajeros, eran colegas y solo podían ir de prisa, de prisa.

Su escenario de décadas atrás empieza a superponerse a la situación actual: el tremendo paro juvenil, el nihilismo, la rabia, la inseguridad, el descontento hacia los corruptos poderes políticos, la brutalidad policial... En ese escenario, en este escenario, y más si aún estás alimentado por el ímpetu de la juventud, la única opción coherente es la lucha contra todo lo establecido, la huida hacia adelante a toda velocidad rezando porque no te cojan, todavía no, no esta vez, y poder escapar un día más a sus garras, y no transformarte en uno de esos seres deformes y grises que caminan en tropel por las calles sin mirarse a los ojos, esas víctimas... Y no ser así, y poder ser libre... Poder ser libre... *Libre libre quiero ser, quiero ser quiero ser libre...*

Por supuesto es un camino doloroso, ya que lo tienes todo en contra, y estás solo, y tu familia no te entiende, y tus bolsillos están llenos de nada, y necesitas meterte otro pico ya porque desde la primera vez sigues buscando ese momento de felicidad total que experimentaste y que no ha vuelto desde entonces...

Para mí esta gente resulta admirable. Son héroes, reyes, mártires. Incluso con sus claroscuros están a un nivel de beatitud cercana a la de los grandes místicos y profetas de la historia. Representan un camino de nobleza y convicción consigo mismos que los sitúa por encima del vulgo amaestrado, saben algo que a la mayoría de la gente se les escapa, gritan en el desierto, pasean junto al diablo, cargan con su cruz, sufren el martirio y, finalmente, mueren.

El punto de genialidad que hizo que el cine quinqu tuviese ese halo tan especial a la hora de retratar todo esto fue su acierto en contar con actores no profesionales para dar vida a estos visionarios, a estos monarcas del subsuelo. Ello hace que la sensación de autenticidad de estas películas no se vean ensombrecidas por sus fallos formales, y crea una capa de honestidad y complicidad que te atrapa desde el primer momento. La posible falta de formación o recursos de los actores aquí es una ventaja y crea un curioso juego que te saca de la pantalla, no hay más que ver al Pirri en cualquier escena para darte cuenta de que es un cabrón de verdad, de que hay algo real ahí más allá del personaje que esté interpretando, no hay glamour ni trucos de maquillaje, le querrías a tu lado cuando vas a realizar cualquier asunto turbio como tu mano derecha, tu escudero.

Es entonces cuando sonríes y recuerdas a todos estos mamones, a todos estos particulares miembros de la nobleza que se han cruzado contigo en algún momento, con los que has caído, con los que has gritado, los liantes con los que irías de cabeza a cometer un delito arriesgando la segura pero tediosa monotonía por el espejismo de la ilusión inalcanzable, para poder escapar y ser libre, escapar de esta mierda encorsetada que nos venden como el maná cuando en realidad no son más que cenizas. Son impulsivos y torpes, están marcados, están perdidos y torturados y, si te

acercas demasiado a su brillo, sin duda acabarás con terribles quemaduras. Pero no puedes evitar sentirte atraído, más aún al mirar a tu alrededor y ser consciente del desolador panorama y las trampas en las que han caído tus iguales. Todos somos cadáveres andantes, somos cenizas, somos víctimas del cosmos, la diferencia la marca la integridad de nuestra muerte, de nuestra caída. José Luis Fernández Eguia, el Pirri, murió de sobredosis de heroína a los 23 años, encontraron su cadáver en la carretera de Vicálvaro a San Blas. Ángel Fernández Franco, el Torete, murió de sida a los 31 años, seguramente contrajo la enfermedad por el intercambio de jeringuillas. José Luis Manzano murió a los 28 de un fallo cardíaco, sus restos fueron incinerados y arrojados al cenicero común por impago de la sepultura. Podrías decirme que ves poca integridad y honor ahí, pero miles mueren cada día a los 98 años, olvidados en un geriátrico, seniles y vencidos tras una vida de privaciones y sacrificios engañosos. También puede parecer un contrasentido aspirar a la libertad y colocarse voluntariamente los grilletes de la droga pero, ¿Qué hay más libre que la autodestrucción? Y si esta afirmación te parece polémica cuéntaselo a la gente que lucha día tras día por la regularización de la eutanasia. No todo es tan sencillo.

Supongo que tú también conocerás a alguno de estos tipejos, estos príncipes del suburbio. Espero que así sea porque de lo contrario la vida te ha negado una gran experiencia.

Recuerdo al puto Jaime. Recuerdo esos amaneceres, siempre puestos hasta las cejas de cocaína, en las afueras de Madrid, viendo el amanecer, apurando la bebida que nos quedase y fumando como locos, encendiendo un cigarro con la colilla del otro, perdidos, sin saber qué hacer, ni a quién pillar, ni cómo escapar del amanecer. Cada historia

que me contaba era mejor que la anterior, locuras de cuando trabajaba de gogó en una importante discoteca y se prostituía para los famosos. Reservados llenos de champán y coca y presentadores del telediario que le daban dinero si se dejaba chupar la polla, cosas así.

Jaime era un cabrón. Era retorcido e inteligente. Maquinaba. Utilizaba a las personas, sobre todo a las mujeres. Tenía un gran magnetismo y todas se volvían locas por él. Él se follaba a cualquiera que se le pusiese delante, algunas auténticos bellezones solo al alcance de unos pocos mortales. Pero, curiosamente, las que le ponían de verdad eran las feas, y no hablo de chicas poco agraciadas, hablo de auténticas abominaciones, burlas macabras del cruel destino. Por alguna razón sentía fascinación por las mujeres horriblemente feas. Nunca conseguí entenderlo, a las rubias ardientes de medidas perfectas las usaba y tiraba, pero de las feas se enamoraba e incluso se planteaba relaciones serias con ellas, hasta que lo denunciaban por malos tratos o huían de su locura y drogadicción. El puto Jaime. ¿Qué habrá sido de él? La última vez que lo vi fue hace unos años, en Arguelles, estaba con unos colegas y nos metimos en pelea, recuerdo que nos estaban esperando fuera para darnos una soberana paliza. Afrontamos nuestra suerte y salimos del garito rumbo al patíbulo, fue cuando empezaron las hostias, y de repente, como por arte de magia apareció Jaime. Hacía meses que no lo veía pero se materializó en el mejor momento para proteger mi culo. Conseguimos que huyeran y en cómputo global dimos más de lo que recibimos, acto seguido nos pillamos un pedo brutal de un par de días. Yo estaba muy borracho y enzarzado la última vez que lo vi, pero recuerdo que cuando desapareció por el horizonte iba acompañado de una chica. Una chica muy guapa por suerte para mi memoria.

También está el Robles. Nuestras terribles y vergonzosas borracheras apurando la noche hasta los últimos sorbos. Su carácter nervioso e impulsivo hacia cualquier amenaza. Las maquinaciones nocturnas de las que no hablaré aquí. Un tío tremendamente noble y sincero con el que sabes que puedes contar para clavarle un bolígrafo en el cuello a cualquiera que pretenda jugártela. Su peculiar filosofía de vida de la que da muestras el aplastante e irrefutable argumento que utilizó cuando su padre descubrió la plantación hace años: “¿Prefieres que la venda y fume gratis o que tenga que robar para poder fumar?” Una persona que quieres a tu lado cuando las luces se encienden y has de escapar de las paredes que se alzan amenazadoras contra ti.

Las mujeres tampoco se libran, de hecho son las peores. La puta Tamara. La conozco desde que éramos pequeños, me robaba el bocadillo ya por aquél entonces. La última vez que la vi eran las 10 de la mañana y preparaba otra mudanza, escapaba de ciudad en ciudad cada poco, en busca de la luz, huyendo de sí misma. En la mesa estaban los restos de la noche anterior. “¿Quieres ketamina?” “No tía, y no porque no me guste, es que es demasiado temprano” Se largaba hacia un lugar soleado y planeaba montar un negocio con un dinero que había estafado al seguro. Espero que lo haga y le vaya bien y que no se lo gaste en coca como viene siendo habitual.

Estos son los verdaderos outsiders. Gente incomprendida, incluso por ellos mismos, torturados y esquivos, pero nobles hasta el tuétano si les caes en gracia. Son las ovejas negras, la lacra de la sociedad, los quinquis, y yo me pregunto: si estos son los malos, ¿quienes son los buenos? He utilizado la palabra nobleza y no hay más que mirar a nuestra familia real. ¿Has visto al Urdangarín? Menudo hijo de puta, con ese puto mechón de gremlin en la

cabeza, robando para poseer más lujos cuando tienes la vida más que resuelta mientras el pueblo hurga en la basura. ¿Y qué hay de nuestros dirigentes? El inútil pelele de nuestro presidente, su cohorte de hienas enfundados en trajes a medida, con bolsillos repletos de extraños sobres. Robando millones, riéndose de todos nosotros, impunes, totalmente impunes. Pueden robar lo que quieran y nunca pisarán la cárcel, o si lo hacen será un paripé de cara a la galería, será en una celda de lujo, lejos del Vaquilla y el resto de yonkis, con su culo a salvo. En cambio el otro día a un chaval le cayeron seis años por dos papelinas. Y todavía pretenden darnos lecciones de moral, de civismo, pretenden dirigir una sociedad. Y en medio las víctimas, las cáscaras, las sombras, los que se dejan pisar a diario, los que se dejan guiar al matadero. ¿Acaso no habéis visto el juego malditos ciegos? ¡Despertad de una vez!

El sonido de las sirenas se acerca por la carretera y tengo que despedirme, lo haré con una escena y una reflexión. La escena pertenece a la película *El pico 2*. Cuando el Pirri defiende el ojete violado de su amigo Paco y se líaa navajazos con el Tejas en el patio de la prisión, una escena definitiva en la historia del cine quinquí, del cine español. Me gustaría mirar hacia arriba cuando me golpeen otra vez, cuando la vista se llena de chispazos y saboreas la sangre en tus labios, me gustaría mirar hacia arriba y ver a un tipo así. A un monarca como el Pirri sí le daría mi lealtad absoluta e incondicional ya que sería el único que se liase a navajazos cuando los enemigos me abriesen el culo a pollazos, ¿podríamos decir lo mismo de Felipe de Borbón?

La guerra se acerca y te aconsejo que elijas bien el bando, porque algunos no tenemos nada que perder y vamos puestos hasta los ojos. Y eso es peligroso. Sobre todo para los que intentan poner bozales a los perros callejeros.

VIAJE A NINGUNA PARTE

Nota: Este texto se escribió para la antología “El descrédito. Viajes narrativos en torno a Louis- Ferdinand Celine”

A Alfonso Xen Rabanal.

Céline. Maldito por excelencia. Misántropo empedernido. Solo por eso ya lo podría considerar un viejo amigo, un hermano a través del tiempo, las letras y la angustia de la hoja en blanco.

Nunca ha sido mi escritor favorito, pero sí lo era de mi escritor favorito, mi idolatrado Bukowski. Es desternillante la anécdota que cuenta Hank en sus libros de cómo dio con este ilustre francés. Cayó en sus manos una copia de *Viaje al fin de la noche* y se lo zampó de una tacada, junto con un enorme tarro de galletitas saladas. Como bien sabréis, la obra más famosa de Céline tiene un tamaño considerable, no quiero ni pensar la cantidad de galletitas saladas que ingirió el viejo indecente mientras se lo leía, el caso es que dichas

galletitas regadas, por supuesto, con abundante cerveza, se hincharon en el estómago del viejo, y cuando la puta con la que estaba en esa época volvió a casa se encontró al viejo Hank tirado en el suelo, agarrándose el estómago, girando sobre sí mismo presa de unas dolorosas convulsiones provocadas por aquella enorme masa de harina y sal. La mujer, preocupada, preguntó: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué te pasa?” A lo que Bukowski contestó desde el suelo: “Que he descubierto a alguien que escribe mejor que yo”.

Para mí todo lo que diga Bukowski va a misa, así que me apresuré a buscar una copia de aquel libro. No me costó encontrar una, ya que está considerado una de las obras maestras del siglo XX.

Recuerdo que me enfrasqué en su lectura en un viaje larguísimo que tuve que realizar hasta Galicia desde Madrid. Horas y horas. Pero el caso es que nada más abrir el volumen me di cuenta de que estaba ante algo grande, muy grande. Y me perdí todos los paisajes por los que pasaba. Incluso me jodió llegar a mi destino ya que aún no había acabado de leerlo. Me bajé del bus y me senté en la estación, ignorando la nueva ciudad, metido en mi burbuja, hasta que lo acabé. La conclusión a la que llegué fue la misma que la de Hank: he ahí un cabronazo que sabe escribir de verdad. Por suerte no me dio por comer galletitas saladas durante ese viaje.

Es imposible que no te atrape *Viaje al fin de la noche*, su inicio es magistral y resume toda la filosofía de Céline. En unas pocas páginas pone de manifiesto todo el absurdo de la existencia y las motivaciones humanas, en el marco incomparable de la guerra, el acto absurdo por excelencia de nuestra especie. El protagonista se ve en medio de todo el meollo por una estupidez, por un momento de flaqueza, por dejarse arrastrar por una masa ciega pero de contagiosos

cánticos, y entonces, de repente, las balas y las bombas volando, los miembros mutilados saltando por los aires, y la eterna pregunta que resume la vida misma: ¿Cómo cojones he llegado hasta aquí?

Es imposible no sentirse identificado, aunque no estemos en la guerra nadie nos quita el campo de batalla que es la vida, el día a día. Todos nos vemos de repente en un engranaje absurdo, construido a base de mentiras y equívocos, con balas silbando a nuestro alrededor, balas disparadas desde la frustración por otros tantos seres asustados que no saben cómo han llegado hasta aquí, ni mucho menos cómo bajarse de este trasto averiado antes de la colisión, pataleando ciegos y sordos, mutilados de por vida. Una guerra sin cuartel en pos de ídolos de barro, de promesas de goma. No somos mucho más complejos que los insectos que alucinan girando alrededor de una luz cegadora que acaba por achicharrarlos con un fogonazo... Y fin de la historia. A las pruebas me remito.

Así estamos hermano. Mira a tu alrededor y dime que no es cierto.

Se podría hablar del heroísmo de la guerra. Cualquier veterano chocará al respecto, con la autoridad que le da ser presa de sus propias justificaciones y mentiras construidas durante interminables noches en vela. “Había que arreglar el mundo, derrotar al malvado”. Cuando lo cierto es que tal malvado no existe como ente fuera de nuestra ceguera y estupidez, el malvado somos todos. Alguien suelta una payasada con suficiente retórica como para convencer a un puñado y ya está liada sin remedio, luego simplemente es una bola de nieve imparable que engorda y acelera según va cayendo sobre nuestras cabezas. Céline escribe: *“Somos vírgenes del horror, igual que del placer. [...]¿Quién iba a poder prever, antes de entrar de verdad en la*

guerra, todo lo que contenía la cochina alma heroica y holgazana de los hombres? Ahora me veía cogido en aquella huida en masa, hacia el asesinato en común, hacia el fuego... Venía de las profundidades y había llegado.” Tras lo cual solo queda correr, si tenemos suficiente suerte como para tener ese momento de claridad. Pero es una huida hacia ninguna parte, como intentar escapar del aire. Podemos vernos arrastrados por esa bola de nieve de la manera más absurda e inmediata. Cualquiera de nosotros podría estar mañana cogiendo un fusil y corriendo alocado por un campo de minas puesto hasta arriba de speed o coca, quizás no por la patria, esa mentira ya no da mucho más de sí, pero sí podría hacerlo por venganza. Todos. La venganza es un sentimiento demasiado arraigado aún, que combinado con la frustración ha llevado al ser humano a lugares de fantasía dantesca. Nadie está a salvo de ella. Si asesinasen a nuestros amigos y violasen a nuestra mujer, si nos quitasen nuestras cosas, aquellas que erróneamente hemos puesto como soporte de nuestra existencia, hasta que no nos quedase nada a lo que aferrarnos... ¡Zas! Ya está liada. En un momento parecido se debate la sociedad actual, el proceso de pérdida, con la crisis económica provocada por las miserias del capitalismo cuya mugre asoma ya inevitablemente desde debajo de la alfombra en la que se ha intentado ocultar hasta ahora.

Venganza. Ciega y rabiosa. Un instrumento terriblemente poderoso. Sólo hacen falta un par de dementes visionarios y frustrados que acaben volviéndose lo suficientemente poderosos o mediáticos como para hacerse con las riendas de la sociedad en cuestión. Un ente extraño al que llamar “enemigo”. Que te hagan creer que se te está robando. Un puñado de ciegos que disparen primero... Y ahí estás de repente, hundiendo la bayoneta en el cuerpo de un jodido infiel. Así ha funcionado el mundo hasta ahora. Esa es la

historia de Hitler, de quien hablaremos luego. Todo es una gran tontería, un sketch. Así es la guerra. Así es la vida. Idiotas manejados por idiotas. Ciegos siguiendo al tuerto. El odio y la rabia conforman la parte oscura del ouroboros, que pese a ser la parte oscura se ve más claramente que su reverso de luz, hasta ahora solo teórico, con el que sueñan los que ansían una revolución y un despertar de las conciencias. No sé si existe esa posibilidad, ese despertar, me cuesta creerlo, mi romanticismo se fue con tantas otras cosas, lo que sí está claro es que somos presas de la confusión, la ceguera que nos guía implacablemente, que lleva haciéndolo desde siempre y nos ha traído a este erial.

En *Viaje al fin de la noche*, el protagonista se alista en el ejército en un momento de euforia. Presa de los cánticos y el romanticismo de los soldados que le rodean se deja arrastrar por el ideal romántico de la batalla. Esta parte está ligeramente novelada, pero no se aleja demasiado de la realidad de la vida de Céline, que según sus palabras se alistó "*porque soy un poeta, y por ello un poco gilipollas*". Nuevamente vemos el absurdo en toda su magnitud, la ceguera que nos arrastra a lugares sombríos de los que luego no podemos salir. Toda la sociedad capitalista actual está cimentada en un absurdo parecido, el de las brillantes lucecitas de neón y los modelos de blancas sonrisas. Y nos dejamos arrastrar porque, a fin de cuentas, somos tristes insectos que solo buscan una luz redentora, y nos la acaban metiendo doblada por todas partes. Esa brillante luz se nos mete por el culo, ahonda cada vez más hasta llegar hasta nuestro alma y acaba haciéndonos estallar con un triste sonido como de pedo... Luego el vacío.

Recuerdo cómo acabé yo en el ejército. Fue igual de absurdo.

Resulta que había dejado los estudios y andaba saltando de curro en curro, a cada cuál más sórdido, y en los huecos

entre medias me pasaba el día tirado en el parque, holgazaneando con los colegas, fumando y bebiendo en abundancia. Vivía con la vieja, y claro, nada preocupa más a una madre que ver a su hijo holgazanear, sin ninguna perspectiva viable de un futuro socialmente aceptado en el que encajar y morir poco a poco. Ello hacía la convivencia tensa en el hogar. Recuerdo los gritos todas las mañanas, el nerviosismo de la resaca, las discusiones sin objetivo ni final concretos. En el fragor de la batalla ya me había echado de su casa un par de veces, o me había ido yo, vaya usted a saber, recuerdo haber tenido que dormir un par de veces en los bancos de un parque, pero claro, acababa volviendo siempre, ¿dónde iba a ir sino? No tenía ningún sitio con nevera que me acogiese, las lentejas de mamá estaban tan ricas tras un par de noches al raso... El caso es que pusieron ese puto anuncio en la tele, que si trabaja por la paz, que si lucha contra la injusticia, que si forma parte de algo importante, que si lábrate una profesión de futuro, segura y para toda la vida... No recuerdo si fue idea mía o de la vieja, pero el caso es que eché la solicitud y me fui a opositar a El Ferrol, a la marina, en la tierra del caudillo, en todo el meollo. En mi caída conseguí arrastrar a un viejo amigo de la infancia, Luis, y allí nos metimos los dos. La verdad es que el cuartel estaba que te cagas, era bastante moderno. Nos metieron a todos los opositores en un barracón separados de los militares profesionales. Éramos un jodido montón. Hacía poco que el ejército se había profesionalizado, la mili obligatoria había quedado atrás y ahora buscaban carne fresca de forma voluntaria. Todos nos habíamos sentido atraídos por las promesas del maldito anuncio de la tele. Toda una envidiable labor de marketing, sin duda. Había algún vocacional, pero en general éramos un montón de estiércol que buscaba un lugar seguro en el que asentarse y dejar de dar tumbos.

Las pruebas de acceso duraban varios días. Nos dieron una taquilla y una cama que, todo hay que decirlo, ya es más de lo que te dan en cualquier curro de mierda. La rutina era que nos levantaban al alba, nos hacían formar e íbamos a desayunar, luego comenzaban las pruebas por la mañana y nos dejaban la tarde libre. Había gente de toda la península y el ambiente era muy agradable, desde el primer día se creó un sentimiento de hermandad, la típica camaradería entre perdidos. Recuerdo eso con gran cariño, y es una de las bazas con las que el ejército sabe jugar muy bien, el sentimiento de hermandad, de pertenecer a algo, a algún sitio, un jodido punto de apoyo que hasta los perros más solitarios ansían en algún momento. No hacía falta ser un genio para darse cuenta del percal, todos los que estábamos allí éramos unos tiraos de la vida, unos fracasados que habían dejado los estudios y no encontraban ningún curro decente en el que sentirse algo más que una mera tuerca de un gran engranaje. Estábamos hartos de ir a la deriva y sentirnos inferiores e inútiles, el ejército te prometía un halo de romanticismo, un aura de héroe anónimo y noble. No obstante, a pesar del embriagador aroma del ambientador de nobleza y santidad no tardé mucho en verle las orejas al lobo. Ese no era mi sitio, nunca lo sería. Debía huir de allí, pero, ¿cómo? Percibirás la eterna pregunta existencial de la vida, ahí estaba de nuevo: “¿Cómo he llegado a esta fiesta de locos? ¿Y por dónde se sale?”

Había una importante alamburada electrificada en mi camino a la libertad y era el hecho de que por aquel entonces cualquier idiota podía superar las pruebas de acceso para entrar en el ejército profesional. Yo no quería entrar, pero tampoco podía renunciar así como así ya que eso atraería una poderosa nube de ira y decepción cargada de truenos sobre mi cabeza provocada por mi santa madre. Mi salida de allí tenía que parecer algo ajeno a mis designios. No tenía

ninguna enfermedad que me imposibilitara para morir por la patria, había superado tranquilamente las pruebas médicas, que consistían en un simple análisis de sangre y en una curiosa prueba en la que nos hicieron formar una larga fila delante un médico del ejército, una fila de cientos de personas. Al llegar tu turno frente a la mesa del médico este te pedía que te bajases los pantalones y los calzoncillos. Lo hacías, y te quedabas con la minga fuera a la altura de su cara. Era una situación bizarra: El médico, tu polla y una fila de personas detrás de ti. El tipo te la miraba durante unos segundos y daba su veredicto. “¡Siguiente!” Así que pasé también esa prueba, que aún hoy no entiendo que pretendía dilucidar.

Estaba sano como una puta manzana.

Tampoco di positivo en drogas, a pesar de consumirlas. Había tenido un breve periodo de desintoxicación que parecía haber dado sus frutos ya que como comprenderás que me echasen por consumo de drogas tampoco era una opción de cara a evitar la nube de ira materna. Fue una bendición que las pruebas de sangre fuesen las primeras en realizarse, entre los opositores había un gran nivel de toxicómanos, todos habían pasado un periodo de desintoxicación para poder pasar el análisis de sangre, pero la mayoría ya no aguantaban el mono, y cuando nos dijeron que estábamos limpios salimos en tropa del cuartel, entre cánticos, a buscar drogas por todo El Ferrol. Esa noche acabamos todos pedo, acosando y siendo acosados por las lugareñas, que estaban terriblemente disponibles. Para ellas el periodo de opositores era una oportunidad única de pasarse por la piedra a futuros militares de toda España, chicos jóvenes y apuestos de altos ideales.

La mañana siguiente fue un cuadro, con todos afrontando las pruebas físicas en un estado de resaca lamentable. Ojerosos, transpirando ginebra y vodka, con aliento a cenicero

y presas de espasmos y tics de lo más variado. Pero una vez más las pruebas eran un ridículo trámite: una carrerita, un par de flexiones, unos tristes obstáculos... Todo al alcance de cualquier disminuido, ni los tíos en peor forma de la tropa fallaron aquí y, por supuesto, yo tampoco lo hice.

Así que cada vez estaba más sumergido en el lodo. Estaba casi dentro de la secta. Mi reluciente uniforme azul me esperaba a la vuelta de la esquina y un poco más lejos la tercera guerra mundial o algún tipo de absurda cruzada imperialista.

Entonces encontré la solución: la demencia. Sin duda la locura sería mi puerta de salida de ese lugar maldito.

Empecé a comportarme de forma extraña, no quería que fuese demasiado evidente pero sí lo suficientemente rara como para encender algunas alarmas. Me vestí todo de negro, pantalones, camisa, calcetines, zapatos, también una larga gabardina negra que me llegaba hasta el suelo, y me paseaba de esa guisa por las instalaciones. Me acercaba a los militares profesionales y me quedaba horas mirándolos en silencio desde la distancia, y cuando menos lo esperaban pegaba un grito inteligible, o me tiraba al suelo y empezaba a girar sobre mí mismo, lo hacía durante unos segundos y luego me levantaba y volvía a mi posición en silencio, como si no hubiese pasado nada. Me acercaba a los mandos y les preguntaba alguna chorrada:

“¿Qué tal todo señor?”

“Bien”

“¿Bonito día verdad?”

“En efecto”

“Con un exceso de violetas en mi opinión”

“¿Cómo dice?”

“El color violeta, quizás sea excesivo, en el cielo, a lo lejos.”

Y me quedaba mirándole fijamente a los ojos con mi mirada más profunda.

“¿Se encuentra usted bien?”

“Afirmativo señor, todo fluye de manera correcta, como el universo.”

“Bien. Continúe así.”

Y volvía a quedarme mirándole fijamente.

“¿Seguro que se encuentra usted bien?”

“Afirmativo señor.”

“Bien. He de irme.”

Y me quedaba ahí plantado mirando cómo se largaba. Solían girarse un par de veces y lo que veían era a mí, a lo lejos, una figura negra e inmóvil, mirándoles. No tardó en extenderse el rumor de que dentro de los opositores había un tipo un poco extraño.

Entonces llegó mi gran oportunidad, el examen psicotécnico. En las preguntas de habilidad, como las de series de números, ordenar piezas de dominó según un patrón y toda esa mierda no fallé, pero en las de carácter personal intenté ser un poco más ingenioso, ambiguo, por ejemplo:

¿Escucha voces en su cabeza que le indican qué debe hacer?

No escucho voces extrañas ajenas a mí, me dejo guiar únicamente por el camino de la bondad absoluta y la justicia implacable.

Ello provocó que me mandasen un día al hospital militar a tener una entrevista informal con el psicólogo. Charlamos durante un rato, fingí algún tic e hice comentarios que no venían a cuento. Este me envió al psiquiatra. Curiosamente con él me comporté de manera normal, me refiero a que no pretendí aparentar nada, ni para bien ni para mal.

Cuando llegaron los resultados definitivos de las pruebas me tendieron una carta en la que decía que no era admitido en el ejército profesional, que no había superado las pruebas

psicotécnicas, que no estaba capacitado para los rigores de la vida militar y mucho menos para el manejo de armas peligrosas.

Misión cumplida. Ahí os quedáis.

Llamé a mi madre compungido y le expliqué los resultados, me escudé en que seguramente me habían echado a ojo, amparados en la ambigüedad del estado mental, solamente para que mi lugar lo ocupara algún enchufado.

Nos metieron en un tren a todos los que no habíamos sido admitidos, la mayoría por no haber superado el test de drogas o por problemas médicos, y nos mandaron de vuelta a casa. En el tren se produjo la anarquía, éramos muchos e hicimos nuestro el tren, todo el mundo despotricando del ejército y sacando las drogas y el alcohol, aquello se transformó en una fiesta. La gente gritando, fumando y bebiendo por los pasillos, asustando a los pasajeros comunes que eran clara minoría. Lo último que recuerdo es que me metí en un camarote con otros cinco, echamos a una pareja que tenía esos asientos, ocupamos su lugar y empezamos a hacer absurdas apuestas con chupitos de tequila. Lo siguiente que pasó fue que me desperté tirado en el pasillo del tren, ya habíamos llegado a Madrid y la gente pasaba sobre mí cargando sus maletas e intentando no pisarme. Tuve la mala suerte de que cuando me incorporé y miré confundido por la ventana lo primero que vi fue a mi madre tras el cristal y su mirada acusadora ante mi cara de borracho.

Y ahí se acabó mi breve romance con el ejército.

He pensado cómo habría sido mi vida amamantado por la teta militar. Me habría ahorrado infinidad de trabajos de mierda y periodos de deambular sin rumbo, pero por otra parte ahora podría estar luchando contra los árabes, o alguna otra amenaza invisible igual de furibunda, opción que tampoco parece nada envidiable. Aunque bien pensado

los militares no viven mal, y algunos valores tales como la disciplina, la camaradería y la actividad física, todo en su justa medida, son costumbres que deberían auto imponerse todas las personas, más en estos tiempos de gordos culos marchitos y perezosos que se auto idiotizan mientras son despojados de todo, y que en su ignorancia y pereza encima aplauden a sus captores e ignoran el complot que se cierne para transformarles a ellos, y a los que vengan detrás, en esclavos, en fuentes de energía desechables, en tuercas, en pilas, en sombras. La perspectiva de acabar en una cruzada absurda echa para atrás, pero a pesar de las promesas y besos a la bandera que hayan hecho estoy convencido de que si mañana se declarase la guerra la mayoría de los militares, si han conservado algo de sentido común, saldrían del cuartel a comprar tabaco y nunca más se les volvería a ver por allí. No creo que la vida militar me hubiese resultado del todo inútil de haber optado por ella, es un riesgo exponerse al inevitable lavado de cerebro, pero creo que habría salido airoso de ese trámite. Por otra parte tampoco me he librado de la guerra, de la guerra silenciosa y sin cuartel que significa el mero hecho de vivir entre los humanos, la más sangrienta batalla de todas. Céline escribe: *“De los hombres, y de ellos solo, es de quien hay que tener miedo, siempre”*.

Céline, el cabrón de Céline. Qué gran escritor. Sin duda su manera de escribir, sincera hasta el extremo, sin ocultar nada de su visión del mundo, por socialmente detestable que fuese, y su estilo, descarnado y certero, pionero del lenguaje soez y realista, de la jerga de la calle, han influido enormemente en la literatura posterior, en la literatura sucia y realista, la única que merece la pena tener en cuenta. Sin él, sin su inevitable influencia, que se te mete en los huesos desde que te enfrentas por primera vez a cualquiera de sus páginas, gente como Bukowski y tantos otros no serían lo

mismo. También le debe un saludo respetuoso su discípulo más aventajado dentro de nuestra narrativa underground actual, el gran Alfonso Xen Rabanal, el detective de la niebla y el blues. Otro cabronazo de los buenos que, a diferencia de Céline, es capaz de terminar la mayoría de sus blues con un acorde mayor.

El puto Céline. Encima era nazi. ¿Qué más se puede pedir?

Su simpatía por el nazismo es uno de sus rasgos que más opiniones encontradas ha tenido. Sin duda es un buen bastón para que se apoyen sus detractores y la gente en general, tan acostumbrados a quedarse en la superficie y enarbolar este tipo de detalles con fingida autoridad. El gobierno francés, hace no mucho, se vio incluso obligado a retirar un homenaje que tenía planeado para el bueno de Louis, debido a su postura antisemita, alarmados por las inevitables muestras de ira de la gente para la cual ese detalle ensombrecía el todo. No pretendo meterme en el debate absurdo de si las opiniones ético-políticas deben ser ignoradas en el juicio del arte, dirán algunos que el arte está por encima del artista, de su moral, yo considero el arte como expresión del artista, y por tanto ligado intrínsecamente a todas las aristas de su personalidad, sin ocultar aquellas más afiladas o desagradables, ya que el arte que considero verdadero ha de venir de la angustia del artista y su afán por expresarse. Si alguien pretendiese defender el arte de Céline ocultando sus ideales también debería defender los ideales de Hitler, ya que éste no era más que un artista frustrado. No, no caigamos en eso, Céline era nazi, ¿y qué? Con su episodio militar observamos que Céline era una persona visceral, pasional e ingenua, y por ello cayó en el nazismo. Céline solo era un misántropo que simplemente se dejó arrastrar por una visión romántica, como tantos otros, al igual que hiciera antes con la vida militar.

Por otra parte si solo nos quedamos en la superficie y el arquetipo y consideramos el nazismo como la intolerancia y el odio llevados al extremo, en tal caso considero que es algo intrínseco a la mayoría de los humanos. Sí, has leído bien, yo creo que en el fondo todos somos nazis de algún modo. ¡Heil! ¿No me crees? Bien, juguemos.

Si ahora mismo te digo que definiendo el nazismo como un sentimiento intrínseco y natural en el hombre te apresurarás a indignarte y colgarme de los huevos amparado en tu supuesta superioridad moral, con lo cual estarás dándome la razón, ya que así obraría un nazi. ¿Ves a dónde pretendo llegar? Ahondemos en ello. El nazismo es solo una palabra, una etiqueta que ha quedado estigmatizada con el tiempo, pero que responde simplemente a un sentimiento misántropo exagerado, y la misantropía es un pie del que todos cojeamos. La marca nazismo es solo una etiqueta que se ha creado para encerrar unas ideas en unos márgenes visibles y estigmatizar el todo, pero siempre que se crean márgenes lo que ellos encierran pierde su sentido y se expande silenciosamente por otras vías. Lo cierto es que aunque la esvástica esté pasada de moda sus premisas siempre han seguido presentes. El jefe cabrón que te pide, tras terminar tu jornada de ocho horas, que te quedes otras cuatro, por supuesto sin cobrar, ya que “en nuestro convenio no se pagan las horas” y así te esclaviza un poco más y encima gratuitamente ¿eso qué es? Un puto nazi. Observemos la sociedad actual. Vivimos gobernados por nazis, eso es un hecho que se demuestra más claramente a cada día que pasa. Nuestro ilustre presidente, esa jodida marioneta gangosa, esa mascota de poderes ocultos más elevados, está haciendo todo lo posible por llevar a su pueblo a la esclavitud absoluta con una sarta de medidas absurdas, con el terreno allanado por la política de haber transformado a la sociedad, ausente como dije de disciplina y fortaleza, en

un rebaño dócil y completamente maleable ¿Qué puedes esperar de un país en el que el periódico más vendido es el deportivo, el programa más visto el de los chismorreos del corazón y los libros más vendidos absurdas epopeyas vampíricas en ficción y recetas de cocina en no ficción? Se ha conseguido incluso que nos esclavicemos personalmente, que sonriamos mientras nos colocamos nuestros propios grilletes en forma de obligaciones y deseos de propiedad absurdos. Todo es tan evidente que hasta los más ignorantes empiezan a darse cuenta del percal, pero incluso sabiéndolo se ven incapaces de actuar porque han perdido por completo su voluntad, están asustados y prefieren ser dominados, bajan la cabeza mientras se les despoja poco a poco de todo, abrumándolos con excusas incomprensibles por doquier, las presiones de los mercados, la esclavitud del dinero... Incluso se aprueba la esterilización de los discapacitados sin terminar de definir qué es un discapacitado, y aquí no pasa nada, oiga. La jugada les está saliendo bien, y entre risas nuestros dirigentes exprimen un poco más para ver hasta dónde pueden llegar mientras nadie hace nada. Al fin y al cabo, ¿por qué no hacerlo? El egoísmo y el ansia de poder del ser humano no conoce límites, y si no hay represalias se tiende a estirar de la cuerda al máximo. Si dejas que se follan a tu mujer sin hacer nada el violador pasará seguidamente a probar el chochito de tu hija, luego de tu hermana, de tu madre, y al final te verás con un pene metido en el culo y quizás entonces hagas algo, o quizás no... Y si se produjese de repente el ansiado despertar de las conciencias ¿qué haríamos entonces? Coger las antorchas, salir a la calle, arrancar a los reptiles de sus sofás de cuero, sacarles de sus bunkers y arrastrarlos por los pelos hasta la plaza del pueblo, donde, entre cánticos, los condenaríamos a morir lapidados, con lo cual nosotros nos convertiríamos en los nazis.

Me he dedicado a preguntar por ahí, a hablar con la gente, tú también puedes hacerlo, la mayoría de personas se creen superiores a la masa, como de una raza superior, y meterían a los rebaños que les resultan molestos en cámaras de gas sin siquiera despeinarse. Es el odio y la frustración que todos tenemos metidos dentro, que crece y se expande por el alma en cuanto empiezas a ver y hacerte preguntas, en cuanto ves el panorama que hemos creado, que lleva inevitablemente a la rabia y la frustración, y de ahí al odio total. ¿Qué es este sentimiento intrínseco sino nazismo? Todos nos creemos de una raza superior, poseedores de la verdad, profetas entre asnos, cuando en realidad no hay ni raza ni verdad, solo penuria. Céline escribe: *“La raza, lo que tú llamas raza, es ese atajo de pobres diablos como yo, legañosos, piojosos, ateridos, que vinieron a parar aquí perseguidos por el hambre, la peste, los tumores y el frío, que llegaron vencidos de los cuatro confines del mundo. El mar les impedía seguir adelante.”*

Cuando Hitler asumió el poder el pueblo estaba sufriendo una profunda crisis de identidad en un panorama de crisis y pobreza desolador producto de la guerra. El pueblo desconfiaba del poder, que se había mostrado como un ente elitista y egoísta. Entonces llegó el visionario, un tipo que pocos años antes soñaba con ser pintor y malvivía en una pensión de mala muerte, una persona que en su carrera militar había sido innumerables veces tildado de ser retraído y con nulas capacidades para el mando, y este pardillo fue elevado por las masas hasta inflarle el ego de tal forma que casi se carga el mundo, y lo hizo entre vítores, recordemos que Hitler tenía el apoyo de su pueblo, nunca hizo nada ilegal. Ya lo dije al principio, solo hace falta un panorama adecuado, un loco visionario y tres compinches para que la bola de nieve eche a rodar. Es todo tan absurdo e incontrolable que incluso Xen Rabanal podría transformarse

en un visionario dictador, de momento ya ha escrito un par de obras con más fuerza y mala leche que el propio *Mein Kampf*. Nos encontramos en una situación parecida a la de la Alemania previa al auge del nazismo, el odio y la frustración acompañan a las personas desde que se levantan hasta que se acuestan, los partidos nazis adquieren presencia, el pueblo está idiotizado, como siempre, pero ahora, sorprendentemente, incluso los intelectuales duermen, lo dijo hace poco Luis Sáez Rueda *¿Dónde están los intelectuales alemanes ahora?* Con todo lo que está pasando, con la que está cayendo, con lo que se está tramando desde las sombras.

¿Adónde nos llevará todo esto? A una explosión inevitable, a un todos contra todos, a la completa aniquilación, que es lo que el hombre lleva buscando desde que puso el pie en la tierra.

Admite tu propia miseria, haz ver la de los demás y demuestra que es intrínseca, dejémonos de absurdas poses y quitemos el velo. Céline escribe: *“La gran derrota, en todo, es olvidar, y sobre todo lo que te ha matado, y dañarla sin comprender nunca hasta qué punto son hijoputas los hombres. Cuando estemos al borde del hoyo, no habrá que hacerse el listo, pero tampoco olvidar, habrá que contar todo sin cambiar una palabra, todas las cabronadas más increíbles que hayamos visto en los hombres y después hincar el pico y bajar. Es trabajo de sobra para toda una vida.”*

Y en ello estamos unos cuantos, encerrados en estas páginas, contando las cosas, quizás solo nuestra visión distorsionada y demente, es posible, lo admito, pero con sinceridad ¡Y que le jodan al gobierno francés! Céline no necesita sus elogios, estoy seguro que esté donde esté apreciará más nuestro homenaje que el frustrado homenaje de un gobierno de reptiles posadores, ya nos dará las gracias cuando nos encontremos en el infierno, allí escribiremos poemas malos mientras bebemos unas copas y damos

collejas al idiota de Adolf, en el infierno están los mejores garitos, las mejores mujeres, la mejor música, lo pasaremos bien mientras los demonios nos arponean.

Resumiendo. Gracias por todo Céline, maldito por excelencia, misántropo empedernido, no te callarán, para eso estamos aquí tus discípulos, esta pandilla de escritores dementes, embarcados, al igual que tú, en un interminable viaje a ninguna parte.

UNDERGROUND MANIFESTO

Nota: Este texto se escribió como prólogo para la antología "Underground Boys".

La cultura oficial sale a tu encuentro, pero al underground tienes que ir tú.

Frank Zappa.

La fiebre golpea con fuerza la sien y se derrama por la cama y por mis dedos.

Cuando José Manuel Vara me sacó de mi ensimismamiento étlico para liarme en otro de sus descabellados proyectos me vi obligado, entre agotados suspiros, a sacarme la mano del calzoncillo y preguntarme el qué y el porqué de todo esto.

Es difícil definir qué es el underground. Hablando de arte, que es lo que nos concierne ahora, se podría decir que

es la rama situada por debajo de lo comercial y establecido. Pero, en un giro extraño (o quizás no tanto) de los mecanismos sociales a la vez sirve de raíz y abono para esto último ya que, irónicamente, muchas veces el underground acaba convirtiéndose en la moda, e incluso suele ser utilizado de excusa por avispados cerebros del marketing para darle la vuelta a la tortilla y convertirlo en otra etiqueta destinada al consumo de un sector de público específico, con lo que, a veces, pierde todo su valor e inocencia a la vez que su razón de ser y pretensiones. No obstante esta falta de sinceridad afecta más a los imitadores que a los pioneros, y suele ser fácil de detectar por el ojo atento. El paso del underground a las alturas muchas veces es misterioso y no responde a características fácilmente visibles. ¿Quién podría imaginar que un escritor como Charles Bukowski, que publicaba sus delirios en periódicos underground y revistillas de poesía y cuyas únicas líneas temáticas eran sus borracheras, resacas y aventuras en curros de mierda, podría acabar convirtiéndose en uno de los escritores más populares y vendidos del siglo pasado? Sin duda alguien lo imaginó, su editor John Martin, que se jugó todas sus pertenencias a la carta del viejo indecente, y ganó.

Gran parte del arte que acaba siendo consumido por las masas florece en las cloacas del underground. Podrían citarse cientos de casos fácilmente analizables a posteriori pero no tanto en su germen. ¿Cómo imaginar, a principios de los 80, que bandas de música como Metallica, Megadeth o Slayer, compuestas por niños granujientos y desaliñados escupiendo riffs absurdamente veloces y atronadores acompañados de letras que eran odas a la violencia serían los que, años después, llenarían estadios y venderían millones de discos? ¿Cómo explicarle hace décadas a George A. Romero o a Tom Savini que, a principios del siglo XXI, el género

de los muertos vivientes sería uno de los más rentables dentro del engranaje de Hollywood, moviendo millones, con series en prime time y películas protagonizadas por grandes estrellas, sin que se partieran de risa y te pidieran un poco de lo que te estabas metiendo?

La cuestión, llegados a este punto, sería dilucidar si al llegar a las masas el underground deja de ser sincero, y eso lo determina la integridad del artista, porque el underground nace de la sinceridad, de la integridad.

Cuando una persona decide emprender la agotadora carrera de expresarse por medio de alguna disciplina artística ante él se abren dos senderos, sobre sus hombros se materializan dos personajes que le susurran al oído. Uno de ellos le dice que se fije en lo que está pegando en ese determinado momento, que se fije en lo que está en lo más alto de las listas de éxitos, en lo que da dinero, y le aconseja que produzca una imitación de ello para alcanzar la gloria lo más pronto posible. El otro le aconseja que solo escuche su interior, que dé forma a toda esa rabia y frustración, a esa angustia y dolor, y la exprese de la forma que considere más sincera, sin importar que resulte incomprensible o ridícula para los lumbreras que se apresuren a juzgarla, le aconseja que no flaquee ante la incomprensión, el silencio o los dedos acusadores. Por supuesto ninguno de los dos senderos garantiza el éxito, eso depende del destino, que sin duda es un cabrón cruel que se divierte con las cabriolas más inesperadas, pero, aún asumiendo el más que seguro fracaso, aquellos que son sinceros con sus convicciones al menos pueden morir enarbolando un satisfactorio corte de mangas eterno, y descansar en paz, en el infierno.

Este libro podrá ser bueno o malo, eso lo decidirá el paladar del lector, condicionado por sus gustos y apetencias en el momento de su lectura, pero desde luego afirmo, con

la cabeza bien alta, que es sincero, y ya es más de lo que te ofrecen tus políticos y dirigentes sin ir más lejos.

Para la selección de textos que te brindamos a continuación hemos apostado por lo más bajo, por escritores desconocidos que en su mayor parte no han publicado nada, en muchos casos por autores que dan sus primeros pasos en esta carrera de fondo, que pueden tener un estilo fallido o sin pulir, pero que se expresan con sinceridad, que gritan con ilusión y rabia, que aúllan a la luna impulsados por una angustia más grande que ellos mismos. Algunos autores están asomando la cabeza en este frío lago y dando que hablar con sus blogs y publicaciones, como es el caso de Mario Rodríguez Díaz (Rorschach Kovacs). Otros son tan underground que ni siquiera se molestan en hacerse un blog, como es el caso de Ruben Jaular, cuyas aportaciones me llegaron escritas a bolígrafo en folios sospechosamente manchados. Se ha apostado por la sangre joven (Mikel García Santos tan solo tiene 21 años). Se ha apostado por la rabia, la violencia, la contracultura, los malos modos, la inocencia, la ilusión, el dolor, el inconformismo, la duda... Se ha apostado por el más puro underground.

El underground tiene distintas capas y adopta distintas formas, aquí encontrarás muchas de ellas, leerás distintos enfoques, distintas aproximaciones, distintas normas y reglas, pero, para que nos entendamos, ninguno de estos autores está intentando ser el siguiente Ken Follet. Solo están intentando encontrarse a sí mismos, encontrar su voz, su público, algunos puede que ni estén buscando nada de esto y simplemente sigan su inercia autodestructiva. Nadie sabe cuantos se quedarán por el camino, cuantos tirarán la toalla, si alguno alcanzará el reconocimiento o si les espera la demencia y los contenedores. En cualquier caso siempre se podrá tener este volumen como muestra del panorama

del subsuelo en un determinado momento del tiempo y el espacio. Y aquí es cuando llegamos al porqué.

El porqué de este libro también responde a un impulso, a un deseo sincero, el de José Manuel Vara y un servidor, enfermos enamorados del underground, de bucear entre los escombros y extraer las perlas más valiosas bajo nuestro prisma, por supuesto siempre subjetivo y sujeto a error. El caso de Vara tiene mucho mérito, el tío ya tiene una edad, una familia, un trabajo, obligaciones, y aún así mantiene la ilusión, casi infantil, de descubrir estos tesoros y enseñárselos a todo el mundo, para que vean lo que él ve y sientan lo que él siente, para ello emplea su valioso tiempo, de forma desinteresada, en hacer llegar este tipo de obras a la gente, ya de por sí bombardeada por el exceso de oferta e información, apática y desconfiada, y el cabrón ni siquiera pide algo a cambio. Es la filosofía del underground, el apoyo mutuo, el sentimiento de hermandad y pertenencia, la sana rivalidad por encontrar los tesoros en el fango y mostrárselos a otros enfermos como tú porque, cómo decía Zappa, si has llegado hasta aquí es porque has venido tú. Vara y yo simplemente hemos realizado un pequeño trabajo de campo para ahorrarte parte del camino. Y lo seguiremos haciendo mientras el cuerpo y la ilusión aguanten las embestidas. Puede que esto sea el principio de una colección (su hermana Underground Girls va por el segundo volumen) o puede que no, en cualquier caso la propuesta será siempre la misma, bucear en la mierda y salir sonrientes con tesoros que mostrar. Me recuerda a cuando de pequeño iba con los amiguetes a un vertedero cercano a mi casa en los extrarradios de Madrid en busca de extraños objetos, restos de juguetes y revistas, roídos peluches, bellos artefactos sin utilidad aparente pero que llamaban tu atención y estimulaban tu imaginación. Por suerte hay cosas que nunca

cambian, por suerte la ilusión es la misma en este momento que entonces, incluso tras las innumerables hostias que me ha dado la vida con el caer de los años.

Aunque siempre se ha caracterizado por su situación miserable y tormentosa se puede decir que vivimos buenos tiempos para el underground, las nuevas tecnologías son un arma poderosa para los buscadores intranquilos, los frentes que se han abierto con las ediciones digitales y la distribución por Internet no pueden tomarse a la ligera, constituyen el sueño de los que siempre han apostado por un camino alternativo, por los que no se resignan a que sus gustos, a que sus vidas, sean dirigidas por unos caminos previamente asfaltados. Sin la tiranía de las editoriales y el yugo de papel es la hora de que el underground se expanda como la enfermedad que siempre ha sido, una enfermedad que es a la vez un antídoto contra la manipulación y los muertos vivientes, por todo ello la labor que está realizando Vara y su tentáculo editorial Neurotika Books para acercar de forma independiente y gratuita todas estas obras al público es digna de respeto y elogio sea cual sea tu postura al respecto de la propuesta.

Mi mérito no es tan grande como el de Vara, no hago nada en mi día a día salvo beber y mendigar, penar en solitario por las calles desiertas y mirar a las paredes desconchadas. Solo he servido de apoyo moral en la distancia y he aportado unas cuantas recomendaciones de autores, los tesoros que he encontrado en mi vertedero particular. También he aportado un puñado de poemas que tenía tirados por la habitación y un relato viejo bastante extenso, del principio de mi producción. Lo he decidido así ya que pese a tener material que considero más afinado este representa mis inicios y contiene ese espíritu underground y violento de manera intacta. También estoy escribiendo

esto, y no creas que no supone un esfuerzo tremendo, hace frío, dentro y fuera, y me estoy constipando, además he tenido un día de mierda. Llevo tres días sin dormir porque estaba persiguiendo a un tipo que me debe dinero, conseguí localizarlo hoy a las 7 de la mañana. Por suerte el encuentro no fue excesivamente violento, y aunque no conseguí la pasta sí conseguí una fecha límite para el pago tras varias amenazas. Eso, la creciente fiebre y la falta de sueño me pusieron bastante tenso y corrí a refugiarme en mi habitación de alquiler ante el aterrador amanecer y el florecimiento de las personas que, como hongos, empezaban a surgir por todas partes. Una vez allí me dirigí al baño para echarme agua en la cara e intentar relajarme, pero para ir hasta allí tenía que pasar por la habitación de uno de los inquilinos, que sufre síndrome de Diógenes. La habitual peste me abofeteó una vez más, pero esta vez, presa del cansancio y la fiebre, provocó que se me cruzasen los cables. Derribé la puerta de su habitación de una patada. No estaba en su interior, pero sí toda la basura acumulada durante siglos de la que surge el inenarrable hedor. Agarré un puñado de bolsas de basura y comencé a llenarlas indiscriminadamente con todo lo que encontraba a mi alrededor, de forma demente, mientras sufría violentos tics y arcadas, entre gritos. Lo metí todo en las bolsas, restos de comida, prendas de vestir, latas, botellas, revistas, crucifijos, una bolsa de plástico con un excremento dentro, comida de perro, ceniceros, bufandas, mecheros, bolígrafos, pelotas de golf, libros, cartones... Llené 14 bolsas de basura, 14 bolsas de basura, 14 jodidas bolsas de basura, y tras llenar esas 14 bolsas de basura miré a mi alrededor y parecía que no hubiese hecho absolutamente nada. Me retiré a mi habitación derrotado, dándome cuenta de que hay cosas contra las que es imposible luchar, la locura, la mierda, el

descontento, la fiebre y los gérmenes que me invaden por momentos y a los que siento apoderarse de mi cuerpo mientras tecleo y sudo tirado en la cama... pero al menos, y esa es la tabla de salvación de muchos de nosotros, pobres náufragos, podemos escribir sobre todas estas cosas.

Y así es el underground. Los vampiros que van al instituto han quedado lejos, las recetas para el soufflé de chocolate han quedado lejos, los misterios de la Capilla Sixtina han quedado lejos, el siglo XVI y sus intrigas políticas han quedado lejos, las tramas detectivescas al amparo de códigos bíblicos han quedado lejos... Solo queda la mierda rodeándote, la tristeza y el vacío cubriendo el hueso, las cicatrices en los brazos, las arrugas en la frente de tanto fruncir el ceño, los callos en las manos, el agujero en el dedo gordo del calcetín por el que asoma una deforme uña amarilla... y, sobre todo, queda el deber de narrarlo, no para conmover ni para iluminar, eso también quedó lejos, sino como una lucha y un deber con uno mismo, sin perfumes ni apariencias, ser capaz de quitarte la máscara en mitad del baile de disfraces. La crónica de una lucha sin fin en un mundo a la deriva, una hemorragia mortal que intentas cubrir con una hoja de cuaderno, como poner una tirita en un miembro amputado, igual de inútil, igual de inocente. Seguramente los chicos del underground no merezcamos más, seguramente la humanidad no merezca más, y muy probablemente merezca menos.

Estoy agotado. Los brazos del ángel tiran de mis hombros hacia atrás, por suerte aún lo veo sonreír mientras sus alas se deshojan.

Me largo de este puto texto, ¡adiós zorras! Ahora sólo quiero cerrar los ojos y tener una buena pesadilla que me evada de todo esto. Como las que vas a encontrar dentro de este volumen de puro y auténtico UNDERGROUND.

TEXTO (NO) TRANSGRESOR

Nota: Este texto se escribió para el fanzine Meando contra viento (Cuadernos transgresivos).

¿Existe la transgresión? ¿Ha existido alguna vez? ¿Qué es? ¿A qué se dedica la muy perra?

El diccionario nos dice que es: el quebrantamiento de leyes, normas o costumbres. Provocación, especialmente en contextos artísticos y literarios, o la superación de un obstáculo.

Muchas corrientes artísticas se autopajean e inflan poniéndose la etiqueta de transgresivas, como si dieran un codazo a un colega mientras le ponen una medio sonrisa de complicidad, es lo que se llama la hermandad en la mierda, pero tras esos románticos momentos todos volvemos a casa por el camino correcto, cruzamos en verde y nos acostamos pronto que a la mañana siguiente hay que currar, y no se puede llegar cinco minutos tarde al curro que sino hay bronca.

¡Me cago en la “transgresión”, y me cago en ti! Y lo hago desde mi miseria y vergüenza, por supuesto.

Somos unas tristes ovejillas asustadas y nos ponemos

esa etiqueta para sentirnos mejor con nosotros mismos, con nuestra miseria, para crear un espejismo de lucha que nos alivie moralmente. La verdadera transgresión no has de buscarla aquí, ni en oscuros clubs underground. La verdadera transgresión está cerca, muy cerca, sobre tu puta cabeza, gilipollas de mierda, bailando y riendo, y seguirá bailando y riendo sobre tu triste cadáver. La verdadera transgresión está en los despachos, en los maletines, en las salas de plenos, en los parlamentos, en los palacios. Allí están los verdaderos transgresores. Esos hijos de puta que te chupan la sangre día a día, esas entidades a las que debes dinero y no paran de mandarte cartas y llamarte a las 8:30 de la mañana. Se lo han montado de puta madre, la cuadrilla de hienas, y ríen y ríen y ríen... Se ríen de ti en tu puta cara, amigo, y tú no encuentras otra cosa que hacer que desahogar tu triste frustración sobre la gente que tienes cerca, que son los únicos que te aguantan. Son muchos años de adocenamiento para encajar las piezas en el molde que han creado, son muchos años de lavados de cerebro para inculcar un estilo de vida absurdo, son muchos años de inyectar terror para fomentar la mansedumbre... Qué digo años, siglos, eras, edades...

Si de verdad quieres ser transgresor vete mañana a la fábrica, no seas puntual, y cuando el carcelero, al verte entrar, te haga un gesto señalando el reloj de pared acércate y suéltale un puñetazo en toda la cara, con fuerza, llevas años deseándolo, siente como se resquebraja su mandíbula bajo tu golpe, observa la parábola de sus dientes por el aire, la sangre brotando, su mirada de incredulidad, y empálmate con ello, nunca habrás sentido ese torrente de vida inundando tu flácida carne. Acto seguido vete al banco, acércate a la ventanilla, o mejor aún, entra en el despacho del director y exclama: “Buenos días, vengo a liquidar mi

préstamo”. Tiéndele entonces un sobre repleto y observa su cara cuando, al abrirlo, vea dentro un trozo de excremento salido de tu esfínter esa misma mañana. Sal de allí y báñate de luz solar, recárgate, y acto seguido vete a casa y fóllate a tu mujer, pero no como siempre, sino como siempre has soñado, encima de la mesa, en la terraza, contra la pared, gritando como un loco con cada eyaculación, que se enteren los vecinos y aprendan. También puedes desnudarte y salir a la calle blandiendo un hacha si es lo que deseas.

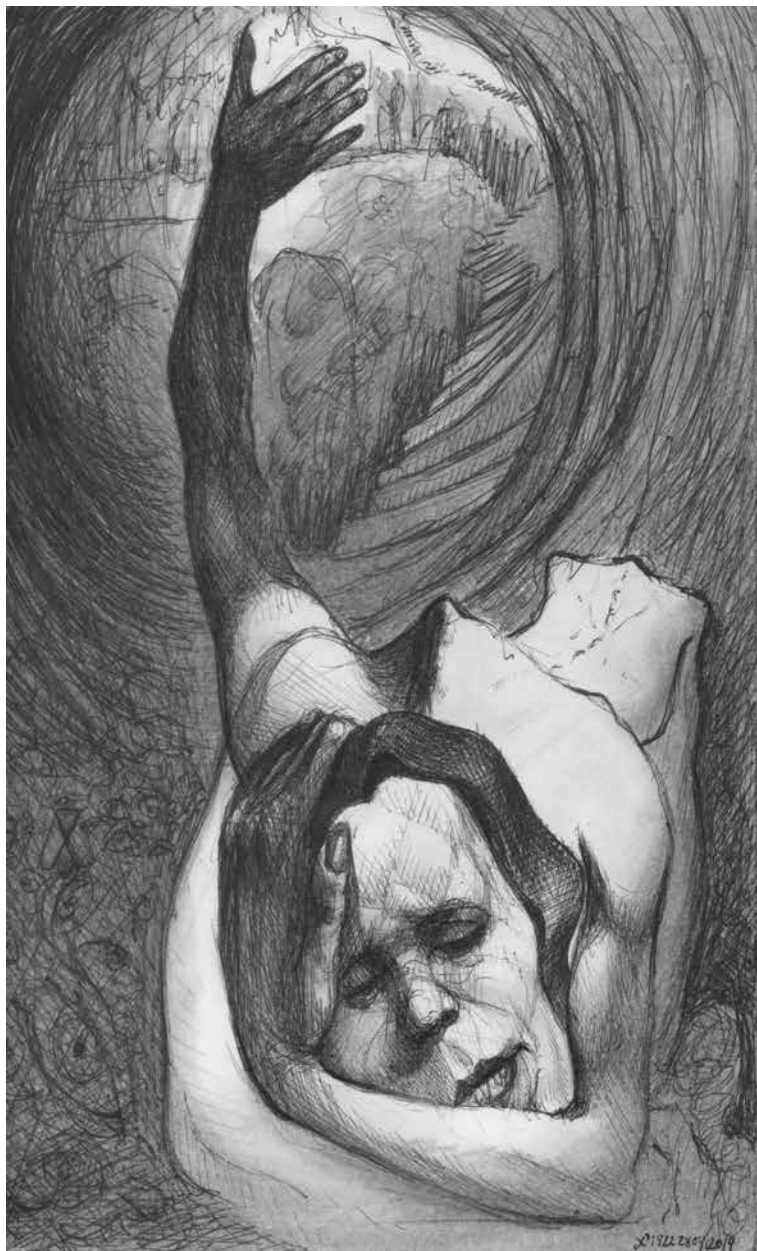
Aúlla. Siempre has sido un animal acorralado y asustado, una patética cucaracha, transfórmate ahora en un animal rabioso, haz honor a tu especie. Esta vía te ha llevado al borde de perderlo todo, deshaz el camino andado por el asfalto, deja de oler las rosas, lánzate a las zarzas y córtate, sangra y píntate la cara con esa sangre, no la derrames inútilmente como hasta ahora, será tu pintura de guerra.

Abraza la locura, siempre ha sido tu amiga y es sabia, lleva aquí más que ninguno de nosotros. Vivimos en una sociedad de broma, las leyes las hacen para sujetarte, para librarse de ti, ellos las hacen y las rompen, y se la suda, de hecho presumen de ello con los amiguetes, en sus putas reuniones de cohiba y brandy, ¿vas a permitirlo? ¿En serio se te puede comprar por un salario de mierda y cuatro chucherías? ¿Me la chuparías por 10 pavos? ¿Y por 20?

Ve a por ello cabrón, no te quedes aquí, ve a por ello, espabila.

En este texto no encontrarás transgresión, esto no es transgresión, solo es escribir, y no muy bien por cierto, aquí solo hay llanto, un llanto profundo y agónico, cansado, patético, como el tuyo, y si nos descuidamos algún día nos quitarán hasta el papel para sonarnos.

RETRETE



*Volé más allá del sol antes de tiempo,
quemando todo el oro que me mantenía dentro de mi cáscara,
esperando a que tú me atrajeras a su interior otra vez,
casi tuve el mundo a la vista.
Amor perdido,
ojos brillantes apagándose
más rápido de lo que caen las estrellas.
¿Cómo puedo decirte que he fracasado?
Decirte que he fracasado...
Cayendo en desgracia porque he estado demasiado tiempo fuera,
dejándote atrás con mi triste y solitaria canción,
ahora estoy perdido en el olvido.
En el olvido...*

Mastodon. Oblivion.

LA NARANJA

20 minutos antes
había que ir haciendo cola
para pillar
sitio.

Los horarios eran lo peor:
desayuno a las 9
comida a las 13
cena a las 20.

Había mucho que meditar
por las noches
y siempre me perdía
el desayuno.

En la cola:
los pobres
los desheredados
hombres y mujeres
españoles y extranjeros
pelo grasiento
olor agrio
gruesos chaquetones
tabaco de liar
malas dentaduras

ninguna chica guapa
quizás algún genio.
Algunos te sonaban
de verlos pidiendo
o hablando solos
en la calle.

Los requisitos eran pocos:

D.N.I.

No tener trabajo
ni recursos.

Las reglas:

no se admite comida

ni bebida

ni fumar

ni drogas

ni comportamientos que inciten
a la violencia.

60 céntimos

por las tres comidas

del día.

Comimos coliflor

que no sabía a nada,

filete

lleno de nervios,

ensalada

de lechuga

y una naranja

ácida

todo servido por monjas

marchitas

pero sonrientes.

Y con el estómago lleno
la calle parecía otra:
la primavera se intuía
en el horizonte.
Las niñas del instituto
eran como rayos de sol.
La gente sonreía
dentro de los autobuses.
La esperanza te guiñaba un ojo
desde el asfalto.
La ciudad
en do mayor.

Di 1 euro a un mendigo
no fuera a quedarse
sin sentir
todo aquello.

Al rato noté
un deseo irrefrenable
un aullido en mi interior
algo luchando por salir
algo más grande
que yo
y que tú
y que todo.

Corrí hacia mi zulo
a tiempo para sentarme
en la taza
y dejar que todo aquello

fluyera.

Creo que fue
la naranja.

UN GRAN CULO NEGRO

Era tiempo ya de abandonar el sueño que de antiguo había alimentado. Tiempo de darse cuenta de que ninguna gloria especial y a su medida le esperaba. Tiempo de abrir los ojos.

Yukio Mishima. *El marino que perdió la gracia del mar.*

Entró en la habitación con la maleta colgando de su mano derecha. Cerró la puerta. Dejó caer la maleta al suelo e inspeccionó el entorno mientras suspiraba. Vio una cama, una mesa, una silla, un armario, cuatro paredes, suelo, techo y una ventana con vistas a la calle. Pensó “Bien, bien”, luego se dejó caer en la cama, se estiró y se quedó inmóvil mirando al techo.

Pasados unos minutos decidió quitarse los zapatos para estar mas cómodo, y así lo hizo. Volvió a tumbarse, estiró los dedos de los pies y continuó mirando al techo. Pasó un buen rato así, inmóvil. Luego, poco a poco, fue deslizando su mano hasta el pantalón. Se desabrochó el cinturón, luego el botón. Bajó la bragueta, metió la mano en el calzoncillo y comenzó a tocarse suavemente. Aquello comenzó a crecer

y crecer. Decidió que era el momento y se bajó un poco los pantalones y el calzoncillo, cerró los ojos y comenzó a masturbarse. Pensaba en ella mientras lo hacía. Llevaba sin verla casi nueve meses, y no se arrepentía de su decisión, pero seguía acudiendo a su recuerdo cuando se masturbaba. Recordaba su coñito estrecho, su culito pequeño y redondo, su pelo rizado cayendo sobre él, recordaba cómo la tomaba por detrás, sus gemidos...

Se derramó.

—Joder, ahora sí, pfiuuu...

Levantó un poco la vista e inspeccionó el resultado. Resopló, se giró un poco y abrió la maleta con la mano izquierda, intentando no manchar nada. Era una operación compleja. Abrió lo justo y tanteó el interior hasta que localizó el papel higiénico, lo sacó. Se limpió la mano, poniendo especial atención a la zona entre los dedos. Arrojó el papel al suelo y volvió a la posición inicial, tumbado, se tiró así un buen rato mientras aquello encogía y encogía.

—Bueno, en marcha —dijo al cabo de un rato mientras se incorporaba.

Abrió la maleta. Lo primero que sacó fue una cajita de madera. La cajita estaba llena de maría, se lió uno y lo encendió.

—Bueno, ahora en marcha.

Sacó de la maleta un discman y dos pequeños altavoces, los colocó en la mesa y pulsó el play. Comenzó a sonar el tema *Don't damn me* de Guns n' Roses.

Abrió el armario y empezó a colocar su ropa en él. No llevaba gran cosa: dos pantalones vaqueros, dos camisas, un polo, cuatro camisetas, un puñado de calcetines y otro de calzoncillos. Lo colocó todo y le sobró bastante espacio. Cambió el CD y puso uno de Bunbury. Continuó fumando. La música y el humo flotaban bautizando su nueva habitación. Sacó de la maleta un libro de Kerouac, se tumbó

y se puso a leer. Al cabo de un rato se dio cuenta de que no podía prestar atención a las dos cosas a la vez y optó por sacrificar la música.

Se puso con Kerouac, mientras pasaba las páginas sentía simpatía hacia el rollo beat, pensaba que los beat eran auténticos, sobre todo cuando no tenían noción de ellos mismos, luego el rollo hippie fue un paso atrás y desde entonces no se ha dejado de caer y caer, hasta ahora, en el que el baile roza ya el completo absurdo existencial, la realidad bañada en conformismo, drogas y consumo inútil. Aunque era el curso natural de las cosas, desde siempre cualquier intento de crear un movimiento, un grupo, en fin, cualquier actividad que comprometiera a un cúmulo de personas a caminar en una dirección única, está irremediablemente condenado a fracasar, es antinatural. Aunque se tenga un inicio poderoso luego el rollo se disgrega. Siempre es igual, doloroso e inevitable. Por suerte los visionarios suelen estar por encima de ello, de hecho la mayoría de supuestas expresiones culturales no son tal, son producto posterior del marketing dirigido a los alienables. Todo empieza con un colgado, luego la gente le sigue, no hay mas que mirar a Jesús, o a Forrest Gump, o a Hitler. La clave está en ser uno de esos o mantenerte ajeno a todo. Pensaba en todo esto mientras fumaba y leía.

Pasaron un par de horas y comenzaron a rugirle las tripas reclamando atención. Buscó en la maleta. Ante él se abrían tres opciones, una lata de fabada, una lata de atún o una barra de chocolate, sopesó pros y contras y optó por la fabada.

—Tendré que ir a comprar algo de comida antes de que cierren... Bueno, aún es pronto.

Agarró la lata y salió de la habitación rumbo a la cocina. Mientras caminaba por el pasillo escuchó ruido en la cocina,

se detuvo. Titubeó entre continuar adelante o volver a la habitación, ahora mismo, con la fumada encima, no le apetecía mucho encontrarse con nadie y tener que hablar. Sus tripas rugieron pidiéndole que continuara, así lo hizo, a su pesar. Al llegar a la cocina vio un plato mucho mas apetitoso que el que tenía en la mano. Era Laura.

Laura vivía en la habitación número cinco. Trabajaba de camarera en un pub del centro y se acababa de levantar. Llevaba una camiseta de tirantes y un amplio pantalón de pijama, se preparaba un café. Era una chica bastante atractiva que hacía las delicias de los borrachos y perdedores que acudían a su pub. De hecho, sin saberlo, ella era el principal reclamo de aquel antro.

Carlos se saboreó contemplando esa inesperada figura, observó unos segundos su culo antes de hablar.

—Err...hola.

—Vaya, hola.

—¿Qué tal? Soy Carlos, acabo de instalarme en la habitación cuatro.

—Me había parecido oír ruido, pero no estaba segura, jejeje. Yo soy Laura, un placer.

Ella sonrió ampliamente, iluminando la cochambrosa cocina. A él le encantó esa sonrisa. Siempre se sentía atraído por las chicas risueñas, ansiaba conocer su secreto y apropiárselo, aunque puede que solo fuese una sonrisa de compromiso. En cualquier caso ella estaba bastante buena y procuró reaccionar.

—Vaya, encantado, si necesitas cualquier cosa ya sabes.

—Gracias, lo mismo digo, jejeje. Y, bueno, ¿tienes pensado quedarte mucho?

—No lo sé, estoy en una fase de cambios, no tengo ni idea de lo que voy a hacer.

—Di que sí, lo mejor es no planear las cosas.

—A mí me gusta planearlas pero, no sé, estoy perdido últimamente.

—Bueno, tranquilo, ya te encontrarás, jejeje.

Laura se sentó con su humeante café y su sonrisa en una de las sillas de la cocina mientras Carlos vertía el contenido de la lata en un plato y lo metía en el microondas, por alguna extraña razón se sintió ridículo haciendo esto. Accionó la rueda y el plato comenzó a girar, él también se giró y miró a Laura pensando “joder, está buenísima”.

—¿Tú llevas mucho aquí? —preguntó.

—Mmm... a ver... Pues... seis meses... Joder, cómo pasa el tiempo.

—¿Y qué tal se está aquí?

—Oh, genial. La casa es tranquila y la dueña no viene por aquí nada más que a primeros de mes a cobrar.

—Perfecto. ¿Y la gente qué tal?

—Bien. Hay un señor mayor en la uno, pero solo viene a dormir. En la dos hay un chico joven, es portugués, muy majo. La tres está ahora mismo vacía. Esto es como una pensión más que como un piso compartido, al no haber salón la gente hace su vida en la habitación, yo a veces me he llegado a tirar varios días sin cruzarme con nadie.

—Perfecto.

—¿Perfecto? No sé, a mí me aburre un poco, estoy a ver si alguna de mis amigas se alquila la habitación que está libre.

—Bueno, yo quiero tranquilidad y aislamiento. Vengo de pasar un par de meses en casa de un amigo. Me hizo un favor acogiéndome, pero la verdad es que estaba como loco por salir de ahí.

—¿Por?

—Demasiada fiesta.

—Jo, qué envidia.

—En absoluto, créeme.

—Bueno Carlos, dime, ¿tú qué haces?

—¿Cómo?

—¿En qué trabajas?

—Ah, bueno, no trabajo.

—Jejeje, ¿y de qué vives?

—Bueno, he trabajado antes, ahora cobro el paro y espero.

—¿Esperas?

—Sí.

—¿El qué?

—No lo sé.

—Jejeje, vaya, qué raro eres.

Laura sonreía mientras soplabla su café, subió las piernas en el taburete y se sentó así. Carlos aprovechó para echar un vistazo a los dedos de sus pies, le gustaron. En ese momento sonó el timbre del microondas.

—Anda mira, algo menos que tienes que esperar, jejejeje.

Carlos sonrió, abrió el microondas y agarró el humeante plato, lo posó en la mesa, se estaba quemando y por poco lo tira al suelo.

—Joder, el microondas funciona bien —dijo mientras agitaba las manos y resoplaba.

—Jejejeje, estás hecho todo un chef.

—Ya ves. Bueno Laura, ¿y tú qué haces?

—Soy camarera, y también estoy estudiando una carrera.

—¿Qué carrera?

—Psicología.

—Vaya, una chica ocupada.

—Lo intento, no puedo estar sin hacer nada.

—Pero si no hacer nada es lo mejor que se puede hacer.

—Jejeje, qué va, yo no puedo.

—Bueno, siendo camarera practicas bastante psicología.

—Jejeje sí, es verdad. Por cierto, me largo que tengo que

arreglarme para ir a currar. Un placer y, ya sabes, estoy al lado para lo que quieras.

—Vale, igualmente —dijo Carlos mientras imaginaba cosas.

Laura le dirigió una última sonrisa antes de desaparecer por el pasillo.

Carlos se sentía bien, todo parecía marchar sobre ruedas, apoyó la espalda contra la silla, hundió la cuchara en el plato llenándola de alubias y se la introdujo satisfecho en la boca, se abrasó y tuvo que escupirlo todo entre el plato y su camiseta.

—¡Me cago en la puta!

Tras el incidente y con más prudencia consiguió terminarse el plato, lo fregó y volvió a su cuarto. Al pasar por la habitación de Laura echó un vistazo aprovechando que ella estaba en el baño duchándose. Su cuarto estaba desordenado, una pila de ropa se amontonaba de forma caótica encima de un escritorio y una silla. La cama estaba desecha, un enorme oso de peluche vestido de cartero dormía en ella. Al lado de la cama había una silla con un ordenador portátil encendido, junto a él una mesita con revistas y cedés, otra mesa más grande con una tele. Había un enorme espejo colgado de una pared y al lado de éste una pequeña estantería con diversos objetos colocados al azar. El armario estaba abierto pero no se veía su interior.

Carlos escuchó como se cerraba el grifo de la ducha y se apresuró a largarse a su habitación, cerró la puerta y se tumbó en la cama, colocó las manos tras su cabeza escuchando atentamente.

Laura tardó un rato en salir del baño, luego la escuchó en su habitación caminando y revolviendo cosas. Carlos cerró los ojos para concentrarse en lo que oía intentando imaginar sus movimientos, se la imaginaba secándose, vistiéndose,

peinándose. Notó un retortijón y se tiró un pedo intentando amortiguar el sonido. Continuó escuchando. Al rato le llegó el olor de su pedo y le pareció particularmente nauseabundo, al poco rato, quizás por efecto de éste, se durmió profundamente.

Despertó completamente aturdido. Tardó un buen rato en saber dónde estaba. Había anochecido fuera. Se incorporó y cogió una botella de agua que tenía junto a la cama, bebió con ansia hasta vaciarla, se rascó la parte posterior de la cabeza y se quedó colgado durante un rato. Cuando volvió buscó su teléfono móvil, lo encendió para mirar la hora. Empezaron a llegarle llamadas perdidas, casi todas de Jorge, miró la hora y volvió a apagar el móvil. Se levantó y se quedó en silencio en medio de la habitación escuchando. Podía oír el sonido de una televisión, o quizás era una radio. No se oía nada más, no había indicios de actividad humana. Abrió despacio la puerta de su cuarto. El pasillo estaba oscuro, el sonido que escuchaba procedía de la habitación número uno. No se apreciaban movimientos en ningún otro lado. Carlos cogió la botella y fue sigilosamente a llenarla a la cocina, volvió y se encerró de nuevo en la habitación.

Era ya algo tarde, todas las tiendas habrían cerrado y no había bajado a por comida, solo le quedaba el atún y el chocolate. Abrió una lata de atún y la vació en su interior, luego empezó a liarse un peta de maría, se avergonzó de sí mismo al tener un montón de marihuana y prácticamente nada de comida, aunque ese pensamiento no le impidió cargarlo. Lo encendió y dio una gran calada. Se sentía mejor, necesitaba esto, aislamiento, claustro, habría sido un gran monje si no fuera por su tendencia a las drogas y el sexo. Rebuscó en la maleta y cogió *Fiesta* de Hemingway, se apoyó contra la pared y dejó que este le hablara.

Pasaron unas cuantas horas cuando Carlos oyó la puerta de la calle, alguien entraba y caminaba por el pasillo. Dejó el libro a un lado y afinó el oído. Los pasos se detuvieron cerca de su puerta. Escuchó el tintineo de unas llaves. Era Laura. La escuchó abrir la puerta de su habitación. Carlos levantó la cabeza y se concentró. Pudo escuchar como se sentaba en la cama, la escuchó quitarse los zapatos y dejarlos caer al suelo mientras resoplaba. Estuvo un rato quieta, luego se levantó y fue a la cocina. La cocina estaba más lejos y no adivinó lo que hacía allí, estuvo un rato y luego volvió, se sentó en la cama y escuchó cómo se encendía un cigarrillo. Carlos dudaba si salir de su cubículo y saludarla. Quería hacerlo, que le contase qué tal la noche, iniciar una conversación, tirarle los tejos, al menos se llevaría unas cuantas de aquellas maravillosas sonrisas. Aunque, quizás estaba cansada, era muy tarde, querría dormir, a lo mejor había sido un día duro, quizás estaba cabreada, asqueada, no necesitaba que un vago fumeta invadiera su santuario. Carlos dudaba, al final no hizo nada salvo escuchar en silencio, la escuchó fumando, la escuchó poniendo algo en el ordenador, parecía una película, escuchó que se levantaba y volvía a salir, esta vez al baño, volvió de allí, apagó la luz y se tumbó en la cama arropada por el sonido del ordenador.

Carlos continuó en silencio, escuchando, luego prosiguió su lectura. Pasó el tiempo y vio el amanecer elevándose a través de los edificios grises, decidió que era el momento de dormirse.

Durmió a pierna suelta hasta por la tarde, se levantó con una gran pesadez y desorientado, efecto de la maría, pensó. Encendió el móvil para mirar la hora, le llegaron nuevas llamadas perdidas de Jorge, volvió a apagarlo y comenzó a vestirse.

Cuando se hubo vestido abrió tímidamente la puerta del

cuarto para echar un vistazo, no se oía nada. Salió al pasillo, la puerta de Laura estaba cerrada y no se oía actividad en su interior. Carlos caminó hasta el baño y se lavó la cara y las manos. Volvió a su cuarto, cerró la puerta y se sentó en la cama, tenía que salir a comprar comida sin falta. Se lió uno para el camino y se puso en marcha.

Al salir a la calle el sol le golpeó sin piedad, miró aturdido a ambos lados de la calle sin decidirse por uno u otro, intentó recordar dónde estaba el supermercado más cercano y se puso en marcha.

La gente caminaba por las calles, había actividad, personas alocadas caminando, ¿a dónde irían? Gente andando, gente en coches, gente en autobuses. La gente que caminaba a solas lo hacía con seriedad, no sonreían, no parecían felices, algunos incluso parecían verdaderamente abatidos. La gente que caminaba acompañada parecía de un humor ligeramente mejor, lo cual realmente tampoco significaba nada. Dentro de unos años años estarían todos muertos, ellos, yo, tú, todos. ¿Pensarían en ello a menudo? Deberían, puede parecer algo desagradable para ocupar la mente, pero la conciencia de la propia muerte y la brevedad de la vida haría que tomaran cierta conciencia de sí, haría que no se dejaran atrapar por infinidad de mierdas en las que se zambullían continuamente. Continuó su camino. Un señor estaba inmóvil en una esquina, tenía una bolsa de plástico en una mano y una correa en la otra, al final de la correa un pequeño perro cagaba, ambos se sentían avergonzados, Carlos los esquivó y siguió andando. Recordaba el supermercado, estaba cerca. Pasó un coche de policía y Carlos instintivamente ocultó el porro en el interior de la mano, el coche pasó de largo. Llegó al supermercado, un indigente le abrió la puerta y extendió la mano, Carlos lo ignoró.

La luz artificial bañaba el supermercado, la gente iba y venía empujando sus carritos llenos de cosas. No era un panorama alentador, demasiada luz, demasiada gente, demasiadas cosas. Carlos agarró una cesta de plástico y se introdujo dentro mientras el guardia de seguridad lo seguía con la mirada. Intentó ser rápido, no le gustaba estar allí. Recorrió los pasillos y cogió lo que venía a buscar sin entretenerse demasiado. Cogió leche, arroz, cerveza, atún, salchichas, plátanos, queso, jamón, pan, frutos secos y filetes de pollo. Se puso a la cola para pagar. La gente no se miraba entre sí, deseaban acabar con esto cuanto antes, como él. Llegó su turno, pagó y salió de allí zumbando. Al salir le dio cincuenta céntimos al indigente que se lo agradeció con una sonrisa y una inclinación de cabeza. Volvió por donde había venido cargado con las bolsas. Intentó darse toda la prisa posible y no tardó mucho en estar de nuevo en casa.

Todo seguía en silencio allí, sin vida, le gustaba aquella casa. En la cocina se preparó unos filetes mientras guardaba el resto de provisiones. Los filetes le supieron a gloria, luego se llevó a la habitación unas cervezas y los frutos secos y se encerró ahí de nuevo. Puso algo de música, optó por Iron Maiden, no le gustaban mucho, pero por alguna razón le apetecía escucharlos. Pulsó el play, abrió una cerveza y se tumbó en la cama, esperando. En unos años todos muertos, no había de que preocuparse, solo esperar el momento de la mejor manera posible.

Escuchó música, leyó, se masturbó, cagó, miró por la ventana, comió y fumó. Una vida sencilla, sin sobresaltos.

En determinado momento escuchó actividad en la casa, supuso que era el chico de la habitación número dos. Intentó no salir a nada para no encontrarse con él. Lo escuchó duchándose y comiendo, luego se metió en su habitación. También escuchó a Laura trasteando hasta que se marchó

a currar. Con ella fue distinto, en varias ocasiones estuvo a punto de salir de su enclaustramiento para hablar con ella un rato, pero tras masturbarse se le pasaron las ganas y escuchó cómo se marchaba a currar. No la escuchó regresar, para entonces él ya se había dormido.

Amaneció un nuevo día. Ya quedaba menos, para lo que fuese.

Carlos se levantó, era un poco pronto para la hora en la que acostumbraba levantarse aunque tarde para la hora en la que se levantaba la gente normal. Se vistió y se rascó furiosamente el culo, últimamente le picaba bastante ahí atrás. Tenía que salir a la calle nuevamente, debía ir a la biblioteca a devolver los libros y coger otros nuevos. Abrió un poco la puerta para inspeccionar, le pareció escuchar algo en la cocina. Se concentró, afinó el oído. Sí, efectivamente había alguien en la cocina. Se oyó un carraspeo, un carraspeo masculino, debía de ser el tipo de la uno o el de la dos. «¡Mierda! Bueno, desayunaré en una cafetería». Se calzó y salió de la casa haciendo el menor ruido posible.

En la calle el panorama era el habitual, gente por aquí y por allá. El día estaba despejado. Se puso a andar rumbo a la biblioteca. Paró en una cafetería y pidió un café con leche. En la cafetería no había gran cosa, un chino jugaba a la tragaperras mientras fumaba frenéticamente, dos señoras sentadas en una mesa hablando, un tipo que miraba fijamente su copa de coñac preguntándose dónde se torció la cosa, el camarero con pinta de aburrido y él. Se tomó el café mientras ojeaba el periódico, las noticias le entraban por un lado y salían por otro: «El presidente urge a un pacto de patronal y sindicatos». «Encontrados 500 kilos de explosivos en un piso-taller en Portugal». «Arte virtual para analizar la realidad de la sociedad». Se terminó el café y se largó de allí con la misma cantidad de información que antes así como un euro y medio menos.

Pasó por delante de un instituto. Los estudiantes estaban en el recreo, se detuvo a echar un vistazo. Todos los chicos le parecían niños palurdos, ridículos y granujientos, auténticos pardillos asustadizos o malotes de poca monta, nulas esperanzas para un futuro incierto. En cambio las chicas le parecían dulces princesas inocentes deseando ser desfloradas o pequeñas chiquillas insolentes, Lolitas traviesas que ansiaban unos azotes. Si hubiese sabido en el instituto lo que sabía hoy todo habría ido sobre ruedas, ¿por qué todo llegaba tarde a su vida? Continuó su camino y llegó a la biblioteca, devolvió los libros a un funcionario aburrido y entró a por más. Divisó entre las estanterías a una chica de bastante buen ver, una pelirroja de piel pálida y atrayentes curvas con una indumentaria hippie, parecía la diosa de la primavera. Carlos se acercó husmeando cual trasgo del bosque, intentaba no ser demasiado evidente, haciéndose el despistado y mirando los libros de las estanterías. Podía olerla, verdaderamente olía a primavera, a promesas de un mundo mejor, cada sacudida de su inmensa melena rojiza esparcía ese aroma de pureza y santidad. Carlos se retorció grotescamente ante los mensajes enviados por su mente perturbada de alimaña encerrada. La princesa de la primavera alcanzó un libro con su mano rosada y comenzó a leerlo con expresión de interés, Neruda, vaya... Carlos empezaba a imaginar los titulares: «Violación en la biblioteca. Inocente estudiante de poesía es forzada salvajemente por un yonki vagabundo ante la pasividad de los presentes». Optó por dejar de torturarse y se escabulló como un reptil entre las estanterías.

Hojeó los volúmenes, fue de aquí para allá y finalmente salió del edificio con un jugoso menú: Mishima, Sade, Hume y Fante.

Volvió a casa por donde había venido. Los chicos ya no estaban en el recreo.

Antes de subir al piso se agenció unas cuantas cervezas, nunca estaban de más y no tenía intención de volver a pisar la calle ese día. Abrió su habitación y arrojó los libros en la cama. Se percató de que su habitación comenzaba a apestar con asombrosa celeridad, abrió la ventana de par en par. Cogió la bolsa de las cervezas, dejó un par de latas en la mesita y fue a la cocina a meter el resto en el frigorífico. Al entrar en la cocina vio a un chico joven sentado en la mesa, se sorprendió y asustó un poco. El chico fumaba un cigarro silenciosamente, arropándose con el humo, su pelo largo, liso y castaño le caía sobre la cara. Carlos supuso que sería el inquilino de la habitación dos, el portugués, se recriminó el haberse despistado, ahora se vería obligado a hablar con él.

—Hola —dijo mientras abría la nevera para meter las cervezas.

—¿Qué hay? —dijo el chico soltando una bocanada de humo.

Siguió el silencio, un silencio incómodo. Carlos guardaba las latas en el fondo del frigorífico de espaldas al chico, pero notaba su mirada posada sobre él. Cuando guardó la última se giró, efectivamente el chico le estaba mirando a través de su cortina de humo y pelo, Carlos extendió la mano.

—Qué tal, soy Carlos, me he instalado en la habitación cuatro.

—Sí, algo me comentó Laura. Yo soy Rui, encantado —hubo un fuerte apretón de manos.

—¿Te apetece una cerveza? —dijo Carlos mientras se abría una.

—Mmmm, bueno, me tomaré una.

—Ten.

—Gracias.

—¿Llevas mucho viviendo aquí?

—Sí, bastante, a ver... Unos tres años.

—Vaya, es mucho.

—Estoy bien aquí, conozco bastante a la dueña y hay confianza.

—¿Eres de Portugal no?

—Sí, de Lisboa.

—Qué guay.

—No tiene nada de guay, es una mierda de sitio.

—Supongo, era una frase hecha.

—¿Has estado allí?

—¿En Portugal? No.

—La gente está bien, y es bonito, pero no hay trabajo y los precios son incluso más caros que aquí, hay bastante pobreza.

—Vaya mierda.

—Sí, al final si quieres trabajar y vivir un poco mejor tienes que largarte a otra parte.

Rui apagó su cigarro en el cenicero de la mesa, lo estrujó una y otra vez hasta acabar con cualquier mínima brasa, mirando su obra fijamente, luego volvió a mirar a Carlos entre una débil línea de humo azul.

—Bueno, aquí últimamente también se están poniendo las cosas jodidas —dijo Carlos.

—Bastante. Llevo en España ya siete años y siempre he tenido trabajo, pero ahora llevo ya cuatro meses sin encontrar nada.

—La puta crisis, yo estoy igual, cobrando el paro.

—A mí se me acaba ya, he estado currando casi siempre sin contrato y no he cotizado mucho.

—Qué putada.

—Es lo que hay cuando eres inmigrante.

—¿Y qué vas a hacer?

—Bueno —dijo recostándose contra el respaldo—, supongo que algo saldrá, de momento tengo un poco de

dinero e intento estirarlo lo más posible. Por ejemplo voy a comer al lado de la iglesia, hay un comedor social allí, por un euro puedes comer, y tengo un par de chapuzas pendientes y algún trapicheo, se puede ir tirando, malamente, pero tirando. Y si la cosa no mejora supongo que tendré que volverme a mi país o largarme a otro, yo que sé.

—Joder, pues a ver si hay suerte.

—A ver...

—Bueno, yo estoy en la cuatro, ya sabes, si necesitas algo...

—Gracias, igualmente.

—Venga tío.

—Hasta luego.

Carlos se encerró en su habitación, se abrió otra cerveza y pegó un buen trago, luego la dejó en la mesa, cogió la cajita y empezó a liarse uno. No había sido tan traumático, el chico parecía majo, le había caído bien. Hablar con él había sido un golpe de humildad. Había gente muy jodida, se dio cuenta de que muchas de sus quejas sobre la vida y el mundo eran un poco infantiles, no estaba tan mal, estaba cubierto por el paro durante un tiempo, tenía su marihuana, su cerveza, sus libros. Podía estar encerrado, aislado, y ver toda esa mierda pasar, como un tren con destino a ninguna parte. En realidad era un privilegiado, estaba en el sitio ideal, no estaba atrapado por la comodidad ni por la pobreza, en tierra de nadie. Encendió el mechero y fumó satisfecho.

Estuvo un rato en la habitación y pudo escuchar como Rui se marchaba. Ya estaba solo en casa, y tenía hambre. Fue a la cocina y se preparó algo de comer. Comió tranquilamente, en silencio. Oyó unos gritos y se asomó a la ventana de la cocina, una pareja discutía en el edificio de enfrente, podía verlos desde su posición, eran como sombras chinescas que se agitaban, los observó durante un rato mientras terminaba de comer.

—Felicidades, deberías irte con alguno de ellos.

—Está claro, no sé qué hago con un fracasado como tú.

—Mira tía, no puedo más, si tan mal estás lárgate por favor, hazlo antes de que me arroje por la ventana.

—Yo ya he tirado mi vida por la ventana, y pensar que podría estar con cualquiera...

—Yo no tengo la culpa.

—¿Entonces quién?

—¡Déjalo joder! ¿Es que nunca te cansas? ¡Deja de machacarme!

Carlos terminó de comer y eructó, «ah, el amor...», pensó y se fue a su habitación.

Fumó tranquilamente mientras escuchaba música, al rato pudo escuchar el ruido de una ambulancia y varios coches de policía, estaban cerca, se oía alboroto en la calle. Se incorporó y miró por la ventana, algo había pasado en el piso de enfrente, una pequeña multitud husmeaba curiosa, revoloteando. Carlos dio un par de caladas y volvió a la cama. Hacía calor en la calle y le molestaba el sol, bajó las persianas y se durmió.

Se despertó con la garganta dolorida. Encendió el móvil para mirar la hora. Su horario era completamente caótico. Le llegaron las habituales perdidas de Jorge, pensó que tenía que llamarle, pero no ahora.

Abrió la puerta un poco y husmeó, no parecía haber nadie en casa. Fue a la cocina a por unas cervezas y algo de comer. Se recalentó un filete que había dejado a mediodía. Mientras lo hacía miró por la ventana al piso de enfrente donde antes discutía la pareja, no había nadie, estaba oscuro, se rascó el culo con fuerza hasta que sonó el microondas. Se comió el filete, que estaba algo duro, y volvió al cubil con las birras, abrió una y se puso con Mishima.

Pasaron las horas y las páginas. Alguien entró en la casa,

caminó por el pasillo y llamó a su puerta. Carlos se levantó sorprendido, y abrió. Lo primero que vio fue una hermosa sonrisa.

—Hola.

—Hombre, ¿qué tal?

—Cansada.

—¿Vienes de currar?

—Sí.

—Ah...

—Joder tío, apesta a marihuana todo el pasillo.

—Eh... bueno...

—Jajaja, a mí no me importa, ¿tienes alguno por ahí para invitarme?

—¿Qué? Oh sí, claro, pasa.

Laura entró en la habitación mirando a su alrededor, llevaba un vestido negro y unas botas que la hacían más alta, giró sobre ellas y se dejó caer en la cama. Carlos la miraba atontado, cogido por sorpresa, despeinado y con los ojos inyectados en sangre. Tardó en reaccionar.

—Esto... ¿Quieres algo? ¿Una cerveza? —dijo al fin.

—Mmmm, vale, genial.

Carlos corrió por el pasillo hasta la cocina, abrió la nevera y cogió dos latas, miró su reflejo en la ventana y se peinó un poco con los dedos. Al volver se encontró a Laura recostada en la cama, con la espalda apoyada en la pared, hojeando un libro, le tendió la lata.

—Aquí tienes.

—Gracias.

Laura abrió la lata y dio un buen sorbo, Carlos miraba su cuello mientras lo hacía, viendo como subía y bajaba la nuez.

—Mmmmm, joder, qué rica.

—Bueno, me lío uno ¿no?

—Guay. Oye, huele un poco a encierro aquí, ¿te importa si abro la ventana?

—No, claro, ábrela.

—Vale.

Se levantó y abrió la ventana. Carlos observó su cuerpo atentamente, no quería perderse ningún detalle, ningún gesto, podría necesitar esos recuerdos más tarde. Sin apartar la vista cogió la cajita de madera. Laura se giró, miró en torno suyo, luego a él y sonrió.

—Vaya, tienes pocas cosas.

—No necesito nada. Tengo un discman, si quieres pongo música.

—Vale.

No sabía qué poner, era un poco tarde. Agarró un CD de Bruch y pulsó el play, Laura le miró extrañada.

—¿Música clásica?

—¿No te gusta? Si quieres pongo otra cosa.

—No no, está bien, jajaja, ¿te importa si me quito las botas?

—Para nada.

Laura se sentó en la cama a su lado y empezó a tirar de las botas resoplando, salieron a presión, como un corcho de una botella de vino, luego se tumbó y estiró los pies, tenía unos pies pequeños. Carlos observaba la operación en silencio, excitándose poco a poco. Intentó relajarse, parecer calmado e indiferente, era imprescindible continuar hablando.

—Bueno, ¿qué tal el curro?

—Como siempre, cansado. Pero bien, estoy bien allí, conozco a todo el mundo y siempre estoy hablando y riéndome con la gente. Es un garito pequeño así que no está a reventar de gente, y siempre son los mismos, estoy ahí con el jefe y atendemos los dos, curras pero no te matas, está bastante bien. Deberías venir algún día, si vienes te invito a algo.

—Claro, me pasaré un día de estos.

—Tú qué, ¿buscando curro?

—Qué va, ¿para qué?

—No sé, ¿qué haces durante el día?

—Nada. Leer, fumar... Hoy he ido a la biblioteca por la mañana.

—Jajajaja, joder, que vida más emocionante la tuya.

—Sí bueno... He conocido a Rui, es majete.

—Sí, es majete. Últimamente está algo jodido.

—Algo me ha comentado.

—¿Y no has hecho nada más?

—No, estar aquí.

—Joder, deberías salir a tomar el aire, te vas a volver loco.

—No, estoy bien, me gusta estar aquí tranquilo.

—Oye, a lo mejor te molesto, si quieres me voy.

—No no, para nada, quédate, toma, fuma.

Le tendió el porro, ella aspiró y exhaló el humo mientras echaba la cabeza hacia atrás.

—Gracias, mmmm... está rica, ¿de dónde la sacas?

—Me la pasa un amigo.

—A lo mejor algún día te digo que me pilles un poco.

—Cuando quieras.

—Aunque eso te obligaría a salir de tu habitación jejejeje.

—Podré soportarlo. Además no siempre estoy encerrado joder, solo que... últimamente me apetece, estoy un poco harto.

—¿Harto de qué?

—De todo, de la vida, de la gente.

—Sí, a mí a veces también me pasa, será que necesitas una novia.

—Lo dudo mucho, aunque todo es posible.

—De todas formas si estás depre no deberías tirarte el día encerrado fumando, muévete, búscate hobbies, algo que hacer.

—No estoy depre, solo estoy cansado, y ya tengo hobbies.

—Bueno, no te enfades.

—No me enfado.

—Es que, no sé... Será que yo soy muy distinta, pero...
¿Estás bien?

—Que sí, tranqui. Estoy bien, estoy tranquilo, cuando salgo y me mezclo con la gente es cuando empiezo a cabrearme.

—Jajajaja, eres un viejo gruñón.

—Venga ya.

—Sí, jajaja, eres como el enano gruñón, como el de los dibujos, jajaja.

—Ya, jaja, qué gracioso.

—No te enfades gruñoncito, toma, fuma.

—...

—Bueno, te dejo con tu locura. Voy a ducharme, si te apetece pásate por mi habitación luego, vemos una película o algo.

—Vale gracias, quizás lo haga.

—Hasta luego gruñón, jajaja.

Laura se levantó de un salto, estiró los brazos arqueando la espalda y salió de la habitación dedicándole antes una última sonrisa que Carlos devolvió como buenamente pudo. Al salir por la puerta daba la sensación de que no tocaba el suelo, el suelo era el que la transportaba de forma grácil. Sacó sus llaves, abrió la puerta y se metió en la habitación. Dejó las botas en un rincón y el bolso encima de la mesa, luego se fue en dirección al baño cantando «soy el enano gruñón, gruñón, gruñón», entró al baño y cerró la puerta, al rato comenzó a sonar el agua de la ducha.

Carlos estaba inmóvil, aspirando la fragancia que ella había dejado en la habitación. Cuando escuchó el agua de la ducha caer se bajó los pantalones, agarró esa cosa dura, fea y apesosa y comenzó a sacudirla frenético, pero esta vez ya no pensaba en ella, ahora pensaba en Laura, recordando su cuerpo, su cara, su sonrisa, su olor. No tardó casi nada en

eyacular, un orgasmo fuerte y furioso que le hizo soltar un gruñido. Se limpió y, ya mas relajado, se tumbó boca arriba escuchando. Al rato el ruido de la ducha cesó.

Laura se secó y se puso un pantalón de pijama y una camiseta de tirantes, fue a su habitación, dejó la ropa que llevaba en la mano encima de una silla y encendió el ordenador mientras terminaba de secarse el pelo.

Al otro lado de la pared Carlos estaba tumbado. No sabía qué hacer, quería ir a su habitación, estar con ella. Era un solitario de palo, un farsante, en realidad no quería estar solo. Además ella le había invitado a ir, ¿lo habría dicho en serio o por compromiso? Se incorporó, se sujetó la cabeza y miró a su alrededor: unas cuantas latas vacías en la mesita, cansadas, reposando unas sobre otras, el pantalón tirado en el suelo, libros aquí y allá, una camiseta colgando del pomo del armario, la maleta abierta en una esquina, de ella asomando unos calcetines sucios perfumando el conjunto... Todos estos objetos lo miraban abatidos.

Laura se sentó en la cama y se encendió un cigarrillo, se quitó la toalla del pelo y la arrojó contra la silla, tecléo en el portátil y revisó su correo, nada interesante, dio un par de caladas y escuchó que llamaban a la puerta, ahí estaba.

—Vaya, el solitario gruñón ha venido jajaja.

—Sí bueno, llevo todo el día sin ver a nadie, supongo que no me hará mal.

—Claro que no, soy inofensiva.

—Jejeje.

—Ven, siéntate.

Carlos se acercó y se sentó a su lado, empezó a liarse uno.

—Joder tío, no paras.

—Me gusta fumar.

Laura se levantó y fue hasta la estantería, empezó a rebuscar algo.

—Tengo un montón de pelis, ¿quieres ver alguna?

—Me da igual.

—¿De qué tipo te gustan?

—Pon cualquiera.

—Puf, a ver... Alguna que no sea muy seria, no me apetece rayarme —cogió un taco de cedés y empezó a pasarlos mirando los títulos, se detuvo en uno—. ¿Te gustan las pelis de zombies?

—Pon lo que quieras, me da igual, en serio.

—Pues esta misma.

Laura encendió la tele que tenía sobre la mesa grande e introdujo el CD en un DVD que estaba al lado, cogió un mando y pulsó un botón. Al empezar la película fue hacia la pared y apagó la luz. Carlos la observaba con atención, era guapísima. Ella bordeó la cama y se sentó a su lado, le sonrió.

—¿La has visto ya?

—Creo que no.

—Ya verás, está de puta madre.

Carlos intentaba mirar la tele pero la vista se le iba hacia Laura y, como tampoco quería ser descarado, no veía realmente ninguna de las dos cosas. Le pasó el porro e intentó relajarse, respiró hondo y miró cómo unos zombies se zampaban a una chica. La chica gritaba, los zombies se relamían, se sintió identificado con ellos, envidiaba su decisión, su falta de pretensiones, no se andaban con tonterías, no tenían que preocuparse de preámbulos ni apariencias, solo alimentarse, carne. Laura le devolvió el porro, él lo terminó y apagó la colilla en el cenicero. Se recostó algo más y continuó mirando la tele. Intentaba estar atento a la película, pero no lo lograba, la tentación era muy fuerte, la tensión insoportable. Empezó a arrepentirse de haber abandonado su cueva, su refugio, ¿qué hacía ahí

viendo una película de muertos vivientes? Él era un muerto viviente, putrefacto por dentro, y la tenía ahí, al lado, a escasos centímetros, notaba su respiración, el calor que desprendía su cuerpo, era enfermizo, ¿qué hacer? ¿Qué hacer? En la televisión gritaban, otra víctima devorada, tripas humeantes esparcidas por el suelo, seres despojados de su humanidad, animales alimentándose, la lucha por sobrevivir.

Carlos se giró para mirar fijamente a Laura, en busca de una señal que permitiera el avance. La miró. Ella estaba con los ojos cerrados, se había dormido.

La observó fijamente mientras las víctimas caían. Observó sus labios, su frente, sus cejas, su nariz, el mechón de pelo que caía, todo en su sitio, todo perfecto en la penumbra. La observaba entre los gritos y disparos, la habitación roja por el reflejo de la sangre, los sollozos, los gruñidos. Pensó en mandarlo todo a la mierda, en ponerse encima y penetrarla, quizás a ella no le importase, quizás lo deseaba, en el peor de los casos se llevaría una bofetada y una situación violenta, en el mejor una noche de sexo con una diosa, un tiempo lejos de todo, en otro sitio, en un buen sitio. Su pulso se aceleraba, acercó su rostro al de ella, cada vez más cerca.

Finalmente solo la besó en la frente, se incorporó y salió de la habitación intentando hacer el menor ruido posible. Cerró la puerta tras él y regresó a su habitación rascándose el culo.

Bebió y fumó en abundancia, mirando por la ventana. La ciudad de noche, con solo unas pocas luces encendidas en los balcones, casi nadie por las calles.

Se levantó tarde y resacoso. Agonizó un buen rato en la cama, no quería levantarse. Finalmente tuvo que hacerlo, era ya por la tarde. Se asomó al pasillo. Nada. Perfecto. Fue a la cocina y comió. Regresó a su habitación, encendió el móvil,

más llamadas perdidas de Jorge. Dudó un momento con el móvil entre sus manos, finalmente lo llamó, al sexto tono Jorge descolgó.

—¡Aaaaaleluya, aaaaleluya, aleluya, aleluya, aleeeeluya-aaaaaa! Jajajaja, ¡qué pasa tío! ¡Joder, estás vivo!

—Sí, jajaja, ¿qué tal tronco?

—¿Qué tal? ¿Qué tal? ¡De puta madre! Jejeje, ¿y tú qué? Coño, te he llamado mil veces.

—Ya tío, lo siento, estaba instalándome, ya sabes.

—Sí ya, tus locuras, bla bla bla, jejeje, ¿dónde vives?

—Me he pillado una habitación a las afueras, un poco lejos de tu casa, para la otra punta.

—Qué putada, aquí se te echa de menos.

—Ya, yo también, gracias por dejar que me quedara en tu casa esos días.

—Nada hermano, joder, cuando quieras, jajaja. Bueno, hoy es viernes, laralaralaralá, ¿habrá que pegársela no? Celebrarlo y eso jeje.

—No sé.

—No sé, no sé, déjate de tonterías. Ayer estuve con estos y no veas qué desparrame, me lié con una chavala, puff, vaya tela, yo estaba que ni veía, follando en el baño y tal, un desparrame, menos mal que no me la traje a casa, dicen estos que era fea, yo no me acuerdo de nada la verdad jajajaja.

—No sé, no me apetece liarla mucho.

—Bueno, bueno, tú pásate por mi casa y ya veremos.

—Bueno, venga, en un rato estoy ahí.

—Venga torpedo, aquí te espero.

—Hasta ahora.

—Agur.

Se duchó, se vistió y salió de allí rumbo a casa de Jorge. El mundo no había cambiado en el tiempo que había pasado encerrado, la gente seguía a sus cosas, perdidos, el caos

seguía su curso. Pasó por delante del parque, los padres con sus hijos, los niños en los columpios, correteando tras los balones, bañados por el sol. Mas allá los chicos un poco mas mayores preparando el botellón, tumbados en la hierba, dispuestos a agarrarse sus primeras cogorzas, ansiosos por perder la virginidad. ¡Ah, qué tiempos! Los dejó atrás y siguió su camino. Pasó por delante del centro comercial, la estructura mas imponente de la ciudad, tiendas, restaurantes, cines, y más tiendas, siempre las mismas en todas partes, las mismas marcas, los mismos productos, de cabeza hacia la homogeneidad, y la gente contenta con ello, sintiéndose seguros entre lo conocido, la sorpresa era el demonio, lo extraño vetado. Todo medido, masticado dentro de la impresionante estructura. Antes se construían catedrales, ahora centros comerciales, el mismo vacío, la misma mierda, distinto olor. La gente salía cargada con sus bolsas y paquetes y, en realidad, estaban igual que antes. La gente compraba cosas, acumulaba cosas, hasta que ya las tenía todas, y cuando ya las tenía todas volvía a comprarlas otra vez, solo que más grandes, más pequeñas, o de un color más vistoso.

Echó un vistazo al escaparate de una librería, se amontonaban las novelas históricas y las de vampiros, la cosa estaba chungu, muy chungu.

Finalmente llegó al barrio de Jorge. Compró un par de litronas en el chino. Le atendió una chinita de unos dieciséis años medio dormida. No estaba mal, se preguntó si podría llegar a un acuerdo con el padre, pero no se atrevió a proponerlo.

Llegó al portal y llamó al timbre.

—¿Sí?

—Idiota.

—Jajaja, sube capullo.

Obedeció. Al llegar arriba llamó a la puerta y le abrió Jorge. Ahí estaba, como siempre, ojeroso, en pantalón corto, con su torso tatuado al aire, despeinado, sonriente, lo encontró más delgado. Se abrazaron.

—Qué tal capullo, pasa, pasa.

Conocía la casa, fue hasta el salón. La tele estaba encendida, en la mesa se arremolinaban las botellas, papeles, bolsas, ceniceros, vasos, cedés, revistas etc, formaban un todo caótico. Era una casa austera, los muebles justos, la decoración la conformaba la mierda en sí, el propio desorden y los objetos abandonados de las historias que habían visto. Era comfortable. Se sentó en el sofá, vio que la cortina estaba casi completamente quemada.

—Coño, ¿qué le ha pasado a la cortina?

—Bua, el otro día que casi quemamos la casa. Estábamos hasta arriba, ya te contaré, menuda película, jajaja.

—Como siempre.

—Ya, estamos perdidos, no hay nada que hacer.

—He traído cerveza.

—Debuti tío

—Toma.

Jorge dio un buen trago de la litrona, luego cogió una papela de entre el mar de cosas que había sobre la mesa, la abrió y empezó a dibujar dos rayas sobre un cedé.

—Joder, ¿ya empiezas?

—¿Algo que objetar?

—No, nada.

Terminó de perfilarlas, luego cogió una revista, arrancó parte de una página y la enroscó para hacer un turulo, se lo pasó a Carlos. Este agachó el lomo y sorbió, echó la cabeza hacia atrás maldiciendo, le pasó el turulo a Jorge que no se quejó tanto. Carlos sacó un paquete de tabaco de su bolsillo mientras pensaba «bueno, allá vamos de nuevo», se encendió uno y le

ofreció otro a Jorge que por su puesto aceptó. El nerviosismo actuó rápido y la conversación se disparó de sus bocas.

—¿Qué mierda estás viendo?

—Ah eso, un programa sobre cómo viven los ricos, alucinas tío, sale cada cosa. Ha salido una casa que rozaba el absurdo, tenía hasta campo de fútbol. Pero no te creas que era un campo de fútbol fuera, en el terreno, ¡era un campo de fútbol cubierto! ¡En una de las plantas de la casa! Jajaja, alucinas tío, un garaje con mil coches, circuito de carreras, era como el puto EuroDisney, por lo visto era la casa de un famoso abogado.

—Te cagas, putos ricachones.

—Ya ves, luego ha salido una cría super rica que estaba celebrando su 16 cumpleaños y ha montado una fiesta del copón, cientos y cientos de invitados en la mansión de los viejos. En vez de poner música había contratado a sus grupos preferidos para una actuación privada jajaja, ¿te imaginas? Megadeth tocando en tu dieciseisavo cumple, jajajaja, ¿Qué desparrame eh? No sé qué grupos eran, mierda rapera, en fin. Pues la niñata en cuestión era una repelente que te cagas, quería lucir varios modelitos exclusivos a lo largo de la fiesta, pero resulta que su estilista no aparecía por ninguna parte jajaja, estaría follándose a alguna niña de 15 años por ahí escondido, ¡y la tía era incapaz de cambiarse de ropa ella sola! Necesitaba a su estilista, y este que no aparece, así que se encierra en su habitación a llorar y no quiere salir y ves a la madre como loca «tienes que salir, es tu fiesta cariño», llamando al estilista por todas partes, gritando, con una vena enorme en mitad de la frente. Jajajaja, qué gente, habría que colgarlos a todos en mitad de la plaza mayor y lapidarlos.

—Joder, no deberían echar esas cosas en la tele, bastante malo es imaginarlo pero que te lo restrieguen en la cara...

—¿Envidia eh?

—No jodas.

—Uy que no, anda que no te gustaría estar en su lugar.

—¿Para qué quiero toda esa mierda?

—¿Insinúas que es mejor esto? —gesticuló Jorge alzando los brazos alrededor—. No tenemos ni un orinal de mierda en el que caer muertos.

—No sé, supongo que lo ideal sería que todo el mundo tuviese lo que necesitara. Leí en alguna parte que todo el mundo podría ser clase media sin esfuerzo, hay pobres porque hay ricos, molaría estar todos en el medio.

—Sí ya, y cantar todo el día con Dorothy y el hombre de hojalata por el alegre país de Oz.

—Sí, quimeras. Bueno, de todas formas tarde o temprano petará todo.

—Eso espero, yo tengo grandes esperanzas puestas en las profecías del 2012.

—A ver qué pasa.

—De momento toma anda, ponte unas.

—Joder, no sé, no me apetece.

—Bla bla bla, ¡ponte unas ya joder! Me he puesto de los nervios viendo este programa, necesito relajarme.

—¿Relajarte con cocaína?

—Tú calla y pinta.

Continuaron drogándose y formulando absurdas teorías para arreglar el mundo. Cuando se terminó la cerveza fue el turno del ron, la cosa ya estaba disparada y sin frenos. El tiempo pasaba rápido en la nube tóxica, se levantaban, caminaban por la habitación gesticulando, pasándose la botella de uno a otro y bebiendo a morro, al final las paredes comenzaron a acercarse, el sitio encogía y el aire se viciaba.

—Coño, tenemos que salir de aquí —dijo Jorge. Se giró para buscar respuesta, Carlos estaba doblado contra el suelo

preso de unas violentas arcadas—. ¿Estás bien? Si vas a potar vete al baño cabrón, no me lo echés en el suelo.

—Tranqui, tranqui, estoy bien.

—No lo parece.

—Necesito aire, vámonos.

—Sí, vámonos ya joder.

Salieron de casa y llamaron el ascensor, pero era lento así que decidieron arrojarse por las escaleras. Una vez fuera empezaron a caminar en la noche, mirando con desconfianza a los transeúntes. Parecían monos que se hubiesen escapado del zoo e intentasen pasar desapercibidos entre las personas. Brillaban en la oscuridad. Caminaron a lo largo del paseo del río. Jorge no paraba de humedecerse los labios como un reptil.

—Todo esto es una mierda, necesito salir de esta ciudad, ya conozco todo y a todos.

—Sí, sí —Carlos aún luchaba contra las arcadas.

—Coño, el McDonald's, necesito una hamburguesa.

—Venga ya, ¿comer ahora?

—Sí tío, no he comido desde hace dos días.

—Vale, pero pides tú.

Carlos se dejó caer en una de las mesas de la terraza, convenientemente alejado del resto de la gente mientras Jorge desaparecía en el interior. Se encorvó sobre sí mismo intentando relajarse, podía notar cada palpitación de su corazón, frenética, como los latidos de un colibrí gigante a punto de tener un paro cardíaco, se dio cuenta de que se le había ido la mano, otra vez, pensó en el mar, en una enorme autopista sin final en la noche, en un tren de vapor atravesando las montañas.

Jorge regresó al rato, traía una enorme bolsa de papel. Empezó a vaciar su contenido mientras explicaba la terrible angustia que había pasado en la cola del mostrador,

oyendo toda clase de pitidos y voces, el hilo musical, la luz a tope golpeándole como en un interrogatorio policial, los interminables menús con sus submenús de tamaño, forma y sabores, la indecisión, los niños gritando alrededor. Mientras decía esto sacaba paquetes de la bolsa de papel: hamburguesas, patatas, más hamburguesas, más patatas, refrescos... Hacía esto con los ojos desorbitados.

—¿Pero qué coño has pedido tío?

—Tranquilo, esto es para mí, esta es la tuya.

Jorge le arrojó un pequeño paquetito de papel. Carlos lo abrió. Se había pedido la hamburguesa más pequeña y cutre de todo el jodido establecimiento. Al quitar el envoltorio de plástico vio una masa de carne marrón que lo miraba fijamente, desafiante, y él sabía que iba a perder. Le dio un pequeño mordisco y le sobrevino la náusea. Masticó y masticó, formando en su boca una bola pastosa que paseaba de carrillo a carrillo inútilmente, como los niños pequeños. Miraba a Jorge que engullía salvajemente, sin masticar, dando grandes bocados, agarrando patatas, sorbiendo el refresco, y se preguntaba ¿cómo es posible? mientras continuaba paseando su bola pastosa por la boca.

—Se me está quitando el hambre.

—¿En serio? Si no la quieres ya me la como yo.

—No sé cómo puedes comer.

Carlos arrojó rendido la mitad de su cutreburguesa encima de la mesa. Jorge dio buena cuenta de ella en cuanto hubo terminado con las suyas, luego se recostó satisfecho y se encendió un cigarro, le pasó otro a Carlos, este lo cogió y lo encendió. Dio una bocanada y notó como se le cruzaban los cables, quería prenderle fuego al mundo, acabar con todo, empezó por la bolsa de papel que tenía enfrente, metió en ella de nuevo todos los desperdicios, los envoltorios, las cajitas de las patatas, luego cogió el mechero y lo acercó

a una de las esquinas. Aquello ardió en seguida, como si hubiese estado empapado en gasolina, se elevó una torre de humo negro y apestoso. Comenzaron a girarse las cabezas de la gente que estaba alrededor, una familia se levantó y se marchó. Jorge reía, Carlos miraba fijamente cómo el fuego lo devoraba todo con ojos dementes. De la nada apareció un chico uniformado, parecía un árbitro de baseball, con su traje a rayas y su gorrita amarilla, llevaba un micrófono que partía de la oreja a la boca, se dirigió a Carlos.

—Disculpe señor.

Carlos no contestó, estaba en trance, el árbitro elevó la voz.

—Señor.

Carlos se giró, el tipo dio un pequeño saltito hacia atrás temiendo por su integridad.

—Disculpe señor, voy a tener que pedirles que abandonen el establecimiento, por favor.

—¿Cómo?

—No pueden quemar papeles aquí, márchense por favor.

—Exijo ver a Mc.Flurry.

—¿Disculpe?

—¡Exijo ver a Mc.Flurry, que venga ese cabrón hasta aquí!

—Están ustedes borrachos, váyanse, voy a llamar a la policía.

Un chico que estaba con su pareja se levantó de una de las mesas y se aproximó a ellos para apoyar al gerente.

—Oye tío, nos estáis molestando, largaos de aquí.

Su chica lo miraba desde la mesa, lejana, empapando el suelo con sus flujos, era su caballero andante, él lo sabía y se crecía sabiendo que esa noche follaría como un campeón.

—Largaos de aquí, hay gente que quiere cenar en paz —sentenció el tipo.

—¡Yo de aquí no me muevo hasta que vea a Mc.Flurry!
—objetó Carlos.

Jorge rodaba por el suelo presa de la risa. Carlos continuaba mirando fijamente a lo que ahora solo eran un puñado de cenizas humeantes. El gerente se giró y habló por su micro, luego, todavía a una distancia prudencial, se dirigió a ellos.

—Será mejor que os marchéis, hemos avisado a la policía.

Jorge se levantó y cogió a Carlos del brazo.

—Venga tío vámonos de aquí, llevamos tema encima.

—¡Puto Mc.Flurry, él es el culpable de todo!

Salieron derrotados de allí, seguidos por las miradas de la gente que meneaban sus cabezas en signo de desaprobación. Mientras caminaban haciendo esos Carlos creyó ver a un par de tipos enfundados en pasamontañas entrando al local, pero atribuyó esa extraña imagen al pedo.

Caminaron hasta la zona de garitos y se metieron en el de siempre. Estaba hasta arriba. Había varios conocidos, se saludaron y abrazaron de forma amistosa. Carlos se arrastró hasta la barra y se pidió una pinta, vació la mitad de un trago y se sintió mejor, más centrado, se apoyó en la barra y comenzó a inspeccionar el terreno, analizando la situación y haciendo balance. Jorge hablaba con todo el mundo, era cierto que conocía a todo el mundo, reía, y hablaba a gritos, acompañando su conversación de exagerados gestos con las manos. Empezó a hablar con una chica, ella reía, ambos reían. Carlos los miraba desde la barra, se terminó la pinta y pidió otra. Jorge y la chica se acercaron a él.

—Eh Carlos, mira, esta es Natalia, Natalia, Carlos.

—Encantada —se dieron dos besos.

—Eh Carlos esta chica dice que escribe, le he dicho que tú también.

La chica le sonrió y se acercó a él, no estaba mal.

—Qué va, yo ya no escribo, deje de hacerlo hace bastante.

—¿En serio, por qué? —Natalia tenía una voz dulce, Carlos tenía que hacer enormes esfuerzos para no mirar fijamente su pronunciado escote.

—No me llevaba a ninguna parte, tampoco creo que lo hiciese bien. Además, casi siempre es una puta tortura.

—¿Una tortura? ¿Qué dices? A mí me encanta escribir, me relaja.

—¿Te relaja? Eso no es posible —Carlos la miró incrédulo, al escote.

—Sí, me relaja mucho.

—¿Y qué escribes Natalia?

—Poesía, poesía surrealista.

—Eso lo explica.

—¿Qué quieres decir?

—No, nada nada, discúlpame, voy a saludar.

Carlos se largó y los dejó allí.

Por ahí estaban Marcos y Torre, le saludaron, parecían salidos de un juego de rol, Torre con sus exageradas pintas góticas de vampiro cagado por Anne Rice y Marcos con su pinta de enorme orco sirviente, gruñendo alrededor con su mirada perdida. Invitaron a chupitos. Torre hablaba y hablaba. Marcos no decía nada, solo gruñía. Carlos asentía con la cabeza intentando mostrar interés aunque en realidad no se estaba enterando de nada de lo que le decían, tenía la vista fija en una chica morena que estaba al final de la barra, juraría que la chica también le miraba a él, aunque puede que fuese solo su imaginación, puede que ni siquiera hubiese una chica ahí. Torre hablaba y hablaba, por suerte también pedía más chupitos. A Carlos ya le costaba beber, lo notaba cerca, el momento se aproximaba. Dirigió una mirada alrededor y vio en una esquina del garito a Jorge y Natalia besándose apasionadamente, aquello sí que era un poema surrealista.

Carlos pidió que le disculpasen un momento, no se encontraba bien. Empujó a la gente, entró al baño y la echó por fin, abundante, caliente y rosada. Estuvo allí inclinado hasta exprimir la última gota, luego se incorporó. Se miró en el espejo y se lavó la cara. Salió tambaleándose, todo daba vueltas, alguien le dijo algo que no entendió. Se dejó caer en un sofá y perdió la consciencia.

Pusieron el tema de cierre y empezaron a encender las luces. Jorge se sorprendió muchísimo, pensaba que era bastante más pronto, miró el reloj y alucinó. También se dio cuenta de que hacía mucho que no veía a Carlos. Empezó a preguntar por él a la gente, nadie lo había visto. Torre le dijo que había estado con ellos hacía más de una hora pero se fue al servicio y desapareció. Jorge fue hasta el extremo del garito donde estaban los servicios y lo vio allí, tumbado en un sofá, se acercó a él, estaba dormido, una línea de baba le caía por la cara.

—¡Joder qué asco! Tío, tío, Carlos, ¡despierta joder!

—Gnogbdg...

—Venga venga, despierta, van a cerrar.

—Estoy jodido.

—Ya veo ya, ¿te queda algo de tema?

—¿Qué?

—¿Tienes algo de coca?

—Qué dices tío, eras tú el que tenía.

—Ya, pero me la he ventilado ya.

—Yo no tengo nada.

—Maldita sea, necesito un poco más, quiero follarme a la zorra esta.

—No puedo ayudarte tío

Jorge se alejó maldiciendo y farfullando.

Carlos miró a su alrededor. Aquello era el infierno, no había duda: caras deformes, descompuestas, luz extraña,

rumor informe de voces, miradas amenazantes. Consiguió levantarse y huir, intentó evitar a los conocidos para no despedirse de nadie. Una vez arrojado de nuevo a la crueldad de la noche puso el piloto automático y dejó que este le llevara a casa.

Es un fenómeno curioso cómo, en casos de borrachera extrema, el cuerpo tiene un mecanismo capaz de llevarte a casa de forma rápida y segura, por el camino más corto, sin que tú prácticamente seas partícipe de ello, es algo que debería estudiarse.

De repente, sin saber cómo, se encontró en su portal. Forcejeó brevemente con las llaves y entró dentro. Subió a duras penas las escaleras y llegó al fin a casa. Abrió y se deslizó por el oscuro pasillo hasta detenerse ante la puerta de su habitación. Miró a su derecha, a la puerta de Laura, por la parte de abajo veía un resquicio de luz, ella estaba dentro, se oía música. Se apoyó contra la pared. Era el momento. Todo estaba perdido, todo daba igual. Estaba clarísimo, ella era la salvación, la redención. Así lo veía en ese momento su mente ética. Debía intentarlo, decirle lo que sentía por ella. Era consciente de que su aspecto no era el idóneo, pero la borrachera le daba fuerzas. Era el momento, iba a hacerlo, a suplicar que le salvara. Agarró el pomo de la puerta de Laura, respiró hondo y abrió.

Duró un instante. Lo primero que distinguieron sus ojos fue un gran culo negro. Dicho culo subía y bajaba siguiendo un ritmo preciso. Pegado al culo había una enorme espalda, también negra, los músculos de la misma se tensaban formando una especie de mapa montañoso. A los lados de dicha masa de carne asomaban dos pequeñas piernas blancas, Carlos distinguió los pequeños piecitos de Laura al final de dichas piernas, apuntaban al cielo. El aire estaba cargado, se oía el ritmo frenético de las respiraciones y los

gemidos, Laura era la que gemía más fuerte. Carlos volvió a cerrar la puerta y se encontró de nuevo en el oscuro pasillo. Abrió su puerta y cayó al suelo, se apoyó contra la pared. Escuchaba los gemidos en la habitación de al lado, el ruido de los muelles de la cama. Rebuscó en su pantalón, cogió un cigarro arrugado y lo encendió. Todo daba vueltas, notaba un dolor punzante en el estómago, cayó inconsciente en la oscuridad.

Cuando se despertó el sol brillaba. Se incorporó. Estaba vestido y despeinado, el dolor de cabeza era terrible. Abrió su maleta, luego el armario. Lo metió todo dentro, las camisetas, pantalones, calzoncillos, calcetines, polos, el discman, los libros, el papel higiénico. Tenía pagado hasta fin de mes, pero le daba igual. Se había acabado, la ciudad no tenía nada que ofrecerle. No tenía claro el destino pero eso, seguramente, era lo menos importante. Cogió la maleta y cerró la puerta tras él.

Carlos se cambió de ciudad. Al poco le diagnosticaron hemorroides, como a Schopenhauer, como a Bukowski. No volvió a escribir, sigue esperando.

Laura se casó y tuvo dos hijos mulatos. Es una feliz ama de casa la mayor parte del tiempo.

Rui Miguel murió en un desgraciado accidente laboral ocurrido en una fábrica de jabón.

No sabemos nada de Jorge.

EL FIN DEL MUNDO DE RESACA

Era un domingo por la noche. Me había acostado hacía solo unas horas, después de un día horrible.

El sábado me emborraché a base de bien, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Salvar a las ballenas? En fin, pensé que a lo mejor ese día conocía a la mujer de mis sueños. No fue así y me vi en un antro de música disco a las ocho de la mañana, rodeado de pijos y maleantes, borracho, mirando a mi alrededor y desplazándome entre sus cuerpos como un animal confuso.

Me encontré a dos amigos en idéntica situación, uno de ellos también era un borracho así que no era raro encontrarlo en esos ambientes a esas horas. El otro no acostumbraba a estar por ahí, pero le había dejado la novia, tras cinco años, y ahora salía siempre y bebía hasta el amanecer, es lo que tiene el amor cuando se va. Nos saludamos efusivamente y nos pedimos unas copas, invitaba el soltero reciente. No teníamos gran cosa que decirnos y aunque lo tuviéramos la música estaba demasiado alta así que nos quedamos ahí, apoyados contra la pared, mirando los culos y tetas que pasaban ante nosotros. Había unas cuantas chicas que no estaban nada mal, pero en el garito el índice de penes era bastante más alto y la cogorza imposibilitaba cualquier intento de realizar una danza de cortejo medianamente decente. Nuestro plumaje era lacio, nuestra conversación balbuceante.

Terminé la copa y decidí que alargar la situación por más tiempo era un absurdo, la noche había acabado, yo había perdido. Además tenía comida familiar unas horas más tarde y no quería ir de empalmada.

Dije que iba a mear y desaparecí de allí sin despedirme, dar esquinazo era mi especialidad, era un maestro en dicho arte.

Conseguí llegar a mi cochambrosa habitación de alquiler y me tumbé en la cama, me dormí enseguida.

Cuatro horas después sonó el despertador. Me sorprendió gratamente no encontrarme demasiado mal. Me vestí y me eché agua en la cara justo cuando recibía una llamada de mi madre para informarme de que estaban abajo esperándome en el coche. Bajé y me monté en el asiento de atrás, delante iban mi madre y mi hermana.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿Has dormido?

—Un poco.

—Pufff... Como hueles a alcohol.

—Me tomé un par de cervezas anoche.

Salimos despedidos de allí rumbo al pueblo de mi otra hermana donde nos esperaba una sabrosa barbacoa familiar. Y así fue, tras un viaje de aproximadamente una hora con el sol cegador bañando mi resaca, toda una sudorosa y desconcertante tortura plagada de momentos bajos.

Una vez allí, en la reunión familiar, me oculté entre las sombras. Mi cuñado se encargó de la barbacoa, le gustaba hacerlo, Prometeo le había dado el poder del fuego a él, por mí estupendo. Mis sobrinos pequeños corrían y gritaban. Yo empecé a darle al vino y al chorizo frito lo cual embotó definitivamente mi maltrecho cerebro.

A medida que avanzaba la tarde noté el efecto de los excesos en mente, cuerpo y espíritu, no estaba muy hablador

y mi aspecto dejaba que desear, por no hablar del aura que me envolvía, me disculpé ante la familia aduciendo una «mala noche».

Terminamos de comer y me tumbé en una hamaca del jardín, conseguí pestañear un poco, la familia seguía de tertulia, y siguieron y siguieron hasta el anochecer.

Nos despedimos unos de otros y volví a montarme en el coche con mi madre. Estaba destrozado y no me apetecía otro viaje de una hora hasta el cuartucho así que le pregunté si me podía quedar en su casa. Por supuesto accedió, incluso se ofreció a prepararme una sopa caliente, benditas madres.

Tras ello por fin vi la posibilidad de descansar un poco, había sido un fin de semana ajetreado, con poco sueño y mucha locura, ahora podría dormir unas buenas horas tranquilamente antes de enfrentarme de nuevo a una semana de trabajo infernal en la fábrica de embutidos, con su interminable desfile de barras de chopped, una tras otra, normales y con aceitunas, hasta el fin de los tiempos. ¡Qué vida esta! ¡Qué sin sentido! ¿Cuándo acabaría todo?

Nunca pensé que la respuesta iba a estar tan próxima.

Me había acostado hacía solo unas pocas horas, la cama del chalecito de mi madre era mucho más cómoda que la de mi cuartucho de alquiler así que me había dejado envolver por su comodidad a la espera de un sueño largo y reparador, pero me despertó ese extraño sonido. Era como la sirena de una ambulancia pero mucho más grave y potente, era tan grave que hacía vibrar las paredes, además sonaba por el aire, como si se moviera en el cielo. Me desperté confuso y con dolor de cabeza, no sabía bien dónde estaba, miré a mi alrededor y caí en que era la casa de mi madre, me froté el ojo derecho.

Volví a oír ese sonido, la pared vibraba, empecé a oír ladridos de perros por las calles, ¿qué sería aquello? ¿Quién

sería tan cabrón como para montar tanto escándalo a esas horas? Era como cuando pasa alguien con la música del coche exageradamente alta en mitad de la noche haciendo vibrar todo a su paso, pero esto no venía del asfalto sino de las alturas, volvió a sonar.

«Me cago en todo», pensé arrojando furioso la sábana hacia atrás. Me incorporé y me rasqué el culo metiendo la mano dentro del calzoncillo. Caminé tambaleante hasta la ventana, no podía ver nada ya que había bajado la persiana. Volví a oír la extraña sirena y los ladridos de perro, la pared volvió a vibrar, levanté un poco la persiana y miré al exterior. No vi nada, miré a derecha e izquierda, nada.

Y llegamos al ahora, al ansiado momento.

De repente suena otro zumbido y lo veo. Dos extraños objetos pasan volando por encima de la casa de enfrente. Dos jodidos objetos cilíndricos volando por el aire, del tamaño de coches. Pasan a toda velocidad y desaparecen. No puedo creerlo, ¿estaré soñando? ¿Estaré pedo? Subo por completo la persiana y abro la ventana, los ruidos aumentan, ahora todos los perros del barrio ladran, se empiezan a oír gritos humanos, oigo un ruido de cristales rotos.

Entonces vuelven a pasar delante de mí los objetos a toda velocidad, me caigo de culo debido a la impresión. No puede ser, esto no es real, no es real. No sé cómo reaccionar, estoy ahí, sentado en el suelo en calzoncillos. Los ruidos aumentan a un ritmo vertiginoso, gritos, cosas que se rompen. «Por fin ha pasado, me he vuelto loco. Eso es, abusé demasiado de las putas drogas. Todo ese LSD hace años, me lo dijeron y no quise creerlo. Pero ahí está, he perdido por completo la cabeza, mi cordura se fue por el desagüe, en realidad estoy tumbado en un hospital y todo esto es producto de mi mente enferma». Los objetos voladores pasan por entre las casas, no los veo porque sigo

sentado en el suelo pero sus haces de luz iluminan cada poco la habitación y los zumbidos me rodean, en ese momento se abre la puerta de la habitación, es mi madre, en pijama y con la cara descompuesta.

—¡Dios mío, ¿qué está pasando?!

—No lo sé.

—¡¡Nos atacan!!

—No mama, esto no es real, estoy loco.

—¡¡Nos atacan!!

Oigo un estruendo tremendo y noto un temblor bajo mis pies, me incorporo y miro por la ventana. El edificio de enfrente se está derrumbando, como en una demolición controlada. Simplemente se derrumba, estaba ahí y en un par de segundos ya no está ahí, la enorme nube de humo entra en la habitación, nos rodea, ya no se ve nada, tosemos, noto la mano de mi madre apretándome el brazo, clavándome las uñas, para ser una alucinación el dolor es terriblemente real.

Agarro a mi madre y la saco de la habitación, cierro la puerta tras de mí, intento pensar, reaccionar, mi madre grita.

—¡Dios santo, ¿qué hacemos? ¿Qué hacemos?!

—...

—¡¿Qué vamos a hacer?!

—¡¡¡Calla coño!!!

Mi madre empieza a lloriquear. Trato de calmarla, aunque yo tampoco estoy calmado.

—Tranquila, vamos al garaje.

—No, al garaje no.

—Hazme caso, vamos al garaje.

Bajamos corriendo las escaleras entre el humo, yo en calzoncillos y mi madre en pijama, nosotros, la humanidad. Abro la puerta del garaje y la meto de un empujón, ella grita histérica.

—¡Los animales, los animales!

—¿Qué?!

—Coge a los animales.

—¡Mierda!

Voy al salón y miro alrededor. Ha habido suerte, veo al gato escondido debajo del sofá, me acerco a él y me bufa, lo agarro de una pata y lo arrastro hacia afuera, él se aferra a mí, clavándome las uñas en la cara y el pecho, el dolor es real, muy real.

—¡Maldito hijo de puta peludo, intento salvarte la vida cabrón!!

Al llegar al garaje me lo arranco de la piel y lo arrojo, corre a esconderse tras la despensa, yo sangro, mi madre grita, las paredes vibran, se escuchan gritos humanos en el exterior, cosas que se rompen, extraños zumbidos, el suelo tiembla. Podemos escuchar todo eso tras las paredes pero no vemos nada de lo que está sucediendo, es una pesadilla.

—¡El perro, el perro!

—¡Mierda!

—¡El perro, el perro!

—Vale, no te muevas de aquí.

Vuelvo al salón y llamo al perro, no contesta. Salgo a la entrada y veo el percal. El espectáculo es sobrecogedor. Varios objetos voladores pasan rápidamente por el aire sobre los chalets y edificios, la gente corre despavorida gritando de forma histérica, hay humo por todas partes, los perros ladran, las alarmas de los coches saltan, un vecino pasa corriendo por detrás de la verja de entrada, nuestras miradas se cruzan por un segundo, veo el pánico en su rostro antes de perderse calle abajo entre el humo. Los cilindros zumban a mi alrededor, estoy alucinado, estoy dentro de una jodida película de serie B. No es posible, ¿dónde coño está el ejército? ¿Por qué nadie nos ha avisado de nada? ¿Y dónde coño se ha metido el puñetero perro?

Vuelvo dentro de casa, al entrar tropiezo contra un escalón y me jodo el dedo gordo del pie derecho. Voy a la cocina, abro un cajón. Ahí está, el cuchillo de cortar el jamón, largo y afilado. Lo cojo, también otros dos de cortar embutido, bastante grandes y amenazadores. Pienso en Estados Unidos, siempre me quejo de ellos, pero si estuviera ahí tendría una puta recortada y no estos utensilios de cocina, por afilados que estén.

Vuelvo cojeando al garaje, mi madre está acurrucada en una esquina temblando.

—¿Dónde está el perro?

—No lo sé mamá, seguramente se ha largado.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé, de momento toma esto —le alcanzo uno de los cuchillos del embutido.

—¿Quiénes son? ¿Los árabes?

—No mamá, no lo creo.

Echo llave a la puerta y me encierro en el garaje junto a mi madre y el gato, enciendo la luz y busco algo que ponerme encima, miro entre la ropa sucia. Encuentro un pantalón azul del trabajo y una camiseta blanca con manchas de chorizo, también me pongo unas viejas botas de seguridad de las de la fábrica. Fuera siguen los ruidos, me pregunto qué estará pasando. Oigo un estruendo en la puerta de la calle, alguien ha entrado en casa, mi madre también lo ha oído, nos miramos aterrados.

Alguien golpea la puerta del garaje, no contestamos, de repente por debajo de la puerta empiezan a introducirse unos tentáculos de color verde, deslizándose, palpando el suelo. Mi madre y yo estamos petrificados, el único que reacciona es el gato que empieza a bufar y se abalanza contra uno de los tentáculos arañándolo repetidamente, con movimientos rápidos y precisos como de boxeador.

—¡No Tizón, fuera, fuera! —grito, empujando al gato con el pie.

—¡Dios mío, ¿qué es eso?! —grita mi madre.

—Schhh, calla, no hagas ruido.

Pero me doy cuenta de que es inútil, ya saben que estamos ahí. El tentáculo se agarra con fuerza y arranca un pequeño trozo de puerta, luego otro, el agujero es de alrededor de un metro, veo tentáculos moviéndose.

Entonces oigo al perro, está tras la puerta gruñendo, se abalanza contra el extraño ser, gruñe e intenta morder los tentáculos.

El gato emite un bufido, se eriza aumentando su tamaño al doble y sale corriendo por el agujero atacando también al enemigo.

Entonces pienso en ello: esos cabrones peludos que no levantan ni medio metro del suelo tienen unos huevos muchísimo mas grandes que los míos. Miro a mi madre, me acerco y la beso en la mejilla.

—Pase lo que pase no salgas de aquí.

—¿Dónde vas?

—Te quiero.

—¡No me dejes sola aquí!

Agarro fuertemente con una mano el cuchillo jamonero y con la otra el del embutido, también me armo con un martillo que veo en el suelo, me acerco a la puerta. Abro.

Ahora los veo, tres seres de aproximadamente un metro y medio, dos verdes y uno violeta, de enorme cabeza y varios tentáculos a modo de pies, la mejor forma de describirlos es como una especie de pulpos gigantes. Nos miramos, nadie dice nada, miro fijamente al que tengo más cerca, tiene los ojos grandes y completamente negros.

Levanto la mano y hundo el cuchillo del jamón en su cabeza, emite un sonido gutural, su cabeza es blanda, lo

saco y hundo el cuchillo del embutido, me abalanzo sobre los otros dos, uno retrocede, de un certero mandoble le arranco media cabeza que vuela por el salón y aterriza sobre el sofá, voy a por el otro, emite un chillido agudo según me ve llegar, está asustado, yo no, estoy fuera de mí, estoy loco, soy un psicópata terrestre. Hundo el cuchillo del jamón en su ojo, remuevo, me salpica con un extraño liquido azulado y espeso, un tentáculo se enrosca alrededor de mi cuello, no me importa, con la otra mano voy cortando la cabeza del ser, hoy cenaremos pulpo.

Solo ha durado unos segundos, me los he cargado a los tres. Miro el estropicio, uno de ellos aún se convulsiona mientras el perro lo muerde y gruñe.

No ha sido difícil. Pienso en ello, no me han atacado con pistolas de rayos láser ni con sables de luz, ni siquiera con trucos psíquicos provenientes de una inteligencia superior, ¿y si venían en son de paz? Bueno, que hubiesen enviado una carta, es como cuando ves una cucaracha enorme en tu habitación, quizás sea buena, limpian la suciedad y todo eso, pero cuando la ves de repente el primer instinto es matarla de un pisotón, quizás dentro de unas horas esté siendo juzgado por un senado intergaláctico por matar a unos inocentes embajadores, o quizás es simplemente que estos extraterrestres nos han subestimado.

Enciendo la tele del salón, paso los canales, ninguno emite nada. Doy con uno que sí, son imágenes de aficionado, no hay locutor, ni rótulos, solo el caos en la ciudad, llamas, cilindros voladores, gente corriendo presa del pánico.

Abro el garaje, meto al perro dentro para que cuide de mi madre, me pongo un casco de obra que veo por allí y arrastro un mueble para ponerlo delante de la puerta. Le digo a mi madre que no se preocupe, que tengo que salir a ver qué pasa, que no tardaré.

En la calle se siguen oyendo gritos humanos. Me miro al espejo, la verdad es que no tengo el aspecto de un soldado salvador de la humanidad, más bien parezco un peón de albañil trastornado.

Al menos hoy me he librado del infierno laboral en la fábrica de embutidos, no hay mal que por bien no venga. Esbozo una sonrisa y salgo al exterior, a la batalla.

SOLO ESTA VEZ

1.

Ricardo estaba mirando fijamente la naranja. Hoy sin duda todo tenía un aspecto especial. Todo tenía una historia, un recuerdo. Incluso esa insignificante naranja apoyada en la mesa.

—Vamos Ricardo, que ya solo quedas tú.

—¿Eh? Sí... Disculpe hermana.

Ricardo salió de su ensimismamiento cítrico y reparó en que, efectivamente, era el último que quedaba en el comedor social. Todas las mesas estaban ya vacías, y las monjas y voluntarios terminaban de recoger los platos sucios y colocar las sillas. Sor Teresa, la monja que le había dirigido la palabra, una señora mayor, bajita, de pelo corto y canoso, se acercó hasta él.

—¿Te encuentras bien?

—Sí hermana, ya acabo.

—Tienes mala cara.

—No. Estoy bien. Estoy... bien.

Ricardo cogió el cuchillo frente a él y partió la naranja por la mitad. Antes nunca se comía la naranja que casi

siempre daban de postre en el comedor, le revolvió el estómago, pero desde que cogió la costumbre de exprimirla para hacerse un zumo la cosa había cambiado, y fuese sugestión o no el caso es que no había cogido un solo catarro en todo el invierno.

Se bebió el zumo y se levantó de la mesa. Los pantalones se le caían, así que los ajustó un poco antes de recoger su bandeja y salir por la puerta del comedor.

Llevaba casi una semana lloviendo sin parar. Pero hoy, sin saber cómo, había salido el sol. Era una señal. Estaba claro. La gente, presa del entusiasmo, abarrotaba las calles como si fuesen monos a los que hubiesen abierto la jaula. Bueno, al fin y al cabo eran justamente eso: paseaban, corrían, se sentaban, se lanzaban cosas unos a otros y se olisqueaban el culo.

Ricardo los atravesó, dejó atrás la catedral y continuó calle abajo rumbo a su pensión. La verdad es que comprendía el entusiasmo de la gente, algo tan simple como la salida del sol tras varios días lluviosos hacía que todo se impregnase de un aura diferente, eso y la certeza del cercano final hacían que detalles inesperados en el entorno le fascinasen como si fuese un niño pequeño. Entusiasmado por este nuevo nivel de percepción decidió dar un rodeo para no llegar tan pronto hasta la pensión.

Recorrió la calle fijándose en personas y cosas, acudiendo a recuerdos. Cada vez que pasaba por una sala de juegos intentaba apretar el paso y mirar al suelo, aún así no podía evitar que le llegasen tímidamente y lejanos los sonidos estridentes de las tragaperras. Se conocían hacía años. Cruzó el parque central y bajó hasta el río. Se sentó en un banco y simplemente se quedó allí, escuchando el correr del agua, reclinado en el banco. Sí, la verdad es que era una pasada que se hubiese acabado la maldita lluvia. No obstante intentó no entusiasmarse, tenía cosas importantes que hacer.

Sonó su móvil rompiendo la armonía del momento. Miró la pantalla. Era su hermana. Descolgó.

—¿Si?

—Soy yo.

—¿Qué tal?

—Mal. ¿Y tú?

—Aquí, aguantando.

—¿Conseguiste el dinero?

—Aún no.

—¡Joder!

—Ya.

—¿Y ahora qué?

—Me han dicho que seguramente cobre a final de mes.

—¡Pero eso no es mi puto problema!

—Lo sé, lo sé. Pero no sé qué hacer, no puedo hacer otra cosa salvo esperar, no sé dónde conseguir dinero.

—Pues tendrás que buscarte la vida, nosotros no podemos esperar más.

—Ni yo puedo hacer otra cosa. Se supone que me iban a pagar eso, pero nos están dando largas.

—¡Pues roba un banco! ¡O vende el culo! Mira, te juro que como nos echen por tu puta culpa te mato, ¿Me oyes? Te mato.

—Venga venga, tampoco te pongas así.

—¡Me pongo como me sale del coño! Mira Ricardo, estás enfermo, ¿me oyes? Enfermo. Y hemos hecho todo lo posible por ayudarte, todos nosotros, y mira... Yo ya no puedo más. No, puedo, más. Solo quiero que me devuelvas el dinero, el dinero que tú me robaste, tú, a tu propia hermana. Quiero que me lo des y pagar el puto alquiler y olvidarte, y olvidarte ya, y me da igual lo que te pase.

—Lo siento, lo siento de veras. Te juro que te daría lo que fuese si pudiera, pero sabes que no tengo nada, no

he levantado cabeza, entiéndeme, entre lo del divorcio de Clara...

—¡Bendita santa!

—Lo del divorcio de Clara, luego el curro... Estoy en la ruina, deberías ver dónde vivo.

—¡Me importa una mierda dónde vivas! Seguro que es más de lo que mereces.

—Tranquila, ya no os voy a hacer más daño, a nadie.

—Claro que no.

—No, te lo digo en serio, muy pronto os dejaré en paz, para siempre...

—No te me pongas sentimental, tienes lo que te mereces y lo sabes. ¿Qué pasa? ¿Que te vas a tirar al río? Mira, me parece estupendo. Pero antes consigue el puto dinero.

¡Consigue mi dinero joder! Te juro por Dios que como pierda la casa, como echen a mis hijos a la calle, a mis hijos, te lo juro Ricardo, no vas a tener planeta para correr.

—Lo siento.

—Malnacido.

Colgó. Los rayos de sol seguían ahí, pero ya no alumbraban.

Guardó el teléfono en su bolsillo y continuó mirando al río, cavilando. Sabía perfectamente que no iba a cobrar ese trabajo, el tipo había desaparecido sin dejar rastro. Sí, claro, todos los pringados como él hablaban acaloradamente sobre ir a buscarlo y hacer que pagase a la fuerza, todo ese rollo. Pero el tipo no iba a aparecer. Estaría en las Bahamas, o vete tú a saber, ya lo había visto otras veces, conocía el percal. Y aunque pagase daba igual, la pasta que le debía no daba ni para empezar a pagar su deuda. Tampoco sabía cómo iba a sobrevivir. Se veía como todos los tipos del comedor, completamente zumbados, arrastrándose como leprosos, hablando solos y recolectando las monedas que le sobraban al resto. En fin. Que tampoco era ningún drama,

un insecto menos, sin más, el mundo seguiría girando, en un mes a nadie le importaría ya una mierda. Ya estaba más que decidido. Lo único que le preocupaba era la deuda con su hermana. Les había jodido bien. Pero no podía hacer nada al respecto. No había ninguna forma, ninguna en absoluto, de conseguir la pasta. Al menos iba a ahorrarle a su hermana el tener que matarlo.

Miró hacia el puente y se imaginó precipitándose al río desde allí arriba. No le convenció la imagen. Hoy acabaría todo, sí, pero sería a su manera. Que para algo había perdido toda la semana preparando la sogá de los cojones.

2.

Fue haciendo el camino inverso para llegar a su habitación de mierda. Las sensaciones no eran las mismas tras la charla con su hermana, había conseguido que se sintiera como la mierda que era, y estaba bien que se lo recordaran. Al pasar por la sala de juegos se detuvo ante la puerta y miró al interior. Recordó las horas, los días, todas esas victorias y derrotas, el amor y el odio, las caras de los parroquianos, las visitas al cajero. Le llegaban los sonidos, el olor. Recordaba las cagadas que le habían llevado al pozo en el que se encontraba pero que también, por otra parte, le habían dado algo de vida en el desierto. «¡Malditos hijos de puta! ¿Quién habrá inventado esa mierda?» Seguramente siempre había estado ahí, intrínseco al ser humano, bajo diversos disfraces, acompañándolo siempre.

Sus manos comenzaron a temblar, sabía que no tenía nada, pero aún así lo comprobó rebuscándose en los bolsillos. No hubo suerte. Estuvo tentado de pedir alguna moneda a los transeúntes, no sería la primer vez. Tenía la sensación de que si lo intentaba sacaría un buen premio, como despedida, como broche final. Pero al rato se le pasó el entusiasmo, se dio cuenta de que siempre se estaba contando las mismas milongas a sí mismo. Echó un último vistazo a la puerta del salón de juegos y prosiguió su camino hacia la pensión. El día empezaba a nublarse. Las cosas poco a poco se iban poniendo en su lugar.

No se encontró con nadie mientras subía las escaleras. Abrió la puerta de la casa y caminó por el pasillo hasta su habitación, tampoco parecía haber nadie allí, no había nadie en ninguna parte, nadie iba a interrumpirle o disuadirlo, el destino estaba de acuerdo. Abrió la puerta de su habitación y cerró por dentro.

La sogá colgaba del techo, inerte, esperando pacientemente. Ricardo suspiró, se acercó a la mesita y abrió el cajón. Rebuscó en su interior y sacó un paquete de tabaco a medias. Llevaba ocho meses sin fumar, había sido su intento de dejarlo que más éxito había tenido en décadas, pero claro, ahora ya no tenía mucho sentido. Sacó uno y lo encendió.

Revisó la sogá. Estaba perfectamente tensa. La había atado fuertemente al radiador y luego la había llevado hasta el techo donde la había asegurado con tres argollas de acero, las más fiables que había encontrado en la ferretería, no era cuestión de escatimar con estas cosas. Se subió a una silla para revisar el nudo, los nudos siempre se le habían dado bien, aguantaría. Desde la silla se imaginó la caída. Dio una calada y se bajó de la silla. Apagó el cigarro en el cenicero y se encendió otro, estaba seco y asqueroso, pero era lo que

había. Se acercó a la ventana y miró al exterior en busca de señales. El panorama de siempre, gente andando bajo el sol, nada relevante.

Mientras fumaba le apeteció un último chupito de Jack Daniel's. Pero solo tenía el whisky de marca blanca del supermercado. Se sirvió. Joder, habría sido mucho mejor un Jack, ¿por qué no pensó en ello? Empezaron a apetecerle un montón de cosas: un último chuletón con patatas fritas, un último chupito de licor de hierbas, un último paseo por el pueblo, una última carcajada... Se dio cuenta de que empezaba a flaquear. Nunca había sido una persona demasiado espiritual, pero le aterraba que las habladurías fuesen ciertas. De haber vida de ultratumba estaba bien jodido: había arruinado a su familia, desperdiciado su vida, y se disponía a ahorcarse como colofón a su miseria. Se iba por la puerta de atrás tras cinco putas décadas de deambular torpemente por esa maldita roca, y ansiaba el vacío eterno, la nada, porque sino se veía arponeado por demonios burlescos hasta el maldito día del juicio. ¿Cuál era el círculo infernal reservado a los ludópatas? Suspiró.

Estaba remoloneando, era el momento más difícil, pero ya lo había pensado y planeado, era inútil darle más vueltas. Tiró el cigarro al suelo, lo pisó, se subió a la silla y se colocó la soga al cuello.

Se hizo el silencio. Notaba el palpitar de su corazón en la sien. «Joder, ojalá que al menos sea rápido». Temblaba y sudaba, empezaba a faltarle el aire. Se le metió en la cabeza la famosa frase de Armstrong: *«Es un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad»*. Se la repitió a sí mismo como un mantra.

Respiró profundamente, cerró los ojos, dio el paso y se dejó caer.

Las argollas que sostenían la soga, al notar los 93 kilos de Ricardo sin el apoyo de taburete alguno, decidieron darse por vencidas también y, junto con un considerable pedazo de techo, se dejaron caer con él. Lo primero que llegó al suelo fueron las rodillas de Ricardo, luego la panza, y finalmente su cabeza medio calva que impactó contra el suelo de madera con un sonido seco y potente, como de campanada.

Ricardo gimió. No estaba muerto.

El dolor en las rodillas y la sien era punzante y profundo. Su corazón corría tanto que parecía dispuesto a explotar en cualquier momento.

La soga no le permitía respirar bien, alzó sus manos temblorosas y la aflojó un poco mientras jadeaba contra la madera del suelo. Intentó incorporarse un poco, pero el dolor en las rodillas y su prominente panza no se lo permitieron. Probó a girar sobre sí mismo pero, tras un par de patéticos balanceos, se reveló también un objetivo destinado al fracaso.

Así que se quedó tumbado en el suelo de la habitación, a lo largo, vencido y derramado como un vaso roto. Observó su cuarto desde esa perspectiva: los calcetines sucios en el rincón, las capas de pelusa por todas partes. Entonces comenzó a llorar.

—Joder... Mierda... Me cago en la puta... —alcanzó a balbucear.

En ese momento empezaron a aporrear la puerta de su habitación.

—¡Ricardo! ¡Ricardo!

—Un... momento...

Volvió a intentar la verticalidad. Tuvo que concentrar toda la energía que le quedaba, apoyar las manos y separarse del suelo, parecía que iba a conseguirlo, aunque apoyarse sobre las rodillas era un acto de masoquismo total. Gimió.

—¡Ricardo!

—¡Ya va joder!

Dio el último empujón mientras se le escapaba un pedo. Lo logró.

Ya en pie comenzó a marearse, se apoyó en la mesa para evitar una nueva caída. Se miró al espejo, un pequeño hilo de sangre brillante caía por su rostro desde algún lugar por determinar en su frente. Cogió una toalla cercana y se la pasó por la cara. Intentó caminar hacia la puerta, pero algo tiraba de él. Se dio cuenta de que aún llevaba puesta la sogá al cuello, se la quitó y la arrojó contra el suelo. Abrió la puerta solo lo justo. Era Carlos.

—¿Estás bien tío? He oído un golpe.

—Me he caído.

—Joder, estás pálido.

—Sí... no... No sé...

—¿Llamo a alguien?

—¡No!

—Vale vale, ¿pero estás bien?

—Solo me he caído. Pensé que no había nadie en casa.

—Estaba ahí en la habitación, intentando escribir.

Mierda, estás sangrando.

—Oh, vaya —Ricardo se palpó la frente.

—Espera... toma —dijo Carlos acercándole una servilleta usada.

—Mierda, joder.

—Déjame que lo vea.

—No tranquilo, no es nada, estoy bien.

—¿Seguro? Tienes muy mala cara.

—Sí sí, tranquilo, no quiero molestar.

—Bah, tampoco estaba haciendo una mierda.

—No, no te preocupes. He tenido un mal día, esto solo ha sido la guinda.

—Bueno, tú verás. Si quieres algo estoy aquí, ¿vale?

—Vale. Gracias.

—¿Estás bien no?

—Sí.

—Pues venga.

Carlos desapareció por el pasillo. Ricardo cerró la puerta y se arrojó sobre el sofá. Miró al techo, había un par de agujeros bastante grandes y una grieta alargada en torno a la cual la pintura se había descascarillado. La casera se iba a cabrear. Observó la soga tirada en el suelo y las argollas desparramadas, las cabronas no había aguantado una mierda. Se sintió patético. ¿Ni siquiera eso iba a salirle bien? ¿Acaso era tan inútil? ¿O era que la suerte no le acompañaba ni cuando intentaba ahorcarse?

Hizo un repaso, intentó descifrar el porqué. ¿Existía la suerte? Cuantas veces habría meditado sobre ello. ¿Cómo era posible que la suya fuese tan mala? ¿O en realidad no había tal cosa y todo era culpa suya? No. Había algo, algo que hacía que unos se revolcasen en el fango y otros entre flores. Por supuesto que contaban las capacidades, pero no lo eran todo. ¿Sería Dios? ¿Existía ese mamón? ¿Por qué la había tomado con él? No era lógico, ni siquiera había podido suicidarse, era absurdo, parecía ficción. ¿O acaso significaba algo? ¿Cómo interpretarlo? Estaba claro que él había sido muy torpe con sus cartas, pero no tanto joder, no tanto.

Se encendió un cigarro.

¡Que le jodan a la suerte! ¡Y a Dios! No podía depender de ellos. Cavilaciones. Excusas. Esto sería un renacer. Iba a ser otro, iba a esforzarse, a hacerlo todo bien. Solo necesitaba una cosa, solo una, con ella de nuevo sería capaz, todo sería distinto. Sí, solo necesitaba volver a tener ese apoyo, y entonces resurgiría, y todo sería de otra forma, todo sería mejor. Solo necesitaba eso.

Decidió hacer una última prueba. Confiar por última vez en el destino. Iba a jugar su última carta. Si le salía bien intentaría con todas sus fuerzas que las cosas fueran perfectas. Si le salía mal entonces a la mierda con todo. Solo esperaba tener suerte, solo esta vez.

Cogió el móvil. Sabía que no podía llamarla así que escribió un mensaje de texto:

«Hola, soy yo. Sé que no quieres hablar conmigo ni volver a verme, pero he estado pensando mucho, he pensado mucho en ti, en todo. Voy a cambiar. Te lo juro. Por favor, espero que me creas. He tocado fondo, no sabes hasta que punto, y quiero salir, y solo puedo hacerlo contigo a mi lado. Todo será distinto, soy capaz de ello, lo sé. Todo será distinto, seremos felices, te lo juro. Dame otra oportunidad, solo esta vez, por favor. Te quiero.»

Dejó que pasaran unos cuantos minutos. Releyó el mensaje unas cuantas veces. Acarició la pantalla a sabiendas de la trascendencia de ese momento. Apretó «enviar» y observó cómo partía. La suerte estaba echada. Solo esperaba que fuese buena. Solo esta vez. Solo esta vez.

Escondió la cabeza entre los brazos intentando minimizar los estímulos sensoriales y controlar su respiración.

Pasados tan solo unos segundos su móvil sonó. Había recibido un mensaje. Ricardo se sorprendió ante la rapidez casi inmediata de la respuesta y, con manos temblorosas presas de la excitación, pulsó «leer».

«Error al enviar mensaje. Su saldo está agotado. Recargue 5 euros o más y aprovechése de nuestra oferta LA VIDA UN POCO MÁS CERCA con llamadas de 16 a 8h y fines de semana por solo 2,63cts IVA incluido.»

El mundo se detuvo. Ricardo leyó el mensaje de nuevo y dejó caer el móvil al suelo. Las lágrimas volvieron a asomarse por su rostro. Mientras la primera caía por su mejilla Ricardo apretó fuertemente los puños. Su respiración se hacía densa, notó que perdía el control y que una rabia sobrenatural se apoderaba de su ser. Se levantó del sofá. Era un géiser, un volcán. Se acercó al espejo de la mesita y observó. Odió a ese cateto de ojos llorosos que le devolvía la mirada. Estuvo cerca de soltar un furioso puñetazo a su reflejo, pero se contuvo. Al rato una sonrisa demente transformó su rostro. Vio cómo el reflejo se transformaba en un demonio de ira abrasadora. Empezó a reírse ya libre de todo y le dijo:

—La vida es un juego. Y hemos venido a jugar, ¿no?

Entonces tanto él como el reflejo demoníaco del espejo empezaron a reír a carcajadas, unas carcajadas sonoras revestidas de demencia. Sonó un golpe en la puerta.

—Ricardo, soy yo otra vez. Tío, ¿seguro que estás bien?

—¡Mwahahahaha!

3.

—Buenas noches señor.

—Buenas.

Ricardo atravesó la puerta y entró al templo. Eran casi las dos de la mañana y el casino jadeaba como un organismo dotado de vida, boyante de actividad. Se percibía

la electricidad en el ambiente. La locura y el dinero flotaban desbocados de unos a otros. Ricardo hizo el reconocimiento completo de la zona en menos de un minuto. Divisó a los habituales, a los menos habituales y a los casuales. Se acercó a una mesita cercana sorteando a un par de casuales. En la mesita había canapés y pequeñas copas de champán. Se bebió una y se comió uno de chorizo y queso. Luego atravesó las mesas de poker para llegar hasta donde estaba el Catalán. El Catalán por supuesto también había visto a Ricardo en cuanto este entró y esperó a que estuviese a su altura para tenderle la mano.

—Hombre Ricardo, cuanto tiempo.

—¿Qué tal?

—Bien hombre bien, ¿y tú?

—No estoy mal.

—Jajaja, y que lo digas, vienes muy elegante hoy — observó el Catalán—. Joder, trajecito y todo, ¿qué vienes, de una boda?

—Más bien de un bautizo.

—Bien bien. Y qué, ¿te sientes afortunado?

—Eso nunca se sabe.

—Jajaja, y que lo digas amigo, y que lo digas...

—Oye, tengo que hablar con Monty.

Al escuchar esto la cara del Catalán cambió por completo, perdiendo ese falso gesto amistoso. Se acercó a Ricardo y cogiéndolo del brazo lo apartó un poco de la multitud.

—¿A Monty? ¿Y para qué quieres ver a Monty?

—Para un préstamo.

—Pero para eso me tienes a mí Ricardo, no hay necesidad de que veas a Monty.

—Creo que esta vez no puedes ayudarme.

—¿Y eso?

Ricardo se acercó al Catalán y le susurró algo al oído.

—Estás loco. Ni de coña.

—Lo necesito, necesito esa cantidad.

—¡No te jode! Y yo, y todos los imbéciles que hay aquí metidos.

—Lo necesito, y tú me vas a ayudar.

—¿Se te ha ido la olla? ¿Qué garantías das? He oído que tu mujer se ha llevado hasta tus calzoncillos sucios.

—Eso es asunto mío. El dinero se devolverá en el plazo habitual.

—Sí, claro hijo de puta, como la última vez... Mira, vete a cagar, tengo cosas más importantes que hacer.

El Catalán hizo amago de alejarse, Ricardo lo agarró con fuerza del brazo.

—Oye, habla con Monty, necesito el dinero, me lo debéis, lleváis sangrándome años.

—Nadie te debe una puta mierda.

—Lo devolveré, con los intereses, perdéis una pasta.

—No tienes ninguna garantía.

—Siempre he pagado.

—No estas sumas. Mira Ricardo, lo hago por tu bien, te voy a hablar ahora como amigo: veo esto a diario, la gente nunca gana, jamás. Por eso estoy yo aquí, para hacer negocio de su desesperación. Soy el único que tiene alguna posibilidad aquí, el resto estáis todos perdidos. No te metas en ese marrón. No lo hagas.

—No es ningún marrón, no tienes de qué preocuparte.

—Claro, tienes algún método infalible ¿no? O no, espera, resulta que justo hoy y solo hoy la estrella de Orión está perfectamente alineada con la de tu puta madre, ¿es eso no?

—Catalán, tú lo has dicho, estáis aquí para hacer negocio, y sois los únicos que tenéis las de ganar en este sitio, ¿no? Pues déjate de putos rollos y consígueme la pasta hostia.

El Catalán miró fijamente a Ricardo, este no le apartó la mirada, pasaron unos segundos. El catalán suspiró.

—Voy a hacer una llamada.

4.

El Catalán llamó al timbre. Les abrió un tipo alto y ancho.

—¿Qué tal Tino?

—Pasad.

Entraron. Tino cerró la puerta con llave y les condujo al salón. Allí estaba Monty, recostado en el sofá jugando a un video juego de superhéroes con un amigo. Monty era un treintañero de complexión normal, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, pelo corto, bien afeitado, con gafas. Tenía pinta de ser un inofensivo informático, nada en su aspecto resultaba intimidante o peligroso. Desde luego no se correspondía para nada con la imagen que Ricardo se había hecho de él.

—Pasad, pasad, sentaos —dijo sin apartar la vista de la pantalla—. Esperad un momento a que machaque a este inútil.

Ricardo y el Catalán se sentaron en un sofá cercano y observaron en silencio a Monty que gesticulaba aferrado al mando de la consola. De repente se levantó del sofá de un salto, en éxtasis.

—¡Muere cabrón! ¡Muereeeee! Jajajaja ¡Y con el ataque especial! ¿Lo habéis visto no? ¿Quién es el amo de los juegos de lucha, eh? Jajajaja.

Monty tiró el mando de la consola sobre el sofá y agarró una botella de dos litros de fanta de naranja, dio un largo trago y volvió a dejar la botella en la mesa. Se sentó en el sofá y miró a Ricardo.

—¿Así que este es el tipo no?

—Sí —dijo el Catalán.

—No te voy a dejar la pasta.

—¿Entonces para qué coño he venido? —preguntó Ricardo.

Monty se recostó en el sofá y volvió a mirar a Ricardo en silencio durante unos segundos.

—Voy a dejarte la mitad. Y lo quiero en el plazo habitual con los intereses. Cata me ha dicho que eres de fiar. Y más te vale, porque como me falles eres hombre muerto, ¿me oyes? Y me la suda si eres uno de esos idiotas a los que les da igual todo porque de todas formas ibas a suicidarte o algo así, como no esté la pasta lo pagarás, tú y la gente a la que quieres, porque no dudes de que los voy a encontrar. ¿Entiendes lo que te digo?

—Escucha hijo —dijo Ricardo—, te saco más de 20 años, no hace falta que te pongas en plan el Padrino conmigo, ya sé cómo va esto.

Monty se incorporó un poco, dio otro largo trago a la fanta y miró fijamente a Ricardo durante unos segundos.

—Está bien. Me gusta este tío. Tino, dales la pasta. Y espero por tu bien que sea tu día de suerte. Ahora largo de aquí, los dos. Y tú, idiota, coge el mando que te voy a dar la del pulpo.

Monty agarró el mando de la consola y dejó de prestarles atención. Ricardo y el Catalán se levantaron. Tino les acercó una bolsa de plástico, Ricardo la cogió.

—Un placer —dijo Ricardo con una ligera reverencia.

—Fuera de aquí.

Así hicieron. Salieron del edificio y se montaron en el coche del Catalán. Ricardo revisó la bolsa. Efectivamente era la mitad de lo que había pedido, pero aún así nunca había visto tantos billetes juntos, ahora la cuestión era multiplicarlos. Pusieron rumbo al casino.

—Bueno Ricardo, espero por tu bien que no la cagues —dijo el Catalán una vez ya en el templo—. Yo me largo a ver si hago algo de negocio.

—Que tengas suerte —contestó Ricardo.

—Mejor que la tengas tú.

El Catalán desapareció entre las mesas.

Ricardo se acercó hasta la barra y se encendió el último cigarro del paquete mientras esperaba al camarero. La ley anti tabaco era algo ambiguo en el casino, y más a esas horas. Cuando llegó el camarero se pidió una copa, Jack Daniel's con Coca-Cola, pidió que se la cargaran. Estrujó el paquete de tabaco vacío y lo tiró a la papelera. Cogió la copa y fue con ella hasta la mesa de la ruleta. Ahí estaba su vieja amiga, como siempre, menuda hija de puta.

Dio una amplia calada y apagó el cigarro en un cenicero. Observó la mesa. A lo largo de los años había desarrollado múltiples y variadas técnicas para garantizar el éxito. Si por él fuese se apostaría toda la pasta de una vez para acabar cuanto antes, pero en este casino de mierda había límites en las apuestas. Dejó de lado todas sus técnicas e hizo la típica jugada de alguien desesperado y con dinero. Apostó al 5, al 10, al 23, al 8, al 30, al 11, al 13 y al 36, con ello se cubría las espaldas, puso el máximo, 250 a cada número, aparte de otros 900 a negro y 900 a la 1ª docena. 3800 pavos de una tacada, la apuesta máxima de la mesa. Los tipos que estaban por allí lo miraron, algunos con asombro, otros excitados y sonrientes, uno le hizo un gesto de aprobación y respeto.

—¡No va más! —dijo el crupier.

Todos en la mesa tensaron el esfínter y miraron la ruleta con atención. Ricardo miró su reloj. Eran las 4:15. Eso le dejaba 40 minutos antes de que el crupier dijese eso de «hagan juego para las 3 últimas bolas de la noche», la frase mágica que solía desencadenar la locura, en la que ya nada importaba y se ponían sobre la mesa sueldos, sueños y miserias. Pero para eso aún quedaba tiempo, y le quedaba un montón de pasta en la bolsa. Recordó que estaba sin tabaco. Dio la espalda a la mesa y se alejó rumbo a la barra a por una cajetilla. La siguiente hora se presentaba emocionante e iba a necesitar fumar, seguramente se pidiese otro Jack también.

Mientras se alejaba de ahí la bola comenzó a girar por la ruleta. Giró y giró y giró. Y se detuvo.

EL DIOS DE LOS POLLOS

Nunca fue fácil ser un dios.

El dios de los pollos no era consciente de ser una deidad cuando atravesó por primera vez la puerta de la granja. Estaba perdido y confuso, arrastrado por las despiadadas olas de este mar enfurecido que llamamos vida, naufragando durante años sin ningún puerto en el que reposar sus jóvenes huesos. En el mundo de los humanos no había llegado a ser nada, una insignificante pieza cebada y adoctrinada desde sus primeros días para recorrer el panteón sirviendo dócilmente a todas sus pequeñas deidades, la educación, la sociedad, la industria, el capital... Todas comandadas con puño de hierro por el único e indiscutible gran dios de los humanos: el Dinero.

Su paso por la escuela de esclavos no fue especialmente meritoria, y no se veía con fuerzas para seguir adelante en su camino a esclavo armado. Pero habiendo realizado las ofrendas y rendido la debida pleitesía al gran Dios se ganó el derecho a comenzar su peregrinación por las tierras desoladas de la industria, un vasto y oscuro páramo plagado de templos erigidos sobre carne y sangre, una tierra marchita y sin piedad en la que los esclavos marchaban juntos, tal como se les había enseñado, como

una gran masa deglutidora bajo el sol abrasador. Una masa unida por los lazos de sus penas, sin descanso, agotados y resecos, mirando ocasionalmente al cielo e implorando a su Dios para que se manifestase en sus bolsillos y poder ascender por la pirámide, aun a costa de pisar los cráneos de sus hermanos.

Los esclavos se contaban por millones. Eran cifras sin rostro, y su paso por las ciénagas industriales eran la prueba de fuego, en la que solo los más fuertes y despiadados podían luchar para ganarse los favores del gran Dios y poder reclamar su derecho a tener un nombre y ser considerados personas, con lo cual recibirían su ejército de esclavos y podrían saborear las mieles de los favores del gran Dios. Este hecho era la excepción, reservado como he dicho para unos pocos escogidos. La mayoría estaban destinados a un mendigar eterno sin ninguna posibilidad de redención. Pero el gran cerebro había ideado con el caer de los siglos todo un sistema para controlar sus mentes e inculcarles el espejismo de la esperanza a base de mensajes de pertenencia e ilusión, para hacerles creer que luchaban por un bien común. Sus mentes eran bombardeadas con ideas de necesidades superfluas y engaños para drenar sus vidas y alimentar al gran engranaje, evitando su inevitable oxidación. De esta forma el veneno, poco a poco vertido sobre los sentidos de los esclavos, les hacía caer en un estado de letargo y sumisión, anulando su razón y eliminando de sus mentes cualquier acto de rebeldía que pudiese destronar algún día al gran hacedor.

El dios de los pollos contaba no obstante con una pequeña ventaja para recorrer sus primeros pasos por estas tierras industriales. Otro esclavo, mayor que él y con el que compartía lazos de sangre. Este le sirvió como comodín y le ahorró parte del camino, elevándolo ligeramente de la

masa esclava. Así pudo adentrarse en uno de los templos de la industria con un trato de favor, y conseguir un puesto de pequeña deidad menor que en principio estaba destinado a esclavos de más experiencia.

Así es como se convirtió en el dios de los pollos.

Los pollos eran pequeños seres emplumados de escasa inteligencia que también eran criados para servir los propósitos del gran hacedor. En el fondo no eran muy distintos de los esclavos humanos, pero ya que su labor era meramente alimentaria requerían de una menor atención por parte de los medios del gran engranaje. Su destino era servir de combustible a los esclavos humanos, y hacia tal fin eran conducidos sus destinos.

Cuando el dios de los pollos aceptó su nombramiento fue conducido a uno de los templos de carne y sangre para regir el destino de una masa de pollos esclavos. Ahora ante él se erigían 50000 cabezas emplumadas, chillando y revolviéndose.

Ahora él controlaría sus vidas.

Ahora él era su único dios.

El cambio de entorno sufrido en tan corto periodo de tiempo fue un shock para el dios de los pollos, él había recibido su aprendizaje en una de las academias de esclavos de mayor prestigio y allí no le habían aleccionado para soportar el irrespirable olor reinante en el templo de carne polluna. Un olor que embotaba sus sentidos, un olor a muerte, a heces y a miedo que impregnaba toda la realidad del templo y al que tardó bastante en acostumbrarse.

La vida de los pollos esclavos era una vida breve y triste. Eran traídos a millares en los monstruos de hierro rodantes. Los pollos llegaban a su templo destinado con tan solo 20 horas de vida. El templo de carne en el que se encontraba el dios de los pollos recibía sus víctimas desde

las lejanas tierras de Orense, allí se encontraba una de las mayores madres de pollos del reino desolado de España, LA MEGAINCUBADORA, de la que salían en torno a 1000000 de huevos incubados al día. De las entrañas de LA MEGAINCUBADORA partían 20 monstruos de hierro rodantes diariamente, cada uno llevando en su interior 50000 pequeños pollos esclavos que eran repartidos por los distintos templos de carne para completar su destino como aceite engrasador para el gran engranaje.

Una de las misiones como dios de los pollos, la más básica y esencial, consistía en llenar los comederos de estos abriendo los silos de pienso. En ese momento era cuando el dios de los pollos era consciente de su poder como soberano y designador de destinos, también era el momento en el que su voluntad declinaba y sentía piedad hacia esas pobres criaturas marcadas. Solo los dioses más despiadados y experimentados tenían la capacidad de abstraerse de la piedad, capacidad que se conseguía con el tiempo. El tiempo borraba todo rastro de inocencia y la costumbre siempre llevaba al conformismo y al olvido. El engranaje lo sabía, y obligaba a los esclavos a actividades mecánicas para anular su voluntad y llevarlos, poco a poco, a la nula respuesta ante el horror. Con el debido tiempo hasta el infierno podía ser un lugar apacible, con el debido tiempo... Todo era cuestión de tiempo.

Nuestro pequeño dios aún no podía alejar esa sensación de cariño alimentada por el poder de tener miles de vidas en la palma de su mano. Sí, les cogía cariño, pero era de una manera grupal, hacia la masa. Esa sensación de plenitud e importancia cuando llegaba jodido a las 9 de la mañana y al abrir la puerta veía como miles de pequeñas pupilas brillaban de dicha en su dirección esperando que apretase el botón que activaba la comida. Toda esa gratitud irracional hacia el

incomprensible ser superior. Podía sentirla, podía sentir su poder. Podía sentirse como un dios.

Sí, al principio no podía evitar responder con cariño a esa adoración incondicional, el tiempo aún no había anulado por completo su humanidad. Y es que, al llegar, los pequeños pollitos resultaban unas criaturas entrañables, tan pequeños e indefensos. Pero con el paso de las horas, de los días, se iban volviendo una especie de monstruos enajenados, y era extraño ver ese cambio tan rápido en sus mentes y cuerpos. Este fue el segundo y terrible shock que sacudió al dios de los pollos en su camino como divinidad.

Gracias a la alimentación basada en los piensos compuestos, compuestos, para el que no lo sepa, principalmente de vísceras de otros animales (aún cuando se supone que los pollos son animales granívoros), los pequeños pollitos pasaban de 40 gramos a 2,5 kilos en tan solo 50 días, tiempo de duración de la crianza y por tanto de la vida preparatoria de los pollos antes de ser consumidos por el engranaje. Estamos hablando de una especie de pollos culturistas, pollos Schwarzenegger, sobrealimentados, gigantescos, seres deformes y asexuados que debido a la alimentación con este tipo de piensos podían desarrollar enfermedades propias de mamíferos, así como diversas malformaciones.

Una de las malformaciones más típicas consistía en un enorme bulto en el cuello de los pollos que hacía que no pudieran soportar el peso de su propia cabeza, imagínate tener los huevos como pelotas de baloncesto y arrastrarlos a ras de suelo, pues algo así.

Los días 18 al 26 de la crianza eran los designados por el gran hacedor para localizar y sentenciar a estos seres deformes. La manera de sacrificarlos era simple: se les cogía de las patas y se les golpeaba contra el suelo, delante de

sus congéneres, intentando que resultase un golpe único y certero en la nuca que acabara para siempre con su vida. Esa también era la labor del dios de los pollos como responsable de sus destinos. Las primeras veces fueron lamentables, el dios de los pollos no poseía aún la técnica adecuada y los golpes contra el suelo no resultaban eficaces, causando gritos y sufrimiento en la víctima a la par que un miedo y nerviosismo descontrolado en los compañeros cercanos, que se revolvían y piaban descontrolados. Eso acompañado de la sensación de desagradable brutalidad hacía mella en la aún latente humanidad del dios, causándole terribles depresiones que se fueron mitigando con el tiempo, la costumbre y el perfeccionamiento de la compleja técnica de «hostia contra el suelo».

El tiempo y la costumbre, como hemos apuntado, era una de las técnicas del engranaje para controlar las mentes de los esclavos, haciendo que sucesos terribles acabasen careciendo de importancia a base de repetirlos indiscriminadamente. Transformar lo aborrecible en inevitables costumbres era una de las ruedas básicas que hacían girar las pesadas ruedas del gran engranaje, era uno de sus viejos trucos de dominación, uno de los importantes.

Para el gran engranaje valía todo, crecía con la reducción de medios y el aprovechamiento de materia, y por lo tanto aún la vida de estos pobres pollos lisiados seguía siendo útil como engrasador, así sus cuerpos se mutilaban para varias funciones, los pequeños brazitos eran consumidos en forma de alitas, y ahí vemos que el engranaje a veces es totalmente sincero, ya que se venden como «alitas» y no «alas». Por otra parte los cuerpos deformes y enfermos se pulverizaban para crear el aglomerado que posteriormente sería servido en forma de nuggets, pastillas para caldo y polvo para sazonar.

A pesar del esfuerzo diario del engranaje por destruir

su humanidad a base de costumbres, el dios de los pollos no podía evitar sentirse mal con su función, y plantearse los métodos y designios tanto del engranaje como del gran hacedor. Numerosas preguntas acudían en tropel a su mente por las noches, incapacitándolo para conciliar el sueño. Empezó entonces a ir más allá de las doctrinas. Empezó a hacerse preguntas y ver la realidad más allá de lo inculcado tras años en la academia de esclavos y el incesante bombardeo de los dioses de la publicidad. Llegó a la gran pregunta, a la gran verdad, y vio la luz:

«¿Y si todos nosotros no somos mejores que los pollos para el despiadado engranaje?»

Mientras tanto en el templo de carne continuaba la crianza con paso firme.

Los pollos tenían a su disposición comida y agua las 24 horas del día, una temperatura agradable y suelo de paja mullida. Pero nunca llegaban a conocer la oscuridad en sus 50 días de vida. Eso minaba sus mentes de forma irremediable. Eran habituales las siestas grupales, en grupos de unos 200 ejemplares, que dormían plácidamente solo hasta el momento de digerir lo que tenían en el estómago para luego, bañados por la luz eterna, dirigirse a comer más ya que, privados de un horario biológico, su vida se había reducido a un incesante comer y engordar. Su mente enferma les creaba accesos de violencia y cambios de humor. Los pollos dementes se cebaban con los individuos diferentes, y el hecho de ser de un color extraño, de ser un miembro ajeno a la masa o poseedor de un olor peculiar hacía que se dirigiesen hacia ellos los accesos de violencia de la masa. Varias veces el dios de los pollos pudo ver cómo un grupo de exaltados descuartizaban a picotazos a estos

miembros diferentes del resto entre espeluznantes chillidos provocados por la locura.

Pero aún nada había preparado al dios de los pollos para el terrible suceso ocurrido aquella tarde de agosto.

Esa tarde se unieron dos desdichas, como planeadas de antemano por un ente superior. Por una parte fallaron los sistemas de ventilación del templo, y por otra se vivió una ola de calor en la región. Esto provocó que casi 1000 pollos murieran por asfixia de manera casi simultánea debido al calor y el exceso de calorías. Los mandamases del templo se vieron sobrepasados por el hecho. Sin tiempo de reaccionar y sin medios para aprovechar los cuerpos tomaron una decisión drástica: ordenaron al dios de los pollos realizar un enterramiento colectivo a las afueras del templo. Por supuesto las autoridades sanitarias no habrían permitido esto, pero bueno, no se veía ninguna autoridad sanitaria por los alrededores, ¿verdad? Así que un poco de arena y cal viva dieron por zanjado el asunto.

Los 50 días de crianza pasaron y el dios de los pollos se despidió de sus fieles compañeros, aquellos primeros pollos que le habían acompañado en su bautismo como dios superior. Estos fueron enviados rápidamente al matadero más cercano, sin ninguna posibilidad de redención. Una posibilidad que jamás habían tenido.

Tras ellos llegaron otros, y luego otros. Se realizaban 5 crianzas al año, una cada 2 meses. Chillidos, luz, comida, demencia, golpes contra el suelo, cadáveres, enfermedad, orines, heces, miedo... Eternamente... Eternamente...

Finalmente, con el propósito de salvar su mente de esta espiral sin sentido, el dios de los pollos renunció a su estado de deidad y abandonó el templo buscando refugio en la industria de la construcción, en ese momento en auge. Pero la pronta llegada del terrible monstruo de nueve cabezas

llamado crisis le imposibilitó para haber llegado algún día a ser el dios del ladrillo.

El dios de los pollos está ahora sentado frente a mí, y ya no es el dios de los pollos. Se bebe mi cerveza y se fuma mis porros mientras me cuenta su última estrategia para hacerse rico, porque en el fondo de su enfermedad inculcada por el engranaje sigue adorando al gran dios y ansía, como todos nosotros, enfermos, sus favores. Tiene varias de esas estrategias, pero siempre chocan con el escollo de la inversión inicial, que siempre es de varios miles. El dios de los pollos vive con sus abuelos y dispone de la friolera de 100 euros al mes para sus gastos. Y estamos sentados aquí, arreglando el mundo. Ay amigo, tenemos grandes ideas, si tan solo nos dejasen las riendas...

Cada vez que me cuenta su pasado como deidad, o incluso cuando pienso en mi propio pasado como dios de los tubos, no puedo evitar que mi mente se oscurezca y vague por los terrenos de la depresión. No puedo evitar que mi aliento se corte desesperado por la angustia y la vergüenza. Por este tremendo peso sobre mis hombros. Por tener que cargar con el pecado original, que no es aquél que nos dicen las escrituras sino aquel que escribimos todos a diario, la terrible vergüenza de mi raza, los seres humanos. La terrible forma en la que hemos creado un engranaje que ya escapa a nuestro control y nos devora, que no es más que el acto de devorarnos a nosotros mismos, y nada importa una mierda. Somos una masa enferma y egoísta, un destructor de mundos. Individualmente algunos pueden salvarse, pero como

ente no tenemos remedio. Soy un depredador carnívoro, no me avergüenzo de ello, pero este engranaje que he construido para mi bienestar es un cáncer de mi propio espíritu. Todo ese sufrimiento sin razón para perpetuar un consumo desbocado, alejado por completo de la función de cubrir una necesidad vital, únicamente destinado a la acumulación inútil e infantil. Miles de millones de cadáveres, ríos de sangre. El vacío lo cubre todo, todas las áreas, todas las esquinas del día a día y el miedo me impide, ahora mismo, adentrarme en el terreno del espíritu, que también hemos infectado. Estamos enfermos como sociedad. El engranaje nos devora y pide más y más, porque su oxidación cada vez es más rápida y necesita más aceite, aceite que le damos abriendo nuestras venas en canal, sacrificando por completo nuestras vidas, nuestro tiempo, nuestro espíritu, nuestra humanidad. Y la mayoría ni siquiera es consciente. Esa es mi labor, siempre he sido un aguafiestas, y solo sonreiré si os hago avergonzaros de la misma forma en que me avergüenzo yo cada día que me levanto y salgo a la calle y os miro, cada día que me limpio el culo y en el papel solo veo mi reflejo. Esta estupidez que se propaga sin descanso dentro de las jóvenes mentes, cuya educación se basa en programas destinados a crear seres atormentados por infinidad de necesidades inútiles, que encima no serán saciadas ni en un millón de años. Consumidores impulsivos. Seres perdidos. Soledad infinita. Piedad amputada. Oigo gritos por todas partes y me estoy volviendo loco. Mis clavículas se astillan por el peso abrumador. Pero no me iré sin antes señalaros con el dedo, malditos hijos de puta. Es mi deber, y el vuestro aunque lo hayáis olvidado. Esta es la triste historia del ser humano, que tuvo la capacidad de crear un mundo justo y habitable pero se dedicó a arrojar las cabezas de sus hijos al becerro

de oro y bañarse ebrio en la sangre de sus iguales para luego, embriagado de poder, fornicar y reproducirse sin medida, olvidando el hecho de que nunca fue nada más allá de un puñado de polvo. Nunca fuimos más que un puñado de polvo. No lo olvidés.

Y aquí estamos, como he dicho, el dios de los pollos y yo. En mi habitación de 180 euros al mes, que obviamente no he pagado aún. Con nuestra cerveza de supermercado. En medio de ninguna parte. Intentando escapar del engranaje y señalados por él como escoria. Sin nada que hacer o desear. A un paso de la mendicidad, como todas esas personas que se agolpan en las calles extendiendo la mano hacia los indolentes desconocidos que caminan hacia sus templos paganos. El engranaje es un ente sin piedad, no la tiene para con sus adeptos y menos aún para aquellos que buscan otras vías en su camino hacia la inevitable putrefacción.

No hay salida.

El humo flota a nuestro alrededor, nos abraza y se mezcla con el olor a ropa sucia y repito, tenemos grandes ideas para el mundo, el dios de los pollos y yo, dos fracasados, dos fumetas. Si nosotros llegamos a ciertas conclusiones ¿no llegan a ellas personas con más poder social y una mente menos embotada por los vicios y la depresión? Claro que llegan, pero las desentierran de su mente porque no son más que esclavos del engranaje a los que no les importamos ni tú ni yo. Viven en la mentira porque sus ojos están cegados con monedas, y si pones tu vida en sus manos, con la cabeza agachada y el culo encogido, solo conseguirás ser lo mismo que ellos: un montón de aceite para engrasar este oxidado engranaje que se desmorona por momentos como un gigante leproso.

Y quizás ya no sirva de nada, quizás ya no haya remedio.
Quizás nunca lo hubo.
Y el mundo gira y gira.
Y todo va bien
para unos pocos humanos
y muy pocos pollos.

HABITACIÓN CON VISTAS

1.

La pequeña Claudia se sorbió los mocos. Pero no debía de estar haciéndolo con suficiente fuerza ya que inmediatamente volvió a notar esa masa acuosa taponando su nariz. Probó de nuevo. El mismo resultado. Ya estaba cansada del juegucito, levantó el brazo y se limpió con la manga.

Volvió a fijar su atención en la mesa y continuó donde lo había dejado.

El Gato Atigrado estaba protegiendo a la Princesa Champiñón. Habían escapado de la cueva y habían atravesado el lago a nado. Ahora estaban empapados, pero a salvo, en la orilla.

—Muchas gracias Gato, sin ti no habría podido romper la cuerda y no habría podido salir de la cueva y no habría podido venir hasta la arena.

—Me gusta la arena, a los gatos nos gusta la arena y nos gusta la Princesa Champiñón.

El Gato Atigrado se tumbó sobre la arena y comenzó a girar sobre sí mismo bajo la atenta mirada de la princesa que no paraba de reír viéndolo girar. De repente de las profundidades del lago surgió el Pez Negro. El Pez Negro

era en realidad la caja de un teléfono móvil, pero su aspecto exterior no era lo importante ahora.

—Hola, ¡os voy a comer! —dijo el Pez Negro.

—No, no nos comas ahora —dijo la Princesa.

Claudia volvió a notar algo bajando por su nariz. Sorbió.

—Sí, tengo mucha hambre y os voy a comer a los dos —dijo el Pez.

—Pero yo estoy muy duro, no soy de nata —replicó el Gato Atigrado.

—Pero eres de leche y chocolate.

—No, mira —el gato comenzó a golpearse contra la mesa—. Soy duro, muy duro.

—Vaya, es verdad —dijo el Pez con desilusión—. A mí me apetecía leche con chocolate.

Las tripas de Claudia rugieron, hermanándose con los pensamientos del Pez Negro. Claudia se limpió la nariz con la manga y dejó a los protagonistas de la historia sobre la mesa. Bajó de la silla y se acercó a su madre que estaba en el otro extremo del salón revisando las facturas.

—Mami —dijo tirando de su brazo.

—Dime cielo.

—Quiero leche con colacao.

—¿En serio?

—Por favor.

—¿Tiene que ser ya?

—Sí, tengo hambre —las tripas de Claudia rugieron—. ¿Ves? No es mentira.

—Ay cariño... Mira como tienes el pelo, ¿qué has hecho?

—Nada.

—Con lo bien que tenías las coletas... Ven aquí anda.

Eva dejó la factura de la luz sobre la mesita y arregló las coletas de Claudia. La pequeña Claudia tenía un montón de pelo negro, rizado y rebelde.

—Quiero leche con colacao.

—Ahora vamos a ver qué hay, espera un poco.

—¡Ay!

—No te quejes tanto.

—Jo.

—Ya está. ¿Ves? Mucho mejor.

—Aha.

Eva besó a Claudia en la frente.

—Venga, vamos a la cocina.

Eva abrió la puerta del frigorífico, estaba casi vacío.

Agarró el cartón de leche, pudo notar que aún quedaba la mitad. Lo posó en la encimera. Cogió un vaso limpio del fregadero y lo llenó.

—Un vasito de leche.

—Sí, con colacao.

—Con colacao.

—¡Yo lo cojo!

Claudia se acercó corriendo hasta el mueble y cogió el bote de colacao.

—Jo, parece que no hay mucho.

—A ver cariño, traémelo.

—Toma.

Al abrirlo Eva comprobó que estaba casi vacío. Cogió una cucharilla y raspó como pudo, echó todo en el vaso de leche y removió.

—Jo mamá, no había casi nada.

—Espera.

Eva volvió a abrir el bote y echó en su interior la mitad del vaso de leche.

—¿Por qué haces eso mamá?

—Mira, si echas un poco de leche aquí dentro y remueves... Consigues despegar todo eso que se queda en los bordes.

—Aha.

Volvió a echar el contenido en el vaso.

—¿Lo ves?

—Es verdad.

—Toma cariño.

—¡Gracias!

Claudia cogió el vaso con las dos manos y le dio un buen trago.

—Mmm, qué rico —dijo sonriente y con la boca manchada, luego la sonrisa desapareció—. Jo mamá, ayer se acabaron las galletas.

—Ya lo sé cariño.

—Tienes que comprar cosas.

—En eso estaba pensando.

—¿Ah sí? ¿Vas a ir a comprar cosas?

—Sí, pero necesito dinero.

—¿Y tienes dinero?

—No, ya se acabó.

—¿Y cómo vas a comprar cosas?

—Tendré que conseguir más.

—¿Más dinero?

—Exacto.

Claudia dio otro trago al vaso de leche.

—Oye mamá.

—Dime.

—¿Por qué has sacado los frascos?

—Me ayudan a pensar.

—¿Te ayudan a pensar?

—Así es.

—¿Esas cosas?

—Sí. A veces... Como ahora.

—Aha.

—Oye cariño, ¿por qué no te llevas el vaso de leche a la mesa y sigues jugando un ratito mientras mami hace cosas?

—¡Vale!

Claudia se alejó hasta la mesa, dejó el vaso sobre ella y se subió a la silla. Allí la Princesa Champiñón estaba en un serio aprieto.

Eva volvió a la mesita, se sentó en la silla y se encendió un cigarro. Expulsó el humo y abrió otro sobre. Era del administrador, amenazaba con emprender acciones legales si no se ponía al día con la mensualidad. Dejó la carta junto a la factura de la luz. Dio una calada y encendió el ordenador. Había guardado tres anuncios en favoritos. No sabía por cual decidirse, eran similares, pero había que pensarlo bien, elegir el adecuado. Volvió a leer los tres un par de veces. Finalmente se decidió por uno de ellos. Dio una profunda calada y arrojó el humo contra la pantalla.

Se alquila habitación a chica joven, en piso nuevo, zona centro. Habitación muy amplia y soleada, con baño propio y wifi. Se alquila a cambio de sexo al menos dos veces por semana. Hombre maduro, agradable y limpio. Interesadas contactar a partir de las 20h.

2.

Eva comprobó la dirección un par de veces antes de llamar al timbre.

—¿Sí?

—Soy Eva.

—Sube.

El portal era enorme. Se dividía en tres apartados, ella tiró hacia la izquierda. Llegó a los ascensores, llamó y esperó. Al abrirse la puerta del ascensor vio que había un enorme espejo en su interior. Entró y pulsó el 7. Las puertas se cerraron y ella se giró para mirarse en el espejo. Estaba radiante. Se había maquillado a conciencia para la ocasión, había conseguido disimular totalmente sus ojeras gracias a un corrector beige bastante bueno. Dudó un poco con los ojos, pero optó por una línea de ojos discreta. Los labios rojos, por supuesto. Un ridículo pitido le alertó de que estaba llegando al piso indicado, se giró. Se retocó un poco la apretada falda antes de salir del ascensor.

Cuando llamó a la puerta el tipo abrió enseguida. Rondaría los 50, era alto y corpulento, conservaba el pelo, aunque con unas profundas entradas. Iba vestido de forma informal, pero se notaba que la ropa era cara, y parecía nueva. Se había pasado un poco con la colonia, pero Eva se lo tomó como un halago.

—Hola, por fin nos vemos. Pasa por favor —dijo él mostrando una amigable sonrisa.

—Gracias.

Eva entró en la casa. Simplemente viendo el tamaño de la entrada se imaginaba que el piso sería bastante grande. El tipo cerró la puerta.

—Bueno, yo soy Enrique, encantado de conocerte.

—Igualmente —Se dieron dos besos.

—¿Quieres ver el piso?

—Claro.

Enrique la llevó primero al salón, era lo más impresionante, grande y luminoso. Estaba decorado con gusto pero con poca personalidad. La limpieza era extrema, eso podía

significar que el tipo era muy ordenado o que se había hecho una limpieza a fondo en la casa recientemente, seguramente las dos opciones eran correctas. La terraza era grande y con unas excelentes vistas de toda la ciudad, Enrique recalcó este aspecto e insistió en salir fuera para mostrárselo. Sin duda no mentía. Eva se apoyó en la barandilla y miró a lo lejos, hacia las afueras, hacia la zona en la que se encontraba su pequeño piso, intentando adivinar qué estaría haciendo Claudia en ese momento.

—¿Te gustan las vistas?

—Sí, la verdad es que esta terraza tiene que ser una pasada en verano.

—Lo es.

Siguió enseñándole el piso. La cocina era moderna. Había pocas cosas, se ve que Enrique no era muy de cocinar. Ella podría preparar de todo ahí. Se imaginó una buena vida familiar, con un asado dorándose al horno y con Claudia correteando por el pasillo. Salieron de allí. Continuaron por el pasillo y Enrique abrió una puerta.

—Bueno, y esta sería tu habitación.

—Vaya, qué grande.

—Sí, es casi tan grande como la mía. Como verás hay de todo, por supuesto puedes cambiar la disposición de los muebles si te apetece.

—Así está bien.

Eva miró a su alrededor y se dirigió hacia la ventana, miró hacia el exterior. Notaba perfectamente la mirada de Enrique a su espalda recorriendo lascivamente su cuerpo. Se giró. La mirada de Enrique volvió apresuradamente a una posición neutral.

—¡Me encanta! —dijo Eva luciendo su mejor sonrisa.

—Me alegro, me alegro mucho.

—Sí, la habitación está genial, y el piso es una pasada.

—Me alegra oírte decir eso. Si quieres vamos al salón y hablamos un poco de las condiciones tranquilamente.

—Perfecto.

Volvieron al salón, Enrique le hizo un gesto para que tomara asiento en el sofá. Ella lo hizo, se sentó y cruzó las piernas de manera bastante sexy mientras miraba a Enrique con sonrisa maliciosa. Él respondió con una sonrisilla nerviosa. Lo tenía en el bote y le encantaba esa sensación.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Vino? ¿Cerveza?

—¿Tienes zumos?

—Sí, ¿de naranja o de melocotón?

—Mmmm... Melocotón por favor.

—Ahora mismo.

Enrique fue hasta la cocina, intentando no caminar demasiado deprisa. Se escuchó como abría la puerta del frigorífico. Eva aprovechó ese momento de intimidad para abrir su bolso y asegurarse de que todas las cosas estuviera a mano. Enrique regresó con el zumo y un botellín de cerveza para él.

—Aquí tienes.

—Muchas gracias.

Abrió su botellín. Le dio un trago, lo posó en la mesa y se sentó frente a Eva. Sus miradas se cruzaron y ambos soltaron una risita nerviosa.

—Bueno, ahora hablemos —dijo Enrique tomando la iniciativa—. Verás, nunca he hecho algo así, jajaja, no sé muy bien cómo empezar.

—Tranquilo. Yo ya he estado en esta misma situación un par de veces.

—¿Un par? —dijo sin ocultar su asombro.

—Así es.

—Bueno... perdona, no pretendo juzgarte, pero... como ya te digo esto es nuevo para mi.

—No te preocupes, dime simplemente qué es lo que quieres.

—Bueno, verás, soy un hombre ocupado. Trabajo mucho. No me quejo por ello, me gusta mi trabajo y gano bastante dinero. Pero... ya sabes, luego llego a casa después de un día duro y me siento solo. Busco un poco de compañía, alguien que me de vidilla por así decir jajaja.

—Ya, te entiendo.

—No tengo tiempo ni ganas de salir a conocer gente, ya voy para los 50 y todo ese rollo me cansa. Quiero una compañera de piso con la que pasar algo de tiempo, charlar y esas cosas.

—Ya, pero no buscas solo conversación, ¿verdad?

—Bueno, claro, también tengo mis necesidades. Pero como ya te he dicho dispongo de dinero, podría recurrir a la prostitución si quisiera. Pero no es eso lo que busco, quiero algo más íntimo, más personal.

—¿Buscas una pareja?

—No no, tampoco es eso... No sé bien cómo explicarlo... No busco una pareja, ni nadie que me cuide, no te asustes. Tú... bueno, tú o la que sea, podrías tener tu vida, quedar con quien quieras y hacer lo que quieras. Solo me gustaría encontrar alguien a veces por casa, otra persona que ponga algo de color en mi monotonía. Ya sabes, otro aroma, otro desorden incluso jajaja... Y el tema del sexo... Bueno, me avergüenza un poco pedirlo así, está claro, pero creo que un par de veces a la semana es algo normal, tampoco quiero abusar. No busco cosas raras, no soy un pervertido, de hecho soy un tipo normal, de gustos sencillos, romántico, atento, limpio... Ya te digo que intentaría que fuese algo natural y placentero para ambos.

—Suena bien.

—Entiendo que puede ser violento para ti, pero quiero

dejar claro eso, que no soy ningún pervertido ni un tipo raro. Me encuentro solo, eso es todo.

—No pareces mala persona.

—No, no lo soy, te lo aseguro. Bueno, me has dicho que ya has hecho esto antes ¿no?

—Sí, unas cuantas veces.

—¿Y qué tal?

—Me he encontrado de todo.

—Vaya.

—Así es.

—Yo ya te digo, aquí vas a estar a gusto, puedes disponer de la casa como quieras. Yo trabajo todo el día, tampoco te exijo que me esperes como un ama de casa, puedes hacer tu vida, nos vemos de vez en cuando, charlamos de nuestras cosas, podemos cenar juntos si se terciá, conocernos.

—¿Ha venido alguna más?

—Eh... sí. Bueno, vino otra chica hace un par de días.

—¿Y qué tal?

—Sinceramente, no me gustó, parecía una yonki.

—Bueno, yo no soy una yonki por si te lo estás preguntando.

—Ya ya, no lo pareces. Verás, tampoco estoy desesperado, no voy a meter a cualquiera en mi casa, espero encontrar una persona normal, tampoco pido mucho.

—¿Podría ser yo?

—Claro, de momento pareces bastante normal. Y ni que decir tiene que eres muchísimo más atractiva de lo que podría esperar. Pero... permíteme una pregunta que espero no te ofenda.

—Claro.

—¿Por qué haces esto? ¿Problemas económicos?

—Claro, la crisis, la maldita crisis, ya sabes...

—Sí, lo sé. Lo siento... Aunque eso me hace ver que eres

una persona normal. Ya te digo que intentaré hacer esto lo más agradable posible para ti, por supuesto si no te gusta puedes marcharte cuando quieras, sin rencores de ningún tipo.

—Nada hombre, tranquilo, me he visto en situaciones mucho peores.

—Vaya, lo siento. Pero, entonces, ¿te interesa?

—Por supuesto.

—Vaya, me alegro. Me alegro —Enrique agarró el botellín y dio un trago victorioso mientras se reclinaba en el sofá.

—Ponte de pie —dijo Eva de forma seca y autoritaria.

—¿Perdón?

—Levántate.

—¿Que me levante?

—Sí. Levántate, por favor.

—Sí, claro —Enrique dejó el botellín en la mesa y se puso en pie.

—Jajaja, ven hacia aquí anda, no muerdo, te lo aseguro.

Enrique obedeció como un perrillo y comenzó a acercarse tímidamente hasta ella. Cuando estuvo a su alcance Eva lo agarró del pantalón y lo atrajo hacia sí con un poco más de energía. Ya junto a él puso el rostro a la altura de su entrepierna. Acarició un poco el bulto del pantalón con su mano, luego empezó a desabrocharle el cinturón despacio, mientras lo miraba fijamente.

—Vaya, supongo que esto significa que estás de acuerdo con el tema de la habitación.

—Claro, solo quiero echar un vistazo a lo que tenemos por aquí.

Eva le desabrochó completamente el pantalón y se lo bajó un poco, continuó acariciándosela sobre el calzoncillo. Aquello empezaba a crecer. Enrique suspiró. Eva le bajó el calzoncillo y la miro con ternura, luego a él. La acercó a sus labios y le dio un par de besitos cariñosos en la punta. Él se

dejó hacer. Eva comenzó a pasar suavemente su lengua a lo largo del miembro que empezaba a palpar y levantarse. Luego, suavemente, deslizó la piel hacia atrás y se la metió en la boca. Comenzó a succionar poco a poco. Enrique soltó un profundo gemido y echó la cabeza hacia atrás, acercó una mano temblorosa hasta la cabeza de ella y se puso a acariciarle el pelo de forma cariñosa mientras disfrutaba del momento.

3.

La Princesa Champiñón y el Gato Atigrado estaban tumbados en una verde colina mirando las nubes.

—¿Has visto esa? Es igual que una gallina montando en bicicleta.

—Sí, y esas pequeñas de ahí son sus polluelos que la siguen andando.

—Los tiene vigilados porque es su mamá y nunca los dejaría solos.

—Con esos pollitos se podrían hacer nuggets, muchos nuggets.

—¡Gato! ¡Como dices esas cosas! Son sus pollitos, no te los puedes comer.

—Lo siento Princesa, pero es que tengo hambre.

—Yo también.

Claudia escuchó en ese momento como abrían la puerta de casa, debía de ser mami. Dejó al Gato y La Princesa sobre el alfeizar de la ventana para que siguieran

contemplando las nubes y corrió a su encuentro. Mami llegaba cargada de paquetes.

—¡Mami! ¡Mami!

—Hola cariño.

—¡Mami! ¡Qué de cosas!

—Quita un poco cariño que me voy a caer, déjame entrar.

Eva fue hasta la cocina y dejó todas las bolsas en el suelo con un profundo suspiro, luego se dejó caer sobre una silla. Claudia empezó a meter la cabeza en las bolsas y revolver su interior.

—¡Claudia! Estate quieta, espera a que lo guardemos todo.

—¿Qué has traído?

—Comida, que teníamos el frigorífico temblando, ahora me ayudas a guardar todo y lo ves.

—¡Hala! ¡Galletas! ¿Puedo? ¿Puedo? ¿Puedo? ¿Puedo?

—No. Espera a que lo guardemos todo.

—Por favor, por favor, por favor, por favor.

—Bueno venga, pero solo un par que vas a merendar ahora en un rato.

—¡Bien!

Mientras Claudia abría el paquete de galletas Eva abrió su bolso. Sacó dos bolsas de plástico de su interior, la grande la metió en la lavadora, la otra la posó al lado del fregadero, la abrió y sacó un pequeño paquete de su interior.

—¿Están ricas las galletas cariño?

—Sí, son las de canela que me gustan.

—Ya lo sé, por eso las he comprado.

—¡Te quiero mami!

—Jajajaja. Oye cariño, ¿puedes acercarme un frasco vacío del mueble?

—Claro mami.

Claudia fue trotando hasta el mueble. Eva abrió el paquete, cogió el trozo de carne de su interior, abrió el grifo y comenzó a limpiar la sangre reseca.

—¿Este te vale mami?

—Sí cariño, ese está bien, cuidado no se te caiga.

—No.

Claudia le dio a su madre el frasco de cristal.

—No comas más galletas que te hinchas y voy a hacer cruasanes de jamón y queso para merendar, ya verás qué ricos.

—Hala, ¿cuando?

—Ahora mismo, cuando acabe con esto.

Eva abrió el armario sobre el fregadero y de la parte de atrás cogió una botella. La abrió y vertió el líquido semitransparente en el frasco de cristal. Cuando estuvo lleno cogió el trozo de carne ya lavado y lo metió en su interior. Observó como se sumergía y cerró el frasco con fuerza. Lo alzó hasta la altura de su rostro y volvió a observarlo.

—Cabrones.

Eva se colocó el frasco en el regazo y fue caminando hasta su habitación, Claudia se pegó a su espalda y la siguió mientras se comía una galleta.

—Te he dicho que dejes las galletas.

—Esta es la última.

Cuando llegó a su habitación Eva colocó el frasco en la mesa junto a los otros. Abrió su armario y comenzó a colocar todos los frascos en su interior. Claudia se acercó a la mesa y se puso de puntillas para poder mirar el nuevo frasco de mami. Lo observó atentamente, esta era un poco más pequeña que las demás.

—Mami, ¿por qué guardas estas cosas?

—Son trofeos.

—¿Qué es un trofeo?

—Da igual, no los mires. ¿Quieres el cruasán o no?

—¡Sí! ¡Sí! Quiero el cruasán.

—Pues ale, vete poniendo la mesa mientras guardo esto.

—Voy.

Claudia se alejó al trote hacia la cocina. Eva continuó guardando los frascos en el armario. La Princesa Champiñón y el Gato Atigrado continuaban en la ventana, mirando las nubes.

RUMBO AL POBLADO

Bien: era de noche y me la estaba chupando una preciosa gótica de diecisiete años. Yo estaba recostado en el asiento de atrás de un coche. Más allá de la ventanilla la oscuridad más profunda y absoluta. Más acá de la ventanilla, en el interior del coche, lo mismo. Y más acá aún, en nuestras almas, lo mismo.

Miraba y veía su cabeza trabajando, arriba y abajo, arriba y abajo. Lo hacía bastante bien, conocía el ritmo. Dibujaba círculos sobre mi glande y luego aumentaba la intensidad. Yo alargaba mi mano y la pasaba entre su pelo rubio con mechuras rosas respirando pesadamente y escuchando el ruido de la succión.

Y no conseguía empalmarme.

Concentración. Vamos tío, esto no pasa todos los días, aprovéchalo. Concentración.

Intentaba focalizar mis fuerzas en el pene, viejo amigo. Todas mis esperanzas y frustraciones, todos los años de sequía, los malos tiempos en los que deseaba que una chica así hiciera aquello, y nunca lo hacían. Las veía largarse con tipos mayores e interesantes y yo me largaba a casa a ver porno.

Ahora yo era el tipo mayor e interesante, ahora veía lo fácil que era engañar. Escucha la succión.

Nada, no había manera. Tenía una tímida erección, pero muy alejada de lo que podría ser. Empecé a sentirme mal,

la lucha interior. Soy un capullo, un arrastrado, si Epicteto o Marco Aurelio pudieran verme... Qué vergüenza. Bueno, supongo que Epicuro me apoyaría... No, seguro que él tampoco, estoy solo en esto.

Los tímidos avances conseguidos tan duramente retrocedían, retrocedían. Maldita sea.

Me rendí.

Agarré su cabeza por las trenzas e intenté levantarla. Ella no se daba por vencida tan fácilmente como yo, se aferraba como una sanguijuela a mi mustio miembro. Ah, la fuerza de la juventud.

Finalmente logré arrancarla de allí.

—¿Qué ocurre, no te gusta?

—No joder, es que... creo que he bebido demasiado.

—Bueno, tranquilo, no pasa nada.

Sí claro, pensaba yo, no pasa nada, seguro. Se recostó sobre mi hombro y me besó en el cuello. Era cariñosa, quizás no le importara realmente. No creo, solo intentaba que no me sintiera mal, ella lo había intentado, no tenía nada que reprocharse a sí misma.

Seguía besándome en el cuello, luego lo rodeó con su delgado brazo y cerró los ojos tras un suspiro. Yo miré hacia abajo. Allí estaba, el cabrón me había dejado tirado ¿No se suponía que estabas siempre a punto? Se supone que soy un enfermo. Me masturbo cinco veces al día. Sufro erecciones cada vez que veo a alguna chica apetecible en la tele o en las calles. Me empalmo en trenes, en bares, en bibliotecas, en cines, en entrevistas de trabajo, en supermercados, en ascensores, en iglesias, en museos, en parques, en cualquier parte, a cualquier hora. Pero ahora me fallas, justo ahora que tienes al lado a una preciosa y descarada lolita que huele igual que esas gominolas con forma de corazón bañadas de azúcar. Ahora me fallas. Le dije todo esto mirando fijamente

su único ojo. Ella me miraba triste y cansada, arrugada. Me sentí ridículo y la escondí en el calzoncillo.

Me sentía mal. Quería largarme de allí, estar solo, encerrarme o que me encerrasen, volver a la oscuridad de la que nunca debí salir. Me sentía como una mosca. Era feliz en la mierda, paseando sobre ella, aspirando su aroma, frotándome las patas, pero alguien encendía una maldita bombilla y me volvía loco, cegado por la falsa luz, creyendo que encontraría a Dios, el Todo, el Tao, o como coño quieras llamarlo. Y corría hacia esa luz, frenético, alocado, delirando, dejando que me envolviera. Pero nunca era Dios, solo era una bombilla, y no aprendía la lección.

Intenté relajarme.

Bien, aquí estoy. Se han dado millones de improbables variables. Todo estaba en contra y, contra todo pronóstico, aquí estoy. No hay nada que temer. No compro revistas del corazón, apenas veo la tele, no tengo una hipoteca, no vivo con una persona a la que odio, conservo mis extremidades, evaúo con regularidad, todo va bien, no hay nada de qué preocuparse. Inspira, expira. Ellos están equivocados, tú tienes razón. Ellos están equivocados, tú tienes razón. *«Las palabras que son verdad no son bellas, las palabras que son bellas no son verdad».*

Ohmmmmmmmm...

Entonces un sonoro golpe me arrojó de nuevo al mundo. El coche pegó un bote y me golpeé ligeramente contra el techo, mi pequeña acompañante abrió los ojos, ambos miramos hacia adelante.

Sobre el capó yacía el cuerpo de una joven y sobre ella un jadeante depredador que la embestía con fiereza. El coche se mecía con sus movimientos como un frágil velero en medio de la tempestad. La joven gemía, y su expresión era la de una presa consciente de su final. El depredador rugía,

la despedazaba con sus garras, abría sus babeantes fauces en una mueca de maldad. Mi acompañante y yo mirábamos sorprendidos esta repentina muestra de crueldad animal. La naturaleza. La vida. Mostrada sin adornos ni tapujos ante nosotros en toda su gloriosa brutalidad.

El jadeante depredador era mi colega Jaime. La indefensa y débil presa era... ¿Cómo se llamaba?... A saber. Era la amiga de mi acompañante, de la que por cierto sí recuerdo el nombre, Pilar, creo. Las habíamos conocido hacía un par de horas en un garito de góticos, un antro oscuro donde todas las personas estaban serias como escobas, fingiendo tener un alma hecha jirones. Jodidos góticos. En fin, que llegamos Jaime y yo tambaleándonos, empujando y pisando a diestro y siniestro, nunca mejor dicho. Yo me pedí una cerveza e intenté ser un poco dueño de mí para posteriormente abordar la situación, paso a paso, con ojo analítico. Antes de que me diera cuenta Jaime ya estaba sentado en una mesa con estas dos chicas.

Jaime era lo que comúnmente se conoce en los diversos entornos sociales con el apelativo de «un puto crack». En lo que yo (sujeto A) había tardado en construir y posteriormente formular (a un sujeto B) la sentencia: «una cerveza, por favor», Jaime (el puto crack) se había adueñado completamente de un entorno exterior femenino. Yo admiraba (y envidiaba, para qué vamos a mentir) ese aspecto, ese don de su persona. Allí estaban, riendo y gesticulando como si se conocieran de toda la vida. Ellas estaban fascinadas, regadas por esta nueva y poderosa luz que las sacaba de sus tinieblas.

Jaime poseía todas las armas ante los incautos: un físico y unas facciones cinceladas por el mismísimo Miguel Ángel, deslumbrante sonrisa, pelo ordenadamente revuelto, ojos expresivos, personalidad arrolladora, conversación abundante sobre variados temas, seguridad en sí mismo, un

toque de rebeldía... A mí no me engañaba, por supuesto, yo le conocía desde hacía años y sabía los terribles y afilados abismos que se escondían en su interior, tras esa sonrisa inmaculada. Yo sabía que era un depredador despiadado, presa de todos los vicios: alcohol, drogas y mujeres, en todas sus variantes. Constreñido por los convencionalismos pero lo bastante astuto para moldearse a ellos tras una máscara con el fin de saciar sus instintos, aprovechando las situaciones. Jaime sabía crear una buena primera impresión, que dicen que es la que queda. Su egoísmo y artimañas alejaban a la gente de él cuando las máscaras caían, pero hasta que ese momento llegaba provocaba una fascinación inusual. Tenía la capacidad de caer bien a todo el mundo en un primer momento. Poseía una labia con la que habría sido capaz de venderle una camiseta de Slayer a Juan Pablo II. Cada vez que alguien me soltaba lo de «qué simpático tu amigo» yo sonreía y observaba el proceso, nunca lo delataba, no hacía falta. Acababa descubriéndose solo. Era una persona pasional, y cuando tenía lo que quería de ti te mandaba a la mierda. Así, sin convencionalismos. Jaime solo tenía un amigo: yo. Mi conocimiento del ser humano y nula capacidad de sorpresa hacían (y hacen) que no pueda herirme ser alguno. Tras los iniciales instantes de adaptación a la nueva situación creo tener las cosas bajo control, sé lo que hay. Sabiendo que la traición y el engaño se esconden tras cada uno me preocupo de no dejar zona del alma sin coraza que pueda ser atravesada. Algunos lo llaman desconfianza o pesimismo, yo lo llamo precaución.

Cuando se trataba de «salir de caza» estaba claro que Jaime era un poderoso aliado y yo, cual rémora, era consciente de ello. Y si pensáis en mí como un carroñero o un parásito os diré que no es del todo cierto. Me gusta más visualizar la situación como la del dueño de un perro de

presa. Y es que las apetencias de Jaime eran más instintivas que estéticas. No perseguía la belleza o algún otro canon establecido sino simplemente saciarse con el mínimo esfuerzo en el mínimo tiempo. Atacaba a la menor señal de flaqueza, que por lo general venía de los miembros más débiles. ¿Lo vais pillando? La mayoría de las veces se quedaba con las menos agraciadas que eran las que le hacían caso más rápidamente, dejando a las más bellas expuestas a mis tácticas mucho más reptilianas. Él era el de los certeros zarpazos, yo el del veneno lento y mortal.

Así había sido también en esta ocasión. Mi presa, Pilar, era una fascinante belleza de interesante y excéntrica personalidad, la suya era más tontita y poco agraciada.

En cualquier caso en ese instante a mí me había azotado la paranoia. Mi incansable mente se había puesto a girar cual lavadora centrifugadora, incapacitándome para dejarme llevar y arrugando mi miembro viril. En cambio a él no le pasaba esto, su misión era taladrar y taladraba. Por lo visto las drogas y el alcohol que habíamos ingerido en similar proporción y mezcla no habían producido en él disfunción eréctil alguna. Ahí estaba, sobre el capó, una prueba empírica irrefutable.

Estaba claro que era algo mental, la debilidad ante el abismo. Es mi problema, porque entonces, al igual que ahora, **NO PUEDO DEJAR DE FORMULAR CHORRADAS.** Me fabricaron sin piloto automático, maldita sea. El mundo no es de los que piensan, es de los que actúan. Los místicos, los divagantes divagadores, creen salvarse poniendo sus fuerzas y esperanzas en un plano más elevado y, quizás, ¡este ni siquiera exista! El mundo futuro, tras el lavado, seguramente no sea de los filósofos ni de los poetas, seguramente sea de los insectos o de los reptiles. La mayoría de la actividad del cuerpo es inconsciente, y no lo digo desde un punto de vista

Freudiano, me refiero a la actividad mecánica esencial. Todas esas vísceras que trabajan en tu interior de forma incansable para mantenerte con vida. ¿Tú sabes algo de ellas? Yo no. Como mucho puedo ser consciente del latido de mi corazón si acerco la mano, o el movimiento de mis pulmones. Imagino, en mi organismo, la de áreas que tienen que ponerse en funcionamiento para que yo levante una mano o para que me tire un pedo. Cientos de mecanismos, miles, millones. Y yo no soy consciente de ninguno de ellos. Yo estoy aquí, escribiendo un relato. Y realmente lo que me mantiene con vida no es poder expresar mis pensamientos en un papel sino poder evacuar normalmente. Es terrorífico. En realidad la conciencia, el alma, o como lo quieras llamar, no es más que un mecanismo de defensa de nuestro organismo, un mecanismo contra nosotros mismos, un pasatiempo que ha ideado para que nos mantengamos entretenidos y le dejemos a lo suyo que es sobrevivir. Piénsalo, si de repente tuvieses que hacerte cargo de todos los procesos de tu organismo de forma consciente, ¿podrías hacerlo de forma eficaz? ¿Serías capaz de coordinarlo todo? Yo desde luego no. A veces olvido las llaves de casa, o lavar la ropa, y mi puntualidad es un desastre. No podría hacerme cargo de algo tan complejo como mi propio organismo, se me olvidaría respirar y moriría en cualquier momento. Mi cuerpo lo sabe y ha creado esto, mi puta conciencia, para mantenerme alejado de lo verdaderamente importante, para evitar que la cague. Mi propio cuerpo no se fía de mí. Racionalmente la animalidad se ha impuesto a la racionalidad, y con razón, porque es razonable.

Todo se reduce a que en ese momento Jaime follaba y yo no, porque me rallo. Y me rallo aún más estando encocado hasta las cejas como en ese preciso momento. Jaime no pensaba en todas esas mierdas filosóficas, por lo que su legado genético tenía más posibilidades de perdurar. Instinto

noquea a análisis. El triunfo de la voluntad. ¿Qué opinas Arthur?

Creía buscar algo. Pero pensar, leer, escribir, crear... Todo era inútil, un pasatiempo, un juego para incautos soñadores.

Juguemos pues.

Solo soy una mosca que gira alocada y febril alrededor de una bombilla, pero sigamos con nuestra historia.

Pilar miraba fascinada como se follaban salvajemente a su amiga sobre el capó en mitad de la noche, a la luz de la luna y los faros amarillentos.

Pude ver en su expresión la envidia. Sabía que mentía cuando dijo aquello de «no pasa nada». Este hecho no por esperado me molestó menos. Mi zen se derrumbaba. Mi solitario y acogedor refugio estaba lejos de allí. No podía salir corriendo, solo podría salvar ligeramente los muebles si conseguía empalmarme. Me concentré en ello. Cerré los ojos. ¡Arriba! ¡Arriba! Pero era un trabajo inútil. Jodida conciencia. ¿Ves? En cuanto intentaba hacerme cargo de algo la cagaba. Si tan solo pudiera dejarme llevar....

—Joder, ¡cómo se la están follando! —exclamó Pilar.

—Ya —dije yo sin saber muy bien cómo tomarme esa frase—. Oye, lo siento, no es culpa tuya, el puto pedo, ya sabes.

—Te he dicho que no te preocupes, ya habrá otra ocasión, no es la primera vez que me dejan tirada.

—Eres joven, no habrán sido tantas.

—¿Qué te crees? Me llevan follando desde que tenía trece años —dijo orgullosa.

—Vaya, pues qué bien —eso explicaba su pericia, y me ridiculizaba un poquito más.

—Es que me sorprende mucho mi amiga, creo que es su primera vez.

—No jodas.

—No sé, de las primeras seguro. Salgo con ella a menudo y nunca la había visto tan lanzada. Me estoy quedando loca. Yo soy la que se va con los tíos a la mínima, pero ella es mucho más cortada e inocente. No lo entiendo, qué fuerte.

—Ya, el jodido Jaime, no sé qué las dice.

—Es mazo de simpático tu amigo, me ha caído bastante bien.

—...

Nos quedamos en silencio mirando el espectáculo, mecidos por el vaivén del coche, como en una barca, qué romántico. Ella, fascinada, comenzó a tocarse y yo, abochornado, comencé a tocarme, la barba. Por suerte la exhibición no se alargó mucho. En un determinado momento Jaime soltó un profundo gemido entre espasmos, supuse que se estaba derramando. Misión cumplida. Voluntad 1. Respiró profundamente levantando la vista a las estrellas. Luego giró la cabeza y miró al interior del coche, buscándome. Me encontró y me dedicó una sonrisa de satisfacción. Acto seguido, o más bien acto y aparte, se desacopló y se subió los pantalones. Mientras se encendía un cigarrillo su pequeña presa se incorporó también, ella en cambio evitó mirar tanto al cielo como al interior del coche. Seguramente se sentía abochornada, se preguntaría cómo había llegado la cosa hasta ahí, quizás no fuese tan buena idea a veces eso de dejarse llevar. Se subió las bragas y se acercó a Jaime, se pusieron a hablar. Yo los observaba en silencio.

Al poco la chica se subió al coche y se sentó delante sin decir nada. Pilar rompió el hielo.

—¿Vaya arrebató no? Joder tía, jajaja, me acabas de dejar en la parra —ella no contestó, respiraba pesadamente.

—Pues sí tía, me has sorprendido, no sabía que fueras así. ¿Y qué tal? ¿Habrás estado bien no? Joder, por cómo gemías...

Pilar continuó riendo pero su amiga no contestaba.

Jaime seguía fuera mirando el horizonte y yo seguía sin saber muy bien cual era mi papel en esta historia.

—Bueno tía, di algo ¿no?

—Pili, quiero irme a casa, acompáñame por favor —dijo al fin.

—¿Pero qué dices?

—Quiero irme a casa.

Entonces empezó a sollozar. Pilar y yo nos miramos. Opté por salir del coche y dejarlas solas. Hacía una buena noche de verano. Jaime seguía de espaldas al coche mirando al vacío. Me acerqué poco a poco a él, con cautela, sin olvidar lo que era, a la expectativa. Cuando estuve a su lado le di un golpecito en el hombro y le hablé.

—Hey tío, ¿qué tal?

—Psché.

—¿Qué hacemos ahora?

—Vaya unas zorras.

—¿Qué?

—Las tías estas, menudas perras, ¿tú qué tal con la tuya?

—Bueno, normal, no hemos hecho nada.

—¿No te la has follado?

—No tío, voy un poco perjudicado. Me la ha chupado un poco pero no he conseguido empalmarme.

—Pues yo a esta la he echado un polvazo que se ha quedado loca.

—Sí, ya te he visto.

—Menudo chochito tío, canela fina, ni te lo imaginas, me la estaba estrujando a más no poder, estaba casi sin usar. Me ha dejado los calzoncillos llenos de sangre la muy perra. La he taladrado pero bien. Me hacía falta ya pillar a una niñita así, estoy harto de putas con el coño dado de sí. Es como meterla en una bolsa de basura.

—Sí ya. Bueno, ¿ahora qué coño hacemos?

—¿Qué edad crees que tienen estas dos?

—La mía diecisiete, me lo ha dicho. La tuya no sé, muy mayor no parece.

—No creo que tenga mas de quince o dieciséis.

—No, no creo.

—Vaya número.

—Ya.

Volvimos a quedarnos en silencio. Jaime se sacó un cigarro y me pasó otro. Fumamos arrojando el humo hacia el universo. Realmente era una buena noche de verano. Jaime estaba algo serio, podía notar su mente trabajando, escuchaba los engranajes. Yo ya empezaba a imaginármelo. Le pregunté.

—¿Te pondrías condón no?

—Qué dices tío, ¿y desaprovechar un coñito así?

—Eres un capullo tronco, ¿al menos lo echarías fuera no?

—...

—¿Y bien?

—Sí, joder, me corrí fuera.

—Menos mal.

—Bueno... Quizás...

—¿Quizás qué?

—Joder tío, ya sabes.

—¿El qué?

—Mierda, ya sabes... ¡Joder! Antes de llover chispea.

—Joder tío, no seas capullo, que son unas niñas.

—¡Unas niñas mis cojones! No me ralles ahora, que las den por culo. Quizás se me escapó un poco. Bueno, ¿y qué? Si tiene alguna reclamación que hacer que me busque. No te jode. ¿Tienen tu número?

—No.

—Pues el mío tampoco. Solo son otro par de zorras. Ahora las llevamos a su puta casa y a correr.

—Muy bonito, eres todo un romántico.

—El amor ya no es contemporáneo.

—Eres un capullo, un jodido merodeador.

—Oye, no me toques los cojones tú también. ¿Estamos?

Dijo esto mirándome de forma amenazadora. He de confesar que me cagué un poco. Me desafió con la mirada unos instantes, pero yo le aguanté la mirada como pude. Nunca hay que mostrar atisbo de flaqueza. ¿Por qué me juntaba siempre con lo peor de cada casa?

Dio una calada al cigarro y lo tiró contra el suelo. Luego me sonrió.

—Bueno tío, vamos a dejar a estas dos, monta en el coche.

Obedecí. Bueno, en realidad, a mí qué coño me importa, qué más da todo, algún día moriré y será maravilloso, dejaré atrás esta mierda. Paz y tranquilidad. «*El descanso eterno ganado lo tengo*». «*Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu*».

Monté en el coche.

El ambiente era de evidente tensión. Las chicas iban en la parte de atrás.

—Bien, ¿Dónde vivís? —dijo Jaime con un nuevo cigarro colgando en los labios.

—En la calle Tirso de Molina, al lado del Pandora — contestó Pili.

—Bien, pues en marcha.

Nos pusimos en camino dejando atrás ese triste descampado donde alguien dejó una parte de su inocencia, quizás la última. Solo los débiles sollozos de la incauta arañaban el silencio.

Jaime encendió la radio para no oírlos.

Y yo lo agradecí.

Volvimos a ser engullidos por la gran urbe y al poco llegamos a la dirección que nos habían dicho. Jaime detuvo el coche sin decir nada.

—¿Os viene bien aquí?

—Sí, aquí está bien —dijo Pili. Su amiga seguía sin hablar, yo tampoco decía nada.

—Bueno, pues nada. No ha estado mal la noche, ya nos veremos por ahí.

—Supongo.

Bajaron lentamente, cada segundo se me hacía eterno mientras cogían sus cosas. Pili no era mala chica, me gustaría haberme despedido de forma más elegante o, bueno, de alguna forma al menos, quizás pedirle el móvil para vernos otro día, con otra mentalidad. Pero era demasiado joven, me traería problemas seguro, y bastante tenía con mi locura personal como para cargar con la de otro. Solo quería que esa noche acabase de una maldita vez, estaba cansado tras dos días de parranda y mi cerebro palpitaba furioso presto para explotar en cualquier momento.

Casi sin esperar a que cerrasen la puerta Jaime arrancó furioso y se precipitó en la carretera. Pude verlas una última vez por el retrovisor, dos figuras que se fundían en la noche y el humo, alejándose. Estábamos todos metidos en el mismo orinal, nadando alocados sin rumbo.

Jaime bajó la ventanilla y apoyó su brazo izquierdo sobre ella. El viento ondeaba su pelo, iba deprisa, demasiado deprisa. Me preguntaba si su estado sería el idóneo para conducir. Preferí seguir en silencio convencido de que en cualquier momento chocaríamos contra algo. Jaime comenzó a reír alocadamente.

—Guau. ¡Joder, qué alivio! Pensé que no se largarían nunca, jajajaja.

—Tío, me siento mal.

—Jajajaja, ¿qué dices?

—No me encuentro bien Jaime, estoy rayado.

—Bah, ahora nos ponemos un poco pedo y se te olvida todo, ya verás.

—Pero qué dices, llevo ya una tajada de espanto.

—Nunca es suficiente, ¿dónde vamos?

—Yo a mi casa.

—Jajajaja, de eso nada.

—Venga no jodas, ¿me vas a secuestrar o qué?

—No hombre, pero una última copita habrá que tomarse joder, después de todo esto...

—Mañana curro.

—Entras en el turno de noche, anda que no queda, podrías estar muerto para entonces.

—A este paso seguro.

—Jajajaja, venga hombre, la última.

—Maldita sea, vale.

—¡Así me gusta tío! —al decir esto soltó el volante, me cogió la cabeza y me besó en la frente.

—¡Hijo de puta, coge el volante que nos matamos!

—¡¡¡Ah jajajaja!!!

Bien, la situación era que estaba montado en un coche con un psicópata. Metido en una cuenta atrás irremediable. O fallecía en la carretera o sobrevivía e iba a currar a la fábrica de conservas. Una horrible e inevitable cuenta atrás hacia una muerte rápida o una muerte lenta. No había salida, nunca la hubo. Empezó a apetecerme de verdad aquella copa. Jaime agarró el volante, dejó de reír y se puso extrañamente serio de repente.

—Oye tío, ¿a ti te queda algo?

—Que va, nos metimos la última en el garito con las pivas estas.

—¿Pillamos medio más?

—Ni de coña.

—Venga joder, unos tiritos para cerrar la noche, ¿no te apetece?

—No.

Mentí. Claro que me apetecía. Sabía que era ridículo con la que llevábamos ya encima pero es lo que tenía la maldita cocaína cuando estabas en sus garras, si empezabas no hay forma de parar, era imposible, lo único que podía hacerte parar era quedarte sin dinero o sin camellos, si eso no te frena podías esnifar montañas, desiertos, mundos enteros.

—Venga, solo medio más —rogó Jaime—. Lo pillamos, lo volcamos, nos tomamos una copa y para casa.

—Déjame pensar.

—No hay nada que pensar.

—¿Y dónde coño pillamos a estas horas, va a amanecer en breve?

—Llama al Moha.

El Moha era nuestro camello habitual. Lo llamé. No llegó a sonar ni un tono: «el teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento, por favor, inténtelo de nuevo más tarde». Una parte de mí se puso furiosa, otra más grande respiró aliviada.

—Está apagado.

—¡Mierda!

—Pues nada, vámonos a casa de una puta vez, es lo mejor.

—¡No, de eso nada!

—¿Conoces tú a alguien?

—Pufff... A esta hora...

—Pues nada.

—Vamos al poblado.

—¿Qué?

—Vamos al poblado.

—Ni de coña, yo no me meto ahí.

—Venga coño, no pasa nada, conozco a una gitana que tiene un temita que alucinas.

—No me mola ir allí.

—Venga hombre no llores. En media hora vamos y volvemos, no tienes ni que salir del coche.

—No me hace.

—Ya estamos yendo.

Así era. Jaime ya había vuelto a salir a la autopista, encendió la radio y pisó más el acelerador. Íbamos sorteando coches como en un puto vídeo juego. A mí ya me daba igual todo, sabía perfectamente lo que iba a pasar. ¿Morir? No lo creo, no tendríamos tanta potra: pillaríamos, beberíamos más, y yo me largaría a currar sin dormir y totalmente pedo. Y una vez allí, en la puta fábrica, empezaría a oír voces y vería cosas que no existen mientras me la jugaba manipulando maquinas viejas y oxidadas que podrían dejarme sin un brazo o sin cara a la mínima, y si salía bien parado de aquello me juraría a mí mismo no volver a hacerlo otra vez. Pero tras unos días de trabajo, vacío y desesperación volvería a estar en el mismo sitio, porque yo era una res marcada, sin otro destino posible, atrapado aquí, confuso, en esta roca gris.

Mientras pensaba esto casi nos chocamos contra un camión, pero solo fue un destello, no hubo suerte.

—¡¡¡Guau, coño, eso ha estado cerca, JAJAJAJA!!!

Miraba a Jaime.

Las horas en vela, el alcohol y las drogas deformaban tanto su cara como mi percepción de ella, solo podía ver un amasijo de horror.

Reaccioné de la única forma que podía hacerlo: con resignación, dejándome llevar. Esta vez no me costó tanto como antes. Podría haberme resistido, es cierto. ¿Por qué no lo hice? Porque aunque ahora intente lloriquear era lo que quería, lo que siempre he querido: la autodestrucción.

Al fin y al cabo era una situación con cierto romanticismo: dentro del horror, dentro de un mundo de vidas desperdiciadas, dos locos avanzando por una carretera,

sorteando a los que se creen mejores y no lo son, porque todos estábamos atrapados, condenados, improvisando. ¿Qué diferencia había entre arrojarte al abismo de la locura o al de la cordura? Nadie sabía nada. Todo se reducía a avanzar por una carretera estrecha en la noche, avanzar hacia la muerte. Algunos corrían más que otros, esa es la única e insignificante diferencia. Nos vemos allí amigo.

Finalmente pasamos por Mercamadrid, los camioneros descargaban su mercancía en la noche. El otro mercado estaba a poca distancia, ya se dibujaban las chabolas en el horizonte. Redujimos la velocidad y cogimos el desvío, no éramos el único coche que se adentraba en esas oscuras tierras a esa hora.

Vimos un coche patrulla parado en la entrada. No nos intimidó y seguimos adelante. Yo observaba por la ventanilla.

En ese microcosmos que era el poblado de la droga las construcciones eran ruinosas, las calles pedregosas y cubiertas de suciedad. Había poca luz, veías coches parados aquí y allá, se mezclaban coches lujosos con latas de conserva motorizadas y en su interior los ocupantes convulsionaban en sospechosos movimientos. Figuras grises y sin rumbo se apostaban a los lados de la carretera, bañados por la noche. Algunos se arremolinaban al calor de las hogueras. Había movimiento. El poblado era un ente que gemía y sollozaba, como cualquier otro centro comercial, distintos decorados, distinta iluminación, mismas víctimas.

—Es allí.

Jaime se echó a un lado del camino y detuvo el coche.

—Bueno, esa es la casa. Voy para allá, tú espérame en el coche.

—No jodas.

—Sí tío, será solo un momento.

—Que te jodan, te acompaño.

—A ti no te conoce, si me ve contigo me la dejará más cara.

—Joder, vale, pero no tardes cabrón.

—Dame pasta.

—¿Qué? Hijoputa, el anterior lo pagué yo.

—Joder tío, ya lo sé, pero sabes que estoy sin blanca.

—Yo tampoco recolecto el dinero de un árbol frutal.

—Pero tú tienes curro mamón.

—Mierda.

—Joder tío, ya sabes que cuando tengo pasta me la suda, invito a lo que haga falta (hay que decir a favor de Jaime que eso era verdad). Ya sabes que estoy jodido, tengo que pagar al abogado y no sé de dónde voy a sacar la pasta.

—¿El abogado?

—Sí joder, de la zorra esa que me denunció por malos tratos.

—Sí, ya me acuerdo.

—Es todo una puta mierda. Tío, algún día te compensaré, lo sabes joder.

—No te preocupes, no hace falta. ¡A la mierda!

—Jajaja, ¡a la mierda!

Agarré la cartera y saqué un billete de cincuenta, un puto papel de colorines. Todos estábamos jodidos por esos papeles, humillándonos, arrastrándonos, matando y muriendo para conseguir unos cuantos y gastarlos en cosas que nos permitiesen olvidar la humillación por la que pasamos para conseguirlos, en un círculo vicioso infernal.

Le di el billete.

—Gracias tío, sabes que cuando me vaya mejor te invitaré a lo que quieras, eres un colega.

—No te rayes Jaime, que le jodan, es solo un puto papel de colores.

—Ya verás como nos vamos a poner, me cago en todo, tú y yo contra el mundo joder.

—Venga, menos poesía y más acción, vete a pillar que quiero salir de aquí cuanto antes.

—Ya voy, ya voy.

Salió del coche y se fue caminando velozmente hacia un pequeño chalet que había más adelante, perdiéndose en su interior.

Yo miré a mi alrededor. Estábamos a las afueras del poblado, en una relativa calma. Me fijé en un grupo de yonkis a lo lejos que se calentaban en torno a una hoguera, delgados y andrajosos, ¿sería ese mi futuro? Empecé a rayarme e intenté no pensar en ello. Estaba nervioso ante la cercanía de la droga, solo de pensar en ello se me relajaba el esfínter y comenzaba a pedorrear, me comía las uñas, el tiempo pasaba lento. Entonces me di cuenta de que yo también era un yonki. Me encendí un cigarro y me tiré otro pedo mientras aguardaba mi dosis.

De repente vi a lo lejos dos yonkis que se acercaban hacia el coche, hacia mí. Caminaban a trompicones, balanceándose con la luna a sus espaldas. Era exactamente igual a las imágenes de las pelis de zombies de George A. Romero. Y venían a por mí. Miré hacia el chalet, ni rastro del puto Jaime. Los muertos vivientes estaban cada vez más cerca, ya casi distinguía sus desfigurados rostros. Sin duda venían a pedirme algo, tabaco, dinero, una jeringuilla, un paraguas, mortadela, quién sabe. Lo último que me apetecía en el mundo era hablar con otro yonki, no quería enfrentarme a ese abismo, ese horrible espejo futurista. ¿Qué hacer? Se acercaban más y más, ya casi estaban junto a mí.

Cerré la ventanilla y eché seguro a las puertas. Una vez bien encerrado me tumbé en el asiento, fingiendo que estaba al borde de una sobredosis. Entorné los ojos y saqué un poco la lengua.

Los muertos vivientes se asomaron a la ventanilla. Me observaron un momento y golpearon el cristal.

—Hey tío. Colega. ¡Hey tío!

Yo gemí débilmente y empecé a balancear despacio la cabeza hacia adelante y hacia atrás.

—Amigo. Amigo, ¿estás bien? ¿Tienes un cigarrito?

Volví a gemir y me acurruque fingiendo dormir, volvieron a golpear el cristal.

—Amigo. Compadre, ¿un cigarrito por ahí?

Me ahorré el gemido esta vez y fingí dormir.

Permanecieron en silencio unos instantes, confusos, y se alejaron tímidamente. Esperé un poco y luego, convencido de estar fuera de su alcance visual, me incorporé. Mordisqueé una uña de mi dedo, me pedorreé y volví a mirar hacia el chalet, intentando comunicarme telepáticamente con Jaime. Funcionó. Vi su figura surgir de la casa. Venía rápido y muy recto. Intentó abrir la puerta, casi la arranca de cuajo pensando que estaba abierta. Accioné el seguro y permití su entrada.

—¿Por qué coño has cerrado?

—Me han atacado unos yonkis.

—Venga ya.

—Da igual, ponte unas ahora mismo.

—No he pillado.

—¿Pero qué coño dices? Si has tardado un huevo y vienes todo puesto, lo noto, no me tomes el pelo mamón.

—Sí, me he metido una para probarla pero no era la de siempre, no me convencía.

—¿Que no te convencía? Pero si alumbran más tus pupilas que los faros del puto coche. Además hemos venido hasta aquí solo para eso joder.

—Tranquilo, hay otro sitio. Y la tía esta encima no me hacía precio porque es muy tarde, no te jode, para eso nos vamos al super que está aquí al lado.

—¿Al super?

—Sí, tranqui, vamos ahí que siempre hay y siempre es lo mismo.

—Jooooder.

—No te pongas nervioso anda.

—Llevo nervioso desde ayer.

Volvimos a ponernos en marcha, esta vez aún más nerviosos y psicóticos. Nos adentramos en el centro del poblado. Había bastante gente y coches, cada uno con su locura, arrastrando su peculiar mochila de desesperación. Aparcamos entre otros dos coches, en uno de ellos un chico se ponía una raya, nuestras miradas se cruzaron un segundo.

—Eh, yo paso de quedarme en el coche otra vez.

—Vale, aquí da igual.

Nos bajamos y nos dirigimos a una especie de casa abandonada, parecía caerse a pedazos pero las puertas eran blindadas y la gente se esparcía alrededor de la entrada.

—Aquí es, voy a llamar.

—Joder, a ver si terminamos de una puta vez.

Jaime golpeó tres veces la puerta con el puño. Se abrió una ranura por la que apareció un ojo que nos observó un par de segundos. La ranura se cerró y escuchamos el ruido de los cerrojos al abrirse. Luego la puerta cedió y tras ella apareció un jodido coloso, era como el puto Golem de la película de Wegener.

—Pasad —rugió.

Entramos. El interior me dejó boquiabierto. Comprendí por qué lo llamaban el super, era justo eso, un supermercado, bueno, más bien parecía un jodido banco. Era exactamente igual que un puto banco. Había una larga cola en la que la gente se balanceaba intranquila, murmurando cosas. Había de todo en la cola: pijos, heavys, bakalas, tíos mayores trajeados, señoras, yonkis en chándal, Jaime, yo... Al final de la cola una ventanilla enrejada. En

su interior una señora atendía los pedidos. Aparte del coloso que nos había abierto la puerta había otros cuatro gigantes repartidos por la sucursal, seguramente armados. Nos colocamos al final de la cola a esperar, por suerte el movimiento era fluido y al poco ya estábamos ante la ventanilla. La dependienta era una señora mayor, podría haber sido mi madre, la tuya, o la vecina del tercero.

—¿Qué queréis?

—Coca.

—¿Cuánto?

—Uno.

—Cincuenta.

—Tenga.

—Toma. ¡Siguiente!

Sí. Así fue, con absoluta normalidad. La tía tenía de todo dentro de su puesto, pude ver una piedra de coca del tamaño de un diccionario de la real academia. Una bolsa llena de pastillas. Una báscula. Papelas. Marihuana. De todo. Enfilamos hacia la salida bajo la mirada de uno de los gigantes. La puerta por la que salías no era la misma por la que entrabas así que tuvimos que dar un pequeño rodeo para llegar al coche, pero llevábamos tal velocidad provocada por el ansia que un ojo humano común no podría habernos seguido con la mirada. Una vez dentro del coche cogí la funda de un cedé y abrí la bolsita mientras Jaime buscaba un turulo. Unté un poco la punta del dedo y lo chupé. Era buena, más de lo que esperaba. Fui generoso con la cantidad y en menos que canta un gallo dibujé dos gruesas líneas del tamaño de dedos índices.

—Toma Jaime, tú primero.

—No jodas, tú primero.

—No tío, venga, tú primero.

—No, no, la has pagado tú.

—No, insisto.

Seríamos yonkis, pero seguíamos siendo unos caballeros.

—De acuerdo.

Jaime agachó el lomo y aspiró. Echó la cabeza para atrás y me cedió el turulo mientras gemía de placer. Hice lo propio.

Un certero disparo entre ceja y ceja, sin gilipolleces, expreso rumbo al cerebro totalmente desbocado. ¡Zaca! ¡Pim! ¡Pam! ¡Pum! ¡Zas! ¡Yiiiiiiiiiaa!

Di un puñetazo contra el techo del coche. Ambos nos miramos resoplando presas de convulsiones. Luego la satisfacción del deber cumplido, el amargo sabor en el paladar.

Sí sí, eso ya era otra cosa.

—¿Qué, ha merecido la pena o no? —dijo Jaime mostrando otra de sus encantadoras sonrisas.

—Hombre, la verdad es que esta coca está de puta madre. Sí señor, de puta madre.

—Di que sí.

No podía dejar de pasarme las manos por la cara, como para asegurarme de que seguía ahí, de que no se estaba disolviendo en el espacio, movía las piernas como intentando tocar un doble bombo imaginario. Me bajó por la garganta y me dieron arcadas. Notaba el corazón a mil por hora. Quizás lo había conseguido por fin. Quizás no saldría de esta.

—Jaime, no me encuentro bien.

—Qué pasa.

—No sé, todo esto es... demasiado.

—Venga tranquilo, yo estoy aquí, jamás dejaría que te pasara nada.

—Lo sé, eres un colega de verdad.

—Claro, y tú también.

—No sé, todo se desmorona, me va a estallar la cabeza.

—Relájate. Te conozco hace mucho, ¿sabes cuál es tu problema?

—¿Cuál?

—Piensas demasiado. Le das demasiadas vueltas a la cabeza, a las cosas, a todas. Tienes que relajarte, a la mierda, pasarlo bien sin más.

—Yo no puedo pasarlo bien, ya no, me desvié de un camino que ya nunca podré volver a tomar.

—Joder, yo a veces tampoco lo paso bien, también me rallo, pero intento echarlo de mi mente cuando viene, escapar, evadirse.

—Pero, ¿así? ¿No hay otra forma?

—Es nuestra naturaleza, no podemos negarla, habrá quien se empalme haciendo senderismo, o pescando, cada uno sobrevive a su manera.

—Seguramente tengas razón pero, no sé, es todo tan gris...

—Por eso no hay que preocuparse, sabemos cómo son las cosas, no vivimos en un mundo de fantasía.

—Supongo que es una ventaja.

—No te preocupes, vas muy pedo, eso es todo, pero se te pasará.

—Jajaja, entonces estaré jodido por estar sobrio y querré volver.

—Exacto tío, no hay salida.

—Hey Jaime, eres un cabrón hijodeputa, pero me caes bien.

—Jajajajaja, tú también. Te quiero más que a un hijo, aunque seas un filósofo rayado.

—Vámonos de aquí anda, me deprime.

—Claro, pero antes ponte unas.

—¿Otras?

—Pal camino, unas pequeñitas.

—Claro.

Salimos de allí. Volvimos a pasar delante del coche patrulla, no nos paró. Luego el camino de vuelta a la urbe, a la jodida ciudad, a la civilización, a las luces de neón, a los chinos vendiendo arroz y latas de cerveza, a las tiendas de muebles, a las catedrales.

Amanecía. Esa hora terrible donde se mezclan las caras desencajadas de los que aún no se acuestan con las caras desencajadas de los que recién se levantan. Dos infiernos cara a cara.

Fuimos a un after que conocíamos, lleno de colgados.

No hace falta narrar mucho lo acontecido allí, puedes imaginarlo: caras desencajadas, miradas furtivas, copas, cigarros, escapadas al baño, incoherencias, tristeza, luces estroboscópicas, euforia, monedas, culos, tetas, frustración, cielo, infierno....

Al final todo cayó por su propio peso. La cosa no daba más de sí. Yo no daba más de mí.

Todo era gris una vez mas.

Y decidí huir.

Me escapé de allí.

No me despedí de Jaime, simplemente salí corriendo y lo dejé allí tirado hablando con una chica. Sobreviviría.

Al salir el astro rey me abofeteó como al descarriado que era y comencé el triste peregrinaje hasta casa. Llegué tras realizar un viaje en metro en estado comatoso, nadie en el vagón se asombró ni me preguntó nada.

Una vez en casa bebí agua en abundancia. Tenía hambre pero la mera visión del plato me daba arcadas. Me quedaban aun un par de horas antes de tener que ir a currar. Mi gato aullaba desesperado. No estaba castrado y le estaba entrando el primer celo, miraba melancólico por la ventana, lo cogí en brazos.

—No hay nada ahí fuera tío, nada en absoluto.

Pero no conseguí convencerlo. Me apartó de un zarpazo y continuó maullando mientras miraba al exterior. Podía sentirme identificado con él. Cada maullido me destrozaba el corazón.

Fue una época muy loca. Las cosas se han relajado un poco. Se que solo es una breve tregua. Pero aún con tregua el tedio persiste, el vacío persiste, la agonía persiste, el absurdo persiste...

Lo único que puedo hacer ahora mismo es sentarme, escribir esto y mirar esperanzado por la ventana, esperando a que empiecen a caer las bombas, que ardan las cosas.

Desintegración.

Limpieza.

Borrón y cuenta nueva.

Se me dibuja una sonrisa en el rostro, y eso es inusual...

Cuanto mal ha hecho la esperanza.

¡¡A la mierda!!

BLANCA NAVIDAD

No sé bien qué había pasado, simplemente se me estaba escapando de las manos, estaba perdiendo totalmente el control. Me encontraba totalmente atrapado en multitud de jaulas, tanto físicas como mentales. Dicen que todo tiene un porqué, traumas infantiles, malos recuerdos... Quizás solo era el boleto que me había tocado, la marca en mi frente, la sangre en mis venas, mi lotería no premiada.

Vivía atrapado en una fábrica de tuberías. El principio había sido una auténtica pesadilla, pero poco a poco me había labrado un camino hasta un puesto más cómodo y mejor remunerado. Lo peor ya había pasado. No obstante, a pesar de ser un puesto indefinido, respetado y bien pagado, sentía que no era el lugar en el que desperdiciar mi tiempo y mi vida. No quería morir allí, entre polietileno y antioxidante. No quería esa vida, una vida vulgar siendo una pieza más de un gran engranaje defectuoso, una vida de turnos rotativos, de fichar cinco minutos tarde todos los días y recibir luego mails de mis superiores quejándose por ello... Aún con eso se me podría considerar un tipo afortunado, mucha gente ni siquiera tenía un trabajo, mucha gente vivía en la calle, alimentándose de embutido y cartones de vino, viviendo en cajeros y hablando solos. Sí, a la vista de la sociedad creada a mi alrededor yo era una persona medianamente respetable, una persona con un

contrato indefinido. Me había buscado un sitio seguro en el que aposentarme y ahora podría pedir dinero al banco, comprarme un coche, una casa, buscarme una pareja y procrear. Era lo que los demás estaban haciendo pero, por más que lo pensaba, no lo veía claro, no lo veía claro en absoluto, me resultaba tan tremendamente triste... ¿Era esa la finalidad para la que fuimos creados? ¿Era eso con lo que soñaban los demás, a lo que aspiraban?

Un universo eterno e ilimitado... Millones de estrellas y planetas... En un rincón un pequeño planeta azul, ni muy grande ni muy pequeño... El milagro de la vida (algo que no ocurría en todos los planetas, algo bello e inusual)... Truenos, lava, miles de años, millones de años... Especies barridas por la adversidad, extintas para siempre... Ceniza, polvo... Una especie que supera retos, que esquiva a depredadores, que evoluciona, que avanza, que crea y descifra, que se mata en guerras, que muere en catástrofes... Cientos de años, miles de años, la evolución... Y todo, ¿para qué? ¿Para levantarse tembloroso a las 6 de la mañana, lavarse la cara, tomarse un café y correr hacia una fábrica, llegar tarde, fichar poniendo la mano en una máquina introduciendo una clave personal y sentarse frente a un ordenador a medir tuberías y realizar ensayos químicos durante horas, días, meses, años? No lo veía, no podía verlo... Así que cada mañana deseaba la muerte. Pensaba en ello, se me ocurrían muchas maneras de hacerlo. Pero algo dentro de mí me lo impedía. Me gusta pensar que era fuerte, que no quería rendirme del todo. Aunque también puede que fuese tan solo miedo, miedo a lo desconocido, a una vida de ultratumba aún peor que la presente.

Por unos días tenía una tregua de todo eso: estaba de vacaciones, estábamos en Navidad.

A mi empresa, como gran multinacional que era, le gustaba el rollo sectario. Nos hacían reunirnos a menudo

para maquinizar nuestros planes de dominación mundial, se celebraban seminarios y juegos para fomentar la camaradería y el sentimiento de hermandad. La cena de Navidad era el colofón anual a todo eso, y nunca se escatimaban medios.

Se celebró una enorme y fastuosa cena de empresa en un restaurante de lujo, se fletaron autobuses para llevarnos a todos hasta allí. Mi empresa era importante, tenía fábricas y sucursales por todo el mundo, miles y miles de empleados, miles de vidas sacrificadas a la causa. Éramos un ejército y teníamos una importante misión, vital para la historia de la humanidad y su carrera hacia la inmortalidad: llevar los grandes avances en el campo de la fontanería, la calefacción y la refrigeración radiante hasta todos los hogares del planeta. Y estábamos en el buen camino. Éramos los primeros del sector, el puto number one. Había que celebrarlo por todo lo alto.

Teníamos barra libre, cena y baile. Todos acudimos con nuestras mejores galas. Al principio, durante el cóctel, se formaban los inevitables corrillos, los de producción y almacén no gustaban de mezclarse con los de oficinas, los supervisores de producción hacían todo lo posible por acercarse y lamer los anos de los directivos, todo seguía su curso. Pero según avanzaba el tiempo y la gente se emborrachaba la situación se volvía más abierta y graciosa, empezaban las escapadas al baño donde corría la cocaína, la gente se empezaba a desmelenar.

Pasado el cóctel llegaba la cena, a la que muchos llegaban ya bastante tocados. Aunque yo era de control de calidad me llevaba mejor con los peones ya que habían sido mis compañeros, era el único que había llegado al laboratorio proveniente de la fábrica así que me respetaban. Yo prefería su compañía porque me resultaban personas más auténticas, menos presas de las apariencias. Me senté con ellos.

Empezaron a traer la comida, bandejas repletas de lujosos embutidos y mariscos, sopa de pescado, cóctel de gambas, solomillo con salsa roquefort... Era fácil distinguir a los cocainómanos terminales como yo porque eran los que no paraban de jugar con la comida sin decidirse a llevársela a la boca en ningún momento. De momento me alimentaba de vino. La gente reía sin parar, las conversaciones se superponían estruendosas e ininteligibles, veías a la gente masticar y deglutir a tu alrededor, trozos de gamba caían de sus bocas mezclados con saliva y salsa rosa. Empecé a sentirme mal, me levanté y me fui al baño. No era el único en esa tesitura. Me encontré con un compañero del almacén y otro de producción encerrados en uno de los retretes. Golpeé la puerta furioso.

—¡Policía! ¡Salgan inmediatamente!

—¡Maldito hijo de puta! —contestó uno de ellos mirándome con ojos de psicópata por entre la rendija de la puerta—. No ha sido gracioso.

—Calla de una puta vez y echa más material ahí.

Lo que iba a ser un tirito rápido se transformó en tres gruesas rondas. Era lo que pasaba en esos sitios, cada vez que acudías al baño ya había alguien allí haciendo lo mismo y, como buenos caballeros, cada uno invitaba a los demás. A pesar de lo romántico de estar encerrado con dos hombres en el mismo retrete decidimos concluir la reunión rápidamente y volver a nuestras mesas.

Al salir del baño agarré del brazo a uno de los camareros de nuestra zona, ya había reparado en él, un tipo joven con cara de estar harto de servir a otros.

—Hey, ¿qué tal el currele amigo?

—Bueno, podría ser peor.

—¿Te apetece una pausa para refrescar la velada? —dije rascándome la nariz.

El tipo miró a su alrededor, luego a mí, dudó un instante.

—Está bien. Pero rápido, estoy trabajando.

Volví a entrar al baño con él. Me incliné sobre el retrete y serví otro par sin escatimar, enrollé un billete de 10, esnifé mi parte y se lo tendí. El tipo la hizo desaparecer con un sorbo fuerte y preciso, era un profesional.

—Muchas gracias colega, lo necesitaba. Mmm... Es buena.

—Sí, lo es.

—Toma, guárdate el turulo.

—No, quédatelo como propina por tu buen trabajo.

—¿En serio? Joder, gracias de nuevo.

—Sí, oye, quizás podrías hacer algo por mí a cambio.

—¿Algo como qué?

—Bueno, tú y yo sabemos que el vino que nos estás poniendo no es exactamente el mismo que en la mesa de los directivos. Ya sé que te habrán dado orden de ello, pero no pasaría nada si los pobres esclavos saboreamos un poco de los placeres reservados a los de arriba, ¿no crees?

—Claro amigo, veré que puedo hacer.

Volví a mi mesa eufórico, tenía ganas de desnudarme y retozar sobre los platos de las hermosas chicas de recepción (pensé seriamente en hacerlo), la gente estaba muy pedo ya a esas alturas y seguramente mi acto sería recibido entre vítores y aplausos. Mi nuevo amigo el camarero se acercó a mi mesa.

—Señor —dijo mientras llenaba mi copa de un fantástico tinto.

—Mmmm... Excelente —paladeé.

—Le dejo aquí tres botellas, cuando las terminen les traeré más.

—Gracias caballero, un gran servicio.

—Es un placer señor —dijo mientras se retiraba.

Vací mi copa y la volví a llenar, serví a mis compañeros.

Era el puto amo, el rey del mambo, estaba en la cima, incluso me aventuré a probar el solomillo. Tras la octava botella un compañero y yo empezamos a lanzar gambas hacia las mesas de los directivos, se estima que unas 24.000 personas mueren al día de hambre o de causas relacionadas con el hambre, pero esos infelices estaban muy lejos ahora, y en un golpe magistral conseguí acertarle al director general en su reluciente calva con una gamba voladora cargada por el mismísimo diablo.

Terminada la cena nos tambaleamos hacia el gran salón para el baile. Para entonces ya se habían roto todas las normas del decoro y la decencia. La gente se caía al suelo y rodaba sobre sí misma, los hombres se arrancaban las corbatas y se abrían las camisas sudorosos, las mujeres se subían las faldas y abrían sus escotes, éramos cientos de esclavos borrachos y drogados disfrutando de nuestros miserables logros. Las pocas personas grises que se mantenían sobrias miraban el panorama a su alrededor, aterrorizados e indignados. Un tipo del almacén, con una borrachera descomunal, agarró de la cintura a la responsable de recursos humanos y empezó a zarandearla violentamente al ritmo que su cabeza hervida en vino creía que era el que marcaba la orquesta. La gente se bebía los cubatas de un trago, algunos salían a los enormes jardines con fines malévolos, corría el rumor de que la jefa de calidad se estaba follando a uno de los peones encargados de pegar las cajas de cartón, se supone que estaban encerrados en una pequeña caseta del jardín de fuera. El rumor me parecía fiable, estas jodidas arpías triunfadoras cuando se tomaban cuatro copas se volvían locas por el salami de los pobres obreros desgraciados, les daba morbo. Por otra parte el peón de las cajas era un enorme y fornido senegalés así que saca tus propias conclusiones. Yo por mi parte trataba de escapar

de una responsable de marketing que quería violarme, a cada paso que daba para huir de ella me encontraba con alguien que me tendía una copa o me invitaba a ir al baño.

Lo siguiente que recuerdo es despertarme en mitad de un jardín a las once de la mañana, a varios kilómetros de donde se había celebrado la cena, ni el más leve atisbo de qué hacía allí ni por qué. Por suerte no había perdido la cartera, pero sí la corbata y la americana, conservar la cazadora me había librado de una lipotimia mortal. Alguien, seguramente yo, había vomitado sobre mi camisa y mis zapatos. La resaca era brutal, completamente increíble, estaba seguro de estar a las puertas de la muerte. Intentaba vomitar sin éxito metiéndome los dedos en la boca cuando reparé en una señora acompañada de un perrito terrier que me miraba incrédula a unos metros de distancia. Supe que era el momento de salir de aquel jardín y esconderme en alguna parte. Busqué un taxi y le rogué que me llevara a mi casa.

No podía dormir a causa del dolor. Por suerte siempre tenía algo de droga en casa y acudí a ella buscando su comprensión. Fue entonces cuando me llamó mi madre por teléfono.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿Cuándo coges el tren para venir?

—Verás mamá, no sé si voy a ir a la cena.

—Pero es Navidad.

—Da igual, es solo una fecha.

—Es uno de los pocos días del año en que podemos estar todos juntos, en familia.

—Pero ya sabes que a mí no me gustan esas cosas.

—Nunca has faltado a la cena de Navidad, ¿cómo voy a explicarlo?

—No sé, di que tenía que currar o algo.

—¿Qué pasa? ¿Estás haciendo algo muy importante, algo como para no poder venir a ver a tu familia el día de Nochebuena y cenar con ellos?

—No, no es eso, es que son tres horas de viaje y no me apetece.

—Por favor, hazlo por mí, por tus hermanas. Llevamos trabajando desde ayer para tenerlo todo listo, vendrán amigos y familiares. Tu hermana lo ha organizado todo, seremos unos 15, estarán los primos, los niños... ¿No quieres ver a tus sobrinitos? Tu hermana no para de preguntar a qué hora llegarás. Y yo... Yo tengo muchas ganas de verte, te echo mucho de menos hijo.

—Bien... Ya... Ya te llamaré cuando sepa a qué hora llego.

—Sí, haz un esfuerzo, es lo que tienes que hacer, ya verás que bien... Luego nos vemos. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero mamá.

Colgué. No podía moverme, estaba destrozado física y mentalmente, pero sobre todo estaba triste, muy triste. No tenía nada preparado, no había comprado ningún regalo para nadie. Lo había intentado hacía unos días, pero tuve que escapar del centro comercial debido a las náuseas. Esa mierda, todo ese rollo navideño, no era nada más que una fecha inventada para hacernos gastar más y más, y no provocaba más que traumas.

Siempre había odiado las Navidades desde que era pequeño. Éramos muy pobres en casa y no solía haber dinero para los regalos. Yo no entendía nada de la situación, solo sabía que a mis amigos les traían muchos regalos y a mí no. Recuerdo una vez en la que solo recibí un pequeño spiderman de goma, era un muñeco feo y tosco, de esos que vendían antes en las pastelerías, no estaba articulado, ni siquiera su estática postura estaba lograda, la pintura no tenía brillo y se desprendía con el tiempo. Bajé al parque con mi

spiderman de goma y allí estaban todos esos hijos de puta, traían bicicletas, muñecos articulados con sus vehículos, armas de tamaño real que producían sonidos y luces, y siempre la puta pregunta una y otra y otra vez: «¿Y a ti qué te han traído? ¿Y a ti qué te han traído?». Y yo nunca quería contestar porque me avergonzaba mi miseria.

¡Que se metan su puta Navidad por el culo!

Me eché a llorar, solo, en medio del salón. La resaca, los recuerdos, tenía los nervios destrozados. Tras el llanto vino la ira. Me incorporé, di puñetazos a las puertas, giré sobre mí mismo. Me estaba volviendo loco. Volví a sentarme, traté de calmarme, la cabeza me daba vueltas. Quería vomitar, corrí al baño pero no salió nada, solo arcadas. Volví al salón y me lié un porro enorme. Apagué el móvil y me puse a fumar como loco y en algún momento, no sé cuándo, me desmayé.

Desperté y todo era confuso. Miré por la ventana, había anochecido. Busqué mi móvil para comprobar la hora, estaba apagado, lo encendí. Miré aterrado. Las 10,38 de la noche. Había perdido el tren hacía horas. Empezaron a llegarme llamadas perdidas, alrededor de treinta eran de mi madre, otras tantas de mis hermanas, seguían llegando avisos cuando volví a apagar el móvil preso del terror y la angustia. Medité la situación. La había cagado. Otra vez. «Bien, ¿no querías pasar las Navidades solo? Pues ahí lo tienes».

Volví a pensar en acabar con todo este sufrimiento, el mío y el que provocaba en los demás. Me agarré la cabeza intentando colocar todo en su sitio. Reparé en una colilla que reposaba a medias en el cenicero, la encendí.

Cuando fui consciente de la situación, fui corriendo a la habitación y abrí el cajón de la mesita. Cogí los dos gramos de reserva y me marqué una bien gorda, aspiré y miré al cielo mientras una lágrima se me caía del ojo izquierdo, no sé si por la coca o por la desesperación, poco importaba.

Salí a la calle. Frente a mi casa había una tienda de ultramarinos regentada por dos chinos, padre e hija. Estaba abierta, ellos tampoco celebraban la Navidad. Saludé al padre que como siempre estaba en la puerta fumando cigarrillos sin parar. Cogí dos botellas de ron, un pack de 12 latas de cerveza, patatas fritas y tres pizzas precocinadas y me dirigí al mostrador. Siempre me atendía la hija, una chinita de unos 13 o 14 años, siempre te atendía ella, daba igual la hora a la que fueses, trabajaba en la tienda en turnos de 15 horas, sin infancia, sin amigos, al calor del horno donde calentaban el pan, a veces te la encontrabas dormitando sobre el mostrador. Cogió el billete, me dio la vuelta.

—Glasias, felí navidá.

—Sí... Feliz Navidad.

Subí a mi casa y di buena cuenta de todo aquello y de las drogas que tenía, celebrando la noche en soledad, a mi sórdida manera. Me asaltaba el recuerdo de mi familia, pero lo ahogaba en cuanto venía a base de ron o lo que tuviese más a mano.

Cuando avanzó la noche decidí salir a la calle en busca de humanos. La ciudad de Móstoles era un puto aparcamiento gigante, una ciudad dormitorio gris donde nunca había nada interesante que hacer. Me encaminé a uno de mis locales habituales, un garito de música metal ya desaparecido. Me encontré con amigos y conocidos, la puta pregunta no paraba de salir de sus bocas: «¿Y a ti qué te han traído? ¿Y a ti qué te han traído?». Me di cuenta que hay cosas que nunca cambian. Yo intentaba ahogar la pena haciéndome el simpático, «coca» les contestaba, y luego les invitaba a un tiritito.

La noche siguió su curso lógico: copas, cigarros, porros, tiros, risas, tropiezos, buscar chochitos, llamar al camello, música, abrazos, chupitos...

Cuando volví a mi casa, ya entrado el día, estaba otra vez solo y las paredes volvían a juntarse peligrosamente, intentando alcanzar mi cuello. Cogí el móvil de la mesa y lo encendí, empezaron a llegar avisos de llamadas perdidas, decenas, de mi madre la mayoría... Saqué la bolsita, quedaba poco ya pero me hice una. Fue entonces cuando me llamó mi madre al teléfono.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡¿Dónde estabas?!

—Verás... Lo siento.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué no lo cogías? Pensábamos que te había pasado algo, algo malo.

—Lo siento, tuve un problema, yo... Verás, me dormí...

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Lo siento...

El tiro de coca estaba puesto encima de la mesa. Él y yo nos miramos fijamente mientras oía a mi madre llorar a través del teléfono.



Epílogo

Desde el culo de la historia*

Por Alfonso Xen Rabanal.

A mí no me mires, tú. Si has llegado hasta aquí ya conoces la pensión de Carlos Salcedo Odklas. Sólo te puedo decir que, en esta pensión, la única vía de evacuación es el retrete.

No te puedo hacer un resumen de lo dicho porque es mucho. Si sabes leer habrás intuido que sólo se puede escribir como lo hace el Odklas desde la primera línea, allí donde se dan y reciben las hostias, bebiendo de la fuente, no desde los teletipos que otros interpretan para tu adocenamiento, sí, pues abre en cada habitación un nuevo frente con su prosa directa, que te engancha como lo hace esa mujer u hombre que te ha de destruir, con su retórica que desmenuza, una a una, las pequeñas trampas que nos dejamos imponer en el presente para ser llevados hasta este sinsentido que es nuestra vida: como un zurullo que asoma y espabila al ver que su destino es la cloaca, así es el engranaje de esta sociedad, contra el que lucha el autor con su lenguaje vivo, describiendo esa realidad que se enmascara en la asepsia de

una tabla estadística, su apuesta firme por hollar el camino de los malditos, los auténticos, los que viven hasta su ficción, la senda del perdedor, la que te lleva hacia el verdadero triunfo, ser uno mismo en la vida al abrir tu propio camino, también en la escritura, pues desde la primera hasta la última línea degustarás un poso con el que muy pocos impregnan el papel, mezcla de alcohol, enteógenos, una cuerda de guitarra retorcida por una lata de cerveza, vacía, que te dice que la luz está dentro de nosotros, sólo hay que saber buscarla, y miras hacia una calavera con una vela encendida dentro, es la puta resaca, la que te lleva hasta aquí, pues la historia del fin de esta civilización sólo se puede escribir desde donde nos encontramos, y has de saber que no existe ventana que airee los efluvios de la descomposición, si quieres escapar tu destino es la espiral por la que se escurre occidente o las autopistas de farlopa que te venden, así que, mientras te rallo un poco con esta perorata, decapita el pollo que guardas en el bolsillo y prepárate un par de rayas pa seguir simulando que guardamos un equilibrio, que pertenecemos a una raza heroica, y olvidamos un instante, en vuelo rasante de nuestra chota sobre la porcelana, que somos los perdedores, sí, ni más ni menos, pero que al agarrarnos a algo para vomitar, alguna vez nos daremos cuenta de que somos los que tenemos la cadena en la mano, los que vamos a tirar de ella para que la resaca del retrete nos arrastre a todos de una puta vez.

Vomita... y en las curvas sin farla de la resaca, admira lo único que te queda: el agujero: la historia de occidente está escrita sobre el papel higiénico que lo atasca. Y siento decirte que tú ya no formas parte de esa historia, no te han dejado ni un trozo sobre el que correrte o limpiar tu mierda. Tan sólo te queda meter la mano e intentar liberarlo de las defecaciones de los que te precedieron, y así ahondar en tu

vida interior... o el tubo de cartón que te imponen, el que lacera el alma que asoma por tu ano a cada nueva ley más distendido.

No te preocupes, te venderán paraísos de papel higiénico *on-line*, te distraerán en la decisión a tomar y no harás nada. Tu vida será un *black-friday* de zombis psicópatas, así te quieren, se descojonan viéndote remozado en la mierda luchando por un zurullo de marca, autómatas ávidos de consumir, programados para mirar sin cuestionar el decorado... pero la mierda es mierda, muchacho, y cada vez estás más rodeado de ella: la tuya.

¡Ah! Que para cuestionar y pringar ya están los otros. Esos a los que, pensáis, les espera la última toma de decisión posible de un ser humano cada vez más aislado entre los zombis, eso os hacen creer: ahorcarse para no ser más una distracción en vuestro anodino mundo feliz. Los seres humanos, los pocos que se zambullen en la mierda para intentar disolverla y hacerse un paso, los desatascadores que diseccionan el requesón de lefa que es occidente... los artistas... los que esto escriben, los malditos que tocan los cojones, los que, como Carlos Salcedo Odklas, levantan una bota reforzada con el acero de sus palabras y revientan los piños literarios de este país de adocenados que callan y saldan su palabra al único postor, el que les esclaviza.

Son malos tiempos, sí. Y mientras la gran mayoría agacha la cabeza y expone su culo abierto, unos pocos se reconocen en estos tiempos y luchan por salir de ellos con dignidad, con vida y experiencia vital. Odklas es uno de ellos.

Los demás, apestados de asepsia mental, intentarán correr... asustados al verse en el espejo donde se refugian con algo de eso que ellos ya no tienen: sangre, cojones u ovarios.

Con este libro el autor se une a una lucha que, mientras no logremos tirar de la cadena de occidente, nos lleva por la senda de los perdedores, la senda que cada uno ha de construir por sí mismo, la que ha de llevar al verdadero triunfo.

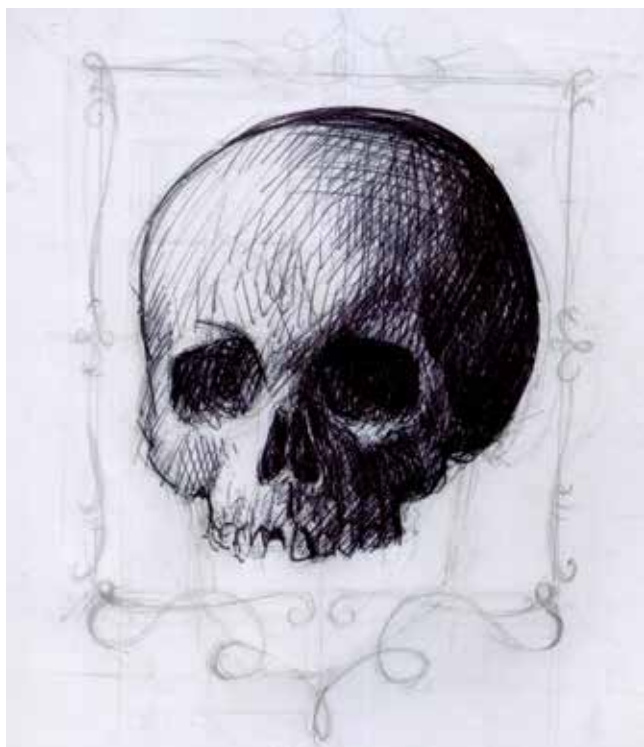
Aquí comienza la venganza de los malditos. Hasta el puto final

...

Un apunte: si eres de los que empiezan por el final, me pregunto si abres los ojos al besar unos labios... pues me temo que confundes la boca con el ano

...

** frase pirateada a Ricardo Moreno Mira*



INDICE

Nota a la presente edición	7
Prólogo	14
HABITACIÓN N°1	17
Los Malditos	20
Malos Tiempos	23
Insomnio	52
Historia de una ida y una vuelta	74
Servicio de lavandería	101
Noches de Absenta	116
Se muere	131
HABITACIÓN N°2	153
Deuda Pública	156
El día de San Mc.Flurry	161
Cunnilingus (Dionea Parte 1)	175
Colisión	192
Patatas Fritas	205
Mierda	222
Oh, mi pobre polla	231
Mantequilla agria sobre pan duro	241
Goth Teen	260
A Golpes	315

HABITACIÓN N°3	327
La Muerte de La Muerte	330
Orgasmatrix	332
Alta Nobleza	341
Viaje a ninguna parte	348
Underground Manifiesto	366
Texto (no) Transgresor	374
RETRETE	379
La Naranja	382
Un gran culo negro	386
El fin del mundo de resaca	423
Solo esta vez	433
El Dios de los pollos	451
Habitación con vistas	463
Rumbo al poblado	478
Blanca Navidad	504
Epílogo	516

